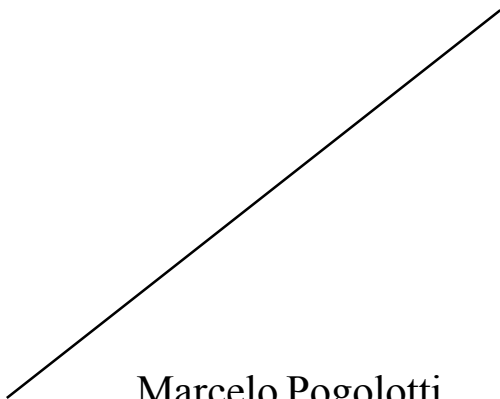


LA REPÚBLICA AL TRAVÉS DE SUS ESCRITORES



Marcelo Pogolotti

Edición / Teresa Blanco
Redacción y corrección / Ingry González
Diseño de cubierta / Adriana Vázquez
Ilustración de cubierta / Foto de la estatua de *La República*. Capitolio
Nacional, La Habana
Composición computarizada / Jacqueline Carbó Abreu
Evelio Almeida Perdomo

© Herederos de Marcelo Pogolotti, 2002

© Sobre la presente edición:
Editorial Letras Cubanas, 2002

ISBN 959-10-0701-9

Instituto Cubano del Libro
Editorial Letras Cubanas
Palacio del Segundo Cabo
O'Reilly 4, esquina a Tacón
La Habana, Cuba

E-mail: elc@icl.cult.cu

*A la memoria de mi madre,
a mi mujer y a mi hija.*

RASGOS INCIPIENTES

La República de Cuba, tan zarandeada y escarnecida por sus propios hijos, posee sin embargo el encanto de su juventud, ya que cincuenta y tantos años son muy poca edad para una nación. Si bien algunas han sucumbido antes de cumplirlos, en este caso podemos afirmar sin excesiva complacencia que estamos bien de salud, gracias. Eso sí, la educación deja un poco que desear, pero no anda demasiado mal tampoco. Esto lo declaramos no obstante el mal trance que atraviesa en estos momentos, ya que se palpa una vitalidad extraordinaria en la que se conjuga la firme decisión y la aptitud para salir de él. La joven sigue cometiendo sus yerros, pecados y travesuras, y, aunque no ha aprendido todavía a distinguir con claridad entre las buenas y las malas influencias, no resulta de las más atrasadas para su edad, cabiendo esperar que su discernimiento ganará con el decursar de los años, hasta emparejarse con los mayores. Su conducta no ha sido peor que la de muchas compañeras a su edad; y si bien hay que confesar, en honor a la verdad, que no merece precisamente una medalla, tiene un expediente que puede ser calificado de notable, puesto que no tendría seso juzgar con excesiva severidad sus primeros tumbos y traspies. Al revés de las repúblicas europeas, vino al mundo sin saber lo que es gobernarse a sí misma. Gestada durante el duro régimen colonial, lleva en las entrañas ciertas malas influencias prenatales de las que aún no

ha logrado librarse por completo, pero en la lucha contra sí misma y contra la codicia ajena ha mostrado una voluntad digna de encomio. Ha tenido sus altibajos, sus vacilaciones peligrosas, sus desvíos, sus debilidades e incluso sus errores graves. Mas, en la áspera escuela de la experiencia, ha ido aprendiendo; y su tránsito de la infancia a la pubertad, de aquí a la adolescencia, con los extremismos que le son propios, para desembocar en su prima juventud actual, delata un progreso moderado pero incuestionable.

En vez de hacer un recuento de hechos, observaremos la metamorfosis mirando las hojas de su álbum de fotografías, ateniéndonos lo más posible a esos testimonios, sin que pretendamos impedir que un poco del sentimiento de nostalgia que suele suscitar el examen de tales documentos y la simpatía que despiertan los primeros pasos en la vida de una muchacha no tiñan levemente lo que consignaremos. Vale decir que, pese a nuestra condición de cubanos, procuraremos ser objetivos. Ello no obstante, y dado el despiadado rigor con que la república ha solido ser enjuiciada por sus ciudadanos, tememos que la imagen ha de resultar un tanto peyorativa. Mas, a fin de no incurrir en una idealización que, por sincera no dejaría de ser irreal, hemos preferido ceñirnos a lo que refieren los testigos oculares, que, por tratarse de impresiones personales, ofrecen la ventaja de ser jirones vivos. Discretamente, a fin de rectificar las deformaciones, introduciremos alguno que otro dato histórico, pero no sacrificaremos las palpitaciones humanas aun cuando dimanen del prejuicio. Con todo, evitaremos, en cuanto sea viable, lo puramente factual ya que no deseamos hacer crónica, sino seguir la evolución y el crecimiento de una joven república, la formación de su carácter y mentalidad, con sus angustias y ansiedades; en suma todo cuanto se relacione con el proceso cultural.

Hubiéramos querido contraernos tan sólo a los novelistas, pero éstos son tan escasos que nos será preciso recurrir también a los ensayistas. En revancha, sin embargo, el costumbrismo está tan arraigado en Cuba que los novelistas con que contamos, bien que de poco valimiento, brindan, en conjunto, una posibilidad excepcional para reconstituir buena parte de la fisonomía de su país. De esta literatura se puede extraer una vasta galería de retratos fieles y minuciosos de personajes típicos, y las obras de Carlos Loveira constituyen de por sí verdaderos tratados de sociología cubana. Pese a su construcción desosada y gran copia de hojarasca redundante, el ensamblamiento de sus precisas y exhaustivas descripciones presenta un panorama amplio y verídico. Sería difícil encontrar un dechado entre nuestras novelas como tales, pero las mismas contienen un material abundante y útil aunque un tanto crudo, que a menudo vuelca una luz sorprendente sobre el rostro de la república, en tanto que las insuficiencias cualitativas y cuantitativas son compensadas por un crecido número de ensayos críticos de toda índole que iluminan los rasgos que las obras literarias dejan en la penumbra. Añadamos que el predominio casi absoluto de las novelas llamadas de tesis resulta en sumo grado ventajoso para dilucidar las preocupaciones que surgían a cada paso, a pesar de que la mayor parte de las obras de marras ostentan el sello del diletantismo.

VARONA Y LA COLONIA

¿Valía la pena el ingente sacrificio que costó a los cubanos la conquista de su independencia? La república ha sido tan denostada por algunos que cabe hacer a rajatablas dicha pregunta, aun cuando la misma, hace todavía pocos años, en pleno fervor nacionalista, hubiera provocado indignación. La respuesta es, desde luego, enfáticamente afirmativa, cualquiera que sean los reparos. Por defectuoso y corrompido que haya sido el régimen republicano, las condiciones de vida bajo la colonia se hicieron tan intolerables que a los cubanos no les quedó mas remedio que lanzarse a la manigua para arrebatarse, machete en mano, la libertad que merecían, tras de haber agotado todas las formas suasorias posibles, encaminadas a lograr un entendimiento razonable y una colaboración armoniosa con la metrópoli. Tal era el parecer sustentado sin titubeos ni ambages por Enrique José Varona, pensador en extremo ponderado y comedido, a cuyo criterio podemos acogernos sin temor a dejarnos arrastrar por la pasión patriótica. Los tiempos de vacilaciones y reservas habían periclitado: en 1895 no existía otra salida al problema cubano que la de la liberación por la fuerza. «La guerra es una triste necesidad. Pero cuando un pueblo ha agotado todos los medios humanos de persuasión para recabar de un opresor injusto el remedio de sus males; si apela en último extremo a la fuerza con el fin de repeler la agresión permanente que consti-

tuye la tiranía, ese pueblo hace uso del legítimo derecho de defensa...» empieza declarando significativamente el autor en el manifiesto *Cuba contra España*.

Sus artículos, manifiestos, discursos y conferencias de 1895 a 1898, cuando se encontraba como emigrado revolucionario en Nueva York dirigiendo, después de la muerte de Manuel de la Cruz, el órgano independentista *Patria*, son igualmente diáfanos al respecto. La sobriedad de sus alegatos, fundados en datos precisos, hacían de él un propagandista sumamente eficaz y respetado, en el que se adivinaba a un sabio entregado a la defensa de una causa justa. Sin recurrir a efectos de retórica, persuadía con la elocuencia de hechos contundentes. Su argumentación límpida, basada en premisas irrefutables, golpeaba con fuerza demoledora en la conciencia de electores y oyentes.

Esta impecable requisitoria contra el régimen colonial pone al descubierto otra faceta de los múltiples conocimientos de Varona, quien, filósofo y poeta, aquí demuestra ser jurista, historiador y economista. Con acopio de pruebas, descorre el velo de la falacia de las concesiones políticas hechas por la metrópoli. Señala cómo mediante leyes electorales amañadas, se asegura la mayoría a los españoles que sólo representan el 9,3% de la población, al tiempo que de 1 600 000 habitantes tan sólo 53 000 tienen derecho al voto, es decir el 3%. Como caso específico, apunta que Güines, con 13 000 habitantes y 500 españoles y canarios, cuenta en su censo electoral con 32 naturales de Cuba y 400 españoles, vale decir 0,25% cubanos y 80% españoles. Las exacciones y una política económica insensata elevaron la deuda del país a \$295 000 000 la más alta del mundo. Los intereses de esta deuda imponen al cubano una carga de \$9.79, mientras que el francés, el más recargado, sólo paga \$6.30. Las entradas del Estado represen-

tan 40% de las rentas. En Cuba el impuesto *per capita* era más de dos veces el de España. No se capitalizaba porque no se lo permitía el régimen fiscal y la casi totalidad de los ingresos de los españoles iba a la Península, sin contar que el Banco Español había absorbido las demás empresas bancarias. Las fuentes de riqueza —el azúcar y el tabaco— fomentadas por el cubano y levantadas, mediante un prodigioso esfuerzo, a un alto nivel de producción, pasaban a manos extranjeras. En cambio, el presupuesto de Instrucción Pública alcanzaba no más de \$182 000 y la Universidad, que carecía de laboratorios y agua para las experiencias, producía incluso dinero al Estado. Todos los países de América, excepto Bolivia, sin excluir siquiera Guadalupe y Trinidad, gastaban mucho más que Cuba en la instrucción del pueblo. Las mercancías españolas tenían libre entrada, en tanto que las nuestras pagaban onerosos aranceles en la Península. En cuanto al famoso *self government* prometido por España a Cuba, «superior en todos los conceptos», concluye Varona a un momento dado, «lo poseen las Bahamas o las Islas Turcas».

RAIMUNDO CABRERA Y LAS LACRAS COLONIALES

Como suplemento y confirmación de la inapelable condena del régimen colonial en Cuba formulada por Enrique José Varona, vienen de molde las imputaciones de Raimundo Cabrera, no menos contundentes si bien el escritor evolucionó hacia el autonomismo tras el fracaso de la guerra de los Diez Años, en la que intentó participar cuando contaba tan sólo diecisiete años. Las páginas de *Mis buenos tiempos* están henchidas de nobles sentimientos patrióticos y de edificantes cuanto sabrosas evocaciones de su infancia en Güines, centro rural de progresiva población cubana del que Varona ofrece datos sobremedida elocuentes; y de su adolescencia inflamada por la idea de libertar a Cuba. Fue apresado mientras se dirigía a los Estados Unidos, oculto en la cala de un vapor, para unirse a los insurrectos, y deportado a Isla de Pinos. Más tarde estudió derecho y se dedicó a la abogacía, sin perder, empero, de vista el destino de su país, desempeñando con la pluma y la acción un papel descollante en las dos primeras décadas de la república, lo mismo que en su período autonomista, sin permitir que la pasión empañase la severa pureza del criterio. En 1887, es decir en plena época colonial, publica *Cuba y sus jueces*, con una plétora de graves acusaciones contra la dominación española.

De este libro conviene entresacar algunos de los inapelables cuanto instructivos cargos que contiene. Abun-

dan los ejemplos concretos y significativos, escogidos con certera puntería. De la absurda política fiscal y arancelaria incluye algunos harto convincentes. «Algunas calles están adoquinadas. Esta novedad data de 1862 y fue celebrada con grandes fiestas; pero las más no lo están, porque el adoquín es piedra importada, y los ayuntamientos no han podido soportar los crecidos derechos que el arancel les impone. Hay alcantarillas pero mal construidas, sirven sólo de receptáculo de inmundicias, y no hay aguas abundantes para la limpieza, aquí *donde sobran manantiales*. Las obras públicas no han preocupado al Gobierno colonial, que mientras señala ocho millones ciento sesenta y cinco mil ciento ochenta y ocho pesos al presupuesto de Guerra, asigna un millón doscientos treinta y ocho mil setecientos dos pesos para Fomento... y estos invertidos casi totalmente en el personal.»

Sobre las cuestiones etnográficas y esclavistas descúbreanse observaciones no menos significativas. «Tropiezarás en verdad por las calles, con una turba abigarrada. Los negros, por el color de su piel y por su número, llamarán tu atención; te recordarán la esclavitud, importada por europeos al suelo americano. Recuerdan, además, al historiógrafo que España recibió en 1817, de Inglaterra, cuatrocientas mil libras esterlinas para abolir la trata, y que la emancipación, primero gradual (ley Moret, 1870), luego absoluta (Cortes de 1886) y nunca indemnizada, se debió a las reclamaciones generosas de los reformistas y finalmente de los autonomistas cubanos. Verás el chino, tipo que trae a la memoria otra importación: la del colono o contratado —por no decir esclavo—, y a la que se ha opuesto al fin el mundo civilizado, en tanto que los estadistas españoles acarician el bello ideal de contratar cuatrocientos mil chinos para emplearlos en Cuba en los

trabajos agrícolas, no obstante el tratado de Pekín... podrá asombrarte... que sea un nuevo venero de explotación a costas de la moralidad pública, y que de sus juegos y rifas libren la subsistencia y se enriquezcan funcionarios de policía y... otros empleados.» Nótese que el atroz trato inhumano infligido a los asiáticos de Macao movió la airada y enérgica protesta del cónsul de Portugal, el ilustre escritor Eça de Queiroz; y que el enriquecimiento de las autoridades con el producto del juego y otros vicios es una lacra que perdura hasta nuestro presente republicano.

Sobre la estructura económica y la corrupción también hay pasajes contundentes. «Este es un país monopolizado y explotado; el cabotaje es la aspiración al monopolio supremo. Y en cuanto a la contribución de sangre la hay cuando hace falta. Durante la guerra separatista, los cubanos fueron alistados, reclutados y llevados a campaña sin distinción de clases, menos los que pagaron al general Concha y a sus secuaces mil pesos por redención.»

Divide el cuerpo social de la colonia en dos clases. Una, la dominadora, estaba compuesta de «peninsulares que vienen a labrar una fortuna no prometida en el suelo patrio, ejerciendo el comercio y las industrias urbanas; de los empleados que disfrutan del presupuesto...; de los licenciados del ejército que, en los empleos civiles o en las industrias entretienen su retiro... y en suma, de todos los demás advenedizos de la Metrópoli que forman el personal de la colonización, pero que en general no descuellan por su cultura». «Forman la otra clase [y en ella, como apéndice, incluyo a los hombres de la raza negra, ya libre] los cubanos, los hijos del país, los dominados, el elemento permanente de este cuerpo social que cultiva los campos, ejerce las artes, los oficios y las profesiones; pero que está excluido sistemáticamente de los cargos de la Administra-

ción, que no goza de ningún privilegio, que paga y sufre y soporta la injusticia de los explotadores.»

«Las letras...», declara Raimundo Cabrera, «no sirven en Cuba para medrar; han servido sólo para obtener prisiones, destierros... y otras amargas». Después de lúcidas consideraciones sobre la prensa, la imprenta y los derechos políticos conculcados, el autor hace una reveladora incursión en el predio de la docencia. «En 1793 sólo había siete escuelas de varones en la capital de Cuba a la que asistían 408 niños blancos, y 144 de la raza de color libre. El esclavo no tuvo nunca ese derecho..., que, por entonces, bien escatimado estaba para sus señores.» «La Sociedad Económica fundó dos escuelas gratuitas para los dos sexos y recabó del Gobierno una autorización para acordar, con el obispo y el Ayuntamiento de la Habana, los medios de arbitrar recursos para la enseñanza... Escribo con repugnancia en este punto el nombre del obispo, don Félix José de Tres Palacios, que esterilizó con su ciega y torpe oposición, los laudables empeños de los Amigos del País, sosteniendo que era innecesario el establecimiento de más escuelas. Pero aquel grupo de cubanos eminentes no se dio por vencido, por más que de 1793 a 1816 el aumento de las escuelas y del número de alumnos es relativamente bien pequeño. En el resto de la isla sólo existían en 1817 noventa escuelas, todas, o casi todas, fundadas por particulares, como acontecía en la capital.» «La instrucción pública en Cuba estaba totalmente abandonada por nuestro Gobierno; pero el patriotismo cubano se sobreponía al abandono. En 1826 sólo había en la isla 140 escuelas, y de ellas nada más que ¡dieciséis! gratuitas... Hasta 1841, como quien dice hasta el día de ayer, no se reconoció en Cuba como deber del Estado el dar enseñanza primaria a las clases pobres.» La perseverancia y la acción de los cubanos pudieron, al

cabo, más que la desidia del gobierno colonial. «...el *Estado*, que levantaba en Cuba un presupuesto de ingresos de 25 millones de pesos, no había invertido en ellos un solo centavo en la instrucción pública. ¡Un solo centavo no había dedicado la madre España a la educación popular en Cuba!... ¡En tanto sosteníamos los cubanos las atenciones de Fernando Poo, lugar de penoso destierro; dábamos en aquel año \$3 495 700 pesos a la Metrópoli, y se nos imponían 2 333 210 pesos por gastos de la reincorporación de Santo Domingo y 2 500 000 de la insensata expedición a México! ¡No se nos enseñaba a leer, pero... se nos hacía pagar demasiado!»

Son siempre de largo alcance los apuntes de Raimundo Cabrera y cargados de implicaciones. Su cuadro del estado de la enseñanza y la sanidad bajo el régimen colonial avala y acrece la importancia de las realizaciones en esos campos, acaso los únicos dignos de loa, durante el gobierno autoritario del general Wood y enérgicamente ampliadas por Estrada Palma. Como remate citemos algunas apreciaciones que delatan el origen de ciertas taras heredadas, pero no vencidas, por la república. «¿Es extraño... que a cada paso se repitan escándalos como las falsificaciones de libramientos de la Junta de la Deuda; que en hermosas mañanas de primavera aparezcan limadas *por dentro* las rejas del almacén de papel sellado y timbres del Estado, y sustraída considerable cantidad de estos valores...; que aparezcan vendidos dos billetes de un mismo número, serie y sorteo de la Lotería Nacional, premiados con doscientos mil pesos y que los juzgados de primera instancia estén colmados y se colmen todos los días de expedientes criminales por esos delitos: por sustracciones de sellos de las nóminas, de sellos de matrícula, *de billetes que deben quemarse* [subrayado por nosotros]; por desfalcos, alzamien-

tos y por tantos inconcebibles escándalos, en grande y en pequeño, que se realizan en nuestras oficinas, y que la jergonza de los iniciados ha comprendido gráficamente en los ingeniosos vocablos *chocolate*, *manganillas* y *filtraciones*?» «No hay en nuestra máquina administrativa rueda que funcione bien.» «...ayuntamientos arruinados abrumados de deuda, cuyos desfalcos encandalizan, cuyos empleados se alzan, cuya contabilidad no ha existido nunca en orden...» «...no hay higiene, ni calles empedradas, ni alcantarillado, ni aguas abundantes, ni buen alumbrado, ni aceras, ni paseos, ni hospitales, ni caminos vecinales, ni puentes ...ni escuelas, ni bibliotecas, ni nada de lo que tiene derecho a disfrutar el pueblo, que paga por hombre más contribución que ningún otro en la nación y en el mundo».

TRANSICIÓN

Entre los intelectuales cubanos que volvieron a su patria a poco de terminarse la guerra de Independencia estaban Mariano Aramburo y Raimundo Cabrera. Mas, fuera de dicha circunstancia, un abismo separaba esas dos mentes. El primero venía de España con todo el empaque de los honores académicos que allí había recabado tras de cursar con brillantez derecho y filosofía en Zaragoza. Llegaba en 1899 en vísperas de cumplir los treinta, sintiéndose bien armado para conquistar una cátedra, sin que el éxito coronase, empero, tal empeño. Por lo demás, gran parte de su vida estaba condenada a la frustración, pese a la vastedad de los conocimientos que poseía. Manejaba con propiedad el lenguaje pero su prosa, bien que correcta, resultaba desabrida y tediosa. Pacato y conservador en extremo, no se hallaba en sincronía con el momento histórico. Por haber pasado el período de su formación intelectual en la Península mientras ésta se esforzaba por estrangular la rebelión cubana, el hijo de veterinario del ejército español nunca llegó a comprender de veras a su país natal.

Así, sus disquisiciones metafísicas y ensayos jurídicos no pasan de ser abstracciones sutiles o eruditas carentes de sustancia vital, las cuales han caído en un olvido del que con toda seguridad no despertarán. En cambio, Raimundo Cabrera, con menos conocimientos académicos, padeció los rigores de la colonia. Tras de probar el pan duro del exilio

en Nueva York, laborando sin desmayo por el movimiento revolucionario, arribó a Cuba a fines de 1898 contando cuarenta y seis años, hondamente penetrado del drama, la angustia y el pensamiento de la liberación de su patria.

Se trataba de dos contexturas ideológicas y temperamentales muy distintas: Aramburo estaba, por decirlo así, fuera de ambiente, desarraigado, y nunca se sintió verdaderamente identificado con las doctrinas que informaron la independencia, al paso que Raimundo Cabrera, alma y sustancia de Cuba, venía con óptica ajustada a la realidad. Por eso sus escritos seguirán conservando validez. Polemista sólido y fogoso, había peleado en la guerra de 1868 y participado luego en la corriente autonomista, de suerte que conocía a fondo el sentir y el pensar de su pueblo, con el que estaba plenamente compenetrado.

Autor de varias novelas, presenta en *Sombras eternas* un cuadro incisivo y amplio del nacimiento de la república y los pródromos de su decadencia. Describe el entusiasmo popular ante el paso de la tropas españolas que se van retirando día tras día de cada uno de los barrios de La Habana, de acuerdo con las condiciones de la rendición; así como el grandioso recibimiento a Máximo Gómez. No permite, sin embargo, que el derroche de colorido desborde los contornos de la realidad. Su reseña de la transición es admirable. Muestra con irónica sagacidad cómo los instrumentos de la colonia se infiltraban ya en la Junta Patriótica, el puente entre el antiguo régimen y la ocupación americana; cómo los integristas y voluntarios de la víspera se truecan en patriotas cubanos, y cómo algunos de los propios artífices de la independencia van entregando por dinero la república a los amos de la colonia. Los logreros del país se ligan con los extorsionistas de antaño y los aventureros recién llegados del extranjero, en una vorágine de negocios tur-

bios a costa del bienestar del país e incluso de las pensiones de los veteranos, y apropiándose de las herencias de combatientes muertos, perdidos y depauperados por la concentración. Este impresionante proceso está expuesto sin estridencia, pero con la penetración de un autor que se apoya en su vasta experiencia de abogado. Al mismo tiempo contrasta la disolución producida por el contacto con elementos perniciosos después de la emancipación, y la familia cubana de tiempos de la colonia, unida y patriarcal precisamente a causa de la persecución, lo cual hacía, asimismo, que las mujeres viviesen dedicadas a su marido y a sus hijos. La oposición al régimen obligaba a las familias a ser excluyentes, pero acogedoras con los verdaderos amigos y a moderar las fiestas.

Con sus repeticiones, con sus largos parlamentos explicativos e inapropiados para los personajes, *Sombras eternas* es sumamente defectuosa y apenas se puede llamar novela, lo mismo que las otras del propio autor, pero constituye un valiosísimo tratado de sociología cubana.

EL BILIOSO BOBADILLA

Si Mariano Aramburo es el cubano de formación española que se radica intempestivamente en la república sin llegar jamás a comprenderla, y Jesús Castellanos el joven intelectual idealista que se torna acomodaticio, Emilio Bobadilla es el fiscal impenitente. Hizo sus estudios de derecho en España y pasó la mayor parte de su vida en el extranjero, mas conocía muy bien a sus compatriotas, así como el régimen colonial. Pertenecía de lleno a la promoción cosmopolita de fines de siglo. De haber sido buen novelista, hubiera representado la versión cubana de Henry James, quien aspiraba a ver a sus conciudadanos como un inglés y a los ingleses como un americano. Bobadilla sin embargo nunca se sintió español, pero su anhelo de objetividad le inducía a contemplar a su país con pupila de europeo. Hijo legítimo de su tiempo, quería ser eso mismo; un positivista a machamartillo, que se pica de hacer crítica objetiva mediante el empleo de métodos estrictamente científicos. Con todo, a veces se dejaba arrastrar por pasiones muy poco científicas. Por otra parte, ese prurito suyo le movía a aplicar con exagerado rigor un sistema de medidas no obstante harto ficticio, basado en la gramática y el buen gusto, empírica aquella y relativo éste, de suerte que, además, quedaba excluida la sensibilidad, factor fundamental para la apreciación artística. Con ello derivaba a menudo hacia un criterio opuesto al que busca-

ba: el académico. Su severidad le valió numerosas enemistades que conspiraron en su contra para sumirle en un olvido injusto, ya que como crítico no le superó ningún compatriota del primer período republicano, sin excluir a Piñeyro y Varona, si bien éstos le aventajaban en solidez de cultura.

Cabe, eso sí, preguntarse si el rigor y la violencia de sus responsos no resultaban excesivos para una república en plena infancia. Ciertamente, su crítica se trocaba con frecuencia en diatriba, pero la pasión y el énfasis eran ingredientes útiles para excitar el interés por la cultura en un pueblo sumido en la opresión y la ignorancia, primero, y que después se iniciaba en la vida libre. El humorismo cáustico pero a menudo chispeante demolía o rebajaba los valores inflados al tiempo que constituía una apetitosa levadura. Sus burlas despiadadas no agradaban a sus víctimas más o menos culpables, pero divertían. Hay que tener en cuenta que, a más de sus connotaciones con *Clarín* tenía, especialmente en su primer período colonial, y acaso por las mismas razones, algo de la sátira intencionada de los costumbristas cubanos, aunque su ironía era más aguda y acerada. Un acabado ejemplo nos lo ofrece su estampa del Parque Central en 1883, invadido por una legión de mendigos de todas procedencias, entre los cuales se cuenta —afilada ironía— un veterano combatiente español con las piernas amputadas, pidiendo una limosna al autor, un cubano. Como polemista, si bien por momentos cae en la chabacanería, fustigó duramente a los integristas, ridiculizó a los falsos valores hispanos de acá, y cruzó el acero de su espada y de su ingenio con el de las más sonadas figuras literarias de la Península.

Emilio Bobadilla, al igual que Martí, no creía en la doctrina del arte por el arte. Como militante de ideas literarias, empleaba una forma periodística de combate en la crítica,

que con el tiempo fue afinándose un tanto. Esa actitud de voceador impuso el estilo coloquial que le caracteriza, aun en las finas estampas de sus viajes por España. La guerra de independencia le sorprende en España, y el resto de su vida se convierte en una larga residencia europea, como cónsul de Cuba. Con ello rompió el contacto con su país, pero el hecho mismo de que, más que chocarle, le dolía el inmenso desnivel cultural entre éste y el Viejo Continente, demuestra que no perdió de vista a Cuba ni dejó de sentirse cubano.

Sin duda asoma en sus ataques a sus compatriotas y a la mediocridad de los escritores del patio la hiel del resentimiento que le producían la incomprensión y la indiferencia de los cubanos, pero hubo también mucha verdad, mucha denuncia de imposturas. Lo cierto es que poseía la prosa más movida de entonces en Cuba. Propagandista literario, progresista convencido, saturado de Macaulay, Taine, Lombroso, Nordau, Flaubert, Zola y naturalismo, fue un informador cultural en extremo útil.

Si Bobadilla sobresale en nuestras letras como crítico polemizador, de prosa liviana, coloreada y flexible, resulta un fracaso indubitable como poeta y novelista. Está más preocupado por demostrar que interesado en producir obra de creación, acaso porque ésta carece de la tan decantada objetividad científica que él pretendía mantener a toda costa, incluso del arte y aun del buen gusto. La pasión, empero, tiñe y distorsiona el supuesto realismo a que aspiraba, de suerte que su novela *A fuego lento* es un balde de hiel hirviente. Impelido en parte por el rencor y en parte sublevado por circunstancias deplorables, presenta en la misma un lujurante y salvaje país tropical, una república imaginaria del Caribe con veladas alusiones a Cuba, como miembro de la comunidad hispanoamericana de dicha zona, donde conviven negros y mestizos junto con indios, introducidos por el

autor para despistar, ya que la excesiva crudeza de la obra hubiera podido atraer represalias demasiado desagradables. Si bien Bobadilla no se dejaba amilanar fácilmente, necesitaba la ayuda material que su cargo de cónsul le traía.

Más que una novela, las dos partes de que consiste la obra son dos cuadros contrapuestos que oponen la civilización parisiense al estado semi-selvático de las repúblicas del Caribe, donde la existencia resulta, en última instancia, aun peor que en la selva misma. Al tormento de los mosquitos, alimañas, bestias y privaciones usuales de la jungla tropical, se añaden todos los vicios y males de la civilización. La ignorancia, el curanderismo y la superstición campean por sus respetos al tiempo que el alcoholismo embota el entendimiento y la voracidad de los políticos sume al país en el atraso y alienta la degradación. Un puñado de gobernantes y mercachifles explota a un pueblo de analfabetos, corrompiendo su salud física y moral. Todo ocurre, sin embargo, en medio de un exuberante decorado silvestre, con pasmoso desbordamiento de naturaleza exótica y opulenta. El autor pone a contribución las excelentes dotes descriptivas que demuestra en sus apuntes de viaje europeos y algunos ensayos, haciendo asimismo gala en su léxico de una luminosa y variada paleta. Los seres humanos parecen disminuidos ante el poder de los elementos. Las lluvias torrenciales anegan y barren todo; el calor tórrido consume, aplasta y aniquila a los hombres en tanto que hace proliferar la vida vegetal y animal. La humedad y la temperatura sofocan el aliento y el vigor humanos; estimulan la lubricidad y fecundan las enfermedades. La excitación nerviosa sustituye la verdadera energía, mientras la vida se escapa con el sudor de los cuerpos exprimidos como esponjas bajo el peso de una atmósfera cargada de calor y agua.

El personaje central es el doctor Baranda, lo cual permite al novelista poner de manifiesto sus conocimientos médicos, de acuerdo con los preceptos del naturalismo científico entonces en boga, donde la patología lo resuelve todo... en efecto, los términos hidropesía, epilepsia, albuminuria, lepra, neurastenia, histeria, elefancia griega, fiebres varias, etc., se suceden sin interrupción. El autor puede, de paso, exhibir las teorías lombrosianas sobre la epilepsia y el genio, a la sazón de moda y que le eran tan caras. La petulancia con que alude a opiniones científicas hoy superadas, impartiendo un carácter definitivo, le hace parecer ingenuo ahora. En la botica de Portocarrero, émulo del Homais de *Madame Bovary*, se reunían los espíritus liberales. Petronio desde su crónica elegante enseñaba a aquella gente semidesnuda la mejor manera de llevar el frac. El médico de marras, de vuelta a Gangas tras de cursar sus estudios en París, tenía ideas avanzadas. Creía que no debe confiarse el cuidado de los hijos a padres que no saben nada de educación, por cuanto la pedagogía es la más complicada de las ciencias, pues lo abarca todo, desde la patología hasta la estética. Es partidario del divorcio, y ya se advierte la crisis del matrimonio, la cual habrá de preocupar también a Carrión y Loveira. En contraste con el retraso general, abundan los nombres de personalidades ilustres: Epaminondas, Newton, Plutarco.

La trama de la sangrienta sátira de Emilio Bobadilla sobre los países del Caribe intitulada *A fuego lento*, tiene un colofón donde el autor ridiculiza el comportamiento de los habitantes de dichas latitudes en París. El haitiano Hibbert ha escrito una deliciosa novela humorística en la que se mofa también de sus compatriotas que arriban a la capital de Francia pero, al revés del escritor cubano, no lo hace con venenosa malevolencia. El médico de la obra de

Bobadilla se hospeda en casa de Olimpia —nótese el nombre helénico, que acentúa lo grotesco— prendándose de Alicia, su hija adoptiva, una india hermosa y en extremo sensual. Surge entre ambos una relación ilícita, caldeada por la temperatura tropical y nutrida por los exóticos efluvios de la zona tórrida; la cual termina por obligar al galeno a dejar el país, al tiempo que una reunión de vecinos «decentes» que protestan contra el ultraje tiene como remate, al igual que todo en Gangas, una estupenda borrachera. El seductor, fascinado por la libidinosa atracción de la india, se casa con ella. Instalado en París, el doctor Baranda —tal vez un doble del doctor Albarrán— conquista una magnífica clientela, y se agota trabajando para satisfacer los caprichos y el insaciable afán de lujo de Alicia. Pero entre él y su bella mujer analfabeta media un infranqueable abismo de incomprensión y desnivel cultural. No logra, sin embargo, sustraerse a su hechizo y volver al regazo de Rosa, la antigua amante, toda delicadeza, con la que se siente profundamente compenetrado. El autor, que se las daba de sicólogo, funda la conducta del médico en el aserto de que el amor siente, no analiza. Olimpia, su mujer y Petronio, alcanzan al doctor Baranda en la Ciudad Luz, constituyendo en su derredor un ridículo y cominero núcleo provinciano; y, sin hacerse cargo del papel grotesco que desempeñan, declaran que tienen a mucha honra ser nativo de Gangas.

Por su parte, Plutarco admira modestamente a su maestro; Petronio, que ha conseguido un cargo consular del que es dejado cesante a los pocos meses —¿se habrá tomado a sí mismo de modelo para ese personaje?— se deja engatusar por una rica jamona austriaca que le hace firmar pagarés por su ayuda monetaria, a fin de mantener sojuzgado al antiguo cronista de Gangas, hasta que éste, atosigado por

las deudas y el juego, se suicida, lanzándose al Sena. El doctor Baranda muere enfermo y exhausto.

Bobadilla también ridiculiza la colonia extranjera parisiense, en particular a las viejas eróticas, pero con más benevolencia. Las lluvias torrenciales y el fuego solar de Gangas representan, de cierto modo, las fuerzas brutales de los elementos, al paso que la llovizna y el endeble sol artificial de París, simbolizan el refinamiento de la civilización francesa. *A fuego lento* no es siquiera una novela, sino una sátira bufa, en la que a veces la chocarrería emboita el filo del acerado y bilioso humorismo de Bobadilla, cuyo resentimiento le ha conducido demasiado lejos en el camino de la exageración. La realidad constituye un conjunto, por eso un aspecto parcial nunca refleja la imagen cabal de la misma. Por mucha verdad que diga Bobadilla, y la dice, su inquina, perspectiva y unilateralidad la desnaturalizan. Pretendió ser objetivo y mostrar sin piedad los rasgos feos de un pueblo que se le tornaba ajeno con el tiempo y la distancia, pero olvidó que el prejuicio es el peor enemigo de la comprensión.

Con todo, fue un hombre de su tiempo. Lo reflejó a carta cabal en los yerros al par que en los aciertos, y eso es suficiente, no obstante las distorsiones temperamentales de su espejo. Captó la vibración mundial del momento literario y la propagó con su estilo coloquial, enfático, nervioso, fluyente y cáustico al través de sus ensayos; el cual no tiene par en el primer ventenio de nuestra república. Su modalidad literaria influyó en la misma España, y el propio *Azorín* ha declarado sin tapujos cuánto le debe. No se puede pedir mucho más a un escritor. Reconozcamos sus méritos y seamos más indulgentes de lo que fue él con algunos de sus contemporáneos.

UN CUBANO EN EL UMBRAL DEL SIGLO

El comienzo del siglo está a la vez tan remoto y tan próximo que, ahora resulta curioso para la mayor parte de nuestra población, la cual no había aún nacido por aquel entonces, o bien era demasiado joven para percatarse de lo que ocurría. Tal vez lo que más interesa en este caso es el estado de ánimo reinante entre nuestros intelectuales, ya que las costumbres y la apariencia exterior en general han sido difundidas, en tono un poco burlón, especialmente por el cine. Pero el escritor Jesús Castellanos, que alcanzaba la mayoría de edad al nacer la nueva centuria, ofrece un buen punto de referencia para vislumbrar lo que pensaba la juventud literaria. Además, habiendo muerto en 1912, nuestro juicio al respecto no puede estar sujeto a ulteriores opiniones del aludido autor. Nos presenta, pues, una imagen limpia y sin retoques; y aunque las distorsiones de su punto de vista conservador son claramente visibles, resulta fácil percibir los rasgos verdaderos de la fisonomía cultural del momento.

Sus preocupaciones son comunes a todos los jóvenes literatos cubanos de entonces, ansiosos de reanudar nuestra tradición literaria, interrumpida por la lucha independentista y la desaparición de Martí, Casal y Mitjans, sin olvidar la de Manuel de la Cruz, de quien había sido discípulo. Si bien la pérdida de estos valores parecía irreparable, esforzabase por levantar la cultura de la república, sin arredrarse ante

las difíciles premisas que confrontaba. El país desangrado y depauperado, sumido en la ignorancia por la incuria y la opresión del régimen colonial, y la carencia de instituciones, planteaban un problema casi insoluble, tanto más en vista de la creciente indiferencia de una población anhelosa de resarcirse de sus largas privaciones y con sus apetitos materiales azuzados por el espectáculo de las fabulosas riquezas acumuladas por el utilitarismo mercantil del vecino. Por eso Castellanos se adhiere al arielismo proteico de Rodó, a la sazón en boga, compartiendo con Lanuza «el santo horror a los hombres prácticos», considerado como «negación de todo avance social». No escatima, sin embargo, su admiración por «la formidable nación yanki».

Lo que condena es el lucro como fin. Aunque reconoce que el optimismo es cuestión de época y de naturaleza individual, lo practica como consigna, con moderación, en virtud de una doctrina meliorista basada en la comprobación de la existencia del progreso. Opone la salud al decadentismo enfermizo. Funda, en suma, su consolador optimismo en la «ecuación» de Rodó: «Reformarse es vivir.» Se ufana de ser hombre del siglo xx, tomando las normas económicas de los Estados Unidos, país que defiende a despecho del antagonismo suscitado por la Enmienda Platt y a la intervención. Pero para la vida del espíritu vuelve la mirada hacia París, con ostensible desdén para España; y los autores que más menciona son Mirbeau, Bourget, Maupassant, Daudet, Zola, Flaubert, sin olvidar al entonces muy respetado Nordau. Entre los filósofos menciona, incluso, a Bergson, Guyau y Beecher. Se muestra partidario del realismo psicológico en la novela y, si bien manifiesta ya una fuerte aversión por los artificios del modernismo encarnados en Casal, encomia el simbolismo, reaccionando contra el pesimismo románti-

co. A veces sus juicios son certeros, como cuando califica de sincera la conversión de Huysmans y de acomodaticias las de Bourget y Coppée, pero yerra cuando predice que Verlaine y Rimbaud serán olvidados. También resulta inconsecuente al considerar «anémico y soporífero» a Valle Inclán, mientras que el año siguiente celebra «el lenguaje pulcro y a un tiempo sembrado de audacias de don Ramón del Valle Inclán». Rompe, además, toda medida al situar a nuestro Emilio Bobadilla junto a Rodó.

Fue, sin embargo, consecuente con su optimismo al afanarse por crear la novela cubana, inspirándose en Villaverde y Nicolás Heredia al tiempo que, hombre muy enterado, aplicaba las nuevas tendencias sicologistas francesas. Mientras tanto, fundó la Sociedad de Conferencias, porque pensaba que era la mejor manera de difundir la cultura en un país que carecía de editores. Por sus visos científicistas, por sus esperanzas y aprehensiones, por su apego al meridiano de París y ocasional empleo de vocablos franceses, por su apasionado empeño en sentar los cimientos de la cultura de la república, Jesús Castellanos ejemplifica el intelectual consciente en los umbrales del siglo.

LA REPÚBLICA EN PAÑALES

Al morir el siglo, nació la república. Gestada durante la decimonona centuria, fue un parto de moribunda. Sus primeros vagidos y balbuceos eran, sin embargo, los de una criatura que encarnaba un pensamiento vivo todavía, pero que, roído por el escepticismo, iba a sucumbir estruendosamente en la guerra de 1914, arrastrando consigo monarquías y privilegios. Con la consiguiente crisis de valores, se produjo una desenfrenada orgía ideológica. Salidos del vientre de la pasada centuria, tal era la coyuntura que afrontaban los cubanos de la nueva república. Los jóvenes pensadores y literatos venían teñidos de elegante y refinado escepticismo, atemperado, o acaso agravado, por un optimismo científico. Mas, para el pueblo, una cosa era luchar contra la colonia, y otra afirmarse como nación. De allí la importancia de contar en aquellos momentos con guías idóneos. Precisaba contemplar el porvenir con esperanza; y el batallador Sanguily se estaba poniendo viejo en tanto que el sabio Varona no era precisamente el hombre indicado para encender el entusiasmo. Jesús Castellanos ejemplifica por su preparación, al par que por su ubicación social y política, un matiz, acaso el más difundido, de la joven élite intelectual de entonces. Por haber llegado a la mayoría de edad con el advenimiento de la república, y habiendo muerto en 1912, su vida activa representa cabalmente la prima infancia de

Cuba Libre, sin que nuestro juicio pueda ser empañado por ulteriores enmiendas en su comportamiento. Sus conocimientos, por lo demás, fueron excepcionales, tanto más si tenemos en cuenta la oscuridad de las postrimerías de la colonia y los aprietos de la emigración que el escritor conoció en su adolescencia.

Muy preocupado por levantar la cultura de su país, sus escritos encierran, no obstante, un germen derrotista, el cual se evidencia tal vez más en sus obras literarias que en los ensayos. Ello se debe a la influencia casi exclusiva de los escritores finiseculares franceses, cuyo ingenio sutil y brillante le fascinaba. Tanta agilidad en el estilo, gracia en la expresión, pulcritud en la forma y finura de pensamiento producían un extraordinario impacto en su sensibilidad. Pero los refinamientos de una aristocracia cansada y descreída no eran propios de jóvenes forjadores de una patria nueva, y si bien Castellanos repudiaba el exotismo de un Casal, se dejaba seducir por el frío impersonalismo y el diseco descreimiento de Maupassant. Así, pues, no se trataba siquiera del escepticismo indulgente de Anatole France. Lo peor del caso es que esa postura adquiere visos de claudicación, de renuncia y acomodamiento ante el espectro de la miseria, como en *Los argonautas*. En *La manigua sentimental* que es, sin embargo, uno de los mejores relatos en su género de nuestra literatura se trasluce, so pretexto de realismo, una indiferencia frente a los ideales independentistas que resulta un poco chocante, si se tiene en cuenta que las heridas de la lucha emancipadora apenas si habían restañado. Conducido por un afán de realismo sicológico a lo Paul Bourget, en «Un epicúreo» roza el cinismo. Su humorismo, a la par que el de Maupassant, suele ser amargo, cuando no «diabólico» a lo Barbey. Esta displicencia de aristócrata que está de vuelta de todo resul-

taba peligrosa para quienes, conforme ocurría con la primera promoción de forjadores de la república, empiezan.

Pero el clima del momento favorecía la eclosión de un escepticismo prematuro. El Yo ante el mundo, propio de la novela sicológica de aquella época, se traduce en el individuo frente a la sociedad, una sociedad que se precipitaba hacia el mercantilismo, superponiendo los valores materiales a los del espíritu. «El llanto de las hadas» que presenta analogías con «El rubí» de Darío, con forma y contenido que revelan el influjo de las parábolas de Rodó, tiene un final significativo: una compañía inglesa arriba a la isla para explotar los yacimientos de diamantes hechos de lágrimas. El mal congénito de la república también incubaba el escepticismo. A poco de cumplir la misma tan sólo dos años, apuntaba ya la desidia, el apetito y el chantaje en el Congreso, y aparecían «los forros y las porras» electorales, hechos que Castellanos comenta amargamente.

EL JUANCRIOLLISMO

No cabe duda de que la mente cubana está avasallada por el erotismo, coyunda de la que no puede librarse ni en la vejez. El acaudalado don Roberto, personaje de *Juan Criollo*, cae víctima suya en la ancianidad, y sus hijos y nietos están también poseídos de la misma fiebre sensual, al par que Juan, el humilde recogido. El mismo fuego los devora a todos, sin distinción de clase. Aquí Freud no hubiese tenido dificultad alguna en comprobar su teoría, tan obvio resulta que la vida está condicionada por el mismo deseo biológico, exacerbado por un clima que caldea nuestra sangre, de por sí ardiente. Juan Criollo, hijo de barbero gallego y mulata camagüeyana, huérfano de padre tísico, conoce desde muy temprano las humillantes promiscuidades forzosas de la madre, la cual ha perdido su trabajo como lavandera de la Beneficencia; y conoce así mismo la vida miserable de niño arrojado al arroyo y la degradación de pillo hamponesco. Para este muchacho, tenaceado por el hambre y toda suerte de apetitos, criado en las malandanzas callejeras, la existencia no tiene secretos. La buena fibra materna, su propia naturaleza y una serie de azares le ponen, empero, al amparo de la delincuencia. La novela presenta su crecimiento y evolución, entre los imperativos del Yo, la necesidad más implacable y los requerimientos libidinosos, hasta dejarle en el dintel de una senaduría. Los episodios eróticos están expuestos

con insólita minuciosidad, pues Carlos Loveira aplicaba los preceptos de la escuela naturalista con extremo rigor, con escrupulosidad de clínico digna de Claude Bernard. Por momentos excede al propio maestro en observación acumulada y, si bien sus descripciones no llegan a prolongarse como la de la agonía del borracho en *La taberna* de Zola, reincide tanto que su obra casi se convierte en una sucesión de escenas eróticas, lo cual es probablemente su intención, a fin de mostrar un cuadro exacto de la existencia en el trópico. Mas, si estas hojas clínicas pueden interesar al sicólogo, resultan por repetición, un poco cargantes para el lector, sin contar que el afán de realismo descarnado a veces hace que el autor incurra en pequeñas groserías que chocan un tanto, por exento de ñoña pudibundez que se esté.

Con todo, *Juan Criollo* es una de las novelas cubanas más valiosas. Su interés principal reside en el panorama de la vida colonial y de los primeros años de la república. Su análisis de buena parte del material humano que nos legó el antiguo régimen es acabado y preciso, y de inestimable utilidad para la comprensión de nuestras idiosincrasias republicanas, cargadas de lacras del pasado. Juan Criollo, según lo quiso su autor, no es bueno ni malo. Nacido en la miseria moral y económica de las postrimerías de la colonia, trae lo bueno de sí que ha podido rescatar de la corrupción que le rodeó desde la infancia. Él mismo había aprendido casi todo lo que sabía, salvo lo que pudo enseñarle un maestro «uñisucio, nicotinoso, asmático; de fúnebre terno ensalivado; soñoliento y temblequeante por el hambre y la ginebra». Las lecciones de moral las recogió llevando recados a las amantes de don Roberto, «protector» de la viudez de su madre, y a las de los hijos de aquél. Cuando estalla la revolución del 95, no se decide ir a la

manigua, donde morían «tantos otros que no supieron conservarse para ministros, senadores y presidentes de República». Así, marcha a Yucatán, incorporado al séquito familiar de un hijo de don Roberto. En Mérida se educa trabajando como lector de tabaquería, se nutre de doctrinas revolucionarias y de ideas nietzscheanas bajo el influjo del barbero Cirilo y la emigración cubana, al tiempo que reanuda su amistad con Julián, antiguo compañero de correrías de pillo callejero. Mientras tanto ha tenido tiempo para casarse con una india mestiza, hacerle un hijo, dejarla y ligarse con una hermosa meretriz rubia.

Al triunfar la insurrección, vuelve a La Habana. Tiene tras de sí una retahíla de mujeres abandonadas, un hijo natural y otro legítimo, pero, habituado a vivir a la vera de la familia de don Roberto, no acierta a encontrar trabajo, no pudiendo contar con la ayuda de la misma a causa de sus roces amorosos con una nieta. Además, no ha peleado en la manigua ni es pariente de veterano, por lo que se le cierran muchas puertas. Conoce el hambre y la bohemia, hasta que Julián le encauza en la política y la burocracia gubernamental y, poniendo a contribución sus conocimientos de autodidacta y talento literario, se abre paso como periodista de estridentes denuncias, hasta llegar a ser representante. Casa con una oficinista, tiene varios hijos, automóviles, queridas y envía una mesada a la chola de Yucatán.

LOS PRIMEROS AÑOS DE LA INDEPENDENCIA

No puede Rafael Martínez Ortiz ser reputado un estilista pero, aunque su prosa tampoco constituye un dechado, posee suficiente fluidez y riqueza de expresión para que se le lea sin dificultad. Así lo atestiguan sus dos enormes volúmenes sobre los primeros años de la independencia de Cuba. Si bien la obra es fundamentalmente política, resulta de suma utilidad para apuntalar los atisbos del ambiente social y en menor grado del cultural, los más interesantes para nosotros, que recogemos de otras fuentes. Como escritor culto y protagonista, de cierta importancia, ha logrado presentar un cuadro amplio, preciso y sugestivo de los acontecimientos históricos en que tuvo participación más o menos directa, moteado de ligeros pero vívidos esbozos de algunas figuras descollantes que trató personalmente, sin que su propia postura política distorsione el sentido de los hechos registrados. Se trata, en suma, de una verdadera cornucopia de datos, cartas y proclamas, donde investigadores de distinta índole pueden despacharse a su gusto. Se perciben con diáfana claridad los pasos torpes y vacilantes de la república recién nacida, sin que el autor procure atenuar o justificar los tropiezos, que fueron graves y numerosos. El lector, sin embargo, no puede menos de advertir que no podía ser de otro modo. La propia sobriedad de la exposición, exenta a la par de condenas y disculpas, permite la libre formación de un juicio ecuánime y comprensivo. Asombra, empero, la pre-

cocidad con que apuntan los vicios que habría de subvertir los altos principios que presidieron el nacimiento de la república, desnaturalizándola y pervirtiéndola desde su pubertad, hasta comprometer su existencia misma, tan solo parcialmente rescatada por la revolución de 1933.

El autor describe el parto político bajo la luz de la esperanza y con la ocupación norteamericana actuando como eficiente comadrona. El ingenuo entusiasmo de las masas populares recibe ya en 1901, durante la Constituyente, la ducha fría de la Enmienda Platt. Todos se percataron de que la misma equivalía a una renuncia casi total de nuestra soberanía en el concierto internacional, pero algunos acabaron por aceptarla con resignación, considerándola un mal inevitable por el momento, al ver que un león de la independencia, como lo era Manuel Sanguily, así lo recomendaba. Otro tanto ocurriría bajo el gobierno de Estrada Palma, con la cesión de las bases carboneras de Guantánamo y Bahía Honda. Con todo, ello contribuyó en no poca medida, junto con el deterioro de la situación interna, a la eclosión de un sentimiento derrotista en el cubano. En efecto, la situación geográfica y el escaso tamaño del país, al par que su inmadurez moral e intelectual, parecían convertir la idea de una Cuba Libre e independiente en vana ilusión. La creencia de que una isla pequeña y atrasada, a los pies de un coloso fuerte y técnicamente a la cabeza del mundo, pudiera devenir una nación importante con personalidad propia, empezaba a parecer como un sueño hermoso pero irrealizable. Muchos honestos combatientes de antaño fueron al retraimiento, entre ellos el propio Varona. Otros, menos escrupulosos, encontraban en ello pie para entregarse sin miramientos al provecho personal. «Total, ¿qué más da?» se decían, y a ellos se sumaban los naturalmente inmorales que no necesitan justificación para cometer sus tropelías.

Apunta Martínez Ortiz que desde temprano había quienes no se forjaban ilusiones sobre el porvenir del país, señalando entre ellos algunos de los más sobresalientes que no tenían pelos en la lengua para decirlo. Así, Varona «renunció al honor de ser presentado como candidato para el cargo de delegado, por Camagüey, a la Convención Constituyente... y González Lanuza hizo lo propio con su candidatura». Añade Martínez Ortiz que ambos apreciaban la situación de inferioridad de Cuba en el plano internacional, pero se pregunta si hacían bien «...hombres de intelectualidad y de prestigio...» en sustraerse a la misión que el pueblo quería confiarles. También el venerable Marqués de Santa Lucía hizo declaraciones pesimistas al respecto, pero mantuvo una actitud combativa. Por otra parte, los Estados Unidos habían deslumbrado como nación y como potencia por su eficacia en poner término a la guerra con España, y los cubanos extendieron su ejemplo a la estructuración política, calcando su Constitución sobre el modelo norteamericano, sin tener en cuenta los factores locales que, según Martínez Ortiz, aconsejaban un sistema parlamentario.

No obstante su primer desengaño, el pueblo acogió con júbilo la proclamación de la república. La elección de Estrada Palma había revestido caracteres de plebiscito por tratarse de un candidato único al par que por el fervoroso sentimiento nacional que la animó. Pese al afecto y la estima que se dispensaba al general Bartolomé Masó, el cual no se postuló, no obstante cierto recelo que infundía el favor norteamericano que se rumoraba haber recaído sobre don Tomás, éste gozaba de una indubitable profunda simpatía popular, a más de estar activamente respaldado por el propio libertador Máximo Gómez, idolatrado por todos, sin contar que la larga y límpida ejecutoria revolucionaria

del elegido le hacían acreedor a una confianza absoluta. No podemos resistir la tentación de trasegar aquí algunas de las certeras y ágiles pinceladas de Martínez Ortiz: «Don Tomás Estrada Palma era un revolucionario de viejo cuño... La característica de su temperamento era la tenacidad; en sus resoluciones llegaba hasta la obstinación y la terquedad, cualidades poco recomendables para un hombre de gobierno... Defendía los fondos escasos de la Revolución, tanto o más que pueda defender los suyos propios, el más económico y meticoloso administrador, y mantuvo alto en sus relaciones con los prohombres norteamericanos, por la austeridad de sus costumbres domésticas y por la seriedad de su carácter, el prestigio del nombre cubano. Modesto maestro de escuela, le daba punto y raya a los que alardeaban de listos, y ni había modo de hacerle aflojar los cordones de la bolsa para malgastar un centavo... Todo lo veía y todo lo contaba y no transigía con movimiento mal hecho... De estatura pequeña, pero erecto y firme, llevaba muy bien sus años; ya frisaba en los setenta, ...el color sonrosado de su rostro daban a su fisonomía cierta mezcla de firmeza y de bondad inspiradora de respeto...». Semejante hombre era un maestro ideal para dirigir los primeros pasos de una república en su infancia.

Mientras tanto se instauraba un período de bonanza que aquietó un poco a los aprehensivos, creando un sentimiento de estabilidad. Los ingenios crecían en número y capacidad, y los fondos del bien administrado tesoro público aumentaban prodigiosamente. Este clima de seguridad y austera honradez propiciaba las inversiones al tiempo que engrosaba la corriente inmigratoria, bajo el amparo de una política de brazos abiertos al extranjero y de olvido para los cómplices de la opresión colonial. Ello tuvo, sin embargo, una repercusión inmediata en las clases trabajado-

ras que culminó, apenas seis meses después de la toma de posesión del primer gobierno, en la tumultuosa huelga de los tabaqueros, los cuales pedían la prohibición de emplear aprendices españoles, ya que éstos estaban desplazando a los cubanos. Mas, después de este vigoroso sobresalto, la vida volvió a normalizarse.

Por otra parte, empero, la niña república seguía haciendo sus travesuras, pese al ojo vigilante del maestro. Harto precoz, pronto aprendió los manejos tortuosos que le permitían procurarse con facilidad ricas y abundantes golosinas prohibidas. «Había sido el pago del Ejército Libertador el tema más discutido de la época», dice Martínez Ortiz, «todos los oradores echaron mano de él en sus discursos de propaganda, y al abrirse las Cámaras, por primera vez, inició los trabajos legislativos. ... Pronto empezó una especulación inusitada sobre los créditos. Se formaron compañías para adquirirlos; los agentes pulularon por todas partes, y procuraron hacerlos suyos al menor precio posible. Se daban pocas esperanzas y se procuraba engañar a los incautos... y hacíaseles creer que sus alcances eran letra muerta... Se lograron fortunas fabulosas y rápidas... Cualquiera daba su crédito por la cuarta parte del valor, y cuando vieron los interesados ir la cosa de veras, era ya tarde... habían entregado por nada, o poco menos, los haberes ganados en la guerra». Los empobrecidos patriotas del campo y de la ciudad habían sido víctimas de la primera gran estafa colectiva del período republicano. Afortunadamente, don Tomás Estrada Palma hizo uso del derecho de veto para derribar la ley sobre la lotería, pasada con buena mayoría por el Senado; e hizo otro tanto con la abusiva Ley de Inmunidad Parlamentaria, aprobada por ambas cámaras, pero mal recibida por la opinión pública.

A poco la carrera de la joven república por la vertiente de la perdición se hizo acelerada y parecía incontenible. Las trampas se multiplicaban tanto que ya el maestro no acertaba a prevenirlas todas. Se extendían a todos los órdenes, y la precoz criatura mostró en breve plazo consumada habilidad en el empleo de mañas sorprendentes. Lo grave era que comenzaba a tornarse desvergonzada. Así, la misma persona que había declarado en 1891 a don Tomás que la lotería era una gangrena social, ahora proponía una ley para crearla. Cuando la república contaba apenas dos años de edad, se iniciaba con ímpetu en el uso del fraude para sus fines políticos. Por parte y otra se cometieron desmanes que abarcaban una vasta gama de falsificaciones, irregularidades y violencias. Tanto los opositores como los partidarios del gobierno ponían en juego las más repugnantes prácticas para asegurarse el triunfo. Trabajo costó constituir después la Cámara, tantas eran las reclamaciones. «Los republicanos se decidieron a dar un golpe de mano para salir del atolladero», escribe Martínez Ortiz. «...unos amigos del Presidente señor la Torre le invitaron a almorzar y le retuvieron en el salón de comida: estaban decididos a llegar a la violencia en caso necesario». Mientras tanto, los conjurados se reunían bajo la presidencia del señor Malberty, a fin de integrar el quórum y aprobar los dictámenes correspondientes a las actas de las seis provincias. De hecho, la población estaba aún inmadura y la personalidad de los caudillos contaba más que las ideas políticas.

Con el andar del tiempo, don Tomás se dejaba engatusar por los ambiciosos que le rodeaban. El ejemplo de algunos presidentes norteamericanos que fueron ratificados varias veces en el poder empezaba a inspirar su pensamiento, con miras a ampliar y cimentar su obra constructiva. Algunas personas de confianza acabaron por atraerle, con-

venciéndole que aspirara a la reelección desde el Partido Moderado, lo cual desató una violenta reacción entre los secuaces de José Miguel Gómez dentro de esa organización. Decidido ya a mantener su propósito, Estrada Palma creó su célebre «Gabinete de Combate». Inicióse el inno-ble sistema de las cesantías para segregar a los partidarios de la oposición. Con esta amenaza se sojuzgaba a los empleados públicos, obligándoles a votar por el gobierno. La presión alcanzó proporciones tales que el propio libertador Máximo Gómez, otrora sostenedor de Estrada Palma, hizo patente con fiera indignación su protesta en una carta al señor Casuso. No obstante, numerosos ayuntamientos fueron intervenidos y se procedió contra varios alcaldes, a fin de arrebatar de manos de los adversarios cualquier recurso administrativo. Los excesos de los agentes gubernamentales durante y después de las elecciones fueron de tal magnitud que provocaron el alzamiento de agosto.

Mas, en su misma culpa encontró el castigo la joven república, pues los cubanos tuvieron que soportar la vergüenza de una injerencia extranjera en los asuntos de su país. Estrada Palma no tuvo fuerzas suficientes para sofocar la rebelión, siendo necesario apelar a la intervención americana. Cometió el error de subestimar a sus enemigos, creyendo de buena fe que no podía haber personas decentes entre ellos; y su terca intransigencia le impidió tratar con sus adversarios para llegar a una avenencia. No comprendió la situación, y abandonó el poder desengañado, sin saber por qué el pueblo lo vituperaba después de haberse entregado a él en cuerpo y alma. Dejaba en el tesoro \$13 625 539.65, habiéndolo encontrado exhausto: hazaña notable si se tiene en cuenta que el país había sido asolado por las guerras de independencia. Lo más trágico era, según opinan los más, que hubiera ganado las eleccio-

nes sin recurrir al fraude, el soborno y la coacción, por cuanto se reconocía generalmente que su gestión había sido honesta y provechosa, auspiciadora de un período de prosperidad y progreso. La extrema complacencia y prodigalidad de Magoon, que le reemplazó, redujo su herencia, trabajosamente amasada, a \$2 809 476.08. Bajo la intervención, empero, se observó una imparcialidad tan absoluta que algunos tildaron de Poncio Pilato, y se efectuaron elecciones bien supervisadas.

LA INTERVENCIÓN

La Enmienda Platt y la segunda intervención, si consideramos la primera la ocupación norteamericana que siguió la derrota de España, dejaron una profunda herida psicológica que apenas comienza a cicatrizarse algunos años después de la caída de Machado en 1933, si bien queda una porción que sangra todavía. Tanto es así que la mentalidad cubana no resultará del todo comprensible si no se tienen presentes esos dos hechos sobremanera lamentables. La intervención ostenta además una faceta que, unida a ciertos rezagos de la colonia de alongadas raíces, explica en buena medida el deterioro moral de la política y la vida republicanas: El sentimiento de total dependencia se ha ido alojando, asimismo, al extremo que los aspirantes al poder anteponen la obtención del visto bueno del vecino del Norte a la conquista del voto electoral; y para mantenerse en el gobierno les preocupa más la aprobación de Washington que la de sus propios conciudadanos. Este mal arranca ya de la exaltación a la presidencia de Tomás Estrada Palma, habiendo hecho desistir a su adversario Bartolomé Masó. El historiador y polemista Herminio Portell Vilá no difiere fundamentalmente de Martínez Ortiz sobre las circunstancias y el carácter del primer período presidencial y las aristas personales de su incumbente, aunque puntualiza de modo más concreto y preciso, según se desprende de su imponente *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España*.

Sin preocuparse poco ni mucho de doctrinas y filosofías de la historia, se ciñe a copiosos hechos y documentos recogidos y compulsados con método, tenacidad y cuidado, siguiendo paso a paso el asaz complicado desenvolvimiento a partir de la incubación de la *Joint Resolution* de 1898, en virtud de la cual los Estados Unidos reconocen de hecho y derecho la independencia de Cuba. En el tramo que cubre la segunda intervención despliega todos los factores y móviles que redundaron en tan deplorable operación y expone con larga perspectiva todas sus turbias implicaciones y desastrosas consecuencias para Cuba.

Abunda con Martínez Ortiz en el pintoresco retrato del paternal pero obstinado maestro que acaba por creerse el regidor providencial de los destinos del país, el que su terca soberbia lo lleva a entregar a la intervención extranjera antes que a sus compatriotas del bando contrario, triunfadores en la lucha política. No por eso quedan eximidos de culpa los codiciosos financieros e industriales nortños que para su provecho económico, mal entendido, ansiaban anular la vigencia de los justos y nobles conceptos expresados en la *Joint Resolution*, mediante la anexión de la Isla. Contaba para ello con la complicidad de buen número de acaudalados españoles ingratos, de privilegiada posición, que poco antes temblaban al presenciar la retirada de las tropas hispanas, temerosos de que los cubanos, que sin embargo hicieron con rara generosidad todo lo contrario, les expoliasen sus bienes y derechos, refiere con sugestiva ironía Raimundo Cabrera en ciertas escenas de *Sombras eternas*. Los antiguos amos preferían entenderse con los nuevos antes que con sus propios hijos liberados. Pero lo grave era que a tales maniobras prestasen su concurso algunos cubanos indignos y acaso otros tan sólo movidos por la creencia en la escasa aptitud de sus compatriotas para gobernarse

a sí mismos, opinión equivocada que precisamente procuraban alentar los referidos grupos extranjeros, asentándola al socaire de los efectos psicológicos de la intervención.

Con límpida diafanidad Portell Vilá muestra todo lo apuntado en el terreno firme de los hechos concretos escrupulosamente concatenados, todo sembrado de documentos probatorios. Influido sin duda por la óptica positivista de Fernando Ortiz y el determinismo económico de Ramiro Guerra, no pierde de vista los intereses que entran en juego. Señala cómo el ministro Squiers, que con desenfadada inconsecuencia censuraba en un momento dado la incapacidad de los cubanos y en otro encomiaba su habilidad, era de los que veían en la reelección de Estrada Palma una nueva posibilidad para el anexionismo mientras los liberales representaban el golpe de muerte para ese movimiento. De allí que en tanto que el diplomático norteamericano, en connivencia con intereses de su país, favorecía activamente dicha reelección, Villuendas denunciaba esas maquinaciones enderezadas a abrir las puertas a la intervención como medida propicia al anexionismo, en célebre telegrama al periódico *La Lucha*.

Las extralimitaciones e injerencias, al par que las trope-lías gubernamentales, inducen a José Miguel Gómez a renunciar a su candidatura, dejando el campo libre a los moderados que se despacharán a sus anchas en las elecciones. Mas, en los conatos revolucionarios de los liberales, algunos intervencionistas del Norte vislumbraban con razón, so pretexto de restaurar el orden, consecuencias favorables al anexionismo, para el cual actuaban de consuno ciertos grupos financieros y gran parte de los acaudalados españoles con quienes los cubanos se habían mostrado tan generosos al renunciar a las represalias por los daños sufridos durante la colonia. Mientras tanto, Estrada Palma y

sus partidarios no paraban mientes en la situación tensa y convulsa provocada por su política de fuerza. Finalmente, será el propio presidente quien, tras el alzamiento de agosto de 1906, invitará a la intervención en estrecha complicidad con el cónsul Steinhart, el cual había asociado hasta entonces su medro personal a la permanencia del gobierno usurpador en el poder. Pero Portell Vilá estima que Roosevelt no tenía el menor deseo de llevar a cabo la intervención ya que, no obstante sus veleidades imperialistas, era partidario de la independencia por la que había luchado.

La obstinación de Estrada Palma hacía fracasar todo intento de avenencia. Sin embargo, los años han mostrado que el probo bien que terco, ensoberbecido y obcecado presidente tenía razón cuando afirmaba que sus opositores procedían movidos tan sólo por un desmedido afán de lucro. Lo cierto es que, en última instancia, tanto en un campo como en el otro los viejos mambises trocados en políticos de nuevo cuño estaban prestos a recurrir a la intervención para satisfacer sus ambiciones personales. Con todo, una inmensa responsabilidad recae sobre Estrada Palma por haber renunciado de modo irrevocable junto con su gabinete sin transmitir el poder a un sucesor o gobierno provisional, haciéndole así el juego a Steinhart y sus allegados, los cuales columbraban en el estado acéfalo de la república la ineluctabilidad de la intervención; mientras que los liberales y algunos moderados se esforzaban por llegar a un entendimiento. En resumen, ese honesto, laborioso y sencillo presidente que llegó a creerse, bajo el influjo de aduladores interesados, un gobernante providencial, despedido por haber sido contrarrestado en su tal vez bien intencionada determinación de prórroga de mandato, prefirió sacrificar la duramente ganada independencia y entregar la república al extranjero antes que a sus opositores

del país, beneficiando a los anexionistas conjurados del interior y del exterior. Así, Taft anunciaba en septiembre 29 que había comenzado la segunda intervención.

Corroboraba Portell Vilá que el gobierno interventor de Charles E. Magoon despilfarró con abrumadora prodigalidad el dinero cubano en indemnizaciones injustificables, entre otras a España y a la Iglesia, así como en obras públicas mal presupuestadas, a menudo innecesarias pero de carácter político, para complacer a amigos y adictos, al extremo que un kilómetro de carretera que costaba \$6 278 bajo Estrada Palma, se pagaba \$18 345. Si bien la lacra de los empleos imaginarios databa de la colonia, Magoon reinició esa práctica, destruyendo la obra de adecentamiento iniciada por sus antecesores y «el peculado, la improvisación y la falta de sanciones echaron sus raíces, con las cuales han vivido hasta nuestros días». Gastó cerca de cien millones de pesos, trayendo el triunfo del derroche administrativo. Hay indicios de que Taft designó a Magoon a fin de obtener los medios que facilitarían su elección.

Destaca Portell Vilá que el acomodaticio gobernador provisional, con ostensible carencia de sentido democrático, no se rodeó de un consejo de secretarios cubanos. «Tenía más poderes discrecionales que un capitán general español durante el breve régimen autonómico: prohibió la reunión del Congreso y anuló elecciones; cobró y gastó a su antojo las rentas públicas; pactó con naciones extranjeras, dictó leyes orgánicas, encarceló e indultó, otorgó concesiones ruinosas a costa de Cuba e hizo en suma todo lo que correspondía esperar de un dictador.» Mas, no hizo nada para organizar la economía cubana, crear un sistema bancario independiente, diversificar la producción y fomentar el desarrollo de la pequeña propiedad. Despojó al país con indemnizaciones tan infundadas como la de las armas

abandonadas por España en su retirada, que el propio Estrada Palma repudió con firmeza. Concretóse ciertas reformas administrativas de utilidad, oscureciéndolas sin embargo con la complacencia inaudita mostrada a intereses espurios y la vuelta a una corrupción desvergonzada. Sus maniobras turbias así como sus indultos encaminados a asegurarse en la Constituyente la mayoría necesaria para la aprobación de la Enmienda Platt, alcanzando los perdones en el espacio de dos años la cifra astronómica de 1 140; marcan el inicio de una de las lacras más degradantes de la república.

Los liberales de la facción de José Miguel Gómez, con astucia y habilidad, se aprovechan del descrédito que sepulta las huestes moderadas sostenedoras de la prórroga de Estrada Palma, acaudilladas por Mario G. Menocal; y logran captar gran número de intelectuales descollantes. Así se inicia la sangrienta y enconada lucha política que dividiría la república durante un cuarto de siglo en dos bandos, bajo el caudillaje de Menocal y de José Miguel, Zayas y Machado. La indiferencia hacia la política por parte de las clases adineradas, conforme apunta Portell Vilá, se debe a que la mayor parte de éstas, en la que se apoyaba la táctica norteamericana, era de raigambre española, mientras que los cubanos que habían entregado su fortuna a la causa de la independencia quedaban relegados, junto con sus descendientes, al ejercicio de las profesiones y a los cargos administrativos, desajuste acrecentado por la nociva estructuración fiscal y económica establecida por el autoritario Wood. Téngase en cuenta que sumaban cuarenta millones de pesos los bienes confiscados por los españoles a los patriotas cubanos mientras que éstos, realizada su liberación, dejaron indemnes las fortunas de sus antiguos opresores, actitud que contrasta con la de los mismos ame-

ricos, los cuales, al lograr su independencia, se apoderaron de un total de ochenta millones en bienes de los ingleses y sus cómplices. Agrega el autor que, en vez de concertar empréstitos para las realizaciones de utilidad como bancos de refacción agrícola, una marina mercante, una enseñanza técnica y la alfabetización, Magoon prefirió emplear tales créditos en empresas con amplios márgenes que permitiesen el rápido enriquecimiento personal. También se pagaron deudas dudosas como la de las gestiones en torno a la *Joint Resolution*. Fue una orgía de millones consentida por los trece y tantos millones dejados por Estrada Palma, los más de cincuenta y cinco recaudados y el segundo empréstito de la república. De lo expuesto se desprende la decisiva importancia del influjo ejercido por los primeros años de vida republicana en la formación de la mentalidad del cubano, el cual tuvo que sufrir resignado la humillante y descorazonadora afrenta de la intervención extranjera. Paradójicamente, el triunfo electoral de los liberales, aunque estos se pronunciaron explícitamente contra la Enmienda Platt, admitida por los conservadores, agradó a los injerencistas al demostrar la usurpación de Estrada Palma, justificando así la intervención.

VARONA Y LA REPÚBLICA

Varona tenía demasiado sentido crítico para hacerse ilusiones. Comprendió, es cierto, la necesidad perentoria de reemplazar el caduco régimen español por el republicano, el cual permitiría el pleno y libre desarrollo de los recursos del país, pero también se percataba de que las propias deficiencias del sistema colonial habían afectado la conformación mental de los cubanos. A más de diezmados y depauperados por la guerra, la incuria y la explotación, se hallaban en un enorme estado de atraso con respecto al resto del mundo civilizado. El ilustre pensador, que a la sazón contaba ya con la ópima madurez de más de medio siglo pletórico de estudio, experiencia y observación, entendía que uno de los problemas más urgentes era, pues, el de la educación, complementado por el de la reeducación. Se trataba no sólo de alfabetizar a las tres cuartas partes de la población, sino de sustituir la vieja enseñanza memorística y ergotizante por otra más a tono con las premisas del momento. Había, en suma, que preparar al cubano para la vida moderna. Así, cuando le fue encomendada la reforma de la enseñanza, se inspiró en ese criterio, y lo hizo con energía y decisión. Lo primordial era inculcar un sentido práctico al ciudadano que le permitiera atender a las ingentes necesidades materiales de su país, preteridas por un régimen basado en la expoliación; precisando asimismo pertrecharlo de los imprescindibles cono-

cimientos científicos de que le habían privado dos siglos de enseñanza anacrónica cuando no ausente por completo. Con este ánimo de preparar constructores para la patria, suprimió del programa educacional todas las disciplinas del espíritu. Las consecuencias de este bien intencionado celo, justificable entonces pero que con el andar de los años se mostró excesivamente unilateral, pueden palpase en la actual decadencia cultural. Con todo, de no haber surgido otros factores, previstos hasta cierto punto por el propio Varona, ello hubiera favorecido aún más nuestro desarrollo industrial. Lo cual no impide que gobiernos ulteriores, de ser capacitados, hubieran podido introducir las modificaciones necesarias a su debido tiempo.

Por lo mismo que Varona supo poner al desnudo la caducidad, ineptitud y corrupción del régimen colonial, vislumbró y denunció las flaquezas de la república. En recias y medulares páginas, previó el lamentable alcance de la insurrección de agosto de 1906, que ensombreció de inquietud la mente de muchos ciudadanos dignos, preocupados por el porvenir de la independencia de su país. Fustigó el egoísmo partidarista que amenazaba con poner a saco la patria recién nacida. «Mayorías liberales y mayorías moderadas...», escribía el 31 del propio mes de agosto, «todos han procedido bajo la obsesión de que ellos y sólo ellos eran la república». Lamentaba que nuestras prolongadas convulsiones políticas hubiesen coincidido con el período de transformación industrial en el resto del mundo, por lo cual quedamos muy a la zaga. Mientras tanto, se concentraba nuestra industria incipiente en manos extranjeras, dejando al cubano en una condición de resistencia económica aún inferior, no ya a la de 1868, sino a la de 1895. «Cuba no es ya una colonia», decía en septiembre del mismo año, «pero sigue siendo una tierra de explotación». Se-

ñalaba, asimismo, en un discurso de 1911, que «producimos para exportar, empleamos todo nuestro esfuerzo en trabajar para el comercio exterior; y, en cambio, todo lo que es necesario para el consumo más rudimentario... el cubano necesita que se lo aporten». Estimó que los cubanos hubieran hecho mejor en allanar sus diferencias por otro camino en vez de alzarse, pegando la boca del fusil contra el pecho de sus compatriotas, aun cuando tuviesen razón, puesto que el intervencionismo americano se inclinaría siempre, como es natural, a reconocer el gobierno de facto. Creía, por otra parte, que don Tomás hubiese ganado las elecciones de todos modos, sin necesidad de recurrir a la brava.

Su pensamiento político y económico revela la misma ponderada sagacidad de sus ensayos filosóficos y literarios. En uno y otro caso preside el mismo metódico espíritu analítico que, al descubrir desde temprano las flaquezas de la república, se sume en creciente pesimismo. Desengañado por las taras del gobierno conservador a que pertenece, Varona se retira de la vida pública y docente, para entregarse de nuevo a las letras. El desmoronamiento de la república democrática trueca la duda del escéptico en un pesimismo afianzado en la seguridad del fracaso comprobado. «La juventud cubana piensa más en las bolas de Luque y los puños de *Kid Chocolate* que en el porvenir de Cuba», afirmaba en el ocaso de su vida, pero el movimiento de protesta estudiantil contra Machado acabó por encender en él un fulgor de esperanza.

CUBA CONTEMPORÁNEA

En enero de 1913 nacía la revista *Cuba Contemporánea*, la cual recogería durante catorce años —larga vida para una publicación de su tipo y talla entre nosotros— el fruto de las preocupaciones de los espíritus más conscientes del país. Su propósito manifiesto era seguir el ejemplo, sin pretender igualarlo, de la *Revista de Cuba*, de José Manuel Cortina y la *Revista Cubana* de Enrique José Varona, el cual, sin embargo, escribía en una carta a sus fundadores que la tarea de éstos sería más difícil que en tiempos de la colonia, por cuanto «hoy somos nosotros mismos los que estamos unos frente a otros, ciegos por la pasión y enconados por la lucha. Entonces se pugnaba por ideas; hoy se combate por orgullo o por codicia». La revista respondía de veras a una necesidad histórica, y valga el lugar común, puesto que a la vuelta de varias graves zozobras que pusieron en peligro la existencia misma de la república, resultaba imprescindible difundir sin restricciones el pensamiento más preclaro, generoso y ponderado de la nación. El criterio que asumiría la revista iba a ser, muy atinadamente, en sumo grado liberal ya que la difícil coyuntura del momento precisaba la colaboración de cuantos escritores estuviesen dispuestos a poner su pensamiento al servicio del país, ya sea contribuyendo con soluciones propias, con la divulgación de ideas o al mejoramiento del nivel cultural. Su fin no era, en efecto, imponer opiniones sino darlas a conocer, aunque estuvieran en pugna

con las sustentadas por la Dirección. Esta se proponía revivir las energías de sus conciudadanos, «adormecidas por concupiscencia de unos y la mala fe de otros». En el primer editorial se afirmaba con modestia que podían errar, pero no a sabiendas, de suerte que lo que no cabe poner en duda es la rectitud de intenciones que movía a estos jóvenes de entonces.

En el primer número hay una conferencia sobre Rudyard Kipling de Jesús Castellanos, muerto prematuramente el año anterior. Antonio Sánchez de Bustamante, por su parte sostiene que la capacidad no debe estar reñida con la democracia, la cual excluye los privilegios sociales pero no los derechos de la aptitud. La restricción de la entrada de inmigrantes, con miras al blanqueamiento de la población en conformidad con la tesis sustentada tres cuartos de siglos antes por Saco, es el tema de un artículo de Carlos Velasco, director de la revista, el cual apoya sus alegatos demográficos en argumentos económicos-sociales, como el envilecimiento de los sueldos debido a la competencia desleal de braceros jamaquinos y haitianos. El autor aprovecha esta coyuntura para denunciar la violación por parte del gobierno de José Miguel Gómez de la ley contra la importación de trabajadores contratados.

Si bien la Ley Morúa Delgado prohibiendo la formación de partidos raciales había resuelto en el terreno jurídico-político la cuestión racista, ésta continuaba debatiéndose a causa de la sangrienta represión del alzamiento de Estenoz e Ivonet, propugnadores del Partido Independiente de la Raza de Color; y es preciso consignar que la opinión prevaleciente en los trabajos publicados sobre la cuestión en aquellos años por esta revista al par que en la prensa, era de tinte racista más o menos subido.

La próxima inauguración del monumento a Luz Caballero en el Parque de la Punta, posteriormente trasladado a la vera del antiguo Seminario de San Carlos, constituye para Julio Villoldo una excelente ocasión para abogar por el desarrollo y la protección del colegio cubano, inspirado en las normas de El Salvador. Sostiene la necesidad de difundir los grandes ejemplos cívicos nacionales y cita frases juiciosas al par que sugestivas de Martí en relación con los peligros que la educación de los niños en el extranjero entraña para el porvenir de la conciencia nacional. También se discute la disyuntiva entre la enseñanza laica y la religiosa, pero salvo en el caso de Luis A. Baralt, los criterios favorecen, con mayor o menor énfasis, la primera.

No estaba desatendido el campo específico de las letras en *Cuba Contemporánea*. Cultivadores cubanos de la crítica, historia y teoría literarias, tales como Regino Boti, J. M. Chacón y Calvo, J. M. Poveda, Emilio Blanchet y Bernardo G. Barros, e hispanoamericanos como Francisco Contreras, Rufino Blanco Fombona, Alfonso Reyes, Porras Troconi y Pedro y Max Henríquez Ureña, amén de otros muchos, contribuían con valiosos estudios sobre tales materias. Eso sí, los amagos novelísticos no son en general, dignos de mención a no ser como ejemplos de cursilería. En cambio, hay una deleitable cuanto gráfica y veraz evocación de la toma de Santiago debida a Alfonso Hernández Catá, en la que menudean los detalles vívidos y elocuentes. Al través de las pupilas de niño que era a la sazón este escritor que pone a contribución con eficacia sus dotes de cuentista para realizar una suerte de reportaje retrospectivo que comienza por las tertulias de los estrategas de café que sostenían con aplomo la víspera del acontecimiento la imposibilidad de un desembarco norteamericano, para presentar una serie de instantáneas de los momentos

culminantes, desde que los tres primeros cañonazos aterran y desconciertan la población. Cuando los marinos españoles vuelven a los buques que pronto habrá de tragarse la mar, al paso de un joven y bello teniente alguien lamenta verle marchar a su muerte, y aquél vuelve la cara, como si hubiese oído. El éxodo civil desata los más crudos contrastes del alma humana ante el hambre y el desamparo: unos comen escondidos a fin de que no les pidan, otros fingen haber comido para que no les rechacen lo que ofrecen y hay niños pequeños que quieren compartir un mendrugo con su madre. El relato cierra con un giro del azar: desde una ventana alguien reconoce en un militar norteamericano a un viejo amigo y le grita que venga a visitarle. Otros números reproducen *Los argonautas* de Jesús Castellanos, que ya comentamos; la tragedia *El traidor* y una mordaz sátira de costumbres de José Antonio Ramos, sin contar algunas colaboraciones de crítica literaria madrileñas y parisienses de Justo de Lara, quien por aquel entonces remitía sus crónicas a *La Discusión*.

Pese a la tónica más bien moderada de la revista, se abordaban con franqueza los candentes problemas contemporáneos de Cuba. La elección de Mario G. Menocal motiva un artículo de Carlos Velasco que revela las preocupaciones del momento. Allí se presentaban al nuevo gobierno las aspiraciones nacionales, tales como la concertación de contratos con las compañías de navegación para contrarrestar los efectos de la próxima apertura del Canal de Panamá; la entrada libre de impresos con miras a propiciar el movimiento cultural; rebaja de aranceles prohibitivos para productos ajenos a la industria nacional; contracción de presupuestos; reforma escolar y adecuación de maestros; deslinde de tierras del Estado para su arrendamiento, protección de la riqueza forestal; institución de

bancos agrarios, y la ley del divorcio que iba a situarse en el primer plano polémico y legislativo durante más de un lustro, y que era favorecida por R. Sarabasa, González Lanuza y otros muchos. La cuestión habría de invadir, según veremos, los predios de la novela. Desde 1906, con motivo de la presión electoral ejercida sobre la burocracia gubernamental por el llamado Gabinete de Combate, la condición del empleado del Estado ocupaba, y seguiría ocupando hasta el presente, la atención de la ciudadanía ansiosa de orden y estabilidad. Así, Mario Guiral Moreno solicitaba del gobierno recién electo la aplicación de la Ley de servicio civil implantada bajo Magoon, con modificaciones tendientes a conservar los cargos imprescindibles y a evitar reducciones abusivas de los sueldos en perjuicio de la calidad del trabajo rendido. Por su parte, José Sixto de Sola, cuya existencia estaba a punto de extinguirse en el apogeo de su juventud, movido por el ardor de su bullente corazón de patriota, iniciaba con un artículo sosteniendo el derecho de Cuba sobre Isla de Pinos y con otro donde ponía en guardia contra la penetración demográfica ejemplificada por el caso de Hawai, su campaña por el reconocimiento definitivo de nuestra soberanía sobre dicha dependencia de la provincia de La Habana, problema que encontraría años más tarde su justa y feliz solución en el Tratado Hay-Quesada.

El espíritu conservador que se advierte en la mayor parte, si no en todos los colaboradores de *Cuba Contemporánea* durante el período de la primera guerra mundial, se debe en buena medida a la corrupción y la chabacanería populachera del gobierno de José Miguel Gómez, pero también a la presencia de una personalidad intelectual tan estimada como lo era Enrique José Varona, al lado de Mario G. Menocal ocupando el cargo de vice-presidente. Con

todo, resulta notable la sagacidad que algunos revelan en el examen y definición de la mentalidad cubana. Algunas de sus idiosincrasias más salientes y su etiología son estudiadas por José Sixto de Sola en un penetrante trabajo titulado «El pesimismo cubano». Este ensayista situaba certeramente las raíces de dicho sentimiento en el efecto desmoralizador creado por el clima de provisionalidad propio del régimen de factoría que implantaron en Cuba los españoles durante más de tres siglos. La población que sólo venía de tránsito para otras tierras o para enriquecerse y marcharse lo más pronto posible, no se identificaba con el país. La ignorancia y la pobreza en que el régimen colonial sumía a quienes se quedaban, entorpecía la floración del sentido cívico. Bajo la república, el desengaño de las masas deseosas de palpar el beneficio material del gobierno de Estrada Palma, el cual no tuvo tiempo de emplear los veinte millones que había atesorado y que fueron dilapidados por sus sucesores, contagió otras capas sociales. Añádase las posteriores defraudaciones políticas, y podrá explicarse nuestro pesimismo y la consiguiente falta de sentimiento patriótico. Muestra, sin embargo, un excesivo optimismo Sola al cifrar esperanzas en la cubanización del comercio español y en el progreso demográfico basado en las sucesivas generaciones de hijos de extranjeros nacidos en Cuba.

Dentro del mismo orden, Mario Guiral Moreno examina algunos «aspectos censurables del carácter cubano». Abundando con Varona en torno a la necesidad de impedir la falsificación del sufragio, comenta nuestra indisciplina en el acato de la voluntad mayoritaria. Describe, además, con acierto el sensualismo y el «choteo», que define como propensión a burlarse con sorna de todo lo estimable y a escarnecer las personalidades, lo cual equivale al relajamiento del respeto mutuo, que se concreta en el confianzudo tuteo y la

palmadita en el hombro, así como en la informalidad en el trato social. He aquí, sin lugar a dudas, una de las modalidades más específicas de nuestra convivencia, que entonces tocó también J. M. Poveda, la cual habrá de ser analizada e interpretada con mayor amplitud por Jorge Mañach tres lustros más tarde, en tanto que Fernando Ortiz rastreará el origen africano de algunos ingredientes.

Es natural que en un período formativo como lo era el que cruzaba la república cuando no había cumplido aún los quince años, la enseñanza mereciese la atención primordial de los intelectuales. Así, Julio Villoldo achaca a la mala educación nuestra indisciplina, la cual ya se inicia en el ámbito familiar. Apoya su demostración en dos casos típicos ilustrados por nuestra literatura: el mal ejemplo de Cándido Gamboa en *Cecilia Valdés*, al par que el morbosos amor materno de su esposa; y una carta de la Condesa de Merlín destacando la debilidad materna y la extrema precocidad del desarrollo infantil. «Cuando en el hogar se enseñe a ser patriota», concluye, «el culto a los héroes y a reprimir ciertas pasiones se extinguirá el tipo del político audaz y ambicioso». Enrique Gay Calbó indica, no sin gracia, el efecto negativo de la enseñanza colonial, cuyos rezagos no se habían extinguido aún, y que se caracterizaba por su índole memorística a expensas de las demás facultades mentales, así como por los cogotazos, las palmetas y el cuartito, y el hacinamiento en bancos sin respaldar. De esa escuela cuartel, afirma, salían cadáveres morales, hombres sin iniciativa ni entusiasmo por el estudio; y oponía la escuela nueva con su concepto de orientación infantil hacia los objetivos de la existencia. José Sixto de Sola apoya la prédica de J. A. Ramos en favor de la sincronización de la enseñanza con el progreso del país; y critica los apetitos y el libertinaje desmoralizador del gobierno de José Mi-

guel Gómez. Encomia la moderación de los cubanos que perdonaron a sus opresores mientras las heridas que éstos les habían infligido sangraban todavía, y destaca el agradecimiento a los colaboradores de la independencia; pero denuncia la malquerencia de aquéllos y el desprecio de éstos. Mientras tanto, Guiral Moreno y González Lanuza se declaraban contrarios a la abolición de la pena de muerte, entonces ya contemplada por el Poder Legislativo.

Pese al certero enfoque de la mayor parte de los problemas del momento, en muchos casos apenas superado desde entonces, el concepto literario que informaba la revista era arcaico. Su prosa redundante, estirada, lerda y ampulosa pertenecía, con sus largos períodos en *crescendos*, al farragoso género español del siglo pasado. Mas, en la poética los trabajos de Regino Boti delatan inquietudes bien apuntaladas. En cuanto a la prosa, Luis A. Baralt y Zacharie aboga por nuevas orientaciones rítmicas, denunciando el vicio del perezoso vaivén del género hispano y opone el carácter dinámico de una prosa de ritmos más complejos, sutiles y sorprendentes. Con todo, corresponderá a la *Revista de Avance*, iniciar en 1927, bien que con algún retraso, el nuevo estadio en este campo.

Dentro del ámbito exclusivo de las letras, el mismo año en que nace *Cuba Contemporánea*, 1913, Juan F. Sariol funda en Manzanillo *Orto*, que recogería la herencia y los lineamientos de *El Pensil*, transformado luego en el *Renacimiento*, término que entrañaba una implicación local, vista la letal modorra cultural en que había caído el país. Esta nueva revista, cuyo título fue sugerido por Juan Jerez Villarreal, continuadora de la renovación modernista iniciada con algún retraso por su predecesora en 1910, bajo la égida espiritual de Julián del Casal, desempeñaría una función rectora en Oriente y otras provincias digna de sus con-

géneros capitalinos, con una longevidad única en nuestra tierra, ya que se mantiene aún en vida. Semejante perseverancia resulta tanto más notable si se tiene en cuenta que durante esa alongada existencia hubo lapsos en que las rudas sacudidas económicas, sociales y políticas dejaron a la república huérfana de otros órganos puramente literarios. Además de las colaboraciones del primer grupo, que comprendía a los Boti, los dos Poveda, Luis Felipe Rodríguez, el dominicano Sócrates Nolasco, Vázquez de Cubero, Galliano Cancio, Armando Leyva, Recaredo Répide, Ángel Giraudy y Fernando Torralba, *Orto* fue admitiendo exponentes, muchos de ellos antes de alcanzar su consagración, de sucesivas modalidades, no ya de provincia y la capital, sino del resto del mundo de habla hispana.

LA REPÚBLICA DE *GENERALES Y DOCTORES*

Mientras Juan Criollo, con sus botones de oro en la camisa y hebilla de plata en el cinturón, es el hijo del pueblo que se deteriora no tanto por maldad innata como a causa del degradante influjo ambiental y por la carencia de educación; Ignacio García procede de la clase media inferior y su personalidad moral permanece indemne. Ambos nacen en la penúltima década de la colonia, pero de cuna un poco más privilegiada que la de aquél, éste se mantiene a salvo de la acción infamante del hampa y de la condición humillante de huérfano recogido. Mas, hijo de un honesto factor del ejército español y de igualmente honrada mujer cubana, pero sobrino de pícaro bodeguero integrista, supo encontrar por sí mismo el camino de la justicia y seguirlo hasta el fin de sus días. Desde muchacho devoraba a hurtadillas literatura separatista, de suerte que su conciencia de patriota cubano estaba formada cuando, adolescente aún, estalló la insurrección del 95, hallándose pronto a empuñar las armas, al paso que Juan Criollo marchaba a Yucatán. Las circunstancias le habían llevado a Nueva York, pero se enrola inmediatamente en las fuerzas revolucionarias, y al enterarse de lo necesitadas que estaban de profesionales útiles, emplea el tiempo de espera para estudiar odontología, a fin de tener más seguridad de que le enviaran a la manigua. Y, efectivamente, en 1898 se le incorpora a una expedición que desembarca en Oriente. Estas primeras eta-

pas de su vida ocupan la mayor parte de *Generales y doctores*, otra novela de Carlos Loveira, paralela a *Juan Criollo*, y, como ésta, rico y realista trasunto de las postrimerías de la colonia y la infancia de la república, aunque con menos visos de experimentalismo psicológico.

Terminada la guerra de independencia, el lector se encuentra de súbito a fines de la segunda década republicana. El contraste es impresionante. Los males que afloraban en los albores de Cuba libre, constituyen ahora un cáncer profundamente enraizado. Ignacio García, casado con la novia de su mocedad y que ejerce su profesión en un pueblo de campo, se encuentra en un tren con un personaje vulgar y rumboso, pero opulento y reverenciado por todos los pasajeros. Al cabo se reconocen: es su tío el bodeguero tramposo, el integrista furibundo que gritaba por las calles de Matanzas «¡Viva España con honra!» Ahora está hecho un rico hacendado, tiene título de doctor y es un potentado de la política cubana. El personaje corresponde a don Cayetano en *Sombras que pasan*, de Raimundo Cabrera. La Habana es un enjambre de generales improvisados y doctores que no profesan, parásitos de la política ajenos a los intereses de la nación, que han vendido la economía del país a monopolios extranjeros. Advenedizos, criminales y aventureros de toda laya dirigen los destinos de la patria. El Nene, delincuente que había agredido a Ignacio con un puñal en tiempos de la colonia y estafado a su tío el bodeguero con el llamado timo de la guitarra, se ha transformado en general del Ejército Libertador, cabecilla político, alcalde vitalicio de un pueblo del interior y representante.

Hercúleos miembros, que diríase reclaman el arado, el machete o el banco del carpintero, se ocultan bajo la blancura del dril 100, trocados en instrumentos de politiquería; dedos rollizos ensortijados, rutilantes de pedrería; revól-

veres de grueso calibre y conversaciones en voz alta para deslumbrar: tal es la metamorfosis operada en la gente del pueblo aprovechada, gracias a la república. Por más que se ha dicho que la república será agrícola o no será, todos siguen haciendo doctores de sus hijos. En el país no hay más que diez o doce nombres perennes, insustituibles. Los periódicos sólo informan de lo que ha dicho el general Montalvo, lo que opina el doctor Alfredo Zayas, declara el general Asbert, la asamblea que preside el general Pino Guerra, la entrevista con el general y doctor Freyre de Andrade y sobre el viaje del general Gómez. El propio Ignacio García accede a un curul de representante con el dinero de su tío, pero desde allí prosigue su obra de rescate, mientras «los veteranos no se vayan a dormir el sueño eterno a la tierra que tanto les debe... y en tanto los doctores sin clientela no sean arrollados por las fuerzas vivas del país... y por el pueblo que es lo menos podrido». Aquí, pues Carlos Loveira muestra una visión más optimista que en *Juan Criollo*.

EL BOVARISMO CRIOLLO

Los problemas morales, sicológicos y sociales de la clase media es de lo que trata principalmente Miguel de Carrión en su díptico *Las honradas* y *Las impuras*; y, de modo particular, la condición de la mujer cubana. Después de la liberación nacional, y en virtud de la rápida incorporación del país a las corrientes mundiales imponíase la emancipación de la mujer, aún condenada por la herencia de costumbres coloniales a vegetar en sus funciones hogareñas mientras el marido proseguía sus andanzas con todas las prerrogativas de un señor feudal. El progreso material y la proximidad a los Estados Unidos, donde se luchaba intensamente por los derechos femeninos, favorecían el esfuerzo liberador. En este aspecto, aunque en otros *Las impuras* la supere, la primera de las dos novelas citadas resulta más interesante. Cuando fueron publicadas, en 1918 y 1919, respectivamente, Cuba se adentraba en su gran período de bonanza económica, recordado con añoranza como el de «las vacas gordas», y la ley del divorcio estaba a la orden del día. Victoria, la heroína de *Las honradas*, es una Madame Bovary cubana. Educada con todo el rigor de la usanza española en las postrimerías de la Colonia, en evitación de todo contacto extraño, recibe sus conocimientos primarios sin salir del recinto de su casa, en la paz provinciana de Santa Clara. Luego cursa unos años de estudios en un colegio norteamericano, donde atisba otro género de

vida. Terminada la guerra de independencia, su padre, un exprocurador y terrateniente villaclareño, se establece en la capital, donde un golpe de fortuna le coloca en un importante cargo administrativo. Tal es el medio social y el marco urbano en que la joven alcanza la edad de mujer núbil, pero ella resulta ser una inadaptada.

Penetrada de lectura de novelas, anhelaba otro género de existencia. Se preguntaba si «habría nacido con algo de más o de menos en el alma, al igual que ciertas criaturas contrahechas desde la cuna que no podrían gozar jamás de la alegría de las otras». Lo cierto es que repugnaba el erotismo pedestre de ciertas amigas. Sin creerse romántica, acariciaba otros sueños. Era, en suma, una incomprendida, al igual que su congénere normanda del siglo pasado. Y en efecto, cuando casa con un químico azucarero, correcto, atento, formal, éste no logra, empero, adueñarse de su corazón. Es más, hay otra analogía que completa el paralelo: cuando un comprensivo caballero de finos y suaves modales penetra el desierto de su vida provinciana en el ingenio, ella sucumbe sin que el marido se entere.

Mas, no hay desenlace trágico. El gusto y la corriente optimista, del momento no lo permitían. Ahito del disfrute de su presa, el acaudalado tenorio la abandona, y todo retorna a su cauce; ella, curada de su frigidez sexual, y el químico feliz de verse padre de una hermosa niña. De paso, el autor puede hacer alardes de penetración sicológica, a veces atinada en lo tocante a la contención de Victoria, pero a menudo cargantes cuando extiende y reitera en demasía los momentos eróticos, so pretexto de un realismo que, de hecho, se asemejaba más bien a las elucubraciones de El Caballero Audaz o Pedro Mata. Se trata de una cuestión de estética y no de pudibundez, por cuanto la redundancia cansa. El mismo tema ha sido manejado con aún

mayor crudeza, y sin embargo no ha resultado chocante. Miguel de Carrión, dominado por el naturalismo científico francés, pone a contribución sus conocimientos médicos para trazar un cuadro verídico de una operación y el retrato exacto del cirujano, todo lo cual luce empero un tanto traído por los cabellos. A partir de aquí y al través de la escena con la comadrona, la novela tiene mucho en común con *Fecundidad* de Emilio Zola, incluyendo los ribetes científicos y su, aunque más disimulada, moraleja. A fin de complementar su exactitud científica con la autenticidad del documento humano a lo Goncourt o Mirbeau, el autor presenta la obra como un escrito de la propia protagonista, en que ésta lega a su hija la verdad descarnada. Es poco probable, sin embargo, que una madre hubiese mostrado a su hija con tanta complacencia y extensión la desnudez de ciertos hechos, lo cual va en detrimento de la veracidad científica a toda costa, precisamente tan en boga a la sazón entre los escritores naturalistas experimentales y sicológicos como lo era Miguel de Carrión, entre cuyos méritos hay que abonarle, empero, el de haber trazado una viva estampa del provincianismo a la sazón imperante.

LA CUESTIÓN DEL ADULTERIO

En los albores mismos de la república, un joven escritor cubano, José Antonio Ramos, hacía del adulterio el tema de su novela primericia, *Humberto Fabra*, la cual, publicada en 1910, era asimismo una de las primeras en aparecer después de la independencia. El hecho en sí parecería banal por cuanto el adulterio ha venido moviendo muchas plumas desde tiempos inmemoriales, si la ulterior evolución de los derechos de la mujer durante el período republicano, hasta culminar en la Ley de Equiparación de 1950, no le confiriera a dicha obra notables ribetes de anticipación. El que el autor haya previsto o no el sesgo de los acontecimientos en ese terreno, o si no hizo más que seguir la corriente teatral y literaria del momento, no amengua mucho el interés que suscita la temprana presencia de la novela de marras. Por lo demás, sabemos que el autor se daba con ahínco al estudio de la sociología, a tono con el movimiento positivista aún imperante, lo cual permite suponer que supo captar el verdadero alcance de la campaña feminista que a la sazón agitaba los países anglosajones. En todo caso, Miguel de Carrión hubo de seguir su ejemplo al escribir, con un enfoque más restringido pero más preciso, *Las honradas*, en tanto que en 1918 se aprobaría la primera ley del divorcio. Pero en 1930 se derogarí la ley sobre el adulterio, de suerte que José Antonio Ramos luce más previsor todavía, ya que éste trata pura y simple-

mente el tema del adulterio y aquél lo contrae al problema específico de la incomprendida; y puesto que dicha legislación acaba de poner a la mujer en un plano de absoluta igualdad con el hombre, cuyas inconstancias habían sido hasta entonces tácitamente toleradas, en cuanto a las obligaciones matrimoniales. En *Humberto Fabra* el autor no formula ni insinúa tesis alguna, a no ser, tal vez, la del vitalismo, que en aquellos años estaba en pleno apogeo; y, precisamente, la ley de marras responde, hasta cierto punto, a esa corriente, incluso si hemos de atenernos al acervo de Carlos Azcárate en su admirable, aunque un tanto idealista, tratado sobre la cuestión, en sentido de que la gravedad de un delito no depende del peligro que el mismo representa para la sociedad. Lo que cuenta es el grado de culpabilidad, determinado por factores psicológicos y circunstanciales. En suma, la vida misma mantiene sus fueros sobre los preceptos.

Así el joven Humberto Fabra, bien que transido de ciertas inquietudes ideológicas, es una persona honesta, sincera y pulcra al extremo de separarse de su amigo y compañero de estudios, por no tolerar su comportamiento licencioso. Y sin embargo, acaba por cometer un acto abominable: seducir a la esposa de su propio tío, el mismo que le acoge paternalmente bajo su techo, al quedar aquél huérfano de padre. La pureza de Albertina es, asimismo, firme y límpida. Su resistencia ante los ardorosos avances de Humberto es realmente heroica, al tiempo que resulta conmovedora la confianza del tío en su sobrino, pese al desconcierto que le producen las ideas ácratas de éste, el cual pone la conducta de las bestias como pauta para los hombres. Pero los efluvios campestres y el poder de la afinidad al cabo quiebran la voluntad y anulan los buenos propósitos. El equilibrio entre «la pasión de la moral y la pasión», como diría

Carlos Azcárate, se rompe. La naturaleza tuvo la mayor culpa, y acaso también el buen tío Rosendo, por haber tomado esposa demasiado joven para él. No hubo agresión. Al obedecer sus impulsos en un dominio donde la ley no tiene jurisdicción, los jóvenes violaron tan sólo el decoro y la dignidad. Por su parte, el tío Rosendo, en lugar de violentarse, debió simplemente acogerse al caso previsto por la ley del divorcio. He allí el nuevo concepto del adulterio, el cual completa la emancipación jurídica de la mujer y que suplantata el de la «honra», subterfugio, en este caso, para salvaguardar los fueros del *pater familias*, los cuales confieren al marido burlado hasta el derecho de matar a la adúltera y a su cómplice, siempre y cuando los descubra *in fraganti* y que el castigo alcance a los dos delinquentes.

Hoy día en Cuba el adulterio es pecado, quizá, pero no delito, y por consiguiente la ley penal no lo alcanza. Puede ser que el no poder el marido aplicar la pena de muerte por su cuenta haya debilitado el matrimonio, pero el amor es el lazo más firme de todos. De no existir éste, tales son los gajes de la total emancipación de la mujer. Por otra parte, conforme apunta Azcárate, el excesivo pudor de uno de los cónyuges provoca la impudicia del otro: allí tenemos el caso de Ricardo y la calambuca Benita en *Los ciegos* de Loveira. José Antonio Ramos escribía con más gusto y soltura que Loveira y Carrión, pero el final trágico-romántico de *Humberto Fabra*, con sus ingenuidades perdonables en un autor que contaba tan sólo veinticinco años, echa por tierra el realismo positivista de esta novela.

INDEPENDENCIA DE LA MUJER

En la época de *Las honradas* la cirugía, impulsada por los prodigios experimentales efectuados en los hospitales de sangre de la primera gran guerra, se hallaba en su apogeo, y Miguel de Carrión, que era médico, se pudo despachar a su gusto en la novela de marras. Ya se estaba poniendo de moda operarse preventivamente del apéndice, y era considerado *chic* que el acontecimiento apareciese en la crónica social. Los personajes novelescos no pasaban simplemente al otro mundo sino que morían de un mal específico y en vida muchos llevaban trazas ostensibles de una enfermedad bien determinada. También Carlos Loveira y Miguel de Carrión se dejaron seducir por esa pedantería que formaba parte del cientificismo entonces aún imperante, pero Georges Duhamel, que había servido en la guerra con el cuerpo médico francés, abogaba por los fueros del arte. Mientras tanto, empezaba a cobrar inusitado auge en el mundo civilizado la lucha feminista, favorecida por el destacado papel que venía desempeñando la mujer en el frente mismo al par que detrás de las líneas, como enfermera y operaria, ganándose el corazón de los espíritus liberales y avanzados, a la sazón en ascenso. La actitud cientifizante tuvo esto de bueno: que al explicar todo veía el mal con indulgencia, lo mismo en lo social que en lo psicológico, y ello contaba, asimismo, con el endoso del persistente nihilismo nietzscheano. La prostitución no se miraba como un

pecado sino como un fenómeno social o patológico que debía ser curado en vez de condenado.

Hemos visto cómo en *Las honradas*, el autor absuelve a la mujer de su pecado y procura rescatar la personalidad femenina. En *Las impuras*, segundo cuadro del díptico, defiende la independencia de la misma. Mas, a pesar de su postura científica, el autor se muestra por momento un tanto romántico-sentimental, v.g.: en la noche lluviosa de la llegada de Teresa a La Habana. Además, a lo largo de la novela idealiza cada vez más al personaje, que al principio se deja llevar por una frívola pasión en un ambiente vicioso. Existe una ostensible analogía con la pérdida de *Sombras que pasan* de Raimundo Cabrera, contemporáneo suyo, ya que ambas mujeres observan un comportamiento digno y se sacrifican para mantener a sus hijos en buenos colegios, alejados del medio en que ellas viven. En *Los ciegos* Carlos Loveira reivindica a la amante, convirtiéndola en esposa legítima al enviudar, situándola por encima de la primera mujer, cuya angosta mojigatería le impidió comprender a su marido. En suma, la crisis del matrimonio, que entonces pasaba por su período agudo en Cuba, iba a tener su culminación jurídica en la Ley del Divorcio.

Teresa, hija de un matrimonio cuyos nexos se habían truncado por incompatibilidad de caracteres, era voluntariosa desde su infancia. No se doblegaba bajo ninguna voluntad ajena. Tuvo un desarrollo precoz, como suele acontecer en nuestro clima, y su espíritu independiente se consolidó con los años. Su propio hermano la censuraba por la indocilidad que mostraba, añadiendo que las mujeres así no eran bien aceptadas por nuestra sociedad. Ante sus excesos, una amiga madura y viciosa le advierte sin embargo que «aunque el matrimonio sea un disparate, es mejor casarse que dejarse engañar como una estúpida».

Teresa se sale, no obstante, con la suya y, renunciando a su fortuna se entrega al hombre que quiere, a pesar de estar él casado, dándole libertad de abandonarla tan pronto se aburra de ella, pues «cuando un hombre no quiere ya a una mujer otra lo atrae. Esto quiere decir que si no me encuentras, te hubieras enamorado de una parecida a mí...Y yo no soy injusta: no me excluyo de la regla». Muy caro habría de costarle este razonamiento, pues el objeto de su amor no pasaba de ser un hombre vulgar, y despreciable que no merecía semejante sacrificio. Pero ella fue consecuente consigo misma y con él, pagando el precio con reciedumbre y altivez dignas de mejor causa. Orgullosa y tenaz afrontó cuantos vejámenes y privaciones le acarreaban su precaria situación social y económica, que la condenaba a existir en un medio de repelente pobreza moral y material. La implicación, un tanto ingenua, del díptico de Carrión es que las impuras pueden ser más honradas que las «honradas».

LA VIDA GALANTE

Otro resultado de la tendencia cientifizante en la vida y el arte fue el tratamiento sin tapujos de todos los temas. No había más cuestiones «tabú» tanto para la literatura como en las conversaciones, especialmente en los círculos avanzados, donde eludir el punto de vista científico se consideraba *démodé* y gazmoño. Esta postura dimanaba del naturalismo científico a lo Zola, Goncourt y Mirbeau, con derivaciones psicológicas a lo Bourget, que no era, empero, aún tolerado por la Gran Bretaña victoriana ni los Estados Unidos, puritanos todavía. No obstante, en la primera postguerra la licencia se abrió paso en todas partes. Cae la prohibición contra James Joyce, que sin embargo tanto le benefició, mientras en el Reino Unido surgían Aldous Huxley, D. H. Lawrence y Llewellyn, y en Norteamérica Teodoro Dreiser, Sinclair Lewis, Dos Passos y otros muchos. En Cuba, el terreno había sido abonado ya por las novelas francesas cuando Miguel de Carrión y Carlos Loveira hubieran escandalizado todavía a los países anglosajones. Lo malo es que ambos autores, a fuerza de reincidir y extenderse demasiado sobre las mismas escenas eróticas y de registrar detalles triviales, con el pretexto de hacer realismo, pecan de chabacanería, dándose el caso que su exagerado afán de verismo falsea la realidad, y lo crudo se torna soez. André Gide ha demostrado que se puede presentar la verdad desnuda sin devenir vulgar.

Hechas estas salvedades, cumple afirmar que las obras de estos dos novelistas entreabren un extenso panorama social de los dos primeros decenios de la república. En *Las impuras* Miguel de Carrión esboza un cuadro de la vida galante habanera en su tercer lustro de existencia republicana con inferencias que penetran asaz hondamente el substrato de la impresión superficial. Hay atisbos que evocan la *Naná* de Zola y las *Escenas de la vida bohemia* de Murger, pero se adivinan las repercusiones de la promiscuidad de los estudiantes con elementos del hampa y la prostitución. En efecto, no cabe duda de que las consecuencias de este temprano contacto con un medio crapuloso, por falta de casas adecuadas o dormitorios universitarios habrían de manifestarse más tarde en esos futuros profesionales llegados del campo. Su prematuro involucramiento en la política, por aquel entonces ya corrompida hasta el tuétano, con ausencia total de un partido sano o de ideología bien definida, debió afectar, asimismo, la mentalidad de aquellos jóvenes, muchos de los cuales estaban llamados a dirigir el país. Una cosa es el ambiente de las grandes ciudades universitarias europeas y muy otra el relajamiento moral que conocían nuestros estudiantes, contaminados del derrotismo oportunista que se había adueñado de sus padres tras la frustración inicial de la república.

Como sucede en las novelas de Loveira y Cabrera, la identidad entre algunos protagonistas y conocidas personalidades reales es claramente perceptible. Entre ellas se destaca la extravagante cortesana Carmela, derrochadora impenitente «que había sido casada y tenía, antes de entrar de lleno en el torbellino de la vida galante, cierto refinamiento de modales y de gustos». Son asimismo significativas estas otras palabras de Carrión: «En La Habana es difícil que una mujer galante pueda vivir de las liberalida-

des de un solo hombre. Nuestros ricos son tacaños, como si conservaran todavía en esto la tradición de sus venerables antepasados, los tenderos y los almacenistas de taso, que a duras penas amasaron sus fortunas. La gran riqueza patrimonial no existe ya, y la de los políticos, enriquecidos por el fraude es demasiado reciente para que pueda pesar en un balance de nuestras costumbres nacionales.» Todas las clases sociales, ricos y pobres, jóvenes y viejos, casados y solteros, recurrían al mercado de ese vil sucedáneo del amor, en parte impelidos por el insaciable erotismo tropical, y en parte por disparidades dentro del matrimonio, ejemplificadas por el desnivel cultural entre Benigna y Ricardo en *Los ciegos* de Loveira y el desnivel sensitivo entre Victoria y Joaquín en *Las honradas*. Pero, al revés de Loveira, Carrión reivindica en su díptico la personalidad femenina a expensas de la masculina, interpretando su anhelo de independencia. Hasta la «carpinterita», la niña viciosa, suspira por el día en que tendrá edad para ser libre. Carrión presenta ciertos visos de precursor al rozar el tema de la represión sexual, tan ampliamente tratado después por los novelistas seguidores de las doctrinas de Freud.

Al propio tiempo, hay ocasiones en que este autor toca rápidamente, pero con tino, la cuestión político-social. Así, el rico almacenista peninsular, infatuado con Teresa, dueño de la casa de vecindad en que ella vive, declara: «Soy extranjero y no puedo hablar. Pero mis hijos son cubanos, y no intervienen en estos asuntos [de matonismo político]. ¡Qué han de intervenir! Los elementos serios del país se echan a un lado, y dejan que la canalla siga... ¡Por eso van las cosas como van! ¡Y los yanquis relamiéndose de gusto!»

POVEDA PROSISTA

Así como Jesús Castellanos encarna un prototipo del primer decenio literario de la república, José Manuel Poveda lo es del segundo, tanto más si se tiene en cuenta que el grueso de su obra fue escrito durante la guerra de 1914. Sin pasar por alto sus disparidades temperamentales, resulta provechoso comprobar en qué medida cada uno registra los cambios de tiempos e ideas. Ya hemos examinado la personalidad de Castellanos en función del pensamiento universal, tomando a París por línea de referencia. Poveda se orienta por el mismo meridiano, ya que Nietzsche, con su vitalismo personalista, influye de modo apreciable en los pensadores y literatos galos de la época, sólo que entre ellos el influjo comienza a producirse mucho antes que entre nosotros, vale decir en la última década del siglo pasado, en Bergson y Gide, por ejemplo. Hay que señalar, sin embargo, que aquí el efecto fue mucho menos beneficioso, en cuanto las ideas del autor de *Zaratustra* tendían a excitar la propensión a la rimbombancia y la megalomanía ingénitas en todo el continente, justificando a un tiempo la tiranía y el individualismo. Claro que se trataba de un concepto desnaturalizado del superhombre, que situaba más allá del bien y del mal lo mismo a los cabecillas que a los poetastros. El máximo vulgarizador de esta manifestación del egoísmo alemán lo fue, como se sabe, Vargas Vila, de quien Poveda exhibe ¡ay! no pocos rasgos, si bien la filosofía

barata del escritor colombiano no contamina toda su obra, en la que el acento vargasviliano estalla con más estrépito a lo largo de la exégesis del individualismo libertario. La prosa de Castellanos, adepto del realismo sicológico, es plana, pese al acopio de adjetivos un tanto rígida y abundante en términos científicos y expresiones galas, al paso que la de Poveda es flexible, ágil, modulada y de vivo colorido literario.

Ambos repudian el modernismo y desdennan la producción literaria española de su tiempo, acaso movidos en parte por el mismo recuerdo vivo de la colonia y la lucha emancipadora. Pero Poveda es el más americanista, aunque, al revés de Castellanos, yankófobo, lo cual no le impide profesar un culto profundo y fervoroso a Walt Whitman, al extremo que toda su poética está calcada en la versificación libre del recio bardo norteamericano. Tales contradicciones son, empero, frecuentes. Así, condenan el modernismo, pero aquél admira a Darío, y lo imita a ratos; y éste no oculta su devoción por Silva, Darío y Lugones, criticando, asimismo, la voluntad de dominio de Nietzsche, lo cual no pasa de ser una cortina de humo o, incluso, ignorancia, ya que dicho filósofo nunca tuvo reparos en fustigar el militarismo prusiano. Poveda se mostró, sin embargo, partidario del decadentismo de Baudelaire, no tanto por espíritu conservador, ya que se trataba de una doctrina anterior al modernismo, sino porque veía en las drogas un medio de superar y ampliar el horizonte de su Yo, lo cual no estaba, por lo demás, en oposición con su individualismo nietzscheano.

Lo que importa a Poveda es la afirmación de su Yo, no el análisis sicológico. De allí su estilo enfático y policromado. Sin excesiva bambolla y pedrería, alcanza cierta belleza literaria cuando depone la rimbombancia del

pregonador. La expresión del individuo se confunde con la del vate, que es lo que prima en Poveda y, pese a su deseo de mantener claro el deslinde entre prosa y poesía, así lo demuestran las pulsaciones de su emoción y el derroche imaginativo. Con todo, algunos de los artículos y ensayos de la recopilación prologada por Rafael Esténger, revelan afinada y penetradora perspicacia en el manejo de los conceptos estéticos. Sus ideas son universalistas, oponiendo el «gran arte» al «arte de fronteras». Sustenta un pesimismo que pone al desnudo certeros atisbos de nuestra endeblez social y moral, resbaladiza y cominera. Sus breves escritos sobre el carácter evasivo del cubano, siempre al acecho del camino más fácil, y sobre el humorismo salaz y burlón del «cubaneo», pueden contarse entre los juicios más agudos y atinados que hasta el presente se han hecho al respecto.

LOS INMORALES

El principal problema que Loveira plantea en *Los inmorales* es el divorcio. Lo que Carrión apenas insinúa en *Las impuras*, aquí está vivamente denunciado, con toda la enfática crudeza y el descarnado realismo de que era capaz el autor de *Generales y doctores*. Su fogosa inquietud le impide, desde luego, circunscribirse al tema, demasiado angosto para la amplitud panorámica de su campo visual, de suerte que la cuestión le da pie para involucrar otras zonas sociales con su habitual inequívoco criterio doctrinal de socialista. Y como cada cual tira para lo suyo, habiendo sido él mismo maquinista, trae a cuento un turbulento conflicto ferroviario ocurrido en Camagüey en 1906 que permite, al cotejarlo con la importante huelga tabacalera de 1902, descrita por Martínez Ortiz, hacerse una idea del movimiento obrero desde los inicios de la república hasta las luchas gremiales en el terreno azucarero del tiempo de las «vacas gordas», expuestas por el propio novelista en *Los ciegos*. Al autor le es dable, pues, hablar con conocimiento de causa, y pese a que reitera y alarga con exceso, logra producir la sensación de veracidad, presentando un convincente cuadro de las torpezas, desavenencias y exabruptos que malograron aquella huelga, lo mismo que habría de ocurrir con tantos otros movimientos clasistas de la república en pañales. Al través del maquinista Jacinto, Loveira concreta sus propias opiniones al respecto, denunciando los anarcoides actos impulsivos y

abogando por una acción más coordinada, y reflexiva, con la emoción debidamente dirigida por la razón. Pero sus llamamientos a la cordura son objeto de escarnio por parte de los elementos anarquizantes que arrastran a las masas a una huelga impetuosa y desorganizada. Jacinto se adhiere contra sus convicciones, por solidaridad, pero al fracasar el movimiento por falta de preparación, pierde su trabajo. El autor mantiene un enfoque semejante en su presentación del proceso gremial azucarero de *Los ciegos*, con su trágica culminación.

Al quedar cesante Jacinto, se agravan sus dificultades domésticas al par que las económicas. Su mujer no se hace cargo del verdadero motivo de la desgracia ocurrida, ensanchándose así la distancia que les separa, abierta ya por toda clase de divergencias de criterio, motivadas por un gran desnivel cultural y la supersticiones que embargan a la esposa. La situación, antes más llevadera por la falta de problemas pecuniarios y mitigada por las ausencias impuestas por la índole del trabajo del maquinista, se hace intolerable. El marido acaba por encontrar la anhelada comprensión en Elena, dominada por las mismas preocupaciones intelectuales que él, y casada asimismo con una persona que no le es afín. Ambos resuelven unirse y marchan a Panamá con el dinero que brindan generosamente al maquinista sus compañeros, en virtud de esa «francomasonería», así denominada por el autor, entonces existente entre los ferroviarios, que tenía más de hermandad que de gremial, y que en la república de ahora está estrictamente codificado bajo el rótulo de subsidios sindicales. Las vicisitudes de la pareja en sus andanzas por la América del Sur constituyen el alto precio de su acoplamiento ilegal y permiten al autor hacer una defensa del divorcio. Atisbos de la angustiosa cuanto precaria existen-

cia de los familiares de Elena, constituyen una argumentación de por sí convincente. Loveira presenta al marido amo, que se vale de sus prerrogativas de padre para tiranizar a los suyos, abofeteando e injuriando a sus hijas con las palabras más soeces so pretexto de salvar su moral, siendo él mismo un vicioso. La mujer se somete con resignación, en la creencia de que así cumple con su deber. Los hijos viven oprimidos y «educados» por este padre ignorante, incapaz de ganarse el sustento con su oficio de carpintero. El novelista releva también con extraordinaria agudeza de observación, las vejaciones a que están sujetas en Cuba las mujeres pobres, incluso por parte de sus iguales de clase; e ilustran vívidamente el calvario del débil, si falto de protección; o de la mujer sola, especialmente cuando viajaba, en los primeros lustros de la república. Al propio tiempo ridiculiza a los legisladores que votan contra el divorcio pero que buscan placeres extramatrimoniales. Es de notar que esta novela fue publicada en 1918, o sea casi al mismo tiempo que *Las impuras* de Carrión, y mientras Ricardo Dolz presentaba su ley del divorcio. El título, *Los inmORAles*, se debe más bien al episodio de Panamá, a donde la construcción del canal atraía gente de todas clases y razas, y cuando un poderoso tahúr que dominaba la justicia local persigue a Jacinto, honrado trabajador, porque la mujer de éste le niega ciertas complacencias. El hecho corrobora la necesidad del divorcio, en vista de los avances a que se ve expuesta una mujer ilegalmente unida a un hombre. No hay que pasar por alto el significado de la angustiada odisea del personaje, a la que se veían condenados a la sazón quienes buscaban su sustento, llevando el estigma de una militancia sindical.

LA VIDA RURAL

Mientras La Habana iba adquiriendo sus ribetes capitalinos y corrompiéndose bajo la égida conjugada de los logreros de la guerra de independencia y la supervivencia de las fuerzas económicas coloniales combinadas con las nuevas, la vida rural se ajustaba a las idiosincrasias republicanas. El ritmo había cambiado tal vez menos que las condiciones. Los campesinos que habían sobrevivido al hambre y las epidemias de la reconcentración, ideada por la mente bárbara de Valeriano Weyler, habían vuelto a sus sitios o conucos. En vez de estar condenados a la mendicidad en ciudades depauperadas por el aislamiento y las exacciones impuestas por un régimen empeñado en mantener su opresión y caducidad contra un pueblo decidido a gobernarse a sí mismo, el guajiro se sustentaba de nuevo con el producto de la tierra, ya sea extrayéndolo directamente de su propio corral y hortaliza o mediante el corte y el cultivo de la caña para la creciente industria azucarera. Tampoco era perseguido por los guerrilleros y las autoridades a causa de su simpatía pasiva o activa por la independencia, ni las batidas del ejército español devastaban sus campos, ni los insurrectos incendiaban los ingenios y cañaverales de los hacendados partidarios de la dominación colonial. A no ser por esporádicos alzamientos inofensivos, Cuba Libre vivía en paz mientras en Europa tronaban los cañones de la primera guerra mundial. Eso sí, la guardia

rural, al servicio de los «pejes gordos», campeaba por sus respetos, suministrando justicia, si bien no la administraba.

Sobre esa rústica existencia de relativa legalidad republicana, muy anhelada pero un tanto tediosa, las alcohólicas conversaciones en la pulpería, y ocasionales fiestas y sobresaltos, publicó Luis Felipe Rodríguez en 1923 una novela, *La conjura de la ciénaga*, refundida en 1937 bajo el título simplificado de *La ciénaga*; pero se trata menos de una novela que de una serie de cuadros de costumbres, en su primera mitad, y de un cuento estirado en la segunda. La ubicación es un pequeño poblado de la provincia de Oriente en el imaginario término de Tontópolis, probablemente Manzanillo. Aunque a veces sobran palabras, las escenas están esbozadas con sencillez, donosura y seguridad, destacándose las tertulias, los banquetes y sobre todo los cultos espiritistas, «ventana por donde salir del mundo visible a otro más maravilloso». El narrador, Vicente Aldana, se hospeda con Santiago Hermida en casa del acaudalado colono don Venancio la O, padre de dos muchachas incoloras locas por encontrar novio, y principal sostén del Partido Cívico, que vela porque no se cumpla la ley en su territorio. Ambos han venido de La Habana, el primero para efectuar un censo y el segundo para preparar el terreno con miras a un acta de representante, en tanto que recoge datos para una novela. Mientras lleva a cabo su trabajo, Aldana puede apreciar el arraigo opositorista, ya que las personas consultadas suelen responder a su apelación con la frase «para servir a usted y no al Gobierno». Asimismo, los jóvenes son muy recelosos, pues temen que se trata de reclutarlos para pelear en la guerra europea, estando dispuestos a regar con sangre y sudor su tierra, pero no la ajena.

Mongo Paneque, guajiro con su sitio de siembra de yuca, plátanos y caña, es el guapo del pueblo. Liborio Bartolo

Morejón pasa por descendiente de Juan el Indio, que, con Juan el Negro y Juan Blanco, encontró la Virgen del Cobre, es el gracioso pintoresco. A la bodega de Exuperancio Martínez van los amigos a darse los tragos de ron y aguardiente. Fengue Camacho no hace nada más que vivir de la política. El comandante Fundora, del Ejército Libertador, tiene una hija, Conchita, hermosa y ardiente, que Mongo Paneque persigue tozudamente, pero ella se prenda de Santiago Hermida al cruzarse a caballo con el apuesto forastero, junto a la ciénaga que impone su nombre al poblado; y he aquí que comienza el enredo.

El presunto candidato a representante corteja a la sensual guajira poniendo todos los recursos de su afinada educación capitalina y un arsenal de atenciones conmovedoras, ante la mirada recelosa del rústico pretendiente. Ella, por su parte, ejerce una seducción avasalladora con la cálida lozanía de su pasión, y entre los dos se establece una poderosa corriente que los atrae irremisiblemente con tan sólo el contacto de la mirada. Al cabo, Conchita sucumbe a los requerimientos amorosos del galán habanero durante un paseo a caballo, accediendo a encontrarse con él la noche siguiente junto a un cañaveral, a la vera de la ciénaga. Bajo el ensalmo aterciopelado de la penumbra iluminada por los astros nocturnos, con la suavidad envolvente de las frases amorosas y el incendio de la pasión aventado por los excitantes efluvios de la afiebrada naturaleza tropical, toda resistencia a los impulsos primarios entre hombre y mujer resultaba fútil, y se cumplió lo que la ley de la creación determina en tales casos. Las citas cotidianas entre los amantes siguieron repitiéndose no se sabe por cuánto tiempo ante la enorme pupila, quieta y tenebrosa de la ciénaga. Mientras tanto la suspicacia y el odio crecían en el burdo corazón de Mongo Paneque, quien se las daba de Don Juan.

Herido en su vanidad de tenorio, el crudo campesino urdió un plan para deshacerse de su afortunado rival, recurriendo cobardemente al auxilio de unos amigos. Una noche, tras de asegurarse la retención de la joven por parte de su padre, mediante previo aviso anónimo al viejo comandante, los conjurados irrumpieron súbitamente en el lugar de cita de los amantes y, abalanzándose sobre Santiago Hermida, le echaron en la ciénaga.

La narración es sobria y está exenta de efectos melodramáticos. Luis Felipe Rodríguez, la lleva a su trágica culminación con un impersonalismo digno de la mejor escuela realista francesa. Pero al final no puede contraerse más a la simple exposición de los hechos, de suerte que el hundimiento de Santiago Hermida en la charca inmunda deviene un símbolo. «En aquel momento, por lo que estaba diciendo, más que un pez, Fungue Camacho me parecía un caimán, pero un caimán de paso; por ejemplo: caimán del paso de esta ciénaga que se había tragado a Santiago Hermida. Símbolo de nuestro hundimiento social y económico en la gran ciénaga colonial. ¡Nuestra política! ¡Siempre esta política! ¡Qué fatalidad para nuestros pueblos de América! Por un raro espejismo de mi espíritu los seres y las cosas que habían girado en torno de esta tragedia rural, tomaban ante mis ojos la realidad profunda del emblema. Aquella ciénaga iba ensanchándose hasta tomar las dimensiones de toda la tierra de Hispanoamérica, y me parecía que en ella, desde el tiempo de la Conquista, habían venido hundiéndose, como Santiago Hermida, las más puras aspiraciones de sus mejores hijos.» La propia Conchita adquiere, asimismo, un sentido simbólico: «...no era la hija del comandante Fundora, sino la hija del sol, nuestra república del dulce, nuestra isla exuberante, crédula, espontánea, ardiente y sensual». Es más, después de la tragedia

surge inopinadamente otro campesino, noble y laborioso veterano de dos guerras, el cual se ve arrancado del lote de tierra que ha venido trabajando toda su vida, a consecuencia de ciertos manejos de políticos cubanos en combinación con intereses económicos americanos.

El corte y la factura de *La ciénaga* recuerdan, más que ninguna otra de las novelas francesas entonces tan en boga, a *Madame Bovary*, a la que no es del todo ajeno el tema de la provinciana seducida por el refinamiento del galán capitalino. La diferencia está en que Flaubert entrevera las implicaciones políticas, al paso que Luis Felipe Rodríguez añade, además, una moraleja al final, sin poder ceñirse a las excelentes caracterizaciones del curso mismo de la narración o a símiles como: «...siendo el jagüey uno de los más grandes parásitos de la flora tropical de la imagen viva y rotunda de un cacique político capaz de comerse él solo el antiguo ingenio de “¡La Demajagua!”» Y es que a la sazón imperaba en Cuba la novela de tesis.

LA REVISTA *SOCIAL*

En enero de 1916 nace *Social*. Esta revista de lujo, declaradamente frívola y mundana, por completo despreocupada de cuestiones de doctrina, política y asuntos internacionales, no obstante las tremendas repercusiones mundiales de la guerra europea, desempeñaría un papel digno de nota en el proceso cultural de la república. Sin dirigirse a la élite intelectual que frecuentaba *Cuba Contemporánea*, dedicaba buena parte de sus páginas a las letras y las artes, emulando con *El Fígaro* y otras publicaciones similares que, sin embargo, barajaban colaboraciones de plumas tan excelsas como Enrique Piñeyro, Rafael Montoro, Manuel Sanguily y Enrique José Varona con hojas de anuncios y fotografías del peor gusto, pésimamente impresas y emplanadas, con procedimientos arcaicos, aunque el contenido en su conjunto aventajaba en una distancia inconmensurable el de los chabacanos y chapuceros semanarios de morboso sensacionalismo que hoy circulan con tanta profusión en todos los medios, incluso los más encopetados. Existía una zona apreciable del público que se interesaba, o por lo menos mostraba curiosidad, por las creaciones del espíritu, ahora restringido a una minoría de iniciados a consecuencia de la plebeyización operada a partir de la tercera década por una mal entendida democracia. Con todo, la antigua clase dirigente cubana, consumida y depauperada en la lucha independentista y en

trance de corromperse con la incipiente degradación política y moral republicana, se engrosaba con las legiones de advenedizos que arribaban enriquecidas al amparo de la prosperidad deparada por la vertical subida de las cotizaciones azucareras impulsadas por la guerra y por los jugosos manejos políticos y las remuneraciones otorgadas por los monopolios extranjeros. La función que se arrogó la nueva revista fue pulir y barnizar estas capas, allegándolas a los rezagos de la más distinguida aristocracia criolla e iniciándolas en el estilo de vida elegante y cosmopolita de Europa y Norteamérica. Contribuyó, sin duda, de modo considerable a la americanización, mas no mediante los muñequitos y demás vulgaridades, sino al través de las formas mantenidas por los núcleos más selectos y las producciones literarias y artísticas novedosas.

Acaso el papel más valioso de *Social* se asumió en el predio de la estética, a pesar de sus lineamientos conservadores. En la técnica tipográfica, fue la primera publicación realizada por entero con el procedimiento *offset*, lo que constituía una revolución no sólo en Cuba sino en el resto del mundo. Su fundador, el caricaturista Conrado W. Massaguer, le impartió a sus páginas un sello personal singular y agradable, entremezclando con frescura el dibujo y la letra de molde, al revés de las demás revistas existentes que remedaban los más resobados convencionalismos o determinadas revistas forasteras. Supo, asimismo, poner a contribución con raro sentido práctico la vanidad y el snobismo para lograr el éxito económico y la difusión del buen gusto. *Social* se encontraba en las antípodas del socialismo. Sus normas estaban ceñidas a las del buen gusto, aspirando no más que a impartirle una tónica a nuestra sociedad mundana, con un nivel que contrasta con la vulgaridad de las publicaciones que en la actualidad se hallan en las me-

sas de los salones de nuestra improvisada aristocracia monetaria. Esta función «social» abrió las puertas de nuestras manifestaciones culturales a sectores en que ahora sólo tienen entrada los deportes, los muñequitos y los jaiboles. Por supuesto que una revista no podía derribar de la noche a la mañana la cursilería y el provincianismo imperantes, y que aún perduran, acaso con mayor fuerza y agresividad. Pero algunas de las facetas de *Social*, que a primera vista parecen reflejar la vanidad del advenedizo, dejan traslucir loables propósitos. Así, las páginas que ostentan opulentas residencias nuevas, están destinadas a estimular el gusto por la arquitectura en un país que no había salido de los híbridos e insulsos merengues de los maestros de obra catalanes.

La revista fue un eficaz órgano de acercamiento con Norteamérica, cuyo influjo se circunscribía, sin embargo, a la vestidura y al avance técnico, comercial y amistoso. Mas, París era el hontanar intelectual. Poco o nada venía de España, con la que la mantenía, empero, vinculada en Madrid Alfonso Hernández Catá, a la par como observador y literato. Salvo en el caso de Valle Inclán, el contacto con la generación del 98 se establecerá una década más tarde, principalmente al través de la *Revista de Avance*. La corriente estética dominante es el hedonismo finisecular, siendo su canal más firme y ancho el asiduo François G. de Cisneros, perenne informador de la actualidad literaria, artística y teatral de Lutecia, con un leve retintín de afectación y rebuscamiento, aunque sin frisar en lo ridículo como su colega Héctor de Saavedra. Menudeaban los extranjerismos ingleses y franceses, tales como *five o clock*, *smart set*, *high life* y *garden party*, *causeur*, *jeune fille*, *chez*, *demi-modaine*, *connaissanceur*, *coup de chapeau* y *tete a tete*. Los deportes considerados más elegantes eran el hípico, las regatas y el polo. Pero también se

estimaba, al revés de ahora, que un aristócrata debe ser culto o por lo menos medianamente enterado. Claro que las dosis servidas eran pequeñas, a fin de no aturdir las cabecitas de las lindas lectoras. Con todo, se realizaba un encomiable intento de culturización de la nueva burguesía republicana, mediante el acoplamiento con los más desgranados vestigios de la vieja aristocracia criolla que había sobrevivido a la colonia, con una tónica cosmopolita calcada en el ejemplo de las élites de Europa y Norteamérica y una elevación del nivel intelectual y, sobre todo, artístico, preterido por las revistas anteriores, sin descuidar los valores autóctonos. En este sentido, Emilio Roig de Leuchsenring iniciaba, con sus remembranzas históricas y crítica de costumbres una labor útil que iría radicalizándose con el andar del tiempo.

Mientras Teodoro Bailey daba a conocer las bellezas de la decoración interior, cuyas posibilidades habían sido ignoradas hasta entonces en Cuba, aún absorbida y devastada solo pocos años antes por su tenaz lucha emancipadora; los dibujos de Massaguer amenizaban las páginas, haciendo desfilan semblanzas de *clubmen*, financieros y personalidades políticas, literarias y artísticas, tan benévolas y comedidas que apenas si pueden reputarse caricaturas. Su lápiz inquieto a la par que sereno iluminaba como al desgair los espacios en blanco con alusivas notas de bonhomía humorística, que mitigaban la pavorosa aridez del archipiélago de letras de molde, espantajo de ojos poco dados a la lectura. Cabecitas de *girls* y *jeune filles* asomaban aquí y allá, bonitas pero un tanto insulsas como las propias frívolas y alegres niñas bien, con raqueta de tenis y amplio pañuelo multicolor, que las contemplaban. El optimístico buen humor del caricaturista que sonreía por doquier, estaba acorde con el que invadía el mundo de los negocios,

embriagado por la bonanza de las vacas gordas, cuando se compraban perlas por libra, pero que ¡ay! tramontaría muy pronto. La sociedad cubana se divertía mientras el extranjero se adueñaba de sus tierras. La poesía no estaba aún desterrada de este predio, ocupando un rincón que recogerá con creciente fidelidad los ecos de las nuevas corrientes, del modernismo al postmodernismo, hasta empatar con la vanguardia, representada más cabalmente por otras publicaciones.

Una hojeada al primer número dará una noción del sesgo que, con mayor amplitud, variedad y madurez, habrá de tomar la revista. En la presentación del director, hallamos estas palabras que definen la tónica de la revista a la vez que delatan el sentimiento de inferioridad que ya angustiaba a los cubanos: «*Social* será una revista consagrada únicamente a describir en sus páginas por medio del lápiz o de la lente fotográfica, nuestros grandes eventos sociales, notas de arte, crónicas de modas y todo lo que pueda demostrar al extranjero, que en Cuba distamos algo de ser lo que la célebre mutilada, la sublime intérprete de “L’Aiglon” nos llamó hace algún tiempo.» En *El dandismo de tres cubanos* François G. de Cisneros describe otras tantas figuras arquetípicas de la pervivencia de la antigua aristocracia criolla de nobles arrestos y dadas a resolver con las armas las cuestiones de honor, las cuales aún vivían rodeadas de los objetos de arte de sus viejas casonas del Cerro. Le sigue «El equívoco», cuento por Henri Duvernois, de trivial humorismo. La visita de una pareja de danzarines, motiva una caricatura de Massaguer y un pie de grabado que nos trae un soplo de la atmósfera del momento: «La Habana como todas las grandes capitales del mundo, se ve también contagiada del “dancing-fever”, ya se baila en todos los cafés, hoteles, roof-gardens y centros de moda. En este mes nos han visitado el gran danseur Maurice y su inseparable

miss Florencer Walton.» Las páginas gráficas comprenden fotos de damas, bodas, modas, carreras de caballos, diplomáticos, clubes y obras arquitectónicas de tipo residencial. Hay, además, una caricatura hípica de Massaguer y noticias sociales. El número de febrero se abre con una deliciosa fábula modernista de Manuel Ugarte, titulada «Lo que había en el alma de Ninón», siguiéndole una crónica satírica de François G. de Cisneros sobre Geraldine Farrar, la célebre cantante de ópera norteamericana, bajo el intencionado rótulo «Una gitana de Boston». «El Retrato» de Charles Geniaux, traducido por la señorita Terina de la Torre, es una melancólica estampa esteticista, con una moraleja un tanto patriotera que opone la belleza de una dama francesa a la clásica. De Rubén Darío, se reproduce «París de noche». En el próximo número, el título de una colaboración de Luis G. Urbina, «El álbum, el abanico y la tarjeta postal», es todo un programa del sentir de una época que hoy resulta remota.

La mención de nombres y de algunos rótulos que aparecen en ediciones sucesivas, resulta de por sí reveladora: Alfonso Hernández Catá, Graciela Garbalosa, un comentario de Francisco Acosta sobre Nijinsky, el genial danzarín que a la sazón triunfaba en todos los escenarios de Europa, un capítulo de *Sombras que pasan*, novela de Raimundo Cabrera, Maurice Barrès, Maurice Maeterlinck, Rodó y Nervo. En noviembre de 1916, recíprocas caricaturas de Caruso y Massaguer traen a la memoria el inolvidable episodio de la bomba en la ópera que puso en solfa, al famoso divo, haciéndolo huir a la calle vestido de Radamés. La actualidad literaria está presente en reseñas de libros y trozos de novelas cubanas como *Magdalena* de Emilio Bacardí, *Las honradas*, de Miguel de Carrión y *Los inmORALES* de Carlos Loveria, del que también se publicarán

cuentos. El estreno en La Habana de *Los bandidos*, por A. Hernández Catá y Alberto Insúa, autores cubanos, motivará una reseña, al igual que otros acontecimientos teatrales.

François G. de Cisneros dedicará un comentario a los incomparables Ballets de Diaghileff, que constituían el momento artístico de París. Reconocidas firmas extranjeras como Anatole France y Eça de Queiroz acompañan otras que el tiempo consagraría, como la de Paul Claudel.

El año 1918 marca un hito importante. François G. de Cisneros hace un crítica de Romañach, destacando el efecto aniquilador del acerado cerco de la indiferencia y la incompreensión artística de los nuevos magnates. Hay la explicación que Antonio S. de Bustamante hace de su voto en favor de la ley del divorcio, recién aprobada, la que entonces constituía una de las cuestiones más candentes. También se consigna en marzo la apertura del primer Salón de Bellas Artes. El fino crítico Bernardo G. Barros, procedente de *El Figaro* y hoy injustamente preterido, con agudo sentido de la actualidad de aquellos primeros lustros republicanos, rebate la tesis que sostiene la superioridad del régimen despótico sobre el democrático en el fomento de la creación artística, a causa de la madurez de la aristocracia y la improvisación de la plutocracia. El autor presenta un convincente panorama de la pobreza y tosquedad, con su lerdo e incorrecto neoclasicismo, del período colonial que contrasta con la vasta perspectiva que ofrece la democracia. También hace un sugestivo cotejo del suave y comedido humorismo de Massager con la fustigadora sátira de Rafael Blanco. Varona hace su entrada prestigian-do la revista con un trabajo sobre Esteban Borrero Echevarría. La poesía comprende a Sánchez Galarraga, F. Pichardo Moya, Luisa Pérez de Zambrana y Gerardo de Nerval. En 1919 se introducen las firmas de Juana Borrero,

Rafael Heliodoro Valle y Carlos de Velasco, y en 1920 Juana de Ibarbourou, Gay Calbó, Lugo Viña, Figarola Caneda, Emilio Bobadilla con el seudónimo Fray Candil y F. de Ibarzábal. En 1921 se publican versos de Alfonsina Storni y un cuento de la poetisa María Villar Buceta. Salomón de la Selva, J. M. Chacón y Calvo, Gabriela Mistral, Cosme de la Torriente, Sergio Carbó, Miguel de Unamuno, Alfonso Reyes y José Ingenieros, quien habrá de ejercer un vibrante influjo en el movimiento estudiantil, ingresan en 1922. También verán la luz versos de Rabindranath Tagore y Rubén Darío, así como un cuento de Enrique Heine.

1924 será un año crucial. Las páginas de la revista se abren por primera vez al cine. En marzo harán irrupción, a más de Fernando Ortiz, Juan Marinello con unos versos y Jorge Mañach que hará una presentación del grupo de los minoristas que equivale a un reconocimiento oficial de esa falange integrada por Emilio Roig de Leuchsenring, Rubén Martínez Villena, José Z. Tallet, J. A. Fernández de Castro, F. Lizaso, Agustín Acosta, su hermano el dibujante con visos cubistas José Manuel, Mariano Brull, Luis A. Baralt y Alejo Carpentier, quienes salvo Lamar Schweyer, por su entrega al dictador Machado, habrán de ocupar la vanguardia intelectual durante una década. Todos ellos irán ingresando en el cuerpo de colaboradores de la revista. Se echa de ver, por este breve esquema, la evolución de *Social* hacia las nuevas tendencias, no obstante su pergeño moderado, con su esteticismo finisecular, que cuadraba al público a quien se dirigía a partir de los ingenuos balbuceos y leves vicios prosódicos de su infancia. Ciertó dejó provinciano resultaba inevitable en una república de catorce años, ansiosa de igualarse a las adultas que Massaguer representaba con su bonachona gracia y una indulgencia

atinada, como una niña vivaracha; y cuya capital apenas rebasaba el cuarto de millón. *Chic* quiso compartir su lugar poniendo igual derroche, pero quedó muy por debajo, y *Grafos* tomará la antorcha en la década del 30, con mejor material literario y artístico quizá, pero sin el cachet que hacía de *Social* una revista singular en cualquier parte del mundo. En el terreno exclusivo de la literatura, espigarán sucesivamente la *Revista de Avance*, *Espuela de Plata*, *Clavileño*, *Orígenes* y *Ciclón*.

EL COCHE Y EL AUTOMÓVIL

En los salones y fiestas del Vedado, a los novedosos compases del fox-trot rítmico y sincopado que suplantaba la suave cadencia del danzón y las aladas vueltas del vals, los nuevos ricos arribados con el brisote de bonanza bélica que soplaba desde la Vieja Europa, sacudida por la primera guerra, accedían al gran mundo elegante, codeándose con los remanentes de la empobrecida aristocracia, aposentada en el Cerro. Los colonos enriquecidos se iniciaban en la vida urbana, a costa de risibles experiencias a la par que de gruesas sumas. Asimismo, en febrero de 1917 Menocal remataba su brava electoral derrotando en la manigua con las fuerzas militares el alzamiento de los liberales. Pero, mientras tanto, en la capital se efectuaba otra revolución: la de los motores de gasolina. Estos ruidosos vehículos de autopropulsión, principalmente de marcas europeas, habían empezado a llegar en exiguas cantidades, adquiridos por algunas personas pudientes, más de una década antes de 1914. Hasta esa fecha, sin embargo, los coches conservaban aún el predominio. A los transeúntes de Obispo y O'Reilly todavía les era dable escuchar, a la sombra de los toldos extendidos de lado a lado, el amortiguado sonido de los cascos tecleando sobre el adoquinado de madera las últimas cuartillas de una larga historia, punteada por el celestial tintineo de los timbres. El *fiacre* criollo prevalecía sobre el *taxi*, hartamente escaso para detener en

las márgenes del Alameda, como en las del Marne, a un ejército germánico. Pero si bien el conflicto bélico contuvo la llegada de automóviles europeos, el mismo favoreció la invasión de los norteamericanos, victoriosa ya en el mercado de los particulares, se apercibían a penetrar la plaza de los alquileres, mediante una máquina buena y barata, aunque no bonita: el Ford.

En las calles se libró una lucha cruenta y tenaz, mientras en los elegantes paseos del Prado cruzaba con persistencia en su charolado coche su letal palidez la misteriosa dama conocida por «la muerta viva», como aparición de tiempos mejores. El último superviviente de esta contienda, el famoso «Malanguita», siguió transitando en el pescante de su vetusto coche, tirado por esquelético y encorvado jamelgo, hasta hace pocos años. Haciendo eco al conflicto de ultramar, los cocheros se denominaron «aliados» y los choferes, «alemanes», ulteriormente también conocidos como «fotingueros». Para competir con las ruedas del progreso, aquéllos bajaron su tarifa a diez centavos, y éstos la mantuvieron a solamente una peseta. En torno de este episodio histórico hay un notable cuento, titulado «Aliados y alemanes». Aquí Lino Novás Calvo, uno de nuestros escritores de más garra y nervio, esboza un pequeño cuadro que abarca, sin embargo, toda la contienda sobre el punzante telón de fondo de los misérrimos estratos sociales en que se desarrolla el drama, con ese realismo populista que floreció con exuberancia durante la década de los treinta en toda Hispanoamérica, siendo su procedencia norteamericana, empero, al par que las otras tendencias del autor. Más que anécdota, su indubitable ingrediente autobiográfico, es sustancia vivida.

Con sencillez rayana en lo elemental, que a veces hace parecer impropias ciertas finuras de matiz, el relato se estructura con incisivos rasgos sintéticos. Los personajes es-

tán reducidos a tres protagonistas de primer plano, representativos sin derivar hacia un esquematismo demasiado simbólico. El viejo Pedralves, cochero, encarna la clase que periclitaba; Tilburí la que surgía y su hijo la que debía sucederle en virtud del ineluctable avance técnico. Al principio los cocheros parecen tener las de ganar, con sólo ponchar las gomas, talón de Aquiles de los autos. No obstante, éstos se multiplican y gozan del amparo de las autoridades. Además se les encimaban a los coches, espantando a los caballos con los ronquidos de las bocinas. A ratos la pugna se tornaba tumultuosa, con furia semejante a la de los obreros arremetiendo contra las máquinas cien años atrás, a raíz de la mecanización de la industria. Con todo Pedralves, a pesar de su pasado anarquizante, era contrario a la violencia. Mas, una bomba hace saltar el Ford de Tilburí, quien mata luego al autor del atentado. Pedralves asume la responsabilidad del homicidio, tras de encomendarle a Tilburí el cuidado de su propio hijo, que él había recogido y criado, en la medida de sus pobres medios desde pequeño.

Lino Novás Calvo presenta sin ñoñerías sentimentales al noble anciano, procediendo simplemente como quien comprende que su causa está perdida y debe retirarse para el bien de todos. Tampoco sermonea. El abandono de una criatura, hecho harto frecuente en Cuba, en el caso del hijo de Tilburí, el cual no sabía siquiera a punto fijo quién era su padre, parece más bien un atisbo de las costumbres imperantes en las clases carentes de instrucción a la par que de medios adecuados de subsistencia, miseria que también se refleja en los niños que juegan en los cenagales alledaños y mueren por racimos. El impacto de tales datos apuntados a secas no sería mayor si fuesen decantados. Igual medida se advierte en el empleo de los localismos,

las palabrotas y las repercusiones sociales de la derrota de los cocheros. «Se veía que los caballos enflaquecían, y los cocheros tomaban un aire triste, y hablaban en voz sorda y baja en pequeños grupos, como conspiradores, en la piquera, en la fonda, en la bodega. El odio era contra los fores.» «Tilburí había sido también cochero, antes de que los fores echaran tanta cría. Entonces malbarató el coche, regaló los caballos... y compró un fotingo. Fue en ese entonces cuando todos los cocheros dejaron de reír al entrar Tilburí insultando a todo el mundo.» «Yo adoraba ya a Tilburí, porque era el hombre que sabía manejar la máquina, y ésta era un dios.» «Los cocheros de coches viejos y caballos esqueléticos se arruinaban, y cuando más iban a menos, menos carreras había.» «La mayor parte de los hombres de aquel solar vivía de los coches: preparándolos, reparándolos, curando los caballos, haciendo aparejos.» La impotencia de las virtudes y las armas humanas ante la fría fuerza superior del destino decretado por el progreso imparte al desarrollo de este cuento una inexorable corriente trágica, donde el vencido distancia en talla al vencedor.

LA DANZA DE LOS MILLONES

La danza de los millones, un tanto pomposamente clasificada como «novela histórica» por su autor, Rafael A. Cisneros, es una obra que a despecho de su acusado dilettantismo resulta significativa para quien desea seguir los avatares de la república. El hecho de ser la única que trata de un período sumamente crítico le acrecienta el valor. Su tema es la repercusión social de la súbita cuanto fabulosa Jauja con la aún más brusca y vertiginosa depresión que produjo en el país la rápida alza hasta un nivel inusitado del precio del azúcar, causada por la primera guerra mundial, asunto del que un Zola, un Upton Sinclair o un John Dos Passos hubieran sacado, cada cual a su manera, un partido extraordinario. El autor, un venezolano «aplatanado», recoge sin embargo algunas palpitaciones verídicas dentro de una supuesta nueva forma literaria que no es sino una variante de la excéntrica modalidad de Vargas Vila, entre cuyas innovaciones está, según reza el prefacio de sus editores hamburgueses, la de «escribir líneas cortas cuando el pensamiento es corto; y líneas largas cuando aquél es largo», así como la de violar deliberadamente ciertos preceptos gramaticales: y en algunos pasajes en torno a la vida campesina se insinúan cadencias de décima. Pese a su notoria ingenuidad, la fluidez del estilo delata la presencia de un escritor que, con mayor madurez, hubiese logrado quizá acoplar la solidez y la originalidad

con desenvoltura. De todos modos, tuvo el tino de querer novelar aquel extraordinario período de tan sólo dos o tres años de duración, en el que los guajiros repentinamente enriquecidos iban a las joyerías a comprar libras de perlas como si se tratara de arroz. He aquí cómo el autor se expresa al respecto: «El obrero era el rey y el amo: orgulloso andaba por las calles con su tabaco entre la boca y sus billetes en la bolsa. Había que suplicarle para obtener su concurso y estaba de moda entre ellos el hacer rabiar a los ricos, abandonando los trabajos, por encontrar sobrada contrata en todas partes y a precios de locura. Surgieron en toda la isla millonarios, capitalistas, caciques populacheros y una millarada de propietarios de nuevo cuño que no sabían ponerse una corbata ni siquiera llamar por teléfono a sus amigos de cumbancha danzarina.»

La novela es en exceso alegórica. A fuerza de ser tipos en situaciones típicas, los personajes devienen generalizaciones demasiado abstractas, de suerte que todo resulta muy esquemático. El guajiro cuya hija quiere raptar el poderoso administrador del ingenio, se llama, incluso, «Liborio», y su hijo, Homobono. Dejemos hablar a Rafael A. Cisneros: «Don Luis... un mal cubano perteneciente a la más alta chusma de eso, borroso y siniestro, que el vulgo llama con desprecio “la aristocracia de arriba”... Yeyo era la aristocracia de “abajo”. Y Liborio y los suyos eran la Cuba de verdad, la Cuba honrada y fuerte: la de 1868 y la de la epopeya gloriosa de 1895. Un verdadero contraste de águilas y gusanos.» Nótese el sabor vargasvillesco de la última frase. El administrador se venga de la resistencia de la joven guajira a sus avances, incendiando la siembra de caña del colono. «Los cañaverales arden tan fácilmente que el incendio de ellos en Cuba es cosa corriente y siempre vista. El colono tiene siempre una esperanza blanca: la zafra.

Y tiene también un temor negruzco: el incendio de su caña.» El guajiro de marras es un liberal activo, así como los peones, los cuales han participado en la llamada guerrita de febrero de 1917 al lado de José Miguel Gómez, y murmuran contra el administrador del ingenio, que es conservador al tiempo que se solidarizan con el colono. «¡Ah! ¡Si José Miguel gobernase!» suspiran esos «chambeloneros» que arriesgaron su pellejo por ese cacique político. El doctor Albano, representante liberal, defiende la causa de Liborio. En medio del escándalo nacional, mientras le conduce a Palacio para que Mario G. Menocal, presidente conservador, resuelva patriarcalmente la cuestión, los periódicos anuncian la repentina subida del precio del azúcar a veintitrés centavos libra: la fortuna ha venido en auxilio del campesino, y el administrador del ingenio se ve obligado a pagarle la impresionante suma de cien mil pesos por su colonia. Desde luego que el doctor Albano retiene una comisión de veinte mil pesos.

Había comenzado para Cuba con increíble pujanza y magnitud la prosperidad que todos los pueblos anhelan. La fortuna vertía sobre la patria el dorado contenido de una enorme cornucopia. Los cubanos, perplejos y confundidos al principio, no tardaron en desbordarse como niños dejados solos y libres ante una mesa repleta de golosinas. Hacia la capital convergían con los bolsillos atiborrados de oro y billetes los otrora humildes colonos para despilfarrar la riqueza que inopinadamente les habían deparado con largueza acontecimientos que les eran ajenos y remotos, de índole y alcance que muchos ni siquiera acertaban a comprender plenamente. El dinero salía de las bolsas con la misma facilidad con que había entrado, y los cubanos creían llegada la hora del desquite, a la vuelta de un siglo de opresión, sangre y miseria bajo el yugo colonial y tres

lustros de frustraciones republicanas. Pocos pensaban que la bonanza podía terminar. También los hacendados criollos, como Ricardo en *Los ciegos* de Loveira, ampliaban y modernizaban sus ingenios a fin de engrosar sus ganancias, y se instalaban en La Habana. Otros, menos emprendedores y más apurados, vendían a precio nunca soñado sus tierras e industrias. En la barriada del Vedado surgían como setas, a un costo exorbitante, palacetes enormes cuanto pretensiosos, pero de dudoso gusto. Lo primero que hizo Liborio fue comprarse uno, así como un flamante automóvil y darse al boato, secundado con entusiasmo por su hijo Homobono.

Querían compensar los años de privaciones entregándose al derroche más vertiginoso; vivir como señores a fin de borrar el recuerdo de las humillaciones sufridas como colonos que dependían para la venta de su caña del despótico administrador del ingenio. Su hija Tatá, empero, no perdió los estribos, prefiriendo la paz y el trabajo de una sana vida campesina al boato de la capital. Así, a despecho de la oposición de su padre, se casa con el guajiro Bibiche, asentándose con él en una finca de las cercanías de Guanajay. En cambio, Homobono corteja la hija díscola y consentida de un caudillo liberal, el general Botello, la cual le engatusa para encubrir un escándalo que ha protagonizado y con miras a resolver la precaria situación económica del padre.

Mientras tanto, los conservadores siguen disfrutando del poder. Mas, la prosperidad no era óbice para que los liberales prosiguieran desde la prensa y demás medios de propaganda su campaña opositora. De súbito, se produce en la Bolsa de Nueva York una baja vertical en el precio del azúcar, que pasa de veinticuatro centavos la libra a tan sólo uno y medio. Lo grave era, según se decía, que los norteamericanos rehusaban comprarnos la zafra próxima,

en venganza por los altos precios cobrados anteriormente. Ello significaba la interrupción brusca y brutal del dorado período de Jauja. El Banco Nacional redujo primero, y suspendió luego, los pagos. Una tras otra quebraban las instituciones bancarias que habían comprado el azúcar a dieciocho centavos. Los depositantes hacían cola ante las taquillas o se agolpaban frente a las puertas cerradas, reclamando en vano sus haberes. La ruina fulminó la población, rica y próspera la víspera. Pero, conforme declara el «aplatanado» Rafael A. Cisneros, el cubano «es un ser raro; delicioso y atrayente, que tiene la virtud de estar alegre aun en medio a los dolores y la tristeza». «A pesar de la fiera crisis que ahora azotaba a Cubita bella, no faltaban en los rotativos estupendas caricaturas que hacían morir de risa al que en ellas ponía sus ojos.» En efecto, «no quedaba títere con gorra», pero los más preferían poner «a malos tiempos buena cara». Mientras tanto, las maniobras políticas proseguían sin desmayo. José Miguel Gómez encabezaba sus hordas populacheras, al paso que Menocal, viendo declinar su prestigio, concertaba una alianza con Zayas y sus «cuatro gatos», al compás de

*Tiburón no va,
no va, no va, no va!
Y ahí viene el chino Zayas
Con la Liga Nacional...*

Los liberales ripostaban con su ya tradicional «Aé, aé, aé, la Chambelona...» Como se sabe, la coalición ganó las elecciones y José Miguel se retiró de la política.

El manirroto Liborio es despojado de sus bienes por los acreedores. El general Botello, en precario y vencido en las elecciones, embarca para los Estados Unidos, no sin anular antes el compromiso entre su hija y Homobono, el

cual ya no resulta un buen partido, pero el matrimonio se realizará más tarde en las más absurdas circunstancias de tipo Hollywood. En este torbellino Bibiche, asistido de su mujer, tiene ribetes de triunfador, ya que ha conservado su tierra y los frutos menores a cuyo cultivo se dedica, constituyen el único producto que alcanza un precio remunerativo en el mercado. Así termina *La danza de los millones*, trama elemental con actuación de personajes hartamente convencionales; recuento ingenuo y limitado, pero único, de una peripecia inolvidable de nuestra existencia nacional.

LA ÚLTIMA LECCIÓN

Acaso lo que más merece retenerse de *La última lección* de Carlos Loveira es el desnivel cultural entre el hombre y la mujer, aún existente en los primeros años del tercer decenio de la república. El resto es de secundaria importancia, si excluimos el fárrago de relleno cuyo valor es francamente nulo. La novela ganaría mucho si se desecharan las redundancias machaconas y la gran copia de trivialidades que la abultan. Aquí, como en todas sus obras, Loveira pormenoriza demasiado so pretexto de realismo, y se regodea pintando minuciosamente escenas sexuales carentes de interés a fin de probar, quizá, que no se arredra ante nada cuando se trata de presentar sin prejuicios toda la verdad. Lo cierto es, también, que el donjuanismo criollo hacía que los novelistas de la época se preciara de ser catedráticos en cuestiones amorosas, no dejando pasar una ocasión para demostrar sus conocimientos de los resortes supuestamente secretos de la mujer que, de hecho, son de sobra conocidos; y Loveira sobrepasa a todos los demás en este sentido. Se trata, hasta cierto punto, de compensar las propias frustraciones, y el resultado es contraproducente, ya que la pretendida madurez se trueca en risible puerilidad. El autor quiere presentar a los «erotómanos» —según él mismo los denomina— del trópico, excitados por el clima y obsedidos por el deseo insatisfecho por motivos sociales. El caso resulta obvio para el psicoanalista, pero lo

malo es que el escritor se toma demasiado en serio cuando la ridiculez pide una caricatura. Así, pues, habría que depurar reiteraciones superfluas al par que tediosas, no tanto por pudibundez como en nombre de la estética. Añadamos que aquí el autor se ha excedido hasta convertir su obra en una vulgar novela erótica plagada de cursilerías, incluyendo las científicas, al extremo que las hijas del doctor le preguntan a su padre cómo sigue de su «cefalalgia» en lugar de decir simplemente «dolor de cabeza», término aquél de todo punto digno de «fotofobia», palabra empleada por el propio autor para significar «deslumbramiento» en *Los inmoraes*.

La novela no deja de ser, sin embargo, interesante, como todas las de Loveira, para quienes escudriñan los cambios de la fisonomía social de la república. Al través de la misma puede apreciarse cuánto han evolucionado la condición y la personalidad de la mujer cubana, que a la sazón no pasaba de ser una muñeca destinada a agradar al hombre. A ello se deben en gran parte, sin lugar a dudas, las tribulaciones del personaje central, un viudo cincuentón que anhela colmar los años que le quedan de vida erótica. Médico distinguido que se ha retirado con un apreciable caudal de ahorros, posee los recursos personales y económicos necesarios para satisfacer a plenitud su deseo. Demasiado fino para conformarse con una mujer vulgar, busca una compañera sensible y medianamente culta.

Pero he aquí la tragedia: nuestra sociedad galante de entonces no está en grado de brindársela. Creyendo sin embargo que La Habana se ha tornado suficientemente cosmopolita para ello, se prenda de una presunta emigrada rusa que conoce en una muy selecta academia de baile. Ella parece reunir todos los requisitos: belleza física, finura espiritual, educación y sugestivo interés exótico. La há-

bil cortesana, que embauca al galeno soñador, resulta ser no más que una hermosa cubana de Cienfuegos. Después de gastarse con ella una pequeña fortuna y estar a pique de hacerla su esposa, él logra, empero, salvarse a tiempo. Su papel luce, por supuesto, un tanto grotesco, como lo es siempre el del hombre maduro que se empeña en ignorar el veredicto de los años, conservando las ilusiones de la juventud. La peripecia conlleva, no obstante, lamentables inferencias en lo tocante al grado de nuestra evolución social de la época, ya que tampoco la cincuentena implica un descreimiento absoluto. El ambiente habanero de entonces debió ser asaz desolado para un hombre deseoso de encontrar una compañera capaz de compartir su vida interior en el plano intelectual a más del sentimental, que en éste sí las había: eran las lectoras de Marcel Prévost, pero los hombres también leían a Zola, Goncourt, Nordau... Y a propósito de novelas francesas: en éstas sí que existían ligazones basadas en la comprensión, similitud de ideales y afinamiento espiritual. Nuestra pobreza en ese campo por aquel entonces está corroborada por el caso de Clara en *Los ciegos*, la cual, sin bien cumple tan cabalmente su cometido de consorte extramatrimonial que deviene esposa legal al enviudar Ricardo, el inicio de su ligazón no deja de ser fundado en un vulgar trato de conveniencia monetaria. Lo curioso es que Loveira, pese a sus ideas avanzadas y su defensa de la emancipación económica de la mujer, ridiculiza el feminismo entonces incipiente en Cuba, con alusiones a *La Garzona*, a la sazón en boga. Y es que el novelista de marras, salvo en *Los inmorales*, delata algún resentimiento, acaso debido, precisamente, a la condición de la mujer en la sociedad que conoció.

ADOLESCENCIA DE LA REPÚBLICA

La moratoria y bancarrota de 1920 fueron para el país el último eslabón de una cadena de tremendas frustraciones, un golpe brutal y anonadante. La nación entera quedó perpleja y aturdida, sin saber calibrar de primer intento el verdadero alcance del suceso, lisonjeándose de que se trataba tan sólo de un contratiempo pasajero. Mas, poco a poco, las dolorosas implicaciones de la lección se hicieron palpables, destilando un insidioso veneno que engrosaba la corriente de pesimismo, corroedora del ánimo de la república desde su nacimiento. La Enmienda Platt al disminuir su personalidad exterior, la concesión de estaciones carboneras que arrancaban jirones de su cuerpo y la intervención que vapuleó su soberanía interior, menguaron la fe en la independencia. Tras la ansiedad del período pre-republicano y la Constituyente, la angustia de la Enmienda y la humillación intervencionista, muchos cubanos creyéronse incapaces de gobernarse a sí mismos y, si bien veían pasar a manos extranjeras gran parte de sus bienes, contaban con la posibilidad de ir levantando su propia economía al lado de las empresas foráneas. Ahora, sin embargo, hasta esa postrer esperanza se nublaba, y su puesto en su propia tierra —que ya no iba siendo suya— parecía contraerse al del burócrata gubernamental o mercantil, a las órdenes de un caudillo político criollo o al servicio de compañías norteamericanas, ya que los comerciantes españoles preferían

emplear a sus compatriotas. Arraigóse así ese escepticismo que ya vimos reflejado en novelistas como Loveira, Carrión, Cabrera y Luis Felipe Rodríguez, y en pensadores como Varona y Sanguily. La actitud se tornó francamente derrotista con la presencia del observador Enoch Crowder, motivada por una apelación de los propios liberales, temerosos de que unas elecciones amañadas diesen al traste con sus aspiraciones políticas. Los cubanos se sonrojaban al ver que un extranjero tenía que velar por su moralidad, con lo que justificaban la vigilancia que aquél ejercía, de paso, sobre los intereses de sus propios conciudadanos.

Así resume Manuel Márquez Sterling en *El cesarismo en Cuba*, el proceso de nuestra desintegración económica interior: «...[los cubanos] especulaban con sus propios manantiales de riqueza o vendían sus ingenios y sus tierras a las corporaciones norteamericanas invasoras. Y propendieron por igual, gobernantes y hacendados, a la consolidación del latifundio para empresas anónimas extranjeras». En otra parte esboza de este modo la trayectoria del descalabro bolsístico azucarero: en mayo de 1920 el precio es 22 centavos, en junio y julio dieciocho y medio y dieciséis y medio respectivamente; once centavos en agosto, siete centavos en octubre, cinco y cuarto centavos en noviembre y tres y tres cuarto en julio del año siguiente. En 1928, prosigue el escritor periodista con incisivo sentido de síntesis, las inversiones norteamericanas alcanzarán \$1 435 000 000, abarcando en esta suma sesenta por ciento de la industria azucarera. Señala, por otra parte, que los propios liberales, al interesar en la candidatura del partido a los magnates del azúcar, pensaban que la Enmienda velaría por la intangibilidad del sufragio, y postularon vice a Miguel Arango, miembro del trust Cuba Cane. Luego concluye que «los gobiernos in-

terventores y los gobiernos criollos, han dejado la República sin conciencia política y sin ideología económica y social». En *Un cuarto de siglo de vida republicana* Ramiro Guerra apunta que el estancamiento universitario se produce antes de superar la primera etapa esbozada por Varona durante la primera intervención, y que los institutos no han recibido la menor ampliación. En cuanto a la primera enseñanza, señala que existen menos escuelas proporcionalmente que veinte años antes. Así, pues, la crisis educativa había comenzado a producirse antes de que el manómetro de la Bolsa indicase la quiebra económica.

Con todo, en el orden material el progreso había sido considerable. Una vasta red ferroviaria comunicaba de punta a cabo la Isla, y los caminos habían aumentado según Ramiro Guerra, más de novecientos por ciento. Se construyeron acueductos y todos los grandes colosos azucareros de la envergadura de Jaronú, Cunagua y Delicias, estaban ya terminados antes de estallar la crisis de 1920. Mas, aunque parezca paradoja, bajo Zayas «los ingenios habían molido su caña con obreros que trabajaban por la merced única de la comida», para decirlo con las tajantes palabras de Márquez Sterling. Los trapiches de las empresas forasteras extraían de la caña el dulce zumo y sólo dejaban con el bagazo unos centavos para los cubanos; pero los primeros brotes de rebeldía estudiantil preludían ya el largo y convulso período de adolescencia republicana.

CAMBIO DE FRENTE

Cuando el péndulo llega al final de su oscilación emprende la carrera en sentido contrario. Su período tiene un límite irrebasable, lo mismo que el aire su máximo grado de saturación. Hasta los buques que se hunden se detienen cuando llegan al fondo del mar. Pero los pueblos al igual que las personas no se extinguen pasivamente. La vida es lucha y todo ser o entidad viviente está sujeto a esa ley fundamental de la naturaleza. Así, como un enfermo que ha entrado en su fase crítica, el cubano, deprimido por la ola de pesimismo que le embargaba, comenzó a reaccionar. El fenómeno se debió, sin embargo, a la intervención de la juventud. Las capas más viejas de la población estaban definitivamente perdidas y serían segregadas poco a poco cual células muertas o como un cuerpo tóxico. El proceso habría de ser lento y penoso, pero inexorable, y al cabo la vida nacional les expulsaría, ya sea por inactivos o bien por nocivos. Porque, en efecto, tales elementos podían dividirse en dos grupos: los escépticos desengañados por los sucesivos descalabros de la independencia que flotaban inertes o expeliendo su pesimismo tóxico, y los cínicos que corrompían y devoraban el cuerpo como microorganismos letales. En cambio, la generación que había nacido con la república, o poco antes, tan sólo tenía noticias de las frustraciones pero palpaba las consecuencias psicológicas. Ocurría como con la generación europea

que siguió a la primera postguerra, la cual conoció la existencia del conflicto sin participar en él, salvándose así de la amargura y el desengaño que le hubiera producido el horror y la perversidad de la carnicería humana, de suerte que el hecho se alojaba en la conciencia sin herirla de muerte. Mas, la experiencia de la guerra europea echaba por tierra una serie de mitos peligrosos, al paso que la Enmienda y la dependencia económica creaban un estado de cosas humillantes al par que estrangulador, sólo que los viejos lo consideraban inmovible en tanto que los jóvenes estaban dispuestos a remediarlo a toda costa.

La nueva generación venía con su decoro intacto y se indignaba cuando los mayores afirmaban sin empacho que deseaban la intervención extranjera. «Esto solamente los americanos pueden arreglarlo», decían con frecuencia. Pero los cubanos que vinieron al mundo con la independencia tenían fe en el destino de la república y en la capacidad del país de gobernarse a sí mismo. Por eso las manifestaciones estudiantiles constituyeron el primer síntoma de reacción salutarísima precisamente cuando el gobierno de Zayas sumía el país hasta el tope en la corrupción; y en la universidad habría de producirse uno de los principales brotes de rebeldía contra el régimen de Machado. Ello no acredita, sin embargo, la teoría orteguiana de las generaciones, por cuanto la quiebra de 1920 que propinó el golpe de gracia a los viejos y extravasó la copa del pesimismo pudo haber ocurrido años antes o después, sin contar que el movimiento renovador se extendería rápidamente a otras capas y edades bajo la acción catalizadora del machadato, contra el cual se aglutinó un verdadero frente único nacional. El hambre y la miseria aguijonearon el sector obrero, donde las explosiones anarquizantes se trocaron en movimiento racionalmente organizado, de cariz socialista. Así, la co-

riente emancipadora habría de arrastrar casi toda la población, bajo la bandera antiimperialista.

El mundo entero devenía un afiebrado hervidero ideológico, y sus vapores invadían la gran antilla, suscitando nuevas inquietudes en todos los órdenes, incluyendo los de la ciencia, las letras y las artes. A la lectura de los consabidos naturalistas y realistas franceses se añadía la de Henri Barbusse y nacía un interés por autores norteamericanos, alemanes, españoles, rusos e ingleses. Entre los pintores, sin embargo, Francia seguía ejerciendo la principal atracción, incluso cada vez más exclusiva, y hacia la patria de Cezanne se dirigían quienes habrían de efectuar la renovación pictórica cubana. Este sobresalto nacional que suplanta en parte eso que Marinello llamó nuestro «fatalismo riente» constituye un testimonio irrecusable de vitalidad fecundadora. De no ser así, ¿hubiera emprendido Mañach en 1927 su *Indagación del choteo*?

EL PERFECTO FULANISTA

Con la eclosión de la república se planteó el problema de quiénes debían ser los llamados a dirigir la política del país. La cuestión no pareció difícil, al extremo que la opinión unánime ponía en manos de los veteranos de la gesta emancipadora esa alta y ardua misión. No sólo les correspondía ese honor por haber sido los artífices de la independencia, sino que el hecho mismo de haber participado voluntariosamente en la sangrienta cuanto tesonera acción liberadora daba fe de que poseían en grado sumo los sentimientos patrióticos requeridos para regir los destinos de una nación recién nacida, vacilante e inexperimentada. Era lógico que los hombres fraguados en la lucha y animados por el ideal revolucionario fuesen los más idóneos para encabezar la vida republicana. A la sazón se preveía que el veteranismo iba a constituir un monopolio de la cosa pública, del tipo oligárquico, del que quedaba excluido el resto de la ciudadanía; y que, más preocupado por mantener sus fueros que deseoso de propiciar el bien común, drenaría el Tesoro, a más de entorpecer el desenvolvimiento social y económico. En su sagaz *Manual del perfecto fulanista*, escrito en 1914 y publicado en 1916, José Antonio Ramos también reconocía que en el campo de batalla se había hecho una selección de los patriotas más decididos, pero al propio tiempo aclaraba que se requerían, además, otras dotes. Y es que ya se habían producido ingentes malversa-

ciones y escándalos públicos tales como el de los cheques en blanco de Don Tomás, el del arsenal y el del dragado, los cuales delataban la baja condición moral de algunos de los más sonados héroes de la manigua. Por otra parte, Cuba, necesitada de hombres capaces, pasaba la esponja sobre el pasado, invitando a colaborar desde el poder a los personajes más señalados que, dentro del autonomismo, habían permanecido del lado de España hasta el último día de la colonia.

Asombra por igual la rapidez con que se formó la casta de políticos y la perspicacia con que José Antonio Ramos en tan temprana época perfila los arquetipos que se han mantenido hasta el presente con ligeras variantes. El fulano es el cacique, por aquel entonces, de abolengo y ejecutoria mambí. Los fulanistas son sus secuaces, tales como miguelistas, menocalistas, zayistas, o los tantos «istas» que aún perduran en el cincuentenario de la república. El *muñecón*, especie de segundón, equivale al *cachanchán* de ahora, y el *sargento*, de categoría más modesta, es el agente de barrio, que todavía conserva igual denominación. El autor del mencionado ensayo de sociología política, afirma que, aunque diezmada por las revoluciones, existía en Cuba una verdadera aristocracia, creada por la más brillante inteligencia, de innata decencia y fuerza de espíritu, que, diseminada por los distintos partidos, era la que, en última instancia, gobernaba y dirigía, coyuntura que, desde la revolución de 1933, ha cambiado radicalmente. Por otra parte estima el ensayista que el fulanista, con todos sus inconvenientes, representa la única superioridad de la raza hispanoamericana sobre su pueblo matriz, entonces entregado a un bizantinismo enervante por no tener verdaderos fulanos, ídolos populares capaces de sacudir el marasmo producido por la excesiva duración de las tradiciones. Ello no impedía que para ser electo fuese necesario afec-

tar, aunque no se sintiese, cierta chabacanería, porque «entre nosotros nada hay que se pague tan caro como un gesto de orgullo». Más adelante señala que en el elemento director de la clase civil entraban múltiples factores, procedentes unos del primericio partido revolucionario cubano y otros, de los adictos tácita o expresamente al gobierno metropolitano español, constituyendo todos ellos una élite intelectual, con letrados distinguidos, dado que el derecho fue siempre la profesión predilecta de las familias patricias cubanas. Después el autor lamenta la ruina infligida a los sectores más dignos de las clases adineradas criollas, por las distintas guerras de emancipación; y condena el ausentismo de los terratenientes y propietarios que salvaron sus bienes y que disfrutaban de sus rentas en el extranjero, desinteresándose de la suerte de Cuba. Luego contrasta esta actitud con el patriotismo de las clases trabajadoras. Coincidiendo con Julio Villoldo, denuncia el egoísmo y el desinterés por la política que la madre cubana, con su exceso de mimos, inculca en los hijos. En este aspecto, empero, con el crecimiento de la clase media y la revolución de 1933, se operará una mejora considerable, pese al retraimiento de los sectores más limpios de la aristocracia mambisa y al deterioro de los políticamente activos, y no obstante el vergonzoso derrumbe de la llamada generación del 30, sucesora de la oligarquía política de la primera etapa republicana. Con todo, la reacción regeneradora espiga bajo el gobierno de Zayas, con el movimiento juvenil y patriótico capitaneado por Martínez Villena.

Demuestra José Antonio Ramos cómo la política electorera fomenta el egoísmo de las masas. El aspirante adula a tal extremo que el elector se siente solicitado y disputado, olvidando que el sufragio es un deber y que su voto entraña una responsabilidad, y comienza a creer que

el mismo es una cosa negociable que tiene derecho a vender o cambiar por una promesa de beneficio directo para sí. Por otra parte, los políticos no se dedican a darse prestigio a sí mismos sino a desacreditar al adversario, degradando de esta suerte todo el proceso. El ensayista vislumbra en la empleomanía, ya muy crecida en 1914, un pródromo del socialismo estatal. No cabe duda de que el tiempo ha confirmado la certeza de tales apreciaciones.

LA ECLOSIÓN DEL MACHADATO

La eclosión del sombrío y angustioso régimen de Gerardo Machado se produce, hasta cierto punto, y valga la paradoja, con la anuencia del público. En todo caso, su programa inicial de regeneración concretado en el famoso cuanto cautivador trinomio «agua, caminos y escuelas» respondía a un profundo anhelo de la población. Es decir que, pese a la apatía o inconciencia política de las capas populares, depauperadas pero sedientas de diversión y poseídas de creencias supersticiosas, que Félix Soloni presenta en sus novelas, y el pesimismo de los desengañados por el deterioro de la república, aún ardía en muchos pechos la llama del patriotismo y la esperanza de renovar al país. Una prueba palmaria la ofrece el entusiasmo multitudinario que acogió la toma de posesión del nuevo presidente, el 20 de mayo de 1925. El propio Machado lo sabía mejor que nadie, y hubo de sacarle el máximo partido a la coyuntura, aunque no acertó en el cálculo de su coeficiente de resistencia, en parte a causa de la cortina de humo levantada por los consabidos turiferarios aprovechados y consejeros intelectuales del tirano. Con todo, fue merced a ese estado de opinión que pudo desbrozar el camino hacia la prórroga de poderes, la cual empezó a inquietar al principio tan sólo a los espíritus avisados que recelan, ¡ay! con razón, de tales reformas en países hispanoamericanos. Pero el futuro dictador había sabido ganar a su causa una buena porción de

indiferentes, mediante el mirífico proyecto de la carretera central que uniría al resto del país numerosos puntos incommunicados, colocando en los mercados gran copia de frutos perdidos en el campo a causa de la falta de transporte, y abaratándolos gracias a la competencia con los ferrocarriles cuyo indisputado imperio les había permitido mantener los fletes más elevados del mundo. Añádanse a esto las proezas de ingeniería civil realizadas por Carlos Miguel de Céspedes, quien en un abrir y cerrar de ojos restituía la fisonomía de la capital devastada por el ciclón de 1926 o trazaba una nueva avenida en su centro; y se comprenderá el deslumbramiento del público, ingenuo aún, que le motejaba «El Dinámico».

Enrique III impuso el papa Clemente II y luego se hizo coronar por él; Napoleón fue más expedito y se ciñó él mismo la corona, y Mussolini puso en escena la marcha sobre Roma para simular una revolución, pero Machado quiso perpetuarse en el poder paso a paso, con medios aparentemente legales, lo cual delata cierto respeto para la opinión cubana que, por lo visto, no hubiera tolerado un vulgar cuartelazo, malgrado su «fatalismo riente». Las mismas elecciones en que triunfó fueron las más honradas que se habían efectuado hasta entonces, y Gonzalo de Quesada Miranda ha consignado cómo Rafael Iturralde, el ministro de gobernación que las supervisó, podía ufanarse, no sin razón, de que aquellos fueron los primeros comicios realizados en Cuba cuyos resultados se daban a conocer con bastante exactitud la noche misma del día en que se celebraran. Desde luego que reinaba todavía el caudillismo político, pero lo cierto es que entró en juego más de parte de Menocal que de Machado, cuya candidatura se debió a las hábiles maniobras de sus adictos, las cuales vencieron la popularidad con que le aventajaba

Mendieta, su contendiente dentro del Partido Liberal que, por otra parte, aureolaban largos años de oposición.

El progreso material repercutía en la vida cotidiana y alteraba los conceptos. El transporte motorizado se había impuesto por completo después de la primera guerra mundial, que en las calles de La Habana se libró entre la tracción animal y la mecanizada, vale decir entre «aliados» y «alemanes», conforme los denominaba el vulgo. Y efectivamente, en las novelas de Raimundo Cabrera se habla sólo de coches, los cuales predominan, asimismo, en *Las honradas*, de Carrión pero no en *Las impuras*; en la mayor parte de las obras de Loveira coexisten coches y automóviles, mientras que en *La última lección* hay no más que automóviles. Al propio tiempo, decaía la enseñanza y aumentaba la proporción de analfabetos, después de la mejora registrada en las postrimerías del gobierno de Magoon. Por otra parte, existían indicios que acreditaban la madurez política de ciertos sectores intelectuales y estudiantiles, cuales son el manifiesto del Grupo Minorista y la renuncia de la juventud a volver a la Constitución de 1901 y al estado de cosas de 1925, según lo preconizaban los viejos políticos de las tendencias de Mendieta y Menocal. Lo que hizo, pues, el régimen sangriento y contradictorio de Machado —el nacionalista que pagaba las deudas al extranjero aun a costa del hambre de su pueblo y el antiimperialista que abría los brazos a la injerencia para luego cerrarlos— es seducir primero con su programa y catalizar después el proceso ideológico cubano.

LA VIDA POPULAR

Echemos una mirada a esa corriente cálida e impetuosa que anima y colorea el rostro de la república. Dejemos la élite del cerebro y veamos circular esa sangre hervorosa que nutre y renueva, sin la cual las instituciones estructurales de la nación serían no más que cuerpo muerto. Para conocer algo de ese substrato inquieto y vivificante tal como lucía en 1925, permitamos que Félix Soloni nos muestre un atisbo con su *Mersé*. En el barullo de la calle los vendedores ambulantes pregonan sus mercancías: helados, viandas, fritas, churros y tamales que «pican y no pican». Por las aceras transita un gentío polícromo, en tanto que conversan las comadres y las compradoras regatean. En la algarabía del patio hormiguean los chiquillos y las lavanderas se inclinan sobre sus bateas, frotando y hundiendo la ropa en espumosa agua con fuerte olor a jabón. Dos hileras de puertas entreabiertas muestran habitaciones encaladas con la deprimente uniformidad de su pobreza mobiliaria, perfilada contra la desértica blancura de las paredes que sólo interrumpen algunos oasis de fotografías de artistas de cine y peloteros y mugrientos cromos chillones. Tufos de cocina flotan entre las colgaduras de ropa mojada. En un cuarto sencillo pero sobrio, donde un crucifijo de pasta sustituye la habitual herradura, Candelaria, la madre de la linda Mersé, pasa muchas horas rezando mientras su hija borda y cose para una fiel y selecta clientela, desde que su madre

no pudo seguir trabajando en la casa de los Zarzas. Son de color, deseosas de superarse y vivir con decoro, pero ciertas vecinas envidiosas las difaman y hacen circular rumores insidiosos sobre ellas. La misma que roba un pomo de esencia al chino vendedor ambulante de perfumes, es una de las más pertinaces difusoras de chismes. Soledad, la hermana de Candelaria, vive con su marido, que conoció la esclavitud, y sus dos hijas, Charo y Clemencia, en un suburbio obrero. Pero ella y los suyos son espiritistas. «Mi hermana cree en los santos y yo en los seres», dice. Además, pese a sus años, todavía le gusta bailar, sólo que ahora la música americana está desplazando el danzón... Pero si bien el fox-trot invadía, no ya nuestra isla, sino el mundo entero, los ritmos afrocubanos resurgirían muy pronto al socaire de la revolución nacional antiimperialista, para difundirse en escala universal.

El autor presenta algunas instantáneas de la bohemia periodística rozando las capas populares en las faenas reporteriles de las casas de socorro y en reuniones amenizadas por el guitarrista cancionero *Tata Villegas*, de la camada de Manuel Corona, *Pancho Majagua* y otros cuya presencia corpórea en las fiestas también habría de ser rápidamente suplantada por la radio. Candelaria muere y su velorio se efectúa en el solar, acto que desde entonces la costumbre ha transferido a la funeraria, al menos en las grandes ciudades; y los cirios naturales han sido reemplazados así mismo por las bombillas eléctricas. El peninsular don Pepe, a la vez dueño y encargado del solar, actuaba de maestro de ceremonias vistiendo un traje de alpaca negra, en tanto que los periodistas de la casa de socorro aprovechaban la ocasión para hacer conquistas fáciles. Cuando los chiquillos alborotaban se les amonestaba así: «Muchachos, respeten, que hay un *cadavre*.» La espiritista Sole-

dad y sus dos hijas llegan vestidas de blanco con cinturón negro, y aquélla rompe a llorar pero, al llamarle la atención una de éstas, se contiene musitando: «Es verdad, no debemos llorar por los que desencarnan», lo cual hace fruncir el ceño a doña Clarita, miembro, como la difunta, de la archicofradía de San Nicolás. Petronila la chismosa sirve el café.

Mientras tanto, don Pedro Zarzas, bodeguero gallego que llegó a ser dueño del ingenio que luego vendió a peso de oro a una compañía americana, se había negado a permitir que su hija Cuca se casara con Ernesto, cuyo padre, colono, quedó arruinado por la moratoria de 1920. Al quedar huérfana, Mersé pasó breve tiempo en la casa de ese ricachón, donde su madre había trabajado como doméstica. Luego irá a vivir con su tía Soledad, pero incompatibilidades de gusto, naturaleza y creencias no tardarán en crearle una situación penosa. Tras de su recatado comportamiento en el baile de la Tutelar, sus primas le tildan de aguafiestas, y desde entonces se la mira con creciente sorna. Así, en la peregrinación de San Lázaro, descrita con donoso realismo, al cruzarse con doña Clarita, creyendo que es su madre quien se la envía desde el cielo, resuelve dirigirse a ella en busca de ayuda como miembro de la archicofradía de San Nicolás, lo cual consigue. Instalada ya por su propia cuenta como próspera modista, compromete, movida por su agradecimiento a Cuca, su propia honra para encubrir la deshonor de ésta. Una noche, tras de absorber una dosis excesiva de veronal, muere en la casa de socorro, atendida por Ernesto, a quien adora, siendo correspondida. Tal parece que el autor recurre a este desenlace para soslayar el obstáculo que el prejuicio racial levanta frente al matrimonio.

LA VIDA DE LAS OBRERAS

La industria ligera nacional fue insignificante hasta cuando el régimen de Machado aceleró su desarrollo. La mano de obra femenina estaba confinada casi exclusivamente a la fábrica de cigarros y la servidumbre doméstica, y con la república la mujer obtuvo un creciente acceso a la burocracia, al mostrador y a las profesiones, hasta alcanzar progresivamente, a partir de la revolución de 1933, su presente total equiparación con el hombre. Desde luego que siempre mantuvo sus fueros en el campo de la costura, pero gran parte de este trabajo se hacía en la casa, sin contar que incluso en el giro de las confecciones el país dependía, hasta cierto punto, de la importación. Con todo, la expansión gradual de un escaso número de manufacturas le abrió algunas puertas más. De uno de estos renglones, el de la litografía, trata una novela de Félix Soloni. Se intitula *Virulilla* y ocurre en 1926, o sea en el umbral del primer período de Machado. Menos colorista que *Mersé*, delata un mayor dominio del oficio, y en vez de mostrar un diorama popular, se restringe más a un solo sector. En ambos casos asoman por doquier las duras aristas del torvo rostro de la miseria, pero el buen humor criollo ilumina y colorea las tinieblas, como ocurre en *El conventillo* del brasileño Luis de Azevedo. Nada de sombríos abismos desoladores. La narración está conducida con donosura y humorismo de matiz local, sin soslayar empero la triste realidad, y los

personajes se comportan con el alegre estoicismo y el «fatalismo riente» tan peculiares del pueblo cubano, siempre reacio a la seriedad. La nota retozona del choteo estalla en los instantes más deprimentes. Soloni escribe sin pretensiones, como si temiese lucir grave y encopetado, obedeciendo a ese pudor del cubano ante lo trascendental, que le inclina a tomarlo todo a chacota. Desciende familiarmente a los sumideros de la pobreza, describiendo con llaneza las privaciones y las angustias, pero descubriendo aquí y allá un rayo de luz, un sentimiento delicado en las almas sencillas revestidas de simple ropaje.

De hecho, *Virulilla* no pasa de ser una novela rosada, pero transida de realidad observada con puntería, en la que el príncipe, un señor ventrudo y canoso, si bien no llena por completo su cometido, proporciona a la heroína una felicidad parcial, levemente teñida de melancolía. Viudo, padre de dos muchachas adolescentes, curtido, condueño de la litografía en que ella trabaja, la rescata de la penuria haciéndola su esposa. El remoquete «Virulilla», significa jovenzuela barrioter, liviana y poco cuidadosa de su reputación, aunque no siempre pecadora, amante de los bailes y las diversiones, poco escrupulosa en cuanto a sus amistades masculinas. El apodo resultaría un maligno sarcasmo, si no dimanara de una metáfora basada en la etimología del término, el cual se aplicaba a los viejos sombreros de paja que se pintaban de negro para ahorrar la compra de uno nuevo, en el período precario que siguió al de «las vacas gordas», fenecido en 1920. Por analogía se le impuso a la joven el día que entró por primera vez en el taller de litografía, pues llevaba, con motivo de la reciente muerte de su padre, un desvaído vestido negro. Su hermana mayor, Yoya, no podía ya contribuir al sostén de la familia, porque estaba tísica, recluida en el sanatorio La Esperan-

za, donde había logrado ingresar tras de largas y penosas gestiones. Huérfana, ahora ella tenía que mantener a un hermano poltrón y a su hermanita, Beba. Una mañana, el troquel que acortaba corazones de papel dorado le troncha el anular izquierdo, invalidándola por algún tiempo. La compañera Leocadia, cuarentona líder feminista, hace una colecta entre el personal. Juanelo, el alcahuete que consigue las obreritas más hermosas para el patrón, ofrece la generosa protección de éste. Beba sustituye a su hermana en el trabajo. Ya no tenían que pedir fiado al bodeguero, ni nuevos plazos al casero, y pudieron abandonar la promiscuidad de la habitación compartida por el hermano y las hermanas, mudándose a una casita.

Virulilla vivió unas semanas embargada por la ansiedad de la convalecencia, la angustia de no quedar capacitada para sostener a la familia y fugaces sueños de que un día el amor quizá la visitaría, impartiendo plenitud y un nuevo sentido a su pobre existencia. De improviso, surge la hollywoodesca proposición matrimonial de su patrón, libertino arrepentido, necesitado de cariño auténtico. Desconcierto, vacilaciones, temores. Al cabo, Virulilla, pensando en el bienestar de los suyos, accede. Después del suicidio de su esposo, atosigado y dolorido por el desliz de una hija, su amor verdadero pero imposible se le declara. Mas, ella le rechaza y él le introduce la sortija en el anular de la derecha, el de la amistad, en vez del izquierdo, inexistente. La tercera dimensión de este cuadro de la vida de las obreras es escasa, pero no poseemos otro, ya que *El dios maltrecho* de J. F. Esares Don se pierde con su despalilladora en una interminable jornada sentimental.

TRANSCULTURACIÓN

Los negros siguieron siendo considerados no más que como fuerza de trabajo aun después de la abolición de la esclavitud, pese a su participación efectiva en las guerras de independencia. En las primeras dos décadas de la república eran vistos, incluso por buena parte de los intelectuales más liberales, como un grupo etnográfico extraño que podía devenir peligroso. Se les restringió tácitamente el acceso a la vida política, desde donde Morúa Delgado y Juan Gualberto Gómez ejercieron un sabio influjo, propiciando el acercamiento y, especialmente en el segundo caso, protección a sus hermanos de raza. Quienes deseen ampliar sus conocimientos en este campo pueden remitirse a las obras de autores como Horrego, Costa y Portuondo, toda vez que el proceso cultural de la república es lo que nos interesa aquí. El primero en ocuparse de la cuestión racial desde ese ángulo es Fernando Ortiz, cuya tarea indagatoria al respecto no ha sido igualada en vastedad y alimento. Llegó al tema por el doble camino de la sociología y la criminología, empezando antes por aquél. Efectivamente, cuando preparaba su doctorado en derecho, en Madrid, Aguilaniedo y Constanancio Bernardo Quirós, a quien conocía, publicaron con inusitado éxito un libro sobre la mala vida en la capital, obra que el estudiante cubano leyó con fruición, le hizo pensar que una análoga sobre La Habana tendría igual acogida. Volvió a Cuba finalizando el siglo, y enseguida se

dio al trabajo que se había propuesto, con lo cual se puso en contacto con la depauperada población de color, cuya situación económica era prácticamente la misma que en tiempos de la esclavitud. Interesáronle sus ritos y costumbres, pero encontró que no había nada escrito sobre los mismos. Tan sólo existían los trabajos de Nina Rodríguez con relación al Brasil, país menos rico que el nuestro en folklore africano, pese a su enorme extensión. Como penalista, Ortiz no tardó en vislumbrar un terreno fértil para la criminología aplicada a los complejos psicológicos raciales y a ciertos sacrificios taumatúrgicos.

Había descubierto un mundo social, misterioso y alucinante, pletórico de arte y ritos sugestivos, más puros y variados que en el propio Haití, aislado de sus fuentes y cuya extracción etnográfica estuvo limitada casi exclusivamente al Congo y el Dahomey, al paso que Cuba seguía recibiendo esclavos procedentes de distintas partes de África, afluencia que alimentaba y mantenía vivas las respectivas tradiciones, a despecho de la vigilancia oficial. Los hacendados no miraban con buenos ojos la injerencia de las autoridades coloniales y clericales, prefiriendo que no se trastornase en demasía la existencia de los esclavos fuera del trabajo, interviniendo en sus costumbres. Al socaire de tales circunstancias, y con la insólita capacidad de adaptación de los negros, éstos volcaron muchas de sus creencias en los moldes de la religión de sus amos, lo cual constituye un frecuente fenómeno de transculturación, ciencia fundada por Fernando Ortiz; corroborando al mismo tiempo la teoría de que existen numerosos factores comunes a todas las religiones, especialmente en lo tocante a los elementos de la naturaleza. Pero no bien comenzó sus pesquisas, el joven investigador se halló frente a un intrincado dédalo de rutas llamadas lingüística, mitología, historia, etnogra-

fía, estética, antropología —la viviente a más de la física—, etcétera, etcétera. Así, a medida que se pertrechaba de conocimientos en tales materias genéricas, se adentraba en la selva virgen afrocubana, columbrando con asombro un inmenso acervo de leyendas, formas musicales, bailes, pantomimas, sistemas sociales, inquietantes evocaciones prehistóricas y ritos y liturgia de sugestivo simbolismo; topándose asimismo con herméticas cuanto poderosas organizaciones locales, entre las que se destaca el ñañiguismo, especie de masonería con análogas miras políticas, sobre la cual no hay aún nada escrito.

Con todo, no se trataba únicamente del proceso de transculturación de la raza negra, con su angustiada y a veces dramática incorporación al nuevo medio, erizado de penosas cuanto sutiles contingencias sociales; sino de la aportación de dicho núcleo etnográfico al país de adopción forzosa. Su influjo no podía menos de ser considerable, por cuanto la lactancia y el cuidado de casi todos los niños blancos de la época de la colonia se encomendaban a las negras, madres de tan singular ternura y devoción que en el Brasil se les ha erigido un monumento y que en el sur de los Estados Unidos, no obstante sus crudos sentimientos racistas, se les confiere el afectuoso apelativo de *mammy*. Aparte del ostensible efecto sobre el léxico y la música, la dilatada presencia de las razas africanas ha repercutido en las creencias, supersticiones, costumbres, carácter y temperamento nacionales, impartiendo al cubano esa mezcla de espontaneidad, despreocupación, alegría y humorismo burlón y mímico, así como la excepcional capacidad de adaptación, que le distinguen de todos sus hermanos del continente. Su papel en la formación del sentimiento nacional no es desdeñable, como lo acreditan manifestaciones tan palpables como el desplazamiento del

vals y el fox-trot por los bailes afrocubanos durante los primeros años del machadato; y al través de la enorme infiltración en la vida popular y del extenso mestizaje de las clases trabajadoras, conforme puede apreciarse en *Mersé* de Félix Soloni. Es de esperar que en un futuro próximo se borren los resentimientos legados por la esclavitud y atizados por la discriminación, con su secuela de complejos de inferioridad; al par que las neurosis suscitadas por los conflictos entre la contención impuesta por el loable deseo de superación y la necesidad de dar libre expresión a los impulsos naturales de la raza y los rezagos de sus tradiciones.

EL CHOTEO

El choteo responde, tal vez, a una característica innata del pueblo cubano. Pero como fenómeno sicosocial, su agudización en determinado período de nuestro siglo parece obedecer a un estado de ánimo provocado por motivos históricos los cuales, por su pertenencia a una fase de nuestra vida republicana, solicitan aquí una atención particular e insoslayable. El tema había sido tocado ya con puntería por José Manuel Poveda en el tercer lustro republicano, incidiendo en algunos puntos ampliados y ahondados más tarde por Mañach. Por ese motivo y por la confirmación de las implicaciones históricas que señalaremos más adelante, entresacamos de un artículo suyo del *Heraldo de Cuba* algunas apreciaciones significativas, especialmente por su coloración pesimista. Helas aquí: «Parece lógico que empezáramos... por fijar la atención en el modo como ríe el verso cubano, los temas que provocaron su risa, y hasta las bocas con las cuales ríe. No, desde luego, para hacerlo callar —demasiado faltos estamos de alegría—, sino para ennoblecere su risa, y acaso para enseñarle qué cosas son las que merecen un gesto distinto.» «La falta de conciencia nacional da sitio al tendencioso deletéreo que opone a lo ideal una sonrisa. ...Cuando una voz invita a horadar el obstáculo imprevisto, sonreímos, y nos vamos de tangencia. Las arengas son *obra*, las recriminaciones son *boberas*, la claudicación fácil marcha al grito de *arriba con el him-*

no. Poner en solfa las virtudes es lo viril, o una chanzoneta mal intencionada, y cuando no una pornografía, son las dos notas humorísticas más socorridas.» «Es que el verso drolático se ríe del verso noble, del rico, del serio, del triste, ...prendiéndole *rabos* y sonándole *trompetillas*.»

La sagaz y medular *Indagación* de Jorge Mañach, pese a ciertas facetas importantes que pasa por alto, es sin disputa el más acabado trabajo sobre la materia y acaso el más profundo y enjundioso de ese ensayista. El autor, coincidiendo con Poveda, comienza por revelar el aspecto peyorativo, el cual imparte la tónica general de la interpretación, pese a ciertas salvedades ulteriores. «El choteo», empieza diciendo, «—cosa familiar menuda y festiva— es una forma de relación que consideramos típicamente cubana ...fenómeno psicosocial tan lamentado». Luego se refiere a la definición del hombre de la calle, «no tomar nada en serio», para fundamentar su opinión en lo tocante al carácter frívolo del choteo. Añade que es cosa habitual y sistemática en el cubano que revela una postura de constante oposicionismo, encaminada a crear «ambientes de libertinaje frente a la autoridad». Aclara que quienes más acostumbran recurrir al choteo son «dotados casi invariablemente de una educación elementalísima... desconocen todas las dignidades y proezas del espíritu; empedernidos de sensibilidad... Son los negadores profesionales, los descreídos a ultranza, los egoístas máximos, inaccesibles a otra emoción seria que no sea la de rango animal... y cuando les habláis de patria, de hogar, probidad o de cultura, urgen una cuchufleta y os dicen a lo sumo, que todo eso es “romanticismo”». Más adelante el ensayista recapacita mitigando el rigor de sus reproches, y señala que «parece que hay un choteo ligero, sano, casi puramente exterior, que obedece principalmente a vicios o faltas de atención derivadas de la misma psi-

cología criolla, y otro choteo que pudiéramos llamar profundo y escéptico, perversión del anterior y originado en una verdadera quiebra del sentido de autoridad que antes analizábamos». Esta apreciación corrobora la existencia en la época colonial de un espíritu humorístico parecido que, a nuestro entender, se corrompe con el advenimiento de la república y sus frustraciones. Y en efecto, añade el propio Mañach, «la burla es un subterfugio ante el fuerte», lo cual permite suponer que el criollo se valía de la misma para denigrar la opresión española.

Por otra parte afirma que «es un acto fundamentalmente egoísta o irreflexivo, mediante el cual el choteador parece reírse con el solo fin de estar alegre... lo peligroso es que con frecuencia tiene por objeto una víctima». Ello nos da pie para sostener que el humorismo de elevada intención política ha sido degradado por el veneno amargo de los desengaños de la independencia, convirtiéndola en instrumento utilizado por personas de baja estofa, deseosas de volcar su rencor sobre sus semejantes. Por desgracia los demás se han valido inocentemente del mismo medio como válvula de escape, sin hacerse cargo del daño que infligen, movidos por la necesidad de «hacer de tripas corazón».

Afirma Mañach que el choteo es enemigo del orden y la negación de la jerarquía, apoyándose en la teoría de lo cómico desarrollada por Bergson en su conocido ensayo sobre la risa. También podía haberse acogido al viejo concepto de la dignidad caída. Por otra parte, pasando a la provincia de la sicología, se refiere con mucho tino a Scheler, citando textualmente estas palabras alusivas a la burla: «descarga que elimina esa dinamita psíquica que se llama resentimiento»; pero declara que el resentimiento y el rencor no son característicos del choteo. Cabe suponer, por consiguiente, que se trata de una postura que ha devenido

hábito. Lo que al principio era un medio de legítima defensa contra un orden opresor, se convierte en actitud negativa ante las deficiencias republicanas, que se extiende a todos los demás órdenes de la existencia. Hemos vuelto a tocar esa tecla porque da la nota que más suena en el estado de ánimo imperante a un momento dado de nuestra historia independiente, tanto que los mismos Mañach y Poveda concuerdan en lo tocante al escepticismo burlón del cubano frente a instituciones como la nación y el hogar.

En *Los bailes y el teatro de los negros en el folklore de Cuba* ofrece Fernando Ortiz algunas observaciones útiles para la determinación de ciertos ingredientes y manantiales de nuestro humorismo. «En los cantos pantomímicos se reflejan los sucesos interesantes de la vida cotidiana... y en ellos es donde fluye la admirable inspiración satírica y burlona, choteadora de los negros.» «El negro es el ser humano que más y mejor sabe reír» afirma, y luego cita al respecto esta apreciación de Frobenius: «Un humor brotado de un sentimiento muy profundo constituye un elemento fundamental de la espiritualidad africana... Quien tiene las emociones vivas se olvida pronto. Entre dos terrores se canta y baila...y se ríe. Se ríe de todo... Hasta del juez se burlan, hallándole ridiculeces.» Seguidamente agrega por su cuenta Fernando Ortiz: «Los negros se ríen y se burlan, por eso son maestros en la sátira. Son los manantiales del choteo, de esa catarata de ingenio que refresca los sofocos de las gentes tropicales mucho más que las brisas mareras. Su inextinguible buen humor y su espíritu burlesco, que le ayudan a defenderse contra los desajustes sociales y las inclemencias de la vida, se traducen en todo momento por una desbordada afluencia satírica, que a veces llega a sarcástica...» No puede ponerse en duda la existencia de este elemento sano a la raíz del choteo, pervertido luego por las

circunstancias. La desmoralización es a la vez causa y efecto del choteo, término que, según apunta Mañach, equivale a «desprestigio»; y este desprestigio o *choteo* de los valores dimana del descrédito general de las instituciones reverenciadas. El negro tiene la simpática capacidad de burlarse hasta de sí mismo, con la que se ha contagiado el cubano blanco, y esta inclinación se ha extendido al plano nacional a consecuencia de la defraudación republicana, agravada bajo la presidencia de Zayas. Nótese que la *Indagación* de Mañach se efectúa a comienzos del machadato, en 1927, y en este sentido son muy significativos estos dos juicios emitidos en el umbral de la dictadura: «la rebeldía produjo la República; la adulación... la guataquería»; añadiendo que el espíritu de independencia se exterioriza en una burla de toda forma no imperativa de autoridad.

La familiaridad, el chiqueo, la nivelación y el igualitarismo propios del choteo, señalados por el ensayista, nacieron sin duda de la convivencia en el barracón de los esclavos a la que se acercaron los demás cubanos para volverse contra el enemigo común. Mañach achaca la autoburla a nuestra debilidad como nación, pero sería más exacto atribuirla al desprestigio de nuestras instituciones republicanas y sus jerarcas, que ya vislumbraba Raimundo Cabrera en *Sombras que pasan*. Recuérdese que el cubano había pasado por los engaños de la Enmienda, las bases carboneras, el Tratado de Reciprocidad, las intervenciones directas e indirectas, el derrumbe económico y la corrupción de sus adalides políticos, de suerte que la degradación actuaba más que la debilidad. Eso sí, como país pequeño que somos, todos nos conocemos y soportamos mal los alardes de los impostores. De allí la terrible eficacia del choteo para poner al desnudo la pobre verdad de cuantos se cu-

bren de fingida grandeza, y, como apunta Mañach, la autoridad falseada exaspera al criollo. Fuimos hermanos más o menos bien llevados cuando sufrimos la opresión colonial y lo seguimos siendo en presencia de la corrupción, de suerte que nada puede ocultársenos. El propio ensayista insinúa que el choteo amaina bajo la dictadura, pero el régimen de Machado se encargó de desmentirlo, al extremo que el mismo resulta temible tanto para el almacenista español como para el politicastro o el aspirante a tirano del patio. Acaso tiene más razón cuando afirma que con el advenimiento de la república la restauración económica fue tan rápida y pingüe que se creó pronto una atmósfera de venturina propicia al choteo. Este se mantuvo, no obstante, al través del período de miseria.

LA REVISTA DE AVANCE

En la *Revista de Avance* se condensan los vapores de inquietud que flotaban ligeros y dispersos en el ambiente intelectual cubano desde hacía dos o tres años, un poco tardíos en comparación con algunas otras repúblicas hispanoamericanas. Nuestro medio, más aislado de Europa que el de los países hermanos de habla española, era menos asequible a las corrientes renovadoras del Viejo Continente, sin contar que nuestro escepticismo burlón, ya apuntado, desacreditaba de antemano todo intento de superación. Éramos reacios a las innovaciones no tanto por conservadorismo como por descreimiento; pero, de haberse prolongado esta actitud, nuestra cultura se hubiera visto seriamente comprometida. Deslumbrados por los fabulosos progresos de nuestros vecinos nortños admitíamos sin resistencia todos los adelantos técnicos, pero en los predios más impalpables de la cultura estábamos cerrados a las innovaciones. Contra tan empedernida repudia, en la propia revista José Antonio Ramos decía enfáticamente «*yes en jazz*», con sincopada donosura, condenando en intencionada jerga popular el «¿a mí qué?», esa expresión de indiferencia ante las corrientes renovadoras que soplaban del extranjero. En otro número, Juan Marinello se pronuncia, asimismo, contra nuestro incurable espíritu de «choteo» que ridiculiza y desestima sistemáticamente las nuevas aportaciones

foráneas. En efecto, parecíamos decididos a no ir más lejos que el naturalismo cientifizante seguido por Carrión y Loveira, el primero muerto ya y el segundo a todas luces agotado con *La última lección*, y el cual no dejaba de ser, pese a su tendencia socializante, un sensualista finisecular que cebaba su gula con suculencias culinarias y mujeres jamonas, pasadas de moda tanto en América como en Europa. Precisaba, pues, ponerse en sincronía con las últimas manifestaciones estéticas e ideológicas del extranjero. ¿Significa esto renunciar a la lucha antiimperialista que esbozaba en otros sectores? De ninguna manera. Ello contribuiría a levantar el nivel de la nación y por ende su capacidad de hombrearse con los demás países.

La *Revista de Avance* se arrogó la función de introducir las nuevas ideas artísticas, literarias y filosóficas, abriendo una ventana sobre el mundo lo mismo que la *Revista de Occidente* lo había venido haciendo, en mayor escala, en España con respecto a Europa, y puede afirmarse que en sus cuatro años de vida cumplió cabalmente la misión que se impuso. Cabe añadir que, pese a la diferencia de formato, la impronta ideológica al par que estilística de Ortega y Gasset se perfila íntegramente. Al mismo tiempo, de consuno con la Institución Hispanocubana de Cultura, dirigida por Fernando Ortiz, contribuyó más que ningún otro medio a efectuar la reconciliación intelectual con España, ayudando a restañar las heridas aún recientes del régimen colonial al propiciar la comprensión al través de la cultura, puesto que los dos países ya no eran los mismos. Ambos empezaban a hermanarse en la lucha contra la dictadura, y España dejaba de ser la odiosa Península, en tanto que la generación del 98, al reconocer el derecho de Cuba a la independencia, alejaba los fantasmas del pasado oprobioso al tiempo que desplazaba a los Pereda, Pérez Lugín y

Palacio Valdés, mantenidos tan sólo por maestros soñolientos para aburrir a los escolares. Al allegar criterios progresistas en política y afines en estética se robustecería nuestro movimiento de liberación social y económica a la par que se depurarían nuestras letras, saturadas de galicismos y norteamericanismos.

Los fundadores de la revista, Alejo Carpentier, Martí Casanovas, Francisco Ichaso, Jorge Mañach y Juan Marinello, rubricaban sus editoriales con el pseudónimo colectivo «Los Cinco». Al anunciar su posición en el primer número, se comparaban con la tripulación de un bajel que concretaba la revista. El símil significaba el abandono de las viejas ideas en un viaje hacia aguas más puras. Esta profesión de fe no implicaba acogimiento a doctrina alguna, conforme lo expresa el palmario sentido pragmático de estas palabras: «el goce... de la vida no está en la contemplación de los propósitos, sino en la gestión por conseguirlos.» «Por ahora sólo nos tienta la diáfana pureza que se goza más afuera, lejos de la playa sucia, mil veces hollada, donde se secan, ante la mirada irónica del mar, los barcos inservibles o que ya hicieron su jornada.» Para dejar bien sentado su actitud independiente, se declara de entrada que el bajel «lleva al viento un gallardete alto, agudo y azul. Para la emergencia posible, banderín rojo. Lo que no va en su bagaje es la bandera blanca de las capitulaciones».

La *Revista de Avance* blasonaba desde el principio su sentido dinámico y su propósito de recoger cuantas innovaciones brotasen en el mundo. Lo primero en estas palabras: «queremos movimiento, cambio, hasta en el nombre», el cual variaría según pasaron los años, rotulándose con el número correspondiente al que se cursaba, a partir de 1927, seguido de 1928, 1929 y así sucesivamente. De hecho, «re-

vista de avance» no era más que un subtítulo programático. En cuanto a lo segundo se declaraba que se tenía «la antena lista para cuantos mensajes de otras tierras, y de otros mares, podamos interceptar...» De arrancada, en tres artículos, Jorge Mañach se pronunciaba en favor del vanguardismo con ese comedimiento que habría de ser creciente característica suya, encaminada a salvar al mismo tiempo la col y la cabra. Aquí olvidaba que una cosa son las obras maestras del pasado y la otra sus imitaciones del presente, pero reconocía la temporalidad de los valores estéticos. En Francisco Ichaso se advierten idénticos resabios conservadores al través de un reproche suyo dirigido a Martínez Ruiz —*Azorín*— por su respuesta a los críticos publicada hacía poco en el *ABC*, la cual calificaba de «soberbia». Mas, en otro artículo combate los prejuicios. Francisco Ichaso rinde, no obstante, con sus atildados y enjundiosos trabajos una labor crítica de divulgación de nuevos conceptos y valores del teatro muy apreciable. La publicación del penetrador ensayo de Gómez de la Serna sobre Goya, acogida a la vez con júbilo y sorpresa por Mañach, Ichaso y Lizaso, delata la misma indecisión. 1928 distaba mucho de predicar el vanguardismo desde la grupa de un elefante, y sus colaboradores dan la impresión de estar un poco asustados. Acaso la culpa debe achacarse en parte a la actitud de espectador mesurado mantenida por la *Revista de Occidente*, dechado que todos tenían por irreprochable. Las páginas de la publicación quincenal cubana estaban, sin embargo, abiertas a las manifestaciones literarias más audaces.

El primer colaborador español que figura en la revista es Luis Araquistain, hecho harto significativo, dada la dictadura existente en la Península, secundada por la que se gestaba en Cuba. El ilustre sociólogo se hallaba aquí de

visita, invitado por la Hispanocubana a ocupar su tribuna, eficaz difusora de las ideas de sus más ilustres compatriotas republicanos. Las orientaciones de este pensador insigne guiaron a los cubanos en sus nuevos derroteros políticos, sociales y económicos. A su paso por el país dejó trabajos, tales como *La agonía antillana*, que proyectaron más luz sobre fundamentales problemas insulares. En el ambiente antiimperialista del momento, su artículo inicial de 1927 revestía un significado peculiar en cuanto exhortaba a los capitalistas españoles a identificarse con los intereses nacionales de los países en que se habían enriquecido. También se albergaban otros autores hispanos distinguidísimos, como lo son Fernando de los Ríos, Gregorio Maraón, Unamuno, Díaz-Plaja, Benjamín Jarnés, Juan Chabás y Eugenio D'Ors, cuyos matices ideológicos se han ido acusando desde entonces en diversas direcciones.

De Hispanoamérica se recogían trabajos de Alfonso Reyes, Salvador Novo, Xavier Villaurrutia, Rafael Pocaterra, Mariano Azuela y otros; de Norteamérica, Jorge Santayana, Sherwood Anderson, Waldo Frank y Eugenio O'Neill; de Inglaterra, Bertrand Russell. Entre las de otros franceses, aparecían las firmas de Paul Valéry. Henri Bergson y Jules Supervielle, la de éste tal vez por su connotación uruguaya, de suerte que la influencia gala, si bien no faltaba, disminuía en comparación con las décadas anteriores y el siglo pasado, en beneficio, principalmente, de España. Para los pintores, en cambio, París seguía siendo el polo de atracción, puesto que lo era para el mundo entero, incluyendo a los españoles. El propio movimiento futurista italiano miraba hacia allí. Si los españoles Picasso, Miró, Gris, Borés y tantos otros, los italianos de Chirico, Severini, y Prampolini, los polacos Marcoussis y Kisling, los rusos Chagall, Soutine y Anenkoff, los germánicos Max Ernst y

Hans Arp, los uruguayos Figari y Torres García, etcétera, etcétera, tenían que ir a la capital de Francia en busca de cultura, comprensión y alimento, era natural que los cubanos hicieran lo propio. Ciertamente, se empezaba a mirar hacia México; y en la *Revista de Avance* Carpentier presenta a Diego Rivera, Cardoza y Aragón a Carlos Mérida. Por otra parte, se destaca de la propia revista el papel preponderante a la sazón desempeñado por la pintura, lo cual confirma la apreciación de Max Rafael en tal sentido.

El primer cuento cubano que publica 1927 es «El maleficio de la guitarra» de Luis Felipe Rodríguez. Aquí el autor toca irónicamente una de las cuestiones fundamentales del momento, zarandeando al guajiro que vive desaprensivo con el dinero que ha recibido del comprador extranjero a cambio de su tierra, mientras el marabú, pertinaz y estéril, devoraba con sus raíces estranguladoras la riqueza del suelo. Desposeído a causa de su propia desidia, el guajiro canta embelesado, acompañándose con la guitarra, «Cuba es un jardín de flores...» A poco se iniciaba en las letras Carlos Montenegro, cuentista nato, inclinándose empero más hacia la fantasía y lo folklórico. Lino Novás Calvo, autodidacta salido de las filas del proletariado, fue otro descubrimiento de la revista. Mientras tanto, Juan Marinello mostraba la insoluble disyuntiva antibiológica del intelectual, condenado a la incompreensión del público grueso. También examinaba la difícil posición del artista, obligado a escoger entre lo asequible a las masas y los valores estéticos, y pondera las graves implicaciones de esa incompatibilidad. Por su parte, Hernández Catá se pronuncia contra las teorías sobre arte. Después de *La indagación del choteo* de Jorge Mañach, Francisco Ichaso hace un breve pero agudo *Examen del embullo*, afirmando que el vocablo procede de «bullia» y que esta ruidosa manifestación del entusiasmo colectivo con-

duce a la embriaguez; y que puede aplicarse, incluso, a fenómenos económicos tales como «el embullo del azúcar» o el del petróleo. Se trata, claro está, de un fenómeno sicosocial que brota del espíritu extravertido del cubano. Más adelante, Mañach consigna lo pródromos de una eclosión de fagocitos nacionalistas en el arte cubano, por contagio con México, Perú y otros países americanos; y condena el dogmatismo doctrinal en este campo a la par que en el proletario. Se advierte un creciente interés en la producción hispanoamericana, que se concreta particularmente en las aportaciones de Félix Lizaso; en un valioso trabajo donde Medardo Vitier sostiene que *Don Segundo Sombra* marca el abandono de la modalidad romántica dentro de la literatura argentina; y en un número entero dedicado a la memoria de Mariátegui.

Tampoco falta el predio filosófico cubano el cual, si bien un poco despoblado por aquel entonces, no carece de representantes estimables. Eso sí, el que fuera en un tiempo su máximo exponente, Enrique José Varona, declara, en un punzante artículo, que «la filosofía es el opio de los que no se tienen por pueblo», agregando que «en eso de la metafísica hay algo de magia, de brujería, por lo menos de prestidigitación». Pero con ello no hace más que permanecer fiel a su pensamiento positivista. Roberto Agramonte comenta el concepto del norteamericano Fite, que sitúa la moral en la imaginación, considerándola como actitud crítica ante la vida más que en función de lo económico. El matancero Fernando Lles considera la oposición entre lo afectivo y lo intelectual, sin fijar, empero, el debido deslinde entre el campo del conductismo individual y el del racionalismo social.

Los editoriales revelan a menudo una combativa postura antiimperialista. El VI Congreso Panamericano da pie a

críticas ásperas sobre la imposición de decisiones tomadas de antemano y la denuncia de los atropellos de Santo Domingo, Nicaragua y Panamá. Se declara que no se deben soslayar cuestiones como la Enmienda Platt, y que un congreso en que se acata sin discutir, huelga. Después de la clausura, se dirigen severos reproches a Orestes Ferrara por sus claudicaciones. En otro editorial se ataca el tratamiento vejaminoso, fundado en el escamoteo y la tergiversación, que Chapman nos da en *A History of the Cuban Republic*; y se señala que el único que ha ripostado es Ramiro Guerra. Pero la revista languidece paulatinamente bajo la asfixia de la dictadura de Machado. Los nuevos números adelgazan y las colaboraciones de cubanos escasean cada vez más. La Directiva ha quedado reducida a cuatro: Tallet sustituyó a Carpentier desde el primer mes, pero se retiró más tarde: y Félix Lizaso reemplazará a Martí Casanovas, al que el tirano manda dar con sus huesos en el buque prisión *Máximo Gómez*. La revista muere con el último número de 1930, dirigiendo una patética apelación a Machado, para que se le concedan al proletariado en Cuba los derechos elementales que se le reconocen en todas partes del mundo, petición apoyada por la propia American Federation of Labor.

PROCESO MUSICAL DE LA REPÚBLICA

También la música es parte del mismo todo que integran las letras y las artes plásticas, con idénticos lineamientos estéticos epocales. Esta corriente común demuestra que los ritmos y las sonoridades aparentemente abstractos están, de hecho, cargados de sustancia palpable. En el caso de Cuba esta condición se evidencia con particular diafanidad. La renovación musical cuaja en la década del veinte, coincidiendo con la de todos los demás ámbitos, desde el político-social al del cine, que se integra a las grandes y básicas preocupaciones humanas en tanto que impone sus fronteras territoriales y conquista sus fueros privativos, con la crítica que introduce en 1929 J. M. Valdés Rodríguez, reconociéndole a la pantalla ingredientes propios, a más de los puramente dramáticos los únicos hasta entonces considerados en Cuba. Esta fecha tardía al par que la de la revolución pictórica iniciada en 1925, así como la de las letras, no muy anterior, le confieren a la música ciertos sorprendentes ribetes de precursora, si bien esta cronología no corresponde a la europea. Dicha anticipación se presenta en el plano formal y el nacionalista, el cual invadirá toda la vida política, social y cultural en *crescendo*, alcanzando el apogeo en los años treinta y prolongándose en los cuarenta. En la música ligeraailable irá desplazando el fox-trot y sus derivados, que penetra durante la guerra del 14; hasta predominar por completo con el son, la rumba, la

conga, el sucusuco, el mambo, el chachacha y demás variantes, sesgo que, sin embargo, no es tan sólo local sino que forma parte de un fenómeno mundial que data de la irrupción de las distintas manifestaciones del arte africano en Europa, en la primera década del siglo.

Con gran copia de erudición y sentido crítico, Alejo Carpentier expone toda la trayectoria, trazada con una pluma que posee la agilidad del periodista y la sensibilidad del escritor de ley, en *La música en Cuba*. A tono con la literatura, en los albores de la república, la música ostenta un sello cosmopolita. Guillermo Tomás, de «solidísima formación», hacía un prodigioso esfuerzo por familiarizar al público con autores extranjeros. Su actividad educacional, «casi sin paralelo en el resto del Continente», comprendía la divulgación de obras wagnerianas, así como Bach, Haydn, Scarlatti y fragmentos de óperas de Gluck, Paisiello, Cimarosa y Pergolesi. Estrenaba, además, creaciones tan recientes como *Muerte y transfiguración*, el preludio de *Fervaal* de Vicente d'Indy, *El aprendiz de brujo* y, lo que resulta increíble, dos fragmentos de *Peleas y Melisenda* de Debussy, estrenada en París tan sólo tres años antes. Si bien el público no sabía medir el alcance de tamaño esfuerzo, los músicos se habilitaron para integrar en 1922 la primera orquesta sinfónica cubana. El muy notable empeño cultista de Sánchez de Fuentes, resultó fallido en el terreno operático a causa de un exotismo que no respondía a las premisas de tiempo y lugar, así como por su búsqueda de raíces indígenas inexistentes en nuestra isla.

En cambio el elemento afro estaba al alcance de la mano. El primero en comprenderlo fue el valenciano Mauri quien, en su ópera, bien concebida en cuanto al asunto, *La esclava*, situada en un batey camagüeyano de 1860, utilizó materiales y ritmos folklóricos que aún perviven. En 1925, al

cabo de un lustro de iniciación a la luz de las investigaciones de Fernando Ortiz, Amadeo Roldán comienza a «explotar con toda conciencia esa prodigiosa cantera». La reacción en favor de la música guajira fracasaría a causa de la inamovilidad de su angosto molde que estrangula la invención melódica. Contemporáneo de Roldán y libando en las mismas fuentes, García Caturla, «el temperamento musical más rico y generoso que haya aparecido en la isla», exhibe características opuestas «dinámicas e incontrolables... como una fuerza telúrica», «...vuelve a los danzones de su adolescencia», atrayéndole «aquella música hecha de una lenta fusión de elementos clásicos, de temas franceses, de remembranzas tonadillescas, con ritmos negroides forjados en América». En Roldán, «todo es medido, colocado en tiempo oportuno, merced a un cálculo previo, que no se exime, a veces, de una cierta frialdad. En Caturla... la orquesta puede ser terremoto, nunca relojería».

Amigo y discípulo de Roldán, José Ardévol se liga estrechamente a la vida musical del país, a raíz de su llegada en 1930. Su papel habría de ser tan considerable que lo conducirá a encabezar tendencias que informan la creación artística local, cultivando, según un crítico norteamericano, un arte humanista y universal, libre de referencias exóticas y con visos neoclásicos. Julián Orbón, nacido en 1926, «derriba los obstáculos a puñetazos sin perder la línea ni el garbo». «Se vincula a la tradición española, lo cual nos parece mucho más lógico, para un compositor cubano, que vivir con la mente puesta en lo que se halla más arriba de los Pirineos.» En cambio, Hilario González «es el criollo que siempre ha pensado en criollo; el criollo angustiado por hallarse a sí mismo, dentro del ambiente propio...» Harold Gramatges permanece ajeno a toda especulación sobre el folklore sin que se advierta, empero, la

influencia de los grandes modelos que tan a menudo imponen su sello a los compositores latinoamericanos. «...si Hilario González podía ser considerado como heredero directo de Caturla, Argeliers León lo era de Amadeo Roldán». «Trabaja... con materiales de esencia afrocubana, pero sin entregarse a los impulsos frenéticos del autor de la rumba.» Autodidacta, Pablo Ruiz Castellanos «comenzó a escribir tarde, con el espíritu llevado hacia un nacionalismo concebido en cuanto a lo externo a la manera de un Smetana... aspira a cantar los ríos, las montañas, los valles y los hombres de su tierra». Existe, pues, cierta continuidad de maestro a discípulo, al revés que en las artes plásticas, las cuales, en general, han permanecido ajenas al influjo afro, debido al cercenamiento del cordón umbilical con el continente negro, desde los orígenes mismos de la esclavitud en Cuba. Pero, después del baño nacionalista y afrocubano, se advierte una aspiración, que abarca también la literatura, a emerger hacia aires más universales.

MÚSICA MULATA

Las corrientes sociales y económicas que obligaban al país a pensar con angustiada preocupación en su propio rescate, indujeron a fijar más la mirada cultural en lo autóctono. La tensión del crítico y musicólogo Alejo Carpentier y de los compositores Amadeo Roldán y García Caturla fue absorbida, sin perder de vista las tendencias generales de la nueva estética, por los abundantes tesoros inéditos que podía ofrecer la versión popular, pletórica de nuevos matices, del venero africano yacente en la población negra y mestiza. Fernando Ortiz, que desde el nacimiento de la república había previsto la importancia cultural de ese grueso núcleo étnico, fue el impulsor del referido movimiento, alimentándolo con sus copiosas investigaciones. Como coronación de sus apasionadas cuanto pacientes y acuciosas indagaciones que comprenden varios imponentes volúmenes, publica en 1951 un lúcido estudio titulado *Africanía de la música folklórica de Cuba*, donde se advierte con toda claridad el sello del autor, tan atinado en la acuñación de neologismos técnicos que ha ejercido un influjo en la terminología universal, conforme lo ilustra la palabra *transculturación*, por él creada, y que ha sido ya largamente empleada por escritores de distintos países. Esta contribución suya al esclarecimiento de nuestro pasado musical persenta un carácter polémico, como es fuerza que así suceda en la etapa inicial de toda tarea indagatoria, bien

que prolija, en que los criterios no están todavía consolidados por tratarse de una ciencia nueva. Gracias a ello, empero, el lector puede disfrutar en mayor medida del ingenio, de esa gentil ironía, de la peculiar agudeza de este autor que pone directamente el dedo en la llaga, pero haciendo cosquillas a fin de atemperar el dolor, y que pudiéramos calificar de «don fernandismo» al igual que de «arcinieguismo» la alegre bonhomía del ensayista e historiador colombiano. De todos modos, allí queda demostrado que la erudición puede ser seria al par que amena.

Este libro contiene toda la genealogía de la rama africana de nuestra música actual, desde su prehistoria en el continente negro. El producto que ahora tenemos es propio, distinto, vernacular, aunque cuenta con gran acopio de variantes, cuyas raíces arrancan de las más dispares regiones de Europa, África e incluso Asia. Fernando Ortiz se contrae a lo afrocubano, que él denomina con gracia «música mulata» y si bien hoy día toda la música del mundo es mestiza, el autor quiere destacar con ese término el sabor específico de lo nuestro, cuidando bien, sin embargo, de subrayar que, al revés de lo sustentando por Sánchez de Fuentes, no perdura el menor rastro indio.

Al contraerse Fernando Ortiz a las influencias africanas, concentra sus pesquisas en los barrios de las grandes ciudades donde quedó depositado el sedimento de las corrientes originarias, y se mofa de quienes han buscado con escaso provecho entre las poblaciones dispersas del interior de la república. Aunque parezca paradójico, la tradición de los ritos afros pervive más en los centros populosos. La óptica del autor es vasta y profunda en cuanto abarca los aspectos sociales, etnográficos, litúrgicos, psicológicos e históricos al par que los artísticos. Es más, estima que la música mulata, lo mismo que la negra, resume en su alma

colectiva todos esos ingredientes. Sin embargo, aclara que el campo etnográfico de Cuba está aún por estudiar en sus manifestaciones históricas y culturales. «Las camadas étnicas producidas por las sucesivas inmigraciones durante varios siglos están por describir, la dinámica social de las distintas fluencias culturales está por analizar. Es indispensable tener alguna idea de esos factores... para poder deducir algo científico en cuanto a la música afrocubana, que no se ha originado por una simple mezcla de esencias sino por un proceso muy accidentado.» Y destaca, para ilustrar estos asertos, la disparidad entre la música de La Habana y la de Santiago, resultantes de fuerzas étnicas y culturales distintas. Luego señala la importancia del influjo de las condiciones locales y la categoría y tipo de los auditorios.

El autor examina las analogías poéticas y musicales, y presenta un estudio absorbente de los motivos religiosos y su sentido críptico, apuntando que los estribillos que se repiten de manera tan obsesionante son frases litúrgicas o conjuros mágicos. Refuta la pretendida carencia de melodía en la música negra, si bien admite que la línea melódica es más propia de los europeos. Por otra parte, el sentido rítmico del negro no tiene igual, resultando incomprensible para los demás la complejidad del mismo. El ensayo sobre el origen, la evolución y el carácter de los instrumentos constituye uno de los tramos más notables de la obra. Allí se analizan con agudeza y penetración los sutiles matices de los distintos tambores y sus escalas, así como la calidad tonal y la técnica del empleo de los mismos. En cuanto a las voces, afirma con sobrada razón que los cantadores negros poseen tan amplio registro que pueden ir «en cuerda floja» o glisando desde los bajos profundos a que descienden los cantores esclavos hasta los agudos que

recuerdan las voces de los eunucos de la Capilla Sixtina, criterio que el autor sustenta con el respaldo de Coeuroy y Schaefner. Lamenta don Fernando la desnaturalización de la música popular negra, impuesta por el cine y los cabarets que la mixtifican e intoxican con ingredientes extraños, degradándola para gozarla sin hacer de ella un genuino elemento de creación.

LA REVOLUCIÓN PICTÓRICA

Para completar el cuadro artístico-cultural que se traduce el través de la *Revista de Avance* y de los estudios afrocubanos de Fernando Ortiz, no están de más algunos comentarios sobre la coyuntura pictórica correspondiente. Acaso fue la pintura el vehículo que más contribuyó a sacudir la modorra cultural en que había caído paulatinamente La Habana de 1925. Sin embargo ella había sido la más olvidada de todas las formas de expresión artística. Durante la colonia y los primeros lustros de la república, las letras ocupaban el primer lugar entre las actividades creativas, siguiéndoles el teatro y la música. Aunque la dedicación a esta última fuese reputada propia de artesanos, mestizos en su mayoría, al igual que la pintura, gozaba de mucho más favor y estaba más integrada a la vida, tanto de las clases elevadas como de las bajas. Compositores y virtuosos del calibre de White, Brindis de Salas, Cervantes y Díaz Albertini habían levantado el prestigio de la música, mientras que la Academia de San Alejandro mantenía un grupo de conformistas que enseñaba una serie de reglas obsoletas como medio de ganarse cómodamente el sustento sin rescatar la pintura de su posición de cenicienta. Fue entonces que convergió un puñado de jóvenes pintores movidos por la misma necesidad, compuesto por Víctor Manuel, Gattorno, Abela, Carlos Enríquez y el autor de estas páginas. Todos volvían de estancias más o menos largas en el

extranjero. Mas, comprendían que resultaba absurdo interpretar el paisaje humano y natural cubano con fórmulas surgidas de otras realidades geográficas, culturales y, sobre todo, temporales. No se podía mirar con los ojos de un italiano del siglo xvii, un español del xviii, un romántico del xix y ni siquiera de un impresionista, habituado a ver en otros climas luces distintas. Precisaba actualizar la pintura, a más de adecuarla. Los primeros frutos fueron presentados en la ya histórica exposición de 1927, bajo los auspicios de la *Revista de Avance* y organizada por el infatigable Martí Casanovas, quien marchaba a México poco después, de suerte que los pintores, que nunca habían contado al revés de los músicos, con un teorizante de la talla de Carpentier, quedaron huérfanos de agente propulsor y aglutinante.

Percatáronse sin embargo, de la peligrosa seducción del pintoresquismo, incluso realizado con la desbridada libertad y el intenso cromatismo de un fauvista. Tampoco debía reducirse la cuestión al establecimiento de una temática cubana. Había que buscar las esencias ocultas debajo del ropaje, tan pronto misérrimo como deslumbrante de color y luz tropicales. Los encomiables intentos del robusto Gattorno derivaron hacia el costumbrismo y tal era el riesgo que corrían los que se esforzaban por apartarse de lo visual pintoresco. Había que buscar, pues, las esencias dentro de uno mismo y abandonar la reproducción más o menos exaltada y novedosa de las apariencias exteriores. Ello comportaba numerosos y arduos problemas pictóricos que obligaban a incorporarse a las nuevas corrientes estéticas. Los pintores más inquietos se dirigieron a París, centro mundial de experimentos y descubrimientos pictóricos, en busca de medios aptos a resolver sus problemas. Abela produce entonces, bajo la égida de Carpentier, sus conocidos

cuadros expresionistas de rumbas, atravesados de frenéticos ritmos. Pero las motivaciones afros, al contrario de la música incluso de concierto y de la poesía de Tallet, Ballagas y Guillén, no penetran mucho la pintura, debido al entredicho religioso colonial contra las formas plásticas africanas. El propio Abela las abandonará. Carlos Enríquez le concederá una atención parcial en sus incursiones folklóricas y populistas al redescubrir a Cuba después de su regreso de 1934, movido en parte por el pujante nacionalismo de entonces. Durante su segunda estancia en París, por el año 1930, Víctor Manuel elabora más y asienta su criollismo idealizado.

Por supuesto que el régimen de Machado nada tuvo que ver con la eclosión de ese riguroso movimiento de renovación pictórica. Antes bien, la dictadura no sólo estuvo a pique de estrangularlo, sino que sus consecuencias posteriores alteraron la normalidad en un grado tal que incubó un clima de desasosiego, retardando el desenvolvimiento cultural, al desviarlo hacia imperiosos cauces políticos que lo engulleron casi por completo.

Asimismo, por aquellos años lo social invadía parcialmente la pintura. Pero el ambiente harto convulso hizo deteriorar los valores y las inquietudes de orden pictórico. Esta decadencia motivó una reacción contra las preocupaciones extraartísticas, encabezada por el crítico Guy Pérez Cisneros en el predio de la plástica y José Lezama Lima en el de las letras. Inicióse así en 1938, no obstante la crudeza de la lucha contra la dictadura militar de Batista, la restitución de la supremacía de las consideraciones estéticas, con un salutífero afán depurador que sin embargo, desembocaría en un aislamiento pernicioso, si bien el nacionalismo imperante propició la indagación crítica e histórica de nuestro pasado artístico y su debida valorización, bajo la égida

del profesor Luis de Soto y llevada a cabo principalmente por Guy Pérez Cisneros. En este movimiento importante, segunda etapa del surgido en 1925, que a pesar de su función superadora y la riqueza de sus variantes no aportó nada nuevo desde el punto de vista formal, participaron pintores de fuste como Mariano, a la sazón teñido de mexicanismo, y el múltiple Portocarrero, así como Lozano, sólido escultor. Mientras tanto, habían emergido las acuosas vaguedades pictóricas, a ratos místicas, de Fidelio Ponce, y en 1939 aparecerá en el firmamento de París con la brusquedad de un nuevo astro, no obstante su larga ejecutoria en Madrid, Wifredo Lam con sus sutiles y refinadas reminiscencias afrocubanas de connotación surrealista. El fundamental ingrediente étnico se transforma así en alquitarada elaboración culterana. Couceiro reanuda la postura de beligerante rebeldía política.

EL CONTRABANDO

El contrabando ha existido desde que se impusieron los primeros aranceles y las primeras restricciones. Hoy día se mantiene aún en las naciones que poseen los más adiestrados, vigilantes y poderosos servicios de inteligencia. Hay pequeños países, como la República de Andorra, que subsisten abiertamente gracias a ese tráfico ilícito, y el de los narcóticos no tiene fronteras. El misterio y el peligro del clandestinaje al par que la audacia y la astucia que requiere la práctica del contrabando sedujeron la afiebrada imaginación y la intensa emotividad de los escritores románticos, por lo demás en extremo favorable a todo cuanto muestra visos de irregularidad. La trata de negros ha sido objeto de una sonadísima obra de erudición novelada, bajo el título de *Pedro Blanco el negrero*, por parte de Lino Novás Calvo. Pero Enrique Serpa, que en ocasiones es el Francis Carco del hampa y la vida galante habanera con facetas diabólicas a lo Barbey d'Aurevilly, ha añadido una dosis de Joseph Conrad para producir un vívido y veloz reportaje, discretamente novelado, aunque con cierta carga de hojarasca sobre dos géneros de contrabando que florecieron en la tercera década de la república, suscitados por la aplicación en Norteamérica de la Ley Volstead y las restricciones inmigratorias.

La enorme extensión del perímetro costero, con sus innumerables bahías, puertos y caletas, siempre ha propicia-

do en Cuba, al socaire de la venalidad de los funcionarios, el tráfico ilícito, pero adquirió singular prosperidad y cariz en el mencionado período, que para los alcoholes finiquitó en 1933 al suprimir Franklin D. Roosevelt la tan discutida prohibición. En lo que toca a la inmigración furtiva de procedencia europea y asiática, una acrecentada vigilancia en los Estados Unidos y la segunda guerra mundial acabaron por detenerla casi por completo.

Conforme lo demuestra con sugestiva lucidez Serpa, el negocio creció bajo el machadato, a despecho del riguroso control policíaco, debido a la pavorosa crisis económica. Tan grande era la penuria que la cherna se vendía sólo dos centavos y medio la libra y el serrucho a cuatro, sin contar que mucha pescadería se corrompía por falta de compradores de suerte que el negocio de la pesca resultaba ruinoso. Condenados a la inactividad e incluso al hambre, muchos dueños de viveros se veían forzados a dedicarse al contrabando de alcoholes y emigrantes. Serpa expone con riqueza de color y detalles sabrosos todo el mecanismo. El dueño de *La Buena Ventura*, ágil y flexible yate de placer adaptado a la industria pesquera, se ve precisado a vender un vivero e hipotecar otro a fin de reanudar los fondos necesarios para la adquisición de mil galones de alcohol. Con todo, la compra hubo de hacerse a una destilería clandestina, ya que los impuestos exorbitantes, superiores al costo mismo, hubieran hecho irrisorio el beneficio. Bien llevado, el negocio resultaba hartamente remunerativo, aunque peligroso, pudiendo acarrerar seis años o más en una prisión norteamericana con pérdida de la inversión. El mismo se tramitaba mediante un agente yanqui que recorría los cafés y cabarets crapulosos, el cual adelantaba una suma. El resto se pagaba en alta mar, después del trasbordo de la mercancía en un punto convenido. El trato era de palabra, de

riguroso cumplimiento bajo el código moral del hampa, cuya justicia es implacable, conforme lo ilustran ciertas muertes misteriosas, relatadas por el autor. El pintoresco cuanto temible patrón Cornúa, el intermediario que persuade al dueño de *La Buena Ventura*, cuyo proceso mental está expuesto con rasgos de convincente veracidad, lo mismo que la peculiar sicología de los marineros, muchos de ellos asesinos ocasionales o pasionales, y la de elementales tipos hamponescos. Los datos y personajes tomados de la realidad, con sorprendentes detalles minuciosos, están trasegados con el don de la instantánea privativo del autor.

Hay tretas bien referidas y seleccionadas, como la del embarque de los emigrantes bajo las narices de la policía que aguantaba para atrapar al culpable con las manos en la masa, esperando que subiese a bordo, mientras él quedaba paseando en la orilla en tanto que la lancha partía rápida e inopinadamente. También hay atisbos del contrabando de tabaco, difundido en casi todos los países del orbe, pero paradójico en este caso, por proceder del Norte hacia la tierra de la hoja de Vuelta Abajo. Abunda la imagería marina, a la que Serpa parece haber querido ceñir sus metáforas, empleando, por otra parte, con sumo tino y loable discreción el lenguaje popular. Su libro es un vasto y exhaustivo fresco de la vida ribereña, hazaña notable en cuanto se ha dicho con razón que los cubanos viven de espaldas al mar. El exceso y el ingenuo realismo de las escenas eróticas estilo Ramos, Loveira y Carrión, así como algunas trivialidades estiradas, son manchas que afectan un tanto la unidad y la limpidez del conjunto.

LAS ANDANZAS DE MARCOS ANTILLA

Tanto Loveira como Carrión eran más ilustrados que Luis Felipe Rodríguez, y sus obras, especialmente las del primero, constituyen verdaderos tratados de sicología cubana, al paso que las del tercero poseen más calidad de novela. Si bien su prosa, un tanto monótona y farragosa, deja que desear, *La ciénaga* resulta más homogénea y mejor llevada y construida que cualquier novela salida de la pluma de aquéllos, en las que lo demostrativo suele predominar sobre lo expositivo. Alberto Delgado Montejo define *Marcos Antilla* como «doce frescos rurales» y «colección de relatos que porta en sus entrañas el germen que seguramente habrá de producir la gran novela agraria de Cuba». No cabe duda de que el libro en cuestión representa una nueva piedra miliar en el camino de la literatura cubana; y que, por su frescura y originalidad, supera inclusive *La ciénaga*. El autor ha constituido un matrimonio muy bien llevado entre la amenidad y el estoicismo. La sonrisa no disimula la verdad, sino que enaltece a quien sobrelleva su dolor con demasiado orgullo para exhibir una lágrima. Las tribulaciones del cortador de caña, si bien no se atisba la cruda dureza de su trabajo, están expuestas con tajante claridad, sin recurrir al género sórdido de que ya se empezaba a abusar en los tiempos de Marcos Antilla. Cuba llevaba cerca de un decenio de antelación en el deterioro económico mundial de la primera postguerra. El azúcar no valía

casi nada, de suerte que muchos ingenios estaban inactivos y otros habían reducido la producción a una pequeña parte de su capacidad, repartiéndose a prorrata la cuota general asignada al país. Los pocos años dichosos de las «vacas gordas» se borraban en la bruma del pasado, y lucían como un cruel espejismo en tanto que la llamada danza de los millones se transformaba en danza macabra.

El país entero, sujeto a los altibajos de su principal industria, vivía en precario. Sus tierras habían ido cayendo en manos ajenas, de modo que el nativo se hallaba como un extraño en su patria y condenado a depender de los dueños extranjeros para su subsistencia. Los macheteros apenas si podían procurarse con lo que ganaban una alimentación suficiente para rendir su ruda labor. Tenían, por añadidura, que compartir su pan con haitianos y jamaíquinos que venían a envilecer sus jornales mediante una competencia desleal. Sin embargo, Marcos Antilla confraternizaba con ellos, mirándolos más bien como hermanos de infortunio, y comentaba su avatares y los de él con el mismo socarrón buen humor. Así, un haitiano famélico que nunca tuvo una comida completa entre el ombligo y el espinazo es incitado a robar un puerco. El infeliz sigue el consejo de sus compañeros, pero cae muerto a tiros, sin haber tenido tiempo de probar siquiera el succulento manjar porcino. Un día llega al barracón de los peones un evangelista jamaíquino para difundir la palabra de Dios. Decepcionado por el escaso beneficio de su prédica, la cual redundaba en la venta de tan sólo dos biblias, se vuelve para recoger los demás ejemplares, pero el paquete ha desaparecido. Insinúa acusaciones ligeramente penetradas de una ira incompatible con la serena paciencia propia de un misionero. Mas, los macheteros son pobres trabajadores pero no ladrones. Cuando se le devuelve el paquete, los veinte

cortadores de caña se ríen de la broma, es decir dieciocho, ya que los dos jamaquinos se abstienen por solidaridad...

En una familia cubana, para colmo de ironía, se carece de azúcar. Uno de los hijos sale en busca de una solución al problema, pero en el camino se encuentra con su amante y al día siguiente amanece muerto junto a un haz de caña, creyéndose que le han matado por robo. El caso de la riqueza de los Almarales ilustra el proceso del paso de la propiedad cubana a manos extranjeras. Se trata de una familia que se ha ido desprendiendo paulatinamente de sus vastas tierras, ya sea por desidia, incapacidad o deseo de dinero fácil, hasta que el último de este linaje, un trabajador harapiento, muere triturado por un trapiche. Mientras tanto, en el amplio paisaje social cubano pintado por Luis Felipe Rodríguez campean por sus respetos dos mayorales. El otro, que el autor denomina «el pelirrojo», surge todas las mañanas para castigar a los macheteros con su látigo de fuego.

Las caracterizaciones son incisivas, certeras, penetradoras, sintéticas y genuinas. Escuchemos a Marcos Antilla describir algunos de los altos funcionarios norteamericanos del Central Punta Gorda. «Mr. Norton, el administrador es todo un hombre con toda la barba rasurada. Es el hombre de las desapariciones súbitas, de los silencios solemnes, de los recogimientos inaccesibles, de las carreras momentáneas y de los monosílabos secos y herméticos. ...En el batey, Mr. Norton parece mostarse más humano y más atento. Con la mirada fija en un punto del espacio, con su pipa y su pelo color de peluza de maíz, él escucha la palabra del hombre de pelo negro y sombrero de jipijapa. ...De pronto Mr. Norton, como movido por un resorte, emprende una carrera hacia su oficina, después de una despedida que nada promete. Todo el mundo en la Cubanacán Sugar Company

conoce esta carrera siempre inesperada de Mr. Norton. Cuando se mira de frente a George Henry Norton se le cree descendiente de Escocia... Pero cuando se le observa de perfil, Mr. Norton parece ser el heredero de Norteamérica de un astuto y calculador esclavista, amigo del tabaco fuerte y de la aritmética tortuosa y absorbente de Wall Street, que se trae a Cuba todo ese misterio y todas esas carreras apresuradas para despistar a Liborio...»

Volvámonos ahora a otro personaje: «El subadministrador ya es otra cosa, en verbo de hombre norteamericano. Con una corta y sólida quijada de héroe del ring, Mr. Grey no le demuestra muy amplia simpatía a los muchachos de acá que trabajan en las oficinas, quizás por una condescendencia humanitaria de la “Cubanacán Sugar Company”, según el leal saber y entender de este magnífico dolicocéfalo del estado de Utah. Saluda muy contadas veces a los criollos... Por el aire con que mira los vagones llenos de caña... se comprende a ojos vista que Mr. Grey no ama la caña de azúcar. Se apostaría el dedo índice contra el meñique a que Mr. Grey es mormón, remolachero y miembro de las tres K... está completamente convencido de que los cubanos son pícaros y haraganes...» Mas, no todo está podrido en Dinamarca. «...nuestro buen amigo Teddy no piensa de ese modo. Teodoro Darling de Boston fraterniza con los muchachos criollos y algunas veces se va con ellos de rumba a espaldas de Mr. Norton. El buen yanqui aprecia al hombre por sí mismo cuando es honrado y trabajador y al país donde convive; mas para él sólo hay dos cosas grandes en este mundo: el box y la eficiencia en el trabajo. El enorme Teddy es risueño y optimista, y entre nosotros viene a ser el espejo fiel del hombre de aquí y de allá, que no tiene pasado porque es el hijo más puro y genuino de su presente y de su porvenir que construye

con el esfuerzo propio. Él juzga a los cubanos individualmente... A su juicio sólo les hace falta concentrarse en el esfuerzo colectivo y tener menos tendencia por la “rumbita” que hasta a él mismo le sacó de quicio algunas veces».

NOVELA DE CONTRASTES

Lástima que Alberto Lamar Schweyer se pusiese al servicio de la dictadura de Machado. No importa que lo hiciese por convicciones o por conveniencia, o por ambos motivos. Con ello, a más de mancillar su nombre, encadenaba su pensamiento, que es lo más grave, por cuanto lo primero puede lavarse un poco, andando el tiempo, si la obra lo reclama. Pero la coyunda tuerce y vicia la creación, cuando no la asfixia, incluso si se trata de adictos a la tiranía; y en el caso de Machado los desmanes y las atrocidades llegaron a ser de tal jaez que ningún espíritu realmente sano y de buena fe podía compartir la responsabilidad de tamaños excesos. Penetrado de las ideas de Nietzsche, el autocrático Lamar Schweyer era tal vez un sincero creyente en los fueros de la élite, pero en vez de situarse más allá del bien y del mal, el sátrapa cubano fue a caer en pleno mal, y el autor que a la sazón le servía en la censura no tuvo el coraje de separarse de él, y mucho menos de combatirlo. Fue la pluma más inteligente y culta de su promoción, y , con todo, no logró zafarse de los grillos que se había impuesto. No obstante, unos tres años después de la caída de Machado, produjo la mejor novela que se había escrito hasta entonces en Cuba, *Vendavales en el cañaveral*, pese a que la misma se resienta de la posición contradictoria del autor y del régimen funestamente paradójico que sirvió, el cual cerraba los centros educacionales mientras pretendía me-

jorar la enseñanza, simulaba ser nacionalista, al tiempo que debaja de pagar los sueldos a los cubanos a fin de satisfacer los compromisos y las conexiones con el extranjero, sacrificaba a los pequeños hacendados del país en bien de los poderosos de fuera... Con todo, el libro está cuajado de verdades contundentes. Nadie ha descrito con tanta comprensión y claridad el mecanismo administrativo y represivo de un ingenio, aunque Luis Felipe Rodríguez le aventaje en básico contenido humano. Puede afirmarse que en *Marcos Antilla* éste es horizontal, en tanto que aquél es vertical en *Vendavales en el cañaveral*, donde va de arriba abajo abarcando todas las clases sociales interdependientes, a semejanza de la novelística de John Dos Passos, aunque con enfoque distinto.

No es la primera vez que un escritor presenta, a despecho de sus opiniones políticas, aristas de la realidad estrictamente objetivas: Balzac y Maupassant son dos ejemplos típicos. La mentalidad de Márquez, el administrador cubano afiliado a intereses americanos, al tiempo apasionado y resentido servidor, revela sus contornos precisos, lo mismo que el distante y displicente, el fino y ecuánime calculador Goldenthal, presidente de la compañía. Panchito, el guajiro lépero y adulón, aconseja con astucia a Márquez que levante la prohibición contra el velorio del ahijado de Vega, a fin de romper la reunión de los huelguistas, los cuales irán en gran parte a emborracharse gratis a la vera del muerto, sin necesidad de pagar el trago a diez centavos en la cantina. El círculo de hierro que rodea a los trabajadores del ingenio, el sistema de paga con vales que despoja a los obreros de parte de sus ganancias reduciéndolos a la condición de esclavos, en fin todo lo que constituía el feudo del ingenio, está pintado con exactitud, pero el autor no dice que aquello se hacía bajo la protección de Macha-

do, y que fue barrido por el gobierno revolucionario de Grau en 1933. Otro tanto puede decirse del cubano al que se le podía «hacer todo, pero ¡vaya usted a maltratar a un jamaquino! Salta el Ministro y hay que indemnizarlo. ¿Se expulsa a un isleño revolucionario? ¡Protesta del Embajador! El único sin protección es el cubano...» No aclara, empero, el autor que tan injusto y suicida estado de cosas fue mantenido por Machado y abolido por la legislación revolucionaria.

En contraste con los episodios del ingenio, vera dictadura dentro de la dictadura cómplice del machadato, alternan escenas de exquisiteces sensuales en Francia, propias de un sibarita finisecular. Los cubanos ricos, sin constituir ningún dechado, no desempeñan allí el lamentable papel ridículo que les asignaba unos treinta años atrás Emilio Bobadilla. Los hombres son un tanto estridentes y algunas mujeres desfogan los ardores que reprimían en su país, pero nadie resulta grotesco. El acaudalado asturiano entretiene sus ocios de viejo solterón con una pimpante joven francesa a la que no exige, por sabio, una fidelidad absoluta. Quiere a Cuba, pero con un poco de amargura por los trabajos y las humillaciones que le costó amasar su fortuna, empezando como dependiente de bodega. Ahora teme que la huelga del ingenio le arrebathe el monopolio que allí le permite despojar a los obreros de sus ganancias. Arias, el abogado de la Compañía, derrocha el dinero que ha hecho gracias a la herencia del suegro, en tanto que su mujer le hace cornudo. El profesor Maret, con toda probabilidad el propio autor, vive un fino idilio con Paulette, cuyo marido tiene una aventura con la mujer de Arias. Hay en esta existencia de ocio refinado en la Costa Azul reminiscencias de Jean Lorrain, y de Paul Morand en las fiestas y experiencias a bordo del trasatlántico. La sucesión de contrastes

entre el mundo de delicados placeres artificiales, en que el Dr. Maret pide que las mujeres sean frescas como las ostras y tengan los mismos matices carnosos, y el férreo infierno tropical del ingenio resulta eficaz, si bien a veces los cambios interrumpen el pleno desarrollo del efecto ambiental. Con todo, la cultura literaria y el conocimiento filosófico que Lamar Schweyer poseía le imparten a *Vendavales en el cañaveral* gran copia de síntesis y análisis, riqueza de pensamiento y una plétora de sutiles momentos fugaces, que hacen de esa novela la más sustanciosa que se había escrito en Cuba hasta entonces en lo que llevábamos de siglo.

EL ACOSO

Los últimos dos años de la dictadura de Machado, los más atroces y lóbregos, engendraron una morbosa excrescencia social que aún no ha sido posible extirpar: la de los llamados grupos de acción. Si bien este pertinaz cáncer se incubó al calor de la desesperada necesidad de encontrar un medio de socavar y subvertir un régimen que hundía inapelable y progresivamente al país en la opresión y el hambre, sin otra salida factible; la táctica terrorista perduró hasta mucho después que cesaron los imperativos que habían justificado su eclosión. Las organizaciones de abnegados estudiantes y jóvenes decididos a destrozar los cimientos de un gobierno nefasto por medio de atentados dinamiteros y a mano armada, poco a poco se metamorfosearon, a partir de la caída del déspota y de los sucesivos gobiernos de fuerza que la siguieron a la sombra de Batista, en vulgares pandillas de bandoleros que aspiraban a vivir del presupuesto. Estos degenerados descendientes criminales no conservaban de sus nobles predecesores otros rasgos que un arrojo desnaturalizado a la par que un tanto mitigado y una fraseología política vaciada de contenido hasta rayar en lo grotesco. Sus sangrientas fechorías de la última etapa beneficiarían de una indulgencia que, so color de democracia, no dejaba de ser criminal. Los audaces ataques a los patibularios agentes del tirano que gozaban del respaldo de una poderosa maquinaria armada sin parangón al sur

del río Grande, se trocarían en simples asaltos arteros a miembros aislados de pandillas rivales.

En *El Acoso*, novela publicada en 1956 y con toda probabilidad escrita poco antes, Alejo Carpentier presenta el drama interior de uno de aquellos esforzados combatientes subterráneos de las postrimerías del régimen de Machado. La obra fue compuesta, pues, unos veintitrés años después del derrocamiento de la dictadura, lo cual conlleva ciertas ventajas a la par que inconvenientes. Entre las primeras hay que anotar la perspectiva histórica que permite una evaluación más cabal del significado y la magnitud, al par que la superación del deterioro literario de la década del 30, absorbida por la política. La principal desventaja de una reconstrucción tan tardía reside en la pérdida del temblor del momento, del estremecimiento de una realidad aún palpitante. En tales casos la experiencia vivida resulta indispensable, a menos que el autor haya mantenido un contacto estrecho con los protagonistas y presenciado de cerca los hechos. Ahora bien, Carpentier estuvo lejos del escenario en los momentos álgidos, aunque conoció y sostuvo apretados lazos amistosos con algunos de los descollantes revolucionarios que lucharon en la sombra, con bombas y armas de fuego, contra la tiranía. Por penetradora que sea la capacidad de introyección, las obras escritas *a posteriori* y a largo plazo, no pueden por menos que ser elaboraciones intelectuales de hechos evocados, más o menos imbuidos de sentimientos personales. La tarea deviene más fácil y azarosa todavía cuando, amurallándose el escritor dentro del personaje, la forma escogida es la del monólogo interior. De allí que el lector adquiera un poco la impresión de que está asistiendo a las vivencias de Carpentier disfrazado de terrorista.

Con todo, *El Acoso* es una de las más bellas piezas literarias escritas hasta el presente en la Cuba republicana. Su

prosa sutilmente modulada corre mostrando en sus múltiples facetas un derroche de finos atisbos, destellos de exquisitas emociones artísticas y sugeridoras remembranzas arquitectónicas del Vedado de fines del primer tercio de siglo. Columnas, balaustradas, entablamentos, metopas, cúpulas y pináculos integran las pomposas fachadas barrocas de palacetes nuevos todavía, hoy desaparecidos, que eran los opulentos cascarones ya vaciados de su reciente riqueza. En un mirador se oculta un joven terrorista perseguido, un estudiante de arquitectura que abandona la regla y el cartabón por combatir con la bomba y la escopeta recortada al régimen que aplasta y desangra al país, cierra la Universidad y asfixia la cultura. Su vida de sacrificio transcurre en un angosto ámbito oscuro suspendida en un hilo, realizando audaces golpes de mano bajo la vigilancia ubicua y omnímoda de una policía sedienta de vengarse en sus carnes. Sus relaciones con el resto del mundo se reducen al trato indispensable con un exiguo número de personas. La muerte súbita y violenta acecha en todo momento. Además, hay que resistir el asedio del hambre. Una noche el terrorista es capturado y conducido al castillo de Atarés y torturado hasta que las tenazas aplicadas a las partes más sensibles le arrancan las codiciadas delaciones. Puesto en libertad, se encuentra, de hecho, más perseguido que antes, ya que sigue siendo sospechoso para los sabuesos a la vez que tiene que responder ante sus compañeros traicionados. El cerco se estrecha y el final resulta sobremanera teatral e insólito. Se refugia en una conocida sala de conciertos, donde el acusado vive cuarenta y dos minutos de angustia transida de compases musicales y de incisivas estampas de sus erizantes experiencias. Acorralado, al término de la sinfonía, lo ultiman las balas de sus antiguos camaradas.

MANUEL MÁRQUEZ STERLING Y EL MACHADATO

Desbordaría el marco del presente trabajo avalar la justificación que en *El cesarismo en Cuba* Manuel Márquez Sterling ofrece de su aceptación del cargo de Embajador de Cuba en México, precisamente cuando el gobierno de Machado necesitaba que le representase una figura de relieve, por cuanto el asesinato de Mella había menguado considerablemente su prestigio en la nación hermana, afectado ya por las noticias de numerosos crímenes perpetrados por aquel régimen de terror, las cuales comenzaban a difundirse en el extranjero. Tampoco nos proponemos demostrar si la conciliación entre el dictador y sus adversarios, intentada por dicho diplomático, era factible o siquiera conveniente. El aspecto político sólo nos interesa aquí en cuanto atañe a la cultura, y en este caso sus repercusiones fueron inmensas. Además, la opinión de tan ágil, versado y penetrante periodista merece ser tenida en cuenta, tanto más en vista de su patriótica ejecutoria anterior, especialmente en la lucha por la abrogación de la Emienda Platt. En este punto resulta edificante revelar que fue precisamente el gobierno de Machado quien pretendió levantarse, movido por singulares circunstancias adversas de última hora, contra la injerencia norteamericana, en tanto que algunos opositores la deseaban para poder derrocarlo. Otra paradoja la constituye el hecho de que, estando ligado a un monopolio americano y habiendo recibido del mismo ayu-

da para su campaña electoral, fue Machado el iniciador del proteccionismo arancelario encaminado a favorecer la pequeña industria ligera nacional. Lo que sorprende, por otra parte, es que el embajador y peridodista estuviese tan mal enterado de la sangrienta represión machadista como para presentar una renuncia harto tardía y vacilante aunque, a la postre, efectiva.

Manuel Márquez Sterling hace una síntesis preliminar del proceso del rápido deterioro de las prácticas comiciales que precedieron la elección de Machado, la cual fue, empero, relativamente pulcra. En efecto, el clima de recelo creado por la espuria reelección de Estrada Palma se agravó con la «brava» de Menocal en 1916 y las impurezas de 1920, de suerte que, de ser honrados los comicios, podía darse por seguro en 1924 el triunfo de los liberales, merced al prestigio que les conferían sus largos años en la oposición. No deja de ser significativo, sin embargo, que después de las repetidas apelaciones a la injerencia norteamericana por parte de los liberales, a fin de garantizar la limpieza de los sufragios que ellos estimaban les serían favorables, Machado se tornase antiintervencionista cuando tan solo trataba de asegurarse su permanencia en el poder. Ello le imparte un sabor un tanto irónico a las acusaciones que el embajador Márquez Sterling dirige desde México a la oposición, en sentido de que el injerentismo de ésta conduciría al sacrificio de retazos de nuestra soberanía. Acierta, sin embargo, cuando escribe que Machado pone a contribución, para sacar al país del desbarajuste legado por el gobierno precedente, las mismas dotes de organizador que le permitieron vencer antes, dentro del propio Partido Liberal, la popularidad de Mendieta. Es, asimismo, certero, al apuntar que el presidente delataba ya sus inclinaciones dictatoriales cuando elogiaba las autocracias

electivas en su discurso de la Universidad, al recibir el título de doctor *honoris causa*; a la par que en sus rudos ataques a la oposición, con el pretexto de que la misma obstruccionaba su empresa regeneradora.

Esboza a grandes rasgos los pasos que llevaron a la prórroga y de allí a la reelección. Apunta el auge de las doctrinas comunistas en tanto que se expulsaba a los estudiantes insumisos. Ante la creciente oposición, Machado recrudece las medidas represivas a fin de seguir en el poder después del vencimiento de la prórroga. El hambre propicia la agitación de las masas populares, aunque Márquez Sterling señala que la impasibilidad de las mismas ante la heroica lucha de los estudiantes contra la represión obedecía al derrotismo engendrado por la Enmienda, y a la concupiscencia de los políticos. Machado pensó aplazar las elecciones de noviembre de 1930 hasta febrero de 1931, pero los aprovechados consejeros del gobierno impusieron el criterio de que ello constituiría un signo de debilidad. Fue entonces que Márquez Sterling, según escribe, emprendió sus gestiones conciliatorias encaminadas a levantar el entredicho contra los partidos y la libertad de palabra y a garantizar las elecciones, a fin de evitar la intervención americana, su caballo de batalla.

EL MACHADATO SEGÚN GONZALO DE QUESADA Y MIRANDA

Hemos dado la precedencia a la versión de Márquez Sterling por motivos cronológicos, ya que la de Gonzalo de Quesada y Miranda, la más diáfana y completa historia del machadato escrita hasta el presente, fue publicada en 1938, o sea cinco años más tarde. Ambas coinciden en los hechos principales e incluso en la interpretación del proceso preliminar hasta la reforma constitucional, desde el punto de vista político, pero difieren en la apreciación del mal y en la explicación de sus colaterales económicos, eludidos por el primero, quien, por lo demás, llega tan solo al año 1931. En cambio, Gonzalo de Quesada, al no haber emprendido la obra para defender su comportamiento, habla con mayor libertad y pone el dedo en la llaga, sin escamoteos ni evasivas. No polemiza, pero su mera exposición de hechos, tales como la anuencia de Coolidge y el apoyo de Hoover solicitados y obtenidos por Machado, desmiente la pretendida independencia de su gobierno. Asimismo, Márquez Sterling destaca el respaldo que el embajador Gonzales proporcionó al presidente Menocal, pero calla la complicidad de Guggenheim con Machado, ampliamente revelada por el hijo del secretario de Martí. Pero lo que conquista la simpatía del lector en la historia de Gonzalo de Quesada y Miranda es su peculiar acento humano, logrado con la mayor sencillez, sin el empleo de recursos retóricos. El lenguaje, que delata la formación sajona del

autor, es lo más llano que se pueda imaginar en un escritor profesional, lo cual, unido a un ostensible afán de verdad y justicia, produce una emocionante sensación de sinceridad, modestia y pureza, en que la honradez intelectual no pudo adormecer el corazón. A estas cualidades se suman las del periodista nato y activo, de suerte que su obra posee el ritmo y la vibración del reportaje sin dejar de ser historia, vista con cinco años de perspectiva. Como espectador ubicuo, alerta y bien enterado, aunque no participa en la epopeya, presenta un acopio de rasgos, frases, ceremonias, gestos y discursos captados directamente que constituyen un extenso testimonio vivo y verídico.

Su cuadro del debate, las maniobras y las intrigas en el seno del Partido Liberal, donde el joven Vázquez Bello vence al maduro y astuto Ferrara, y que culminaron en la candidatura del nefasto Machado, muestra el buen trabajo que puede rendir un periodista imparcial en función de historiador contemporáneo. La introducción, a manera de signos ominosos, del incendio de *The Havana Post* y el tiempo lluvioso del día de la toma de posesión del futuro tirano, es un recurso escénico que no infringe la veracidad histórica, sino que la completa. El autor se propone asimismo, reflejar el estado de opinión en el momento en que se produce cada hecho. La amplitud de la obra no excluye la necesidad de otras historias más particularizadas sobre los sectores estudiantil, obrero y político.

Gonzalo de Quesada tiene en cuenta los factores económicos desde los albores de la dictadura. En lo tocante a la construcción de la Carretera Central, revela que Machado hace caso omiso del proyecto concebido anteriormente por el gobierno de Zayas, basado en impuestos sobre solares yermos, de cinco pesos sobre cada turista y diez centavos sobre cada saco de azúcar, sustituyendo este plan racional

por una serie de exacciones gravosas para amortizar el célebre empréstito de cien millones. A poco Heliodoro Gil dimite de su cargo en la Comisión Parlamentaria Liberal, debido a las excesivas facultades concedidas a los militares en las expropiaciones, lo cual constituía uno de los primeros pródromos de la dictadura. El autor apunta, asimismo, la restricción de las zafras de acuerdo con el Plan Chadbourne, la cual beneficiaba las grandes empresas extranjeras y un reducido número de asociados locales, a expensas de muchos hacendados y colonos cubanos, inhabilitándolos para mantener su puesto en la producción mundial. Esta disposición, cuya ineficacia se demostró también al aplicarse en otras partes al café y al trigo acabó de hundir al país en la miseria, en contradicción con el supuesto nacionalismo de la política arancelaria y del cacareado pero tardío antiinjerentismo extranjero. Mientras tanto, so color de respaldar al hombre providencial que iba a regenerar al país, se implantaba el llamado cooperativismo en ambas cámaras y se aprobaba la prórroga de poderes. La población, empero, permanecía impasible, absorbida por los triunfos pugilísticos de Kid Chocolate y los juegos de pelota. Tan sólo el Grupo Minorista lanzó un manifiesto, y un número de estudiantes emuló la protesta de dicha asociación de intelectuales. También se sumaron los políticos de la Unión Nacionalista, con otros fines pero la dictadura ya estaba en marcha, asfixiando libertades y acumulando asesinatos.

Así se llegó al año 1930 y a la muerte de Trejo en la manifestación estudiantil del 30 de septiembre. Ante este sangriento suceso, los universitarios resuelven combatir la dictadura hasta el fin, aunque con una táctica confusa, llamada de las «tánganas», nueva versión criolla del terrorismo. Pronto se galvaniza la opinión pública sana, que no

veía en los estudiantes las mezquinas ambiciones de los viejos sectores políticos, sino altos ideales patrióticos. Las mujeres se unen a la lucha, con eficacia y valentía dignas de sus abuelas mambisas. Suspendidas las garantías constitucionales, las manifestaciones se disuelven a tiros y plan de machete, y las víctimas de la represión se amontonan. Pero divergencias ideológicas separan a los estudiantes de los políticos fosilizados de la oposición, y fracasa la conspiración de los nacionalistas. Mientras la tiranía se sume en el cieno y la sangre, Carlos Manuel de la Cruz, José I. Rivero y Fernando Ortiz presentan sendos programas para un cambio de gobierno, en el último de los cuales se pide por primera vez el castigo de los culpables. Los miembros del gobierno fueron sepultados bajo una avalancha de cartas anónimas, insultantes las unas, y serenas y razonadas las dirigidas a los sectores del ejército que se quería atraer; a todo lo cual Machado contestaba que a él no se le podía «tumbar con papelitos», pero mientras tanto acentuaba el terror, llegando hasta a crear la «porra femenina», agrupación de hamponas para agredir a las damas. Las torturas se multiplicaban en el siniestro castillo de Atarés.

Con todo, el político opositor Mendieta tenía fe en el Tribunal Supremo, cuya indecisión en condenar la reforma de la Constitución agravaba, sin embargo, el desasosiego; y su petición de castigo se reducía al encarcelamiento y al tratamiento médico. Méndez Peñate, amigo de las «tánganas» y todo cuanto tendiese a combatir al machadato, resentía, no obstante, la prevención de los estudiantes contra los viejos políticos, pronunciando estas palabras previsoras: «Veremos, si llegan a ser Poder, si sabrán resistir tantas tentaciones como este *viejo político*.» Por su parte, Carbó escribía artículos con miras a captarse al ejército, en vez de prometer, como Mendieta, la reduc-

ción de las fuerzas armadas. Francisco Peraza se alza y pierde la vida con un puñado de estudiantes en Loma del Toro. Menocal y Mendieta son derrotados en Río Verde sin que fuese necesario disparar un solo tiro. La expedición de Gibara es vencida por una acción combinada de mar, aire y tierra. Todas estas intentonas fracasaron por falta de coordinación. De parte del primero caen algunos de los agentes más sanguinarios, tales como Calvo y García Sierra, y el parlamentario Vázquez Bello; y entre los revolucionarios la lista sería demasiado larga, pero pueden destacarse el cuádruple asesinato de el «Gallego» Álvarez y sus tres hijos, y el triple de los hermanos Freyre de Andrade... El comienzo de 1933 fue una alborada de sangre, una pesadilla de horror y atrocidades en que los asesinos a sueldo del tirano cebaron más que nunca sus instintos criminales, aunque la toma de posesión del nuevo presidente norteamericano, Franklin D. Roosevelt, el 4 de marzo, morigeró un poco el terror. Sabían, sin embargo, la cólera y la soberbia del déspota quien, decidido a perpetuarse en el poder contra la voluntad del pueblo, apelaba a la dignidad nacional contra la intervención extranjera. La llegada del nuevo embajador, Sumner Welles, propició su derrocamiento y, si bien la mediación que llevó a cabo tenía en vista la salvaguarda de los intereses de su país más que el bien de Cuba, el golpe del 4 de septiembre encarnó las aspiraciones revolucionarias de la nación aunque no puso fin a la lucha fratricida.

CÓMO CAYÓ MACHADO

Hay libros olvidados que cobran singular actualidad. Son los objetos depositados en el fondo que las aguas agitadas por la tempestad arrojan a la superficie. Sus autores desaparecidos parecen volver a la vida para ponernos en guardia, ofreciéndonos los conocimientos adquiridos en situaciones análogas a las que estamos atravesando. Siempre conviene prestarles atención. Tal es el caso de Alberto Lamar Schweyer en *Cómo cayó el presidente Machado*, a pesar de que se trata de un portavoz del tipo de régimen represivo y sanguinario que los hombres de buena voluntad aspiran a suprimir de la faz de la tierra. Los datos y los frutos de la experiencia resultan útiles por la importante posición ocupada por quien los recoge, avalados por una penetrante capacidad de observación, aun cuando la pretensa honradez intelectual no logra vencer los prejuicios y las limitaciones del punto de mira. Incluso las interpretaciones acarrearán inferencias significativas, no obstante las distorsiones, si se sabe leer entre líneas. No deja de ser irónicamente significativo, por ejemplo, el vigoroso anti-intervencionismo y los ardientes sentimientos patrióticos por parte del dictador que, con su secretario de Estado, había mostrado una docilidad servil ante el extranjero y una fría determinación en someter a sangre y fuego al país, coincidiendo el cambio de actitud con la pérdida de protección norteamericana. También son edificantes las ma-

niobras de Machado, en su caída, por renunciar en favor de su adepto el general Herrera, a fin de prolongar la existencia del régimen, pretextando la necesidad de un período transicional. Lo mismo sucede con la enérgica demanda de seguridades, una vez perdida toda esperanza de cualquier forma de continuidad, para los miembros y agentes del gobierno saliente, en vista de la sed de venganza, que alentaban los oprimidos. En efecto, tal sed de venganza no hubiera existido si realmente el régimen derrocado hubiese sido de orden y justicia.

Son instructivas las semejanzas como las diferencias con el presente. Lamar Schwyer reconoce que, a más del gobierno, vastos sectores de la juventud y el estudiantado opositoristas repudian la injerencia, pero calla la disparidad de motivos. Señala, sin embargo, con razón que, por otra parte, esos mismos sectores desconfiaban de los viejos políticos mancillados, tales como Menocal, Mendieta y Miguel Mariano. Condena las campañas de los opositoristas en el extranjero, acusándolos de desacreditar la república, propaganda hoy día mucho más eficaz por la posición que ocupa Norteamérica en la ONU, mientras que entonces no formaba parte de la SDN. Acierta al apuntar que las causas que determinaron la actuación de Roosevelt fueron, antes que nada, económicas, pero olvida que un gobierno socavado hasta el tuétano por una repulsa que le obligaba a mantenerse por la violencia, no ofrece garantías para tratados comerciales o de otra índole. De allí que las amargas lamentaciones del ensayista por haber entrado en juego las consideraciones políticas resulten, cuanto menos, intempestivas. Indica airadamente cómo los atentados terroristas proseguían mientras se efectuaban las negociaciones y denuncia la parcialidad del mediador, sin tener en cuenta que lo que califica de tal no es sino la

derivación de la coyuntura misma, frente a un gobierno prácticamente derrocado o a pique de sucumbir en medio de atroces convulsiones sociales y económicas. Acortar la agonía resultaba, pues, deseable desde todo punto de vista. El autor atina al destacar el papel principal desempeñado en la lucha por la clase media, hecho que se ha acentuado aún más en la actualidad.

Es bastante cierto que el fracaso de la expedición de Gibara en agosto de 1931 determinó un cambio de táctica, aunque no demostró la completa periclitación del insurreccionalismo revolucionario. Nació el terrorismo, que sembró la angustia y la inestabilidad, a cuya sombra se tejió una vasta red de resistencia subterránea y un movimiento de opinión que, con la huelga general, resquebrajaron al régimen. Mas, al revés de lo sustentado por Alberto Lamar Schweyer, la supresión física de los adversarios del gobierno se había iniciado mucho antes, de suerte que tienen visos de sarcasmo las argumentaciones oficiales en favor de la prolongación del poder usurpador a fin de evitar hechos de sangre, así como sus tardías apelaciones al patriotismo.

La formación del ABC, organización secreta de profesionales y, en general de la clase media, constituyó un hecho importante aunque no decisivo y no siempre feliz, trocándose en francamente negativo a partir de la mediación de Sumner Welles en 1933. A los pocos meses de haberse fundado contaba en sus filas con numerosos afiliados. Señala el autor que su mismo carácter secreto facilitaba a muchos enemigos del régimen de Machado combatirlo en la sombra, a la vez que seguir percibiendo sueldos en distintas dependencias públicas. Por su parte el Directorio Estudiantil Universitario, considerando a los viejos políticos opositoristas como miembros de una generación pasada y que habían sido en su tiempo gobierno

poco más o menos en la forma que se quería suprimir, desconoció la jefatura de los mismos y decidió actuar por su propia cuenta. Se derivó hacia el terrorismo y la acelerada cadencia de muertes violentas disminuyó el valor de la vida humana. Los estudiantes, sañudamente acosados por sabuesos sanguinarios de patológica catadura criminal, cazaban a los policías y especialmente a los llamados, no sin ironía, expertos. Aumentaron las medidas represivas y se cometieron las más espeluznantes atrocidades. El gobierno rodaba por la pendiente del asesinato y la tortura en su malvado cuanto tozudo empeño de mantenerse en el poder frente a la repulsa cada vez más vigorosa y la catastrófica depresión económica, en un clima de angustia e incertidumbre.

El autor declara que a partir de agosto de 1931, después de la expedición de Gibara y su descorazonador desenlace, nadie creía en nadie, aunque falsea la realidad al afirmar que el pueblo no creía en Machado pero que tampoco daba crédito a sus enemigos, cifrándose la única esperanza en Washington. No desacierta, empero, en relevar el gran daño que hizo a Cuba la Enmienda Platt, engendrando un fatalismo proclive a poner en manos del extranjero la solución de los problemas nacionales. Mas, yerra al achacar el origen del sentimiento antiimperialista a la equivocada acción de Sumner Welles. Sin duda el injerentismo espigó en la dirigencia del ABC y de la vieja política, pero no en la juventud y el estudiantado ni en las capas de la población trabajadora que integrarían los sectores más sanos de la oposición después de 1933. El recrudecimiento de la persecución mantenida por un gobierno obcecado y decidido a conservar el poder a sangre y fuego contra la voluntad popular aventada por una pavorosa penuria económica, encalleció los sentimientos, exacerbando el odio y la des-

confianza engendrada por una estranguladora red de espionaje. La tradición del terrorismo como arma de lucha contra la dictadura se asentó en la juventud estudiantil, degenerando años más tarde en técnica del atraco, con depravado cariz antisocial.

En Palacio suscitó inquietud que pronto se trocaría en alarma la llegada del nuevo embajador Sumner Welles en mayo de 1933, no obstante su reserva inicial. La calma que allí produjeron sus aseveraciones, recogidas por la United Press y el *Diario de la Marina*, en sentido de que no intervendría en las cuestiones políticas sino exclusivamente en las económicas, no tardaron en disiparse. El gobierno alentó por un momento la esperanza de que tal actitud contribuiría, claro está, al robustecimiento de su poder. Por su parte, la oposición, como es natural, sintióse un tanto defraudada. Pero pronto resultaría evidente que lo que buscaba de entrada el diplomático norteamericano era una tregua en la áspera pugna política, con adecuadas garantías para la oposición, ya que un gobierno tambaleante e impopular no podía firmar con mano ensangrentada un acto que ofreciese sólidas y limpias perspectivas. Mas, también es verdad que la oposición, que nunca había estado firmemente unida, se agrietó aún más tan pronto apareció Sumner Welles como mediador amistoso. «Los estudiantes y los obreros se pusieron frente a los mediacionistas y a estos elementos contrarios a la injerencia se sumaron todos los abecedarios inconformes con la actitud de la célula directriz», apunta con razón Lamar Schweyer, añadiendo que de allí nació el ABC Radical. Desprendióse, asimismo, del seno de la OCRR la UCRR. Los mediacionistas, los cuales arribarían al poder gracias a la protección de Welles, ya tenían formado desde ese momento el germen de la oposi-

ción que habría de arrebatárles el mando veintidós días después de la caída de Machado.

Martínez Sáenz estaba a pique de hallarse aislado por completo de sus filas abecedarias, pero las negociaciones con el mediador y el gobierno proseguían, mientras en las calles la oposición descontenta levantaba la voz haciendo estallar bombas. Gestionábase una ley de amnistía, con lo que Lamar Schweyer califica de perdón para la oposición y castigo para los del gobierno, lamentándose que los opositores sólo querían «su justicia». Pero el Goebbels de Machado pierde de vista que los culpables eran los criminales que habían impuesto a sangre y a fuego sin asomo de piedad un odioso régimen de terror y persecución, basado en la injusticia y la fuerza de las armas, huérfano de respaldo nacional y por ende ilegítimo. Sin embargo, la ley que Machado propuso al poder colegislador exigía un perdón para todos sus amigos y sus contrarios. El presidente reconocía que la cooperación de Welles era de su espontánea voluntad y que no obedecía a instrucciones ni mandato del gobierno de los Estados Unidos. La soberanía del país quedaba pues, a salvo. Agregaba que la mediación no realizaba ningún acto que pudiera mermar la soberanía de la Cámara. No deja de presentar patéticos ribetes de ironía esta preocupación de un primer magistrado al garete, por defender los fueros de un congreso ficticio, a fin de exhibir algún vestigio de apoyo legal. «La mediación», decía el tenebroso dictador, con hipócrita mansedumbre, «no representa ningún gobierno extranjero, como lo ha declarado repetidas veces el mediador, sino que es gestión sola de un amigo de los cubanos. La oposición lo ha aceptado, y nosotros, que debemos ser cubanos amantes de la libertad, de la democracia y de la justicia, hemos querido estar de acuer-

do con todos y dar un mentís a los que dicen que hay tiranía donde hay solo un Presidente cubano».

Este disfraz de paladín de la integridad nacional no llamó a engaño. Al día siguiente, el 27 de julio, se iniciaba la huelga de ómnibus, la que marcaría el comienzo del golpe decisivo. Quince días después el movimiento se había trocado en un paro general que derrumbaría el execrado régimen de hambre y opresión, haciendo superfluo el proyecto de reforma constitucional esbozado a la sombra de la mediación. La suspensión de las garantías que deseaban aplicar las esferas oficiales, a pesar del pacto de tregua que ofrecía las seguridades indispensables para negociar con la oposición al través del mediador, no hubiera detenido ya el proceso. Pero antes de caer la dictadura quiso clavar por última vez sus colmillos ensangrentados en la carne humana. La noticia de la renuncia de Machado volcó a la calle una inmensa multitud jubilosa, la que fue ametrallada sin miramientos por la policía de un gobierno que persistía con tenacidad digna de mejor causa en ocupar a la fuerza un poder ilegítimo. Esta espantosa matanza de una muchedumbre inerme, una hazaña más del lombrosiano brigadier Ainciarte ocurría el 7 de agosto. El 12, tras un postrer esfuerzo por prolongar el poder en la persona del general Herrera, caía Machado, cediendo, según Lamar Schweyer, a las amenazas de intervención por parte del gobierno norteamericano. Seguramente que el brillante portavoz de la dictadura no se hubiera mostrado tan decidido adversario de la injerencia si Washington le hubiese brindado protección económica al régimen de tortura, muerte y miseria que servía.

PASIÓN Y MUERTE DE LA ENMIENDA PLATT

La hora de la muerte de la odiada y odiosa Enmienda Platt empezó a sonar cuando Ramón Grau San Martín nombró la delegación cubana a la VII Conferencia Panamericana, la cual se inauguró en Montevideo el 3 de noviembre de 1933. Aunque el acta de defunción se firmaría tan sólo el 29 de mayo del año siguiente, se inició la supresión del vergonzoso entredicho que ensombrecía y anulaba casi por completo la independencia, y a la joven república le sería dable, al menos desde el punto de vista formal, mirar al extranjero con la cara en alto y sin sonrojo en sus tiernas mejillas. El hecho revestía una importancia moral y psicológica inmensa al eliminar un mal congénito que había venido viciando toda la vida nacional desde sus inicios. Fue uno de los mayores aciertos de aquel efímero gobierno revolucionario, si bien la incubación databa de mucho antes. Mas, no siempre los gobiernos proceden de acuerdo con las exigencias del momento, ni atinan si tales son sus propósitos. En este aspecto Grau San Martín se mantuvo a la altura de las circunstancias, nombrando la combativa representación cubana presidida por Herminio Portell Vilá, conservando a Manuel Márquez Sterling en la embajada de Washington al declinar éste la oferta de encabezar la referida misión; y en su conducta de las gestiones hasta su renuncia al cargo presidencial en enero de 1934, uno de cuyos fines era propiciar una avenencia con los Estados Unidos,

hostiles a su gobierno, que desembocaría en la abolición del humillante Tratado. Por supuesto que el terreno ya estaba abonado. Franklin Delano Roosevelt había manifestado en Warm Springs su disposición, condicionada a la existencia en Cuba de un gobierno que gozase, según él, del apoyo popular y mostrase la estabilidad necesaria. Mientras tanto se robustecía la solidaridad latinoamericana en sentido favorable a la anulación de la Enmienda, cristali-zándose plenamente en la reunión de Montevideo.

Por otra parte, Manuel Márquez Sterling, Emilio Roig de Leuchsenring, Juan Gualberto Gómez y Gonzalo de Quesada Miranda habían sostenido en diversos frentes tenaz y alongada lucha. De la ejecutoria del tercero y su actuación en la Constituyente de 1901, el lector que la desconozca podrá encontrar amplias noticias en la excelente biografía del fraternal amigo de Martí compuesta por Octavio R. Costa y al capítulo XIII de la *Historia de la Enmienda Platt*, la que examinaremos aquí tan sólo en el tramo que cubre la vida republicana, a fin de no desbordar el marco del presente trabajo que, por lo demás, repetimos, se contrae a los aspectos políticos que afectan el de-senvolvimiento cultural, moral y sicológico. Pero por lo mismo precisa exponer con algún detenimiento la trayectoria republicana de la Enmienda, conforme se perfila en la obra del mentado autor y en la del propio Manuel Márquez Sterling, titulada *Historia del Proceso de la Enmienda Platt*, para reanudar el hilo interrumpido después del epígrafe sobre la Segunda Intervención, basado en la parte correspondiente de la voluminosa obra de Herminio Portell Vilá sobre las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos y España.

En la agradable prosa de Manuel Márquez Sterling se conjugan los vivaces rasgos personales y ambientales cap-

tados por el periodista de raza y el trasfondo del juego de intereses al través de las inferencias protocolares, legales y psicológicas, vistas con pupila de diplomático. Indica con ironía el autor, por ejemplo, que en la exégesis norteamericana de la Enmienda se hace un distingo entre los términos «intervención» e «injerencia», pretendiéndose que se trata no más que de acción formal, acudiéndose asimismo a la corrupción de palabras técnicas para evitar que se malogren los contactos con la América del Sur. Se trataría, en suma, según los propugnadores norteamericanos, de salvaguardar con la intervencionista cláusula 3, la independencia de Cuba, cuando se reafirmaba en realidad la conquista y el consiguiente derecho de intervención arrebatados a España.

El efecto causado por la bomba de la Enmienda Platt caída en el seno de la Constituyente de 1901, con ostensible carácter de ultimatum, debió ser desolador y desconcertante. Muy pronto parecían haberse arrepentido los vecinos del Norte de la liberalidad mostrada en la *Joint Resolution*, revelándose premiosos los financieros y los industriales de recuperar la hermosa presa que se les había escapado por culpa de los remolacheros. Si bien no faltaban en la Asamblea los anexionistas latentes, se produjo una perplejidad general. En pocas palabras Manuel Márquez Sterling esboza un cuadro objetivo del momento psicológico. «Ninguno de los delegados actuantes, incluso los dos tildados de “reaccionarios” que aparentaban inexorabilidad vaciada en bronce, ninguno, repito, miraba con mirada simpática la mutilación de la Independencia; y todos, en sus diversas posiciones, respondían de pronto al vínculo espiritual que los ligaba; y sucede, por eso mismo, que los campeones de las más opuestas tendencias instituyen de improviso el concierto patriótico y la unanimidad

política. No son todos los liberales enemigos de la Enmienda, ni todos los conservadores la desean aunque argumenten a su favor. Llevan en el alma degollada la fe. La duda los atormenta, y rinden pleitesía resignadamente al fatalismo.»

En la delegación que se nombró para dilucidar en Washington la cuestión se incluyeron dos periodistas en función de tales: Manuel María Coronado, director de *La Discusión*, periódico favorito de la derecha, y Manuel Márquez Sterling, el cual mantenía en *El Mundo* la tesis irreconciliable de la izquierda. Las siluetas políticas que al respecto publica a partir del 20 de abril, son amenas, ágiles y certeras. En su libro cuenta que al motejar a González Llorente «abuelito de barba blanca», salió publicado «carta blanca». Sintiéndose muy apenado por la equivocación del cajista, quiso excusarse, pero el anciano se sintió sumamente satisfecho con la errata, atribuyéndole un sentido metafórico que significa «libre de prejuicios». Integraban la comisión que aquel descollante personaje presidía, Portuondo, Méndez Capote, Betancourt y Tamayo. Con los corazones oprimidos por el pesimismo, sentíanse en el fondo como una humilde peregrinación en busca de una forma de aceptación de la Enmienda que no dañase la dignidad. Iban a encontrar, en efecto, una pétrea intransigencia velada de afable cortesía. Así, un periodista del *Post*, declaraba respecto a ellos que «sentirán su resistencia debilitada al verse atendidos y obsequiados como príncipes».

En cuanto a la ominosa y draconiana piedra angular de la Enmienda, el autor comenta: «En ese artículo tercero reposa el sistema coercitivo de la ordenanza impuesta como grillete de usurpación a los ideales tronchados de la República sin soberanía. Suprimid la cláusula tercera, y las otras cláusulas perderán el color siniestro que les imprime la ubicuidad amenazadora del capítulo de intervención.» Destaca la brillante refutación con que González Llorente man-

tiene a raya en el terreno formal al sutil Elihu Root, Secretario de la Guerra. «Supongamos a Francia, a la Francia del marqués de Lafayette y de Rochambeau tan fuertes respecto de los Estados Unidos como los Estados Unidos son respecto de Cuba, y que a causa de su cooperación a la independencia de las trece colonias insurreccionadas contra el Imperio Británico, hubiéramos impuesto la tercera cláusula del senador de Connecticut, pretextando guardarlas ora del enemigo interno, llámase caos faccioso, desorden administrativo o revuelta política, ora de lejanos invasores que marcharan a conquistarlas», observa el agudo periodista. «Sin embargo, la ordenanza de Mr. Platt, poderoso tentáculo de naturaleza mercantil, no contiene la previsión de remotas consecuencias económicas y cívicas y se inspira en un vulgar capitalismo que no excede a la corta ciencia de los compaginadores de compañías anónimas. Así, la República de Cuba, condenada a perpetua niñez, transfórmase en órgano importante y exclusivo de la prosperidad ingente de Norteamérica, de tal manera, que si el objeto de la segunda cláusula es y ha sido engordar nuestra riqueza, la cláusula inmediata dispone que sirva de aliento a la plutocracia de Chicago y Nueva York.» Sin embargo, la Constituyente reunida en La Habana, aprobó la inclusión de la Enmienda por quince votos contra catorce, prevaleciendo la opinión que sólo así podía salvarse la república. Mas, Lacret declara que Cuba ha muerto. Quedó, pues, incorporada «la Enmienda sin enmienda ni cláusulas aclaratorias».

Apunta Márquez Sterling las incongruencias jurídicas internacionales entre la Enmienda, la cesión de las carboneras, el Tratado de Reciprocidad Comercial y otros convenios que comprometían la soberanía nacional y contradecían el reconocimiento de la independencia, explí-

cito en la *Joint Resolution*. En este punto Carlos Márquez Sterling continúa la *Historia del Proceso de la Enmienda Platt*, truncada por la muerte, sin la misma galanura, vivacidad y penetración humana pero del modo conciso y concreto propio de un profesor, aunque haciendo hincapié en ciertos extremos y opacando otros con maña de político. Incluso delata por momentos falta de elegancia de espíritu, como cuando omite toda alusión a la labor de la delegación cubana en Montevideo, amenguando así su fuerza persuasiva, tanto más en vista de la ostensible exaltación ditirámica del papel desempeñado, valiosísimo sin duda pero no único, por determinada persona en el logro de la abolición de la Enmienda. Sin embargo su exposición no carece de diafanidad y datos interesantes. Releva la aplicación de la fórmula preventiva de la Enmienda, concretada por primera vez con esa finalidad en el desembarco de Daiquirí, efectuado por los americanos, pese a las protestas del entonces presidente José Miguel Gómez, con motivo de la sublevación racista del 20 de mayo de 1912, por decisión del secretario de estado Knox, impartándole carácter preventivo y no como intervención.

Por otra parte, en una declaración «se advertía a los cubanos que en opinión del gobierno de la Casa Blanca, el artículo segundo de la Enmienda prohibía a Cuba contratar sin consentimiento de los americanos cualquier deuda pública». Advirtiéndose asimismo que se «autoriza a este gobierno a amonestar al de Cuba en contra de una imprudente política fiscal, bajo el entendimiento de que tal política podría posiblemente, por ella misma o en conexión con las condiciones generales de Cuba, producir una situación que obligara a los Estados Unidos a intervenir por cualquiera de los motivos prescriptos en este artículo». La soberanía financiera, económica y fiscal quedaba, por ende, anulada.

En relación al alzamiento de José Miguel Gómez en demanda del acato al resultado electoral que le favorecía, Carlos Márquez Sterling trae a colación el apoyo norteamericano al gobierno de Menocal que se expresaba en la nota entregada por el ministro Gonzales, alusiva al hecho de «que los Estados Unidos solamente prestaban su apoyo y confianza a los gobiernos constitucionales». Ello determinó la caída del rebelde que reivindicaba sus derechos, en Caicaje el 7 de marzo de 1917. El autor evoca que el acontecimiento movió la pluma del propio Manuel Márquez Sterling para defender la justicia que asistía al Partido Liberal; y que el periodista analizaría en su célebre artículo titulado «A la ingerencia extraña la virtud doméstica», el problema planteado a la soberanía de Cuba, protestando al propio tiempo contra la injerencia. Por su parte, Carlos Márquez Sterling comenta que «la Enmienda Platt era interpretada en Cuba como un cuerpo internacional, unilateral, impuesto al país a la fuerza y del que no se desprendían sino derechos por parte de los Estados Unidos», llegando a infiltrar esa opinión en las capas populares, con la ayuda de algunos intelectuales.

En el extranjero se entendía igualmente que la Isla de Cuba era una donación americana, que podía ser regulada, restringida o suprimida a voluntad del gobierno de Washington. Mientras nuestros diplomáticos se sonrojaban en el extranjero, los tratadistas partidarios del intervencionismo propagaban la idea de que Cuba era un protectorado de los Estados Unidos. El influjo negativo fue echando raíces en las postrimerías del gobierno de Menocal, a tal extremo que el propio Partido Liberal, temeroso de ser víctima de nuevas tropelías por parte de los menocalistas, acordó en desdoro de la dignidad nacional, solicitar la supervisión norteamericana de las elecciones de 1920. Combatieron, sin embargo esta moción

Juan Gualberto Gómez, irreductible antiintervencionista, y otros, al par que Manuel Márquez Sterling desde las columnas de su periódico *La Nación*. Estaban acordes con la referida moción Alfredo Zayas y José Miguel Gómez. Se propuso al general Crowder como supervisor, a título de experto avalado por la estructuración del código electoral que, en realidad, afirma Márquez Sterling, había sido creado por Fernando Ortiz y Gonzalo Freyre de Andrade. A partir de entonces el general se convirtió en verdadero interventor residente en el país, ostentando el cargo de embajador. Y en efecto, proclamado Zayas presidente, fue su propio secretario de Estado, Desvernine, quien pediría a Washington que dicho alto funcionario se quedara permanentemente para asesorar al gobierno en sus futuras reformas. Manuel Márquez Sterling se manifestaría decididamente contrario en una serie de artículos.

Mas, inicióse entonces una nueva fase de la política de la Enmienda, en virtud de la cual Crowder pretendía tener derecho a inspeccionar la cosa pública y a sugerir medidas de administración en todos los órdenes, por sobre la leve oposición de Zayas. «A la acción política se unía la acción financiera, y a ésta la supervisión administrativa. El país, aplastado por una tremenda crisis bancaria y azucarera, motivada por el cese de la guerra europea, no ofrecía resistencia sino en muy contadas personas. La guerra civil y los odios y pasiones políticas hacían que cada grupo usara la acción fiscalizadora de Crowder en provecho de sus intereses y de sus pasiones. Todo era injerencia.»

Las arcas vacías y el estancamiento económico le restaron libertad de acción a Zayas. Crowder aprovechó la coyuntura para anunciar que «era necesaria su sanción para concertar un empréstito que permitiera poner a flote la ad-

ministración y pagar las deudas crecientes». Optó Zayas por transigir a fin de evitar la bancarrota, tomando nota de los memoranda del interventor que le llovían, atinentes incluso a las cuestiones más insignificantes, de suerte que la impaciencia del público ante la gravedad de la situación, convirtió el despacho de Crowder en una segunda oficina de la Presidencia.

Con el gabinete llamado de la honradez, nombrado para iniciar la reforma del fisco y la lotería, deseadas por el interventor, se llega al cenit de la influencia de Crowder. Y Zayas designará delegado a la V Conferencia Panamericana, reunida en Chile, a Manuel Márquez Sterling en virtud de su diáfana e inflexible postura contra el injerentismo. Cuando Machado ocupe la presidencia, el camino habrá empezado a desembarazarse de la injerencia. Así, se dirigirá a los Estados Unidos anunciando que laborará por la abolición de la Enmienda Platt, pero, de hecho, se inclinará ante los grupos de intereses financieros que favorecen el mantenimiento de la misma. Parece ser que en la VI Conferencia Panamericana, celebrada en La Habana el año 1928, donde se planteó la cuestión de la injerencia, Machado obtuvo de Washington la aprobación de su reforma constitucional que habría de prolongar su mandato, a cambio de ciertas concesiones financieras. Ello explicaría por qué fundó su política en el pago religioso de los intereses sobre los empréstitos, temeroso de que la injerencia comenzase por la interpretación ya dada a la cláusula. Mas, al extremarse la grave crisis económica y política, el recién electo Roosevelt nombra embajador a Sumner Welles, quien habría de actuar como mediador a fin de propiciar una pacífica vuelta al orden interior. Pero su misión se trocó en una forma velada de injerencia.

El gobierno interino de Céspedes, hechura de Welles, que sucedió al de Machado, esbozaba ya la intención de abrogar la Enmienda al través de su embajador Manuel Márquez Sterling. Pero fue derrocado por el golpe del 4 de septiembre, lo que hizo brotar en Washington nuevas veleidades intervencionistas, so color de contener posibles desórdenes. Ello motivaría una importante gestión por parte de Puig Casauránc, Ministro de Estado de México, cerca de los gobiernos de Argentina, Chile y Brasil para iniciar una acción conjunta, encareciendo de entrada a Grau San Martín que se esforzase por mantener el orden, en evitación de medidas intervencionistas, con miras a propiciar un ulterior movimiento en favor de la derogación de la Enmienda, apoyada en la solidaridad continental. Mas, al cabo la acción colectiva no fue debidamente coordinada. De todos modos, la determinación de Puig Casauránc obedecía a un estado de ánimo muy difundido ya, si bien cabe suponer que la amistad personal de Manuel Márquez Sterling no fue por entero ajena a la gestión del ministro mexicano.

La actuación del gobierno revolucionario de la pentarquía hija del golpe del 4 de septiembre, fue enérgica y atinada en el horizonte internacional. Grau nombró la delegación a la VII Conferencia Panamericana, abierta el 3 de noviembre en Montevideo, con vista al logro de la abolición de la Enmienda, designando a Herminio Portell Vilá para presidirla, tras de haber rehusado ocupar ese cargo M. Márquez Sterling, alegando razones de salud, aunque aceptó seguir con el de embajador en Washington. El 13 de diciembre el *Evening Star*, de esa capital, hablaba de la conveniencia de abrogar la Enmienda Platt, espina en el costado de Cuba, la que algún día puede dar pie a las imputaciones imperialistas yankis por parte de los agitadores extremistas. El 13, Márquez Sterling podrá anunciar por cable la existencia de un am-

biente favorable a la supresión de la Enmienda, si los cubanos arreglan sus diferencias, lo que en buen romance significaba la eliminación del gobierno de Grau. Manuel Márquez Sterling vuelve a Cuba para ocupar la Secretaría de Estado. El 10 de enero Grau renunciaba para abrir paso a un gobierno que mereciese la confianza de Washington y propiciase, por ende, la anulación definitiva de la Enmienda Platt. Mendieta asume el cargo y al presentar de nuevo Márquez Sterling sus credenciales en Washington, Roosevelt revela su disposición a entrar en negociaciones para modificar el Tratado Permanente. Mientras tanto, el senador King presenta una moción para el estudio de la conveniencia de abolir la Enmienda, y las negociaciones se inician entre ambos países por la vía diplomática. El 29 de mayo de 1934, al cabo de múltiples trámites y gestiones, se firma el tratado abrogatorio, con tan sólo la confirmación de los límites existentes de la carbonera de Guantánamo y sin las superfluas restricciones sanitarias, a la vuelta de treinta y tres años y un día de humillante menoscabo de la soberanía nacional, conforme apunta Carlos Márquez Sterling.

MÁS EN TORNO A LA ENMIENDA

Si bien Emilio Roig de Leuchsenring pasa por alto los sagaces atisbos sicológicos, los raudos toques irónicamente significativos y los jugosos rasgos personales, enhebrados en la ágil prosa de M. Márquez Sterling, su encandilada sinceridad alienta una vehemencia de expresión que imprime incisivos contornos a los hechos que expone. El polemista patriótico le impele a decantar la realidad sin deformarla; el hombre de corazón peralta al historiador frío que, por lo mismo, permanece insensible al trasfondo que, en última instancia, es lo que precisa discernir, tanto más en una cuestión de hondas repercusiones humanas como lo fue la aplicación de la Enmienda Platt. Tras de una vasta y documentada génesis de ese instrumento que arrebató a Cuba una libertad alcanzada a costa de treinta años de lucha tenaz, enconada y sangrienta como pocas, el referido historiador sigue el curso del hondo y desgarrador surco que la malhadada Enmienda iba abriendo en las entrañas de la recién nacida república. Releva cómo la misma socavó rápidamente la fe en el gobierno y el esfuerzo propio. La pérdida de la dignidad habrá de constituir una de las consecuencias más dolorosas para los ciudadanos de recia conciencia cívica. Con el corazón herido, el autor registra sin atenuaciones el triste espectáculo de cubanos buscando el apoyo de los Estados Unidos, al amparo de la Enmienda Platt, para mantenerse en el gobierno o acceder a

él, y señala el brote de un degradante afán de continuismo para seguir en el poder a todo trance, contra la voluntad de los propios conciudadanos, ejemplificado por la apelación del ensoberbecido Estrada Palma, otrora honesto y bonachón, a la nefasta cláusula 3. Pero también destaca el indigno comportamiento de los liberales acudiendo a Washington para ganarle al adversario político, mediante la supervisión norteamericana de las elecciones cubanas.

Al mismo tiempo confirma, sin embargo, la denuncia de los métodos lesivos y corruptos instaurados por la gestión intervencionista de Charles E. Magoon; así como las ulteriores intervenciones, reñidas con los principios del derecho internacional que amparan las naciones libres. Aclara que García Vélez, J. M. Gómez y Manuel Sanguily se levantaron contra tales injerencias, al par que Cosme de la Torriente durante el primer gobierno del propio Menocal, quien habría de tolerar, sin embargo el afianzamiento de la política extradiplomática de las visitas directas a Palacio del ministro americano, no tanto para imponer justicia como para asegurar la prevalencia de los intereses del país que representaba. Así, el 15 de mayo de 1917, el secretario Lansing anuncia la decisión de los Estados Unidos de actuar por su cuenta en defensa de los intereses azucareros, vista la situación creada por la guerra, sometiendo a los rebeldes si éstos no deponían las armas, a pesar de que luchaban por el reconocimiento de su triunfo electoral. Mientras tanto, el ministro Gonzales iniciaba la costumbre de utilizar directamente los periódicos para publicar notas dirigidas al pueblo y a los revolucionarios, saliéndose de las vías diplomáticas. «Pero más inaudito fue que el gobierno de Menocal diera públicamente las gracias al ministro norteamericano y a su Gobierno por esas notas, pensando, no en el honor de la república, sino en que ellas significaban un

apoyo decisivo para los planes reeleccionistas del general Menocal.»

Apunta el autor que en las postrimerías del gobierno de Menocal, Crowder arriba sin avisar siquiera que venía como supervisor. Mas, irónicamente, a poco ambos bandos, el de Menocal y el de los liberales, se disputaban el favor del enviado americano. Es más, agrega con amargo humorismo, Menocal hace un regalo maquiavélico a su sucesor, Alfredo Zayas, en la persona del propio Crowder, solicitando a Washington su presencia permanente en Cuba.

Antes de tomar posesión de la presidencia en 1925, Machado revela su intención de abolir la Enmienda Platt y recuperar las tierras cubanas con lo que se granjeó la simpatía de no pocos intelectuales. Pero, en realidad, no haría sino actuar en connivencia con ciertos grupos financieros norteamericanos, no obstante sus medidas de protección a las pequeñas industrias nacionales, respondiendo a un imperativo categórico de supervivencia planteado por la calamitosa crisis azucarera. Pero después de ocupar el gobierno, no habría de mencionar la derogación del Tratado. Sus métodos y procedimientos estaban en abierta contradicción con el logro de dicho objeto. En la VI Conferencia Panamericana, celebrada en La Habana en febrero de 1928, su portavoz, Ferrara, no hizo más que alabar la intervención, sin sumarse a los delegados hispanoamericanos que la combatieron. A renglón seguido el historiador enumera nueve pruebas contundentes que comprenden hasta el asesinato, de la aplicación de drásticas medidas en favor de la política injerentista. Este sometimiento estaba enderezado a obtener el visto bueno de Washington para la prórroga del poder. De hecho, Hoover aplicará el intervencionismo para apoyar la dictadura de Machado pero no para salvaguardar la vida y los bienes individuales agredidos por la misma, conforme

lo hubiera exigido la aplicación estricta de la cláusula 3 de la Enmienda. En efecto, uno de los problemas más espinosos que tendría que afrontar Roosevelt al acceder a la presidencia, era la caótica situación de Cuba, cuya precaria economía la eliminaba casi por completo del mercado norteamericano.

Aborda Roig de Leuchsenring la etapa que se inicia con el envío del nuevo embajador Sumner Welles, al través del cual pensaba el presidente recién electo resolver la coyuntura creada por Machado; subrayando el recelo con que el Directorio Estudiantil Universitario miraba «toda mediación en que intervenga el Embajador de los Estados Unidos», la cual «lleva implícita la fuerza coercitiva», basando esta opinión «en las relaciones que a través de la historia han mantenido los Estados Unidos con respecto a Cuba». Y el autor estima por su parte que no bastaba un simple cambio de hombres, sino que era preciso reestructurar todo para suprimir las condiciones que habían engendrado los males históricos de Cuba. Opina, asimismo, que había que reaccionar contra el sentimiento de inferioridad nacional y no aceptar la mediación, ya que toda injerencia iba ineluctablemente encaminada a beneficiar los intereses extranjeros antes que los cubanos. Según él, la mediación hubiese durado mucho más, de no haberla precipitado la huelga general. Machado nunca hubiera entregado el gobierno, a no ser a resultas de una acción de fuerza. Recuerda que, ateniéndose a la constitución espuria surgida de la tiranía de Machado, Welles quiso imponer al general Herrera como sustituto del dictador, pero que Julio Sanguily repudió tal solución en nombre del ejército. Nombróse así a Céspedes secretario de Estado, a fin de que pudiese reemplazar legalmente al tirano derrocado. Por otra parte resultó imposible reunir a los congresistas para conceder,

con aparente legalidad, licencia a Machado, por estar escondidos o en fuga para resguardar sus vidas. De allí el que se optase por levantar un acta en la que se daba por celebrada la sesión de marras.

Emilio Roig expone con su expresión fogosa y tajante y rápidos trazos la farsa legalista representada por Céspedes, empeñado en mantener el congreso amañado, impuesto por el tirano. El Directorio Estudiantil y la opinión pública se opusieron, exigiendo un gobierno de *facto* y la elección de una nueva constituyente. En suma, reitera el autor, se había escamoteado la voluntad cubana mediante un mero cambio de hombres. Es entonces que, tras el golpe del 4 de septiembre, el gobierno colegiado, conocido por la Pentarquía, exalta al doctor Grau San Martín a la Presidencia, quien debería acatar, en líneas generales, el programa del Directorio Estudiantil, pasando por alto tanto la constitución de 1928 como la de 1901. Ello equivalía a la repudiación de la Enmienda Platt, que tenían como apéndice. Mas, las inconsecuencias sociales y políticas, no obstante las indubitables reformas de liberación nacional, propiciaron la preponderancia del ejército. En tales circunstancias, Caffery, sustituto de Welles, comprendió que el hombre fuerte del momento era Batista. Carente del apoyo de las fuerzas armadas, Grau renunció.

Remontándose de nuevo a los comienzos de las profundas repercusiones psicológicas y morales producidas por la introducción de la Enmienda Platt, Roig de Leuchsenring trae a cuento los escritos de Lainé y José de Armas, animados tal vez de buena fe, en favor de la protección norteamericana contra las tendencias insurreccionales en Cuba. Evoca que en 1900 González Lanuza se había declarado partidario del protectorado; y que Francisco Figueras fue más lejos, defendiendo incluso la penetración pacífica norteamericana-

na a fin de resolver el desequilibrio interior. Mas, en 1909, Camaño de Cárdenas fundará una liga antiplattista, cuyo principal órgano habanero sería *El Triunfo*. La Sociedad Cubana de Derecho Internacional surgirá en 1915, dedicándose, entre otros estudios, al de la posición de Cuba en dicho aspecto. También realizaría importante labor divulgadora. Empezóse, asimismo, la organización de todas las capas sociales en un frente único contra la Enmienda. Con carácter más extremista y combativo, de raíz estudiantil, nace en 1924 la Liga Antiimperialista. Para una amplia e incisiva imagen del deterioro causado por la aplicación de la Enmienda, remitimos al lector a *El intervencionismo, mal de males de Cuba republicana*, del mismo autor.

La historia de la abrogación en sí es harto sucinta, la misma fue la coronación de un largo y penoso proceso. Tal parecía, de acuerdo con la versión de Carlos Márquez Sterling, que fue la coronación del esfuerzo de un solo hombre: Manuel Márquez Sterling. Sin apologías ni ditirambos personales, Emilio Roig de Leuchsenring enumera exhaustivamente las organizaciones y las personalidades que se dieron a la supresión de la vergonzante coyunda. Es más, reconoce con lealtad, por sobre el justo resentimiento personal engendrado por la agresión al honor patrio, que el movimiento en pro de la derogación había progresado en Norteamérica, tanto que la misma estaba comprendida en el programa del Partido Demócrata para las elecciones de 1932. También releva el discurso de Cordell Hull en Montevideo, proclamando la política de no intervención y del buen vecino; y que el mismo da pie a Portell Vilá para afirmar la voluntad de Cuba de valerse de ella a fin de lograr la abolición de la Enmienda Platt, y que, no obstante, la delegación tuvo que trabajar con ahínco para allegar los

critérios aún dispares, en el seno de la VII Conferencia Panamericana. El autor, radical pero objetivo en su ardiente adhesión patriótica a la causa, estima, fundándose en ingente copia de documentos legales y estadísticos, que la anulación de la Enmienda no modifica, antes bien agrava, la dependencia económica y política de Cuba, vistas las condiciones impuestas por el nuevo Tratado de Reciprocidad que mantienen al país reducido al monocultivo y a merced del mercado norteamericano. Con todo, es preciso admitir que, por lo menos desde el punto de vista formal, la soberanía se ha librado de una de las cadenas y que el sentimiento nacionalista ha engrosado la corriente emancipadora, pese a las amarras subsistentes y si bien los jefes del Estado siguen gobernando con un ojo siempre vuelto hacia Washington.

LA ESTRATIFICACIÓN SOCIAL

En este punto es dable ya visualizar la estratificación social de la república, aunque las capas no están consolidadas por completo. De hecho, nunca lo están definitivamente en ninguna parte, por cuanto la sociedad se transforma de continuo, bien que a un paso más o menos acelerado. Hay lugares en que el ritmo histórico parece estancado mientras que en otros corre vertiginosamente, demoliendo barreras y precipitando los acontecimientos hasta salirse de madre o desembocar en la anarquía. Mas, al cabo toman un curso definido. En Cuba, sin embargo, el proceso no parece cuajar, aunque se advierte una evolución constante pero convulsa que no da tiempo para que los estratos se asienten y se estructuren firmemente. También en este aspecto aquí se vive bajo el signo de la provisionalidad y la improvisación. Para diafanizar los contornos de las sucesivas estratificaciones, viene de molde consultar los deslindes que en *Perioca* hace Elías Entralgo con límpida concisión, matizando e impartiendo movimiento al certero pero estático y reducido atisbo ofrecido por Raimundo Cabrera. Conviene, en efecto remontarse por lo menos al último medio siglo de la colonia a fin de llegar a las raíces de la presente conformación social de la república.

En el mentado opúsculo el sagaz observador de nuestra vida nacional apunta la asimilación étnica y social de los negros esclavizados y los manumisos, al rayar la pasada

centuria. Su incorporación se efectúa en el artesanado durante medio siglo con un pequeño núcleo de hombres libres, de piel oscura. Como albañiles, zapateros y sastres, sus módicos ingresos les alcanzaban para vivir al día, con mayor o menor libertad en el trabajo, mayor o menor roce en las jerarquías sociales y mayor o menor responsabilidad en la tarea. La burocracia española procedía de tres clases de ineptos: los que habían delinquido pero gozaban de poderosas influencias; los destituidos por incapacidad en la Península y los que venían a Cuba en busca de cargos que compensarían los fracasados intentos de conseguirlos en su propio país. Llegaban con desmedido afán de enriquecerse, marchándose tan pronto lograban su propósito. Los militares, por la índole de su ocupación, también propendían a mantener la inestabilidad demográfica. Los comerciantes, en cambio, por no depender del Estado, eran más aptos a echar raíces, y dado el tiempo más dilatado que precisaban para hacer su fortuna, estaban más dispuestos a contraer matrimonio con cubanas.

El desarrollo de la industria azucarera aumentó las diferencias, separando la parte agrícola de la industrial. Fueron multiplicándose las propiedades. La bienandanza trajo una mayor experiencia y un variado contacto con el mundo. Los descendientes de estos hacendados criollos se educarían fuera de Cuba, principalmente en Francia y Estados Unidos, con la consiguiente formación democrática. Las ideas avanzadas así adquiridas se dividirían en dos tendencias: la abolicionista, de origen inglés; y la favorable a una democracia aristocratizante, basada en la conservación de la esclavitud, aunque admitiendo la posibilidad y conveniencia de su paulatina reducción. Ambas, empero, estaban teñidas de sentimientos humanitarios.

Por otra parte, a la rebeldía cubana aportarían su contribución tres sectores: los conspiradores, los emigrados y los insurgentes. Los primeros la propagan en las poblaciones, los segundos en el extranjero y los últimos en los campos. Entralgo la considera nacional, aunque el espacio ocupado por la guerra de 1868 se localizara casi siempre en las provincias de Oriente y Camagüey. Formaban a la sazón las clases bajas los esclavos, los proletarios y los campesinos; en tanto que las clases medias estaban integradas por burócratas españoles y algunos cubanos, militares españoles y cubanos, y comerciantes detallistas españoles. Las clases altas se componían de terratenientes y propietarios industriales cubanos y altos comerciantes importadores y exportadores españoles. Los esclavos negros importados van disminuyendo por el influjo de la cesación de la esclavitud en Estados Unidos y por las persecuciones que recibe la trata. Subsiste el artesanado negro pero tiene que luchar a brazo partido con la rivalidad de la mano de obra gratuita del esclavo urbano al par que con la naciente competencia del obrero blanco. La insurrección de 1868 fracasó, pero las ideas revolucionarias se difundieron y la dirigencia, que al comienzo ocupaban los industriales y terratenientes cubanos, en 1878 estaba en manos de antiguos campesinos, muchos de ellos mulatos y negros.

La confiscación de bienes de los sublevados, la devastación de más de dos provincias, la fuerte competencia al azúcar y el tabaco y la abolición de la esclavitud producen un distinto cuadro social en la antevíspera de 1895, por supuesto mucho más complicado. Entralgo lo resume con nitidez. En las clases populares distingue los proletarios urbanos, constituidos por cubanos blancos, mulatos y negros, principalmente tabaqueros y campesinos, siendo negros los cortadores de caña, amarillos los trabajadores en el trapiche y

blancos los cultivadores de tabaco. Formaban las clases medias profesionales e intelectuales, que eran cubanos blancos; burócratas, en su mayoría españoles; militares y comerciantes, españoles. En cambio ahora integran las clases poderosas terratenientes y propietarios industriales españoles en vez de cubanos, así como grandes comerciantes e importadores y exportadores españoles. Mas, existía un sentimiento de patria y de nacionalidad definitivamente formado, con clara conciencia. El proceso de mulatización estaba muy avanzado, ya que el éxodo de los negros hacia las grandes poblaciones propició el mestizaje. Apunta Entralgo que la invasión, sin duda el esfuerzo colectivo más notable, fue un empeño mulato, por los hombres y por los nombres, por sus soldados anónimos y por sus jefes famosos.

Tal es la composición étnica y social de la recién nacida república, y que ésta no logró integrar y depurar en beneficio propio. Una élite industrial diezmada por la guerra de los Diez Años, sucedida por una nueva casta española enriquecida a sus costas; y una élite intelectual caída en la lucha o dispersada. Las clases populares depauperadas y sumidas en la ignorancia por el esfuerzo emancipador y el desgobierno español. Este pueblo desangrado en la conquista de la libertad, no se liberaría, sin embargo, de la sangría del comercio español y de la dominación extranjera. Como afirma Entralgo, la intervención militar americana no estaba capacitada para comprender la magnitud del problema. No hizo nada por impedir la entronización de las oligarquías políticas ni por destruir los cimientos económicos de la factorización, ni logró que se asimilaran las mejores normas educativas saxo-americanas. «Mantuvo invariablemente la línea de desconocer la personalidad cubana, y por aquí o por allá, procuró irle mutilando al nuevo Estado los nervios vitales de la soberanía.»

«Ese cúmulo de circunstancias adversas», prosigue en otra parte el autor, «se desarrollaba durante el primer tercio de siglo de Separación (1839-1933), en que primero fue necesario restaurar los daños ocasionados por la guerra separatista, y después fue preciso empujar el progreso económico». «El resultado ha sido un escepticismo disolvente, frente al cual no ha podido fraguarse la autogenia que efectúe la sólida fusión de las... clases.» En las capas populares Entralgo discierne campesinos que comprenden cortadores de caña cubanos de todos los colores y algunos españoles, así como haitianos y jamaíquinos en la segunda quincena del período además, trabajadores en el trapiche, cubanos y chinos, y cultivadores de tabaco, cubanos blancos y españoles de Canarias; y por último soldados y obreros urbanos, cubanos de todos los colores, españoles, gallegos, y asturianos. Integran la clase media burócratas del Estado, cubanos blancos en mayoría, mulatos y negros en minoría; oficinistas privados, cubanos blancos casi todos; jefes y oficiales de las fuerzas armadas, cubanos blancos en su casi totalidad; profesionales e intelectuales, cubanos blancos casi todos; pequeños propietarios urbanos, españoles y cubanos blancos; comerciantes detallistas catalanes en la provincia de Oriente, y gallegos y chinos en las otras provincias. Las clases adineradas están compuestas de altos jefes políticos, cubanos blancos; industriales de variadas dedicaciones, españoles y algunos cubanos blancos al principio, y últimamente mayoría de americanos y hebreos; grandes propietarios, minoría de cubanos y mayoría de españoles; grandes comerciantes, importadores y exportadores, al principio españoles, más tardes hebreos del Oriente europeo; tabacaleros y hacendados azucareros, algunos cubanos, muchos españoles y muchísimos norteamericanos; mineros, norteamericanos solamente; latifundistas azucareros, norteamericanos; ban-

queros, pocos cubanos, algunos españoles e ingleses y muchos norteamericanos.

Entralgo presenta con trazos contundentes el sector intelectual. «La mezcla confusa de valores positivos —de los claros y preclaros talentos, de las vastas y sólidas culturas, de las fuertes originalidades y las firmes capacidades creadoras —con los tipos falsos— improvisados, fanfarrones, farfulladores, faramalleros, eruditos a la violencia o farragosos, escribanos con torpe ambición de escritores, salidos del periodismo, de la política local o de la diplomacia revestida de internacionalismo aunque jamás haya saludado una obra sistemática de derecho internacional ni por la cubierta.»

Por su parte, algunos políticos de la primera promoción republicana, codiciosos de posición y dinero, hacen matrimonio de conveniencia con hijas de extranjeros ricos. Estas camadas de ambiciosos profesionales provincianos han abastecido las Cámaras de la república de abogados representantes de tales comerciantes e industriales. Asimismo, «las clases adineradas han sido las más desintegradoras de la sociedad estatal y aun las más disociadoras de la sociedad nacional». Esta insignificante minoría, por procedimientos económicos y no sociales, «ha decidido del adverso modo de vivir material y espiritual de grandes, inmensas mayorías de la sociedad cubana de los tiempos de la Separación». Hace resaltar Entralgo el contraste entre la gélida indiferencia hacia el país del que dichos pequeños grupos de financieros absentistas han extraído sus ganancias a costa del sudor de los nativos; y la conducta tan distinta de los capitalistas cubanos de las postrimerías del siglo XVIII y de todo el XIX, «los cuales se preocuparon y ocuparon de la niñez desvalida e ignorante y de las clases populares iletradas...» Los enriquecidos de Cuba o sobre Cuba en la

actualidad, «que en tantos casos no han estado nunca en Cuba, los cuales jamás han sido ricos en Cuba, jamás han revertido una pequeña parte de sus cuantiosas fortunas para proteger las necesidades de salud y alimentación de los niños desvalidos o los ancianos indiferentes, o las aspiraciones de cultura de los jóvenes pobres».

Con todo, opinamos que, si bien la situación básica delineada con recia e incisiva claridad por Entralgo no ha cambiado fundamentalmente, el gobierno revolucionario de 1933 robusteció el sentimiento nacional, impuso la protección de la tan desamparada mano de obra nativa, redujo de rechazo las clases parasitarias extranjeras y abrió las puertas a una mayor participación de las masas en la cosa pública, al tiempo que la industria azucarera y la banca cubana han ido recuperando parte del terreno perdido. En los últimos tres lustros han espigado pequeñas minorías de jóvenes más ávidos de bien cimentada cultura que sus improvisados predecesores inmediatos. El factor negativo lo constituyen los elementos castrenses que tuercen la política para su beneficio particular.

En un trabajo sobre la evolución cultural que acompaña el proceso social de la república, José Antonio Portuondo destaca que tras la explosión romántica que traduce la guerra de los Diez Años, la luz del intelecto alumbra la ponderada burguesía cubana que se acoge al autonomismo, la cual era culturalmente superior, y con mucho, a sus opresores españoles, conforme apuntaba Raimundo Cabrera. Después de abundar con J. M. Chacón y Calvo en lo tocante al «fetichismo cientifista» de la misma, el ensayista declara que «la cultura de Cuba republicana se inicia bajo el signo de nuestra frustración política», y puntualiza agregando que «el verso de Byrne como el de Miyares dicen la angustia de nuestra frustración». Es más, la cultura cubana

continúa «minada de pesimismo» a la sombra de la revista *Cuba Contemporánea*, conservando un carácter europeizante a lo largo de la primera etapa republicana, en la que Chacón y Calvo aspira «a ser el continuador de nuestros humanistas del siglo XIX».

A poco al socaire del alza del azúcar engendrada por la primera guerra mundial, «el rastacuerismo criollo» se exhibe en París. La bonanza paga los viajes a estos «indios en levita», en tanto que «los chivos y pucherazos se hacen con aires de Rigoletto». Mas, la Gran Guerra no trajo solamente a Cuba republicana la riqueza y con ella el rastacuerismo de sus colonos enriquecidos y de su burguesía, en juego entonces de nuevos ricos, sino la inquietud, también, a sus espíritus más altos, y, la interrogación angustiada de los tiempos... El ensayista ve la angustia que alienta Poveda prolongarse en los demás poetas, tal como Ramón Rubiera con su fuga simbolista, los hermanos Loynaz con su melancolía desesperada, Juan Marinello con sus versos a lo Nervo.

La inquietud seguirá expresándose en las peñas del café Martí. Pero los poetas empezarán a volver su mirada esperanzada hacia el pueblo, con sus carnes doloridas, en el que hay que buscar la salvación. Bajo la escandalosa corrupción del gobierno de Zayas, se produce la primera reacción positiva, voceada en la viril protesta de los 13, «en que por vez primera los hombres de letras se daban a luchar públicamente en la República por el decoro ciudadano». En el manifiesto de los 13 inspirado por Martínez Villena se aglutinará el grupo de los Minoristas, que tan importante papel cultural y cívico desempeñará en el remanente de la década de los 20.

A grandes y certeros trazos resume Portuondo el nacimiento de una corriente que habrá de ser decisiva en la

voluntad de regeneración nacional que entonces despunta. «En el año 1923 ocurre la incorporación a nuestra vida cultural y política de un elemento hasta entonces marginado y más bien retrógrado a través de toda la historia de Cuba: la universidad. La inquietud del mundo, y la específica de Cuba en bancarrota, pusieron tenso el ánimo estudiantil...» «Un poderoso movimiento de repulsa a la universidad anquilosada y a los procedimientos de compadrazgo politiquero en la provisión de las cátedras y contra los profesores ineptos, se produjo en la Universidad de La Habana a la voz de Julio Antonio Mella, despertando la dormida conciencia estudiantil.» «Nació la Universidad Popular, bajo el nombre de Martí, y la sirvieron en este período inicial de su vida: José Z. Tallet como Presidente, Julio Antonio Mella, Secretario, y como profesores, además de Mella y de Tallet, Rubén Martínez Villena, Gustavo Aldereguía, Alfonso Bernal del Riesgo, Jorge Vivó, Leonardo Fernández Sánchez, Raúl Roa, Ángel Ramón Ruiz, Aureliano Sánchez Arango y algunos más...» Se trataba del primer esfuerzo por acercar el pueblo a la cultura «y apretar el intelectual su hombro al del trabajador, en unánime esfuerzo por salvar a Cuba de la servidumbre al extranjero». Recuérdese que a la sazón también nacía la Liga Antiimperialista.

Apunta Portuondo que el minorismo entraba cada vez más en la búsqueda de la voz auténticamente cubana para sus poetas y prosistas. El movimiento nacionalista penetraba así el predio de la cultura. «Un loco afán de exaltar lo autóctono», declara el ensayista y crítico, «nos llevó a caminos extraviados alguna vez e hizo una figura nacional del guarachero Sindo Garay. Alejo Carpentier y José Antonio Fernández de Castro se lanzaron a mejores aventuras, como la frustrada de un auténtico teatro cubano; pero

todo quedó en proyectos...» Para Portuondo, «el año 1930 marca una fecha capital en la evolución de nuestra cultura: el abandono de las viejas modas intelectualistas y del gesto que pecaba de engolado de la *Revista de Avance*, frente a los problemas vitales de la nación y del mundo para asumir una actitud de comprensión y de simpatía humanas vuelta hacia los estratos más ricos y profundos del alma nacional. El populismo hizo entre nosotros su verdadera aparición...» En lo que toca al tono de la *Revista de Avance* y al insoslayable imperativo en el que el rescate del país se conjugaba con la supervivencia humana misma, sería difícil estar en desacuerdo con Portuondo. Pero pasada la emergencia que convertía en primordial la acción política y concentró la atención de los escritores en la angustiosamente dramática situación del pueblo, empezaría a declinar el populismo, que tan sólo ostenta en su haber poco más que el admirable *Marcos Antilla* de Luis Felipe Rodríguez, en el predio de la prosa, con más vastos logros poéticos de acento afrocubano. No tardaría, sin embargo, en imponerse la necesidad de volver a los valores menoscabados por preocupaciones extraliterarias, sin que el clamor social ahogue la voz interior del hombre.

EL PERIODISMO

En el umbral de la república existían tres periódicos, *Diario de la Marina*, *La Discusión*, y *La Lucha*, uniéndose a este triunvirato en abril de 1901, *El Mundo*, el cual no tardaría en asumir, tras de un año de arduas vicisitudes, su función independiente como diario del hogar cubano, puesto y tradición que habrá de mantener, con los inevitables altibajos, en el seno de la clase media hasta el presente. Todos eran matutinos y dos de ellos desaparecerían antes de cerrarse la segunda década. La prensa proliferaría, sin embargo, evolucionando técnicamente. Pero iría perdiendo aliento combativo, después de alcanzar la cúspide de la parábola al soltar la mordaza del machadato. De hecho las opiniones se han descolorido tanto en intensidad como en matices, convirtiéndose cada vez más empresas burocráticas mientras los periodistas olvidan su misión de ardientes y puros defensores de una causa. La radio recoge ahora las estridentes vociferaciones de improvisados paladines de un partido al servicio de un cabecilla cualquiera, impacientes por escalar las lucrativas cimas del poder a golpes de demagogia, utilizando al pueblo como trampolín. Se carece de doctrina y de verdadero deseo de ilustrar e informar. La ambición personal suele mover las plumas más que el anhelo de contribuir al bien del país. La Constitución de 1940, presidencialista más que semiparlamentaria, conforme lo ha señalado Ramón Infiesta, parece interpretar el

afán de acogerse a un protector, de arrimarse al sol que mejor calienta, en tanto que se agrava la plebeyización intelectual. La llama y el sincero deseo de luchar por la libertad de Cuba, que ardía en los corazones de los llamados a formar la opinión en tiempos de la colonia, se apaga. Faltan periodistas del temple del uruguayo José Batlle, del peruano Manuel González Prada y de nuestro Miguel Coyula. Sin embargo, en el pueblo late un vigoroso anhelo de superación.

Muy ducho en piruetas periodísticas, el fulminante sagitario y polemista Ramón Vasconcelos, ha expuesto en *La letra de molde* la trayectoria de la profesión en Cuba republicana. No se trata de una novela, ni siquiera de un buen reportaje novelado, sino de una caracterización de varios arquetipos que dialogan cuando es preciso debatir una cuestión, con pervivencias —aún aquí— de costumbrismo, pero la exposición es clara e ilustrativa. Está escrito en clave, aunque Bermúdez representa, sin duda, al autor idealizado, a guisa de justificación. Terminado en 1933, presagia la decadencia del periodista cubano, si bien por aquel entonces se esgrimían aún recias plumas de combate.

Declara Vasconcelos que se extinguía el lirismo patriótico de los libertadores, desalojados por el frenesí de los grandes negocios. Las especulaciones escandalosas estaban a la orden del día. Lo poco que se hacía después de siete u ocho años de administración republicana, la nación lo pagaba con exceso. Todo ello es cierto, conforme hemos advertido al examinar la llamada «segunda intervención», dirigida por Magoon. Para un periódico de combate sin escrúpulos, opina el autor, la hora no podía ser más propicia. Los periódicos mal impresos, eran sábanas de enojoso manejo, con soporíficos artículos de

fondo, esquelas mortuorias, anuncios de compañías de vapores, acertijos en primera página y una información deficiente, salpicada de comentarios y chistes de mal género para hacer un vano alarde de agudeza y perspicacia. Todos tenían matiz político y salían por la mañana. Hacía falta un diario de la tarde.

Así, Barrera, un abogado fracasado, funda un periódico de la noche. Se ocupó por primera vez de noticias obreras, hasta entonces preteridas, a despecho de la marcha ascendente del proletariado. Las campañas contra los monopolios, los bancos resquebrajados por las especulaciones, las empresas industriales mal cimentadas y los chivos al principio no dieron resultado. Fue preciso un ataque que hiriera por el flanco vulnerable al gobierno, para que la policía secuestrara la edición, encarcelara al director, se produjera un tremendo revuelo en la cámara y se dictara una amnistía personal, para que la popularidad del periódico subiera como espuma. Entonces, cuenta el autor, muy versado en tales manejos, los bancos le abrieron crédito, los contratistas lo tomaron en cuenta, las sociedades anónimas fomentadas con capital imaginario le pagaron en acciones de agua que hubo quien comprara de un modo u otro. «Adquirió máquinas» —prosigue—, «contrató servicios especiales, constituyó una compañía publicitaria e interesó en ella a personas que no tenían más remedio que someterse para evitar campañas que las pondrían en evidencia y las arrastrarían al descrédito y a la ruina. Se le solicitaba, se le agasajaba, se le adulaba».

En la ciudad de los tejados de vidrio había que estar de acuerdo con el golfo que lanzaba piedras al aire por pura diversión —observa metafóricamente el periodista escritor. Era preciso que no se filtraran noticias de los manejos de

quienes pavimentaban las calles con oro y trocaban papeles sin valor en fajos de billetes de banco. Se vivía en un deslumbramiento constante y, por ende, desorientado, —comenta filosóficamente Vasconcelos. Reputábanse afeminados quienes no ingurgitaban cuatro rones o dejaban asomar la bárbara punta de un revólver debajo de la americana. Todo estaba permitido, menos lesionar los intereses creados del periódico. «Se podían falsear las noticias, deformar las informaciones, atacar o defender determinados puntos de vista filosóficos, literarios o políticos, loar a Cristo o invocar a Mahoma, lo mismo daba; lo esencial era que los ingresos regulares e irregulares no mermaran por tomar demasiado al pie de la letra la misión depuradora y orientadora de la prensa.» Esto era lo que tenía que aprender Bermúdez, llegado del interior de la república, dispuesto a difundir ideales y defender principios inalterables.

Hasta entonces se pensaba que en el periodismo se puede decir todo si se sabe cómo, pero ahora el director pensaba que lo fundamental no era el *cómo* sino el *cuándo*. Una entrevista o un simple telefonema podía cambiar el sesgo de la campaña, pero Bermúdez se alarmaba con la brusquedad de los cambios. Mas, las máquinas no se mueven con lirismo. Un diario moderno, estimaba Barrera, es una mercancía con sus altos y bajos en las cotizaciones. Ya no era una tribuna como en el siglo XIX. Si fuera así, el público se conformaría con la doctrina neta, con el tuétano de la columna editorial y las colaboraciones de rúbricas ilustres. Pero la profusa información cablegráfica, telegráfica, policiaca, deportiva, financiera y económica, a más de las ilustraciones, requería un presupuesto considerable. En efecto, la opinión pública la forman los periódicos, pero los lectores no quieren sino ideas hechas, frases hechas,

redondas y acuñadas como monedas. En esa pereza mental colectiva radica la fuerza de la prensa. En los diarios vespertinos, sin embargo, es más grave el problema del espacio y el tiempo, por cuanto en los de la mañana los redactores tienen toda la noche para recapacitar, sopesar y cavilar.

Por otra parte, el periodista no tenía, como ahora, gremio ni capacidad de resistencia contra la explotación del garrotero, siendo despreciado por el tipógrafo de clase cerrada y horas bien reglamentadas, al revés de su antecesor, que se identificaba con la gente de pluma y el movimiento revolucionario. Blanchet pertenecía a esta última casta, y se reunía con Bermúdez al final de la jornada para comentar las noticias. Boada, el reportero de vocación, que se desvivía para dar el palo periodístico, era sacrificado a la conveniencia, la noticia sensacional o se la robaba el colega.

El periódico andaba mal porque el director lo perdía todo en el póker, por lo que los periodistas pasaban la semana sin cobrar, y si renunciaban, habría otros dispuestos a ocupar su trabajo por la mitad del sueldo. Quijano, el periodista espadachín, consideraba que la espada abre el camino más expedito a la gloria y el dinero, rubricando con la tizona la fama de valiente que le permitía esgrimir impunemente las acusaciones y difamaciones provechosas. El cronista social impartía distinción a los acontecimientos de sociedad. En las noches de gala contaba con el mejor palco del teatro, dictaba normas e imperaba por su omnipotencia. Vivía como un príncipe y gozaba de más autoridad social que el propio director del diario. Las casas de moda le ofrecían tímidamente corbatas, perfumes y demás prendas, con temor a que los rechazara. Un olvido intencional del cronista significaba el vacío. Las triviales noticias munda-

nas abultadas por deferencia hacia personalidades influyentes, desplazaban la doctrina de los editoriales, las sanas directrices, los comentarios atinados, las denuncias certeras, la crítica y las buenas colaboraciones literarias.

Bermúdez pasa a otro periódico, *El Pueblo de Cuba*. «...se sentía a sus anchas en aquella atmósfera de batalla, caldeada por la solidaridad y por la fe en el triunfo final de la lucha contra la dictadura. Todo era distinto... desde el edificio... hasta la moral de la redacción... Las zonas estaban bien delimitadas; los reporters, en la oficina y en la calle; los redactores en sus mesas, tejiendo libremente el comentario... Los ingresos irregulares estaban prohibidos. El repórter cobraba buen sueldo pero debía responder de la autenticidad de las informaciones. Nada de colecturías, contratas, sinecuras ni concomitancias con las secretarías. La empresa era rica y podía hombrarse con los bancos y con el gobierno. Tenía un director y dueño ausente, profesor universitario, tribuno, líder, hombre de grandes arrestos, de ideas bastante radicales, habituado al combate desde su mocedad de estudiante en las aulas europeas, soldado de la independencia, capaz de ir a un duelo, escribir un artículo, dictar una conferencia y sostener un debate parlamentario en el espacio de unas horas, y después devorar un banquete pantagruélico y dedicar las horas ociosas a la galantería».

Los espadachines de *El Pueblo de Cuba* se adiestraban todos los días. Los artículos que motivaban los duelos volaban sobre las poblaciones interiores, reproducidos clandestinamente. Mas, todas las mordazas eran insuficientes para silenciar la voz estentórea del periódico. «Los recursos empleados para acallarlo, desde el soborno y la intimidación hasta el sostenimiento de una prensa adicta, fracasaban... Por lo pronto, si no a todos, se encerraba a los

más significados folicularios. Los que censuraban las tropelías de la soldadesca en el campo, los abusos de la policía en las ciudades, las sangrías al tesoro, los fraudes, el pillaje administrativo cuyo rastro eran los inmensos *deslindes*, las fincas de recreo inmediatas a la capital, los autos, el boato, las francachelas, el derroche a la vista del pueblo esquilado, anemiado por las contribuciones, triturado en el torniquete del sistema dictatorial... esos, tenían reservada su celda en la prisión.»

Era posible enriquecerse con sólo no atacar al presidente. «Métete con los cardenales pero deja en paz al Papa.» Pero, como se podía hacer todo menos ir contra el gobierno, Bermúdez fue condenado por el juez correccional, verdadero déspota que dicta sentencias inapelables, a cuatro meses de prisión con motivo de la inconveniente adjetivación de otros tantos artículos. Sumido en ese antro de vicio, intriga y perversión, donde se podía incluso conseguir drogas mediante el soborno, el periodista soportaba todo menos la falta de cuartillas y lectura. Mas, no toleraba los castigos abusivos a que eran sometidos los presos, lo que le valió un traslado a una cárcel del interior, en peores condiciones. Mientras tanto se le prolongaba indefinidamente la clausura. El ardid consistía en que alguien presentara una nueva querella por injurias, antes de extinguirse la condena. Mientras tanto, a medida que se alargaba su ausencia caía en el olvido, pues en política hay que estar presente.

Surgía un periodismo de frases hechas, falsa moneda puesta en circulación. En Cuba, afirma el autor, nunca había existido la verdadera democracia. «El derecho era una abstracción, el pueblo soberano un ente fantástico, los partidos una asociación de intereses, el gobierno un aparato

de succión económica y las reservas moderadoras de la sociedad un bello mito.» El sable convertía las derrotas en triunfos. La falta de fe y la duplicidad estaban consideradas como prueba de talento. A poco Blanchet caía en la cárcel con Bermúdez, detenido por dinamitero, para sustituir al culpable de haber colocado una bomba en un teatro, al que no habían logrado echarle el guante. En las amnistías de los periodistas culpables de delitos de impresos, se incluían criminales protegidos por los grandes bufetes y dispuestos a servir de guardaespaldas a los cabecillas.

A la poste *El Pueblo de Cuba* se vende al gobierno, pero los muchachos de la redacción ponen tienda aparte, buscando un caballo blanco. Precisaba demostrar que podía existir un periódico independiente, al margen de las manipulaciones de un dueño ávido. Con seguridad los anunciantes se pondrían a su lado y los vendedores se multiplicarían, voceando al verdadero defensor del pueblo. Pero la aventura habría de resultar una buena lección: el caballo blanco tomó el trote hacia los pesebres oficiales, y el público no había respondido a las virtudes puritanas de sus iniciadores.

Los más sensibles no pueden seguir soportando los golpes. Uno se suicida, otro sucumbe víctima de las drogas y el tercero, popular y ameno cronista, después de pasar a otro periódico sin que el público lo siguiese, se extingue por desencanto. Agobiados por las tribulaciones los compañeros se desbandan, con las nuevas generaciones pisándoles los talones. Bermúdez no encuentra empleo, pues temen su independencia, y las redacciones siguen el camino que les conviene, sin admitir puntos de vista personales. Otros se colocan en empresas comerciales. El único que encuentra las puertas abiertas

es el eficiente empleado administrativo. Bermúdez claudica, tomando las de Villadiego por la vía marítima. Este pesimístico final de tragedia resultaría más impresionante si no estuviese encaminado a legitimizar un acomodaticio descreimiento. Pero esta filosofía periodística no es privativa de Vasconcelos.

Remitimos a quienes se interesen en el aspecto anecdótico del periodismo cubano, a *Caras y Caretas* y *Grandeza y miseria del periodismo*, por Enrique Montero.

PLUMAS DE COMBATE

Cuando arrecian las pugnas sociales, éstas invaden todas las manifestaciones de la existencia humana. Así la dictadura de Machado absorbió por completo la actividad del espíritu, desviando el esfuerzo creador y especulativo hacia metas de utilidad inmediata. Las mentes más claras y los corazones más puros se dieron con ardor a la tarea urgente de rescatar al país del sangriento cenagal en que lo había hundido el tirano. Antes de pensar en su obra, los cubanos tenían que salvar su existencia misma como pueblo y nación, y para lograrlo era preciso empeñar hasta el último recurso y estar dispuestos a hacer cualquier sacrificio, incluso el de la propia vida. Había que poner en juego todas las estratagemas y prácticas concebibles, emplear cuantas armas estuviesen al alcance del hombre. En esta guerra a muerte para sobrevivir, los escritores tenían su parte, siendo menester que renunciases a los más finos y elevados placeres del espíritu para dedicarse a una actividad beligerante y convertir la pluma en arma de terrible fuerza penetradora y explosiva, cual barreno de mentes y vehículo de ideas. La literatura tenía que ser un medio, no un fin. El machadato detuvo el desenvolvimiento de la cultura y el progreso de las letras cuya renovación se había iniciado alrededor de 1925; no sólo con la censura sino por la persecución y la miseria que obligó a los escritores dignos de su función y jerarquía a dejar de lado el afinamiento

y la profundidad, para concentrarse en el derrocamiento de ese angustioso régimen de opresión y oscuridad. Ello dio lugar a la eclosión de una literatura de combate, más preocupada de propagar consignas, agredir la tiranía y denunciar sus crímenes, que de calar hondo en el ser; la cual floreció mejor por razones obvias, después de la caída del sátrapa, cuando se trataba de reestructurar la vida social e impedir el resurgimiento de los males del antiguo régimen antes de que el nuevo estuviese firmemente establecido.

Acaso el más levantado exponente de esa literatura de combate lo fue Pablo de la Torriente Brau, a la vez partícipe y expositor de nervio, quien fijó su atención en el bulle sector estudiantil, de primordial importancia en el sacudimiento de la coyunda machadista. El juvenil desaliño de su estilo posee el apasionado énfasis, la vibrante energía y la límpida pureza emocional de la mocedad robusta e impoluta. Las dictaduras tienen esto de bueno: atraen a la hez, dejando atrás las más recias y nobles esencias, las más fuertes y verdaderas, que resisten todas las pruebas. De esta implacable depuración salió íntegro Pablo de la Torriente Brau, moderno hidalgo de la santa causa de la humanidad, que escribe con su penacho la gesta de la muchachada heroica que derribó al gigante monstruoso y repelente. Sus páginas sobre los horrores de la penitenciaría de Isla de Pinos pueden allegarse a las de *El presidio político* de Martí. Sus denuncias aceradas revelan cómo los asesinos morbosos entran al servicio de los tiranos para cebar su perversión con la sangre y el dolor de sus víctimas. Este indomable escritor revolucionario pone a contribución su sentido pictórico para subrayar con sarcasmo la atrocidad infrabestial de los carceleros, como en la descripción del plácido y exuberante remanso de selvática y coloreada naturaleza tropical, en cuyas cristalinas aguas

habita el cocodrilo que los guardianes alimentan con las carnes de los prisioneros inmolados por ellos. Al hablar del enorme hoyo en cuya excavación murieron de calor y cansancio muchos presos, dice en lo tocante a la extracción del barro: «—Una grúa?... ¿Para qué si el hierro no sufre...» Refiriéndose al abyecto subalterno del alcaide, escribe: «Encontré a Goyito Santiesteban, hombre a quien Lombroso hubiera llevado ahído de orgullo, de congreso penal en congreso penal, como un húngaro lleva su oso de feria...» Tales expresiones punzantes jalonan sus diatribas contra los sicarios del tirano.

Pero no sólo se ocupa Pablo de la Torriente Brau de la vil y repugnante degradación criminal de la dictadura. Hay momentos sublimes como el de la última sonrisa del joven estudiante Rafael Trejo quien, herido de muerte en una demostración contra el tirano, anima con una sonrisa a su compañero, menos gravemente lesionado y que habrá de salvarse. Otro ejemplo lo tenemos en su amena exposición de la vida y presidio de aquella alegre y generosa muchachada revolucionaria que se inmolaba de buen grado combatiendo a un régimen de terror y abyección; con la feliz impetuosidad que le infundía la noble causa a que se daba, con un poco de la candorosa euforia de niños que están participando en una acción loable.

EL RÉGIMEN PENITENCIARIO

El horror de *Hombres sin mujer* escrito en 1935 hace palidecer los vívidos e impresionantes colores de los cuadros del ignominioso presidio político de la dictadura de Machado, trazados con toda la incisiva elocuencia de que era capaz la pluma juvenil de Pablo de la Torriente Brau. Sin vehemencia ni indignación, en el soez lenguaje elemental y la procaz imaginería de los propios condenados, Carlos Montenegro vuelca la atroz cuanto repugnante verdad de las galeras. Nada tiene que añadir a la elocuencia de los hechos. Frío, impasible, como si tuviese la sensibilidad encallecida por sus doce años de presenciar y protagonizar el espectáculo, muestra la terrible realidad, capaz de estremecer el plomo del linotipo, en un libro descarnado, tan repleto de horror que deviene monótono. El autor ni siquiera se toma el trabajo de asumir el tono de denuncia, porque ya no le quedan ilusiones. Sabe que sería fútil. Después de conocer a fondo la perversión humana, luciría demasiado ingenuo y hasta tonto esperar un rasgo generoso de compasión y mucho menos un acto efectivo de reparación. Pero relata los hechos sin quitar ni poner una coma, para quien quiera enterarse. Tira su libro erizante en el regazo del remolón arrellanado en una butaca leyendo *El infierno* de Dante, y le dice: «Allí está la realidad descarnada, no la fantasía»; sin pretender, empero, provocar un movimiento de reprobación, ya no cree en nada. Piensa sencillamente que el crimen existe porque está en el hombre,

y que tan culpable es él como la sociedad que mantiene la depravación de las prisiones. El lector que tenga conciencia no puede por menos de darle toda la razón, y concluir que todos somos delincuentes mientras no suprimamos el actual régimen penitenciario, uno de los más feos lunares de la república, que aún subsiste a pesar de todos los amagos reformadores, comenzando por los muy remotos del obispo Espada, de suerte que el concepto del castigo, con tenebrosos visos vengativos, prevalece todavía sobre el de la reeducación.

La penitencia que se impone es de un sadismo digno del Marqués, de una perversión tan hipócrita como diabólica y refinada. So color de moral y austeridad se condena al delincuente, por lo regular rebosante de energía, a una abstinencia sexual absoluta. Si tal postura podía explicarse antes, ahora que la siquiatria ha demostrado las graves repercusiones patológicas de la represión, resulta criminal infligírsela a seres con frecuencia tarados y corromper con la misma a los sanos. Aún admitiendo que las más de las veces se trata de casos incorregibles, si bien la siquiatria y las ciencias sociales demuestran lo contrario, ¿qué pensar de una sociedad que se complace en torturar inútilmente a tales seres? Tampoco resulta razonable aplicar el mismo tratamiento a los delincuentes natos, los ocasionales y los pasionales. Por lo demás, los hechos escuetos expuestos sin argumentación por Montenegro revelan cómo muchos jóvenes ingénitamente sanos e incluso de finos sentimientos se pervierten irremisiblemente. Espantados por el horror de las galeras, caen sin percatarse bajo la nefanda protección de los presos degenerados, que los pervierten mediante mañas de pasmosa sutileza y habilidad. Los propios cautivos degradados no pueden soportar la presencia de los que quieren superarse, y les colocan piedras en el camino me-

diente tretas abyectas, intrigas y calumnias insidiosas. El noble y robusto Pascasio Speeck, un Jean Valjean despojado de romanticismo, que procura durante ocho años llevar una conducta digna, aislándose y encerrándose en una impenetrable coraza de silencio, acaba por sucumbir. La lenta trayectoria de su caída que le conduce a cercenarse las propias manos con la sierra mecánica del taller, en un acto desesperado para suprimirse los puños, instrumento de violencia, movido por un absurdo conflicto de celos y frustrados propósitos de rectitud; constituye el único hilo patético de la sucesión de deprimentes estampas de pervisión asquerosa del régimen penitenciario que nos endilga la pluma tajante de Montenegro.

Sumergir a los hombres en un pozo de aberraciones, aun cuando se trata de criminales, es impropio de una sociedad decente. Las prisiones en que la maldad impera al extremo de permitir expreso que los enfermos se mueran sin atención médica, donde los mandantes lanzan baldes de agua hirviendo sobre los presos o se valen de sus prerrogativas para corromperlos, donde el rancho repugna tanto que algunos prefieren morir de inanición antes que comerlo, donde se mojan los pisos de las celdas para obligar a los condenados, desnudos, a dormir en cuclillas, donde los delincuentes conviven con locos e idiotas, donde se vive en degradante promiscuidad sin el menor esparcimiento; son inmundos cultivos de vicios y bajas pasiones de los que no se salvan ni los que tienen alma de santo o fibra de héroe. No todos los delincuentes son incorregibles y, si el hombre medio sólo contiene sus impulsos criminales ante la amenaza de una sanción, castíguese a los culpables, pero edúqueseles en un ambiente adecuado. Mas, conforme lo acredita el pavoroso documento de Carlos Montenegro, los penales de la república son depravación y muerte, no castigo.

LA RÁFAGA

La ráfaga es un raudo reflejo de la agonía y muerte de la dictadura de Machado. Empieza en el año 1931, cuando la misma estaba todavía fuerte pero mostrando irrecusables síntomas de grave enfermedad. El autor, Roberto Pérez de Acevedo, traza con lápiz reporteril sobre las páginas de un diario la trayectoria del descenso hasta el fin y de los primeros meses de los regímenes revolucionarios subsiguientes. Se trata, en suma, del relato de un testigo simpatizante, de un reportaje retrospectivo tejido con el hilo novelesco de una experiencia personal. Como obrero técnico de la compañía de teléfonos, el narrador está situado en uno de los centros nerviosos de la nación, hoy día de vital importancia para el mantenimiento del orden y la cohesión, así como para el trabajo subversivo. Desde el primer momento el lector roza el movimiento revolucionario, al irrumpir en un gran banquete político organizado al aire libre en Matanzas; como homenaje de las clases populares al dictador. Este, temiendo ser envenenado, delata su preocupación mientras come. Cuando al comenzar su discurso ante el micrófono, ocurre una interrupción en el funcionamiento del aparato, se torna ostensiblemente nervioso, preguntando con visible alarma qué es lo que sucede. El empleado telefónico a cuyo cargo está la transmisión, se halla a su lado y lo observa todo, pudiendo comprobar, al desmontar la instalación, que se trataba de un sabotaje, puesto que

había un alambre cortado. Mientras tanto un grupo de estudiantes, a todas luces revolucionarios, le invitaba a tomar un trago, con el fin de distraerlo. El día de la inauguración del Capitolio hubo de pasar el tirano otro momento desagradable ante el micrófono, al dispararse antes de tiempo la salva de un cañón.

Eran los tiempos de la depresión económica, en que la baja de los alquileres era tal que el narrador podía vivir, pese a los sucesivos desmoches de la jubilación paterna, en un palacete, junto con su padre y dos hermanos menores, Luisa y Antonio, perteneciente este último al ABC, organización revolucionaria de estructura piramidal y color verde-fascista. Una noche Guillermo Balbón, el narrador, asiste a una función teatral que resultó ser un acto de agitación opositora estudiantil, destinado a trocarse en una de esas célebres «tánganas». Al descorsarse el telón quedó descubierta una enorme pintura chillona de un hombre hambriento y depauperado sosteniendo una bandera cubana, el cual representaba el pueblo de Cuba. Se produce una conmoción inmediata de tal magnitud que el público tiene que evacuar el teatro. Fuera, suenan numerosos disparos. Muchas personas se echan en el suelo, entre ellas Guillermo, el cual siente que una mano femenina aferra la suya y lo conduce a una calle lateral. Allí la dueña de la misma le pregunta si él es de los suyos. Es Irma, una muchacha menuda pero vibrante de vitalidad y henchida de fe en sus ideales de justicia y libertad. Él, prudente en su conducta y moderado en las ideas hasta parecer pacato y pusilánime, contesta que no. Ella replica dulce y persuasiva que no se puede permanecer neutral ante la realidad que confrontaban los cubanos; que por lo menos, si no se actuaba, era preciso comprender. Esa chiqui-

lla a la vez suave y enérgica, tierna y firme, acaba por fascinarlo, y él la sigue en la lucha clandestina sin compartir sus convicciones.

Entre los conspiradores se abre paso la opinión de que es preciso apelar a la intervención americana, para impedir que la lucha dure demasiado. En 1933 las discrepancias comienzan a dividir las filas del ABC, el cual acepta oficialmente la mediación del nuevo embajador Welles, separándose del resto del movimiento revolucionario. El 7 de agosto la radio difunde la falsa noticia de la renuncia del dictador, a fin de promover una masacre del público que se echa a la calle para manifestar su júbilo. Mientras tanto, la huelga se generalizaba, los periódicos no salían y la basura se amontonaba en las calles. La población sentía las mordeduras del hambre y las privaciones. El 12 cae por fin el tirano, pero cunde el desengaño al ser sustituido por el acomodaticio Céspedes, apoyado por el ABC, el OCRR y la Unión Nacionalista. Ello acarrea el golpe del 4 de septiembre. Irma jubilosa ante la perspectiva de ver realizados sus ideales se entrega a Guillermo, ya que se siente desasida de sus compromisos revolucionarios, de los cuales él estaba celoso. El nuevo presidente se pronuncia en contra de la Enmienda Platt y las deudas espurias. El proletariado presenta sus demandas y el ABC emprende su contraofensiva con ayuda extranjera, ocupando las estaciones de policía y los cuarteles de San Ambrosio y Dragones, y se dirige hacia el campamento de Columbia. Estalla la lucha fratricida entre los aliados de antaño contra la dictadura. En esta intentona del 8 de noviembre, frustrada por el ejército, muere, peleando en las filas del ABC, Antonio, cuyo cadáver «tenía los ojos abiertos, y en su mirada postrera, me pareció encontrar el asombro de la muchachada». De todo esto,

que es historia, Pérez Acevedo hace un reportaje novelado, incluyendo la llegada de Caffery en diciembre, las dificultades económicas y los ataques convergentes de derechas e izquierdas contra el gobierno revolucionario; para terminar con un dejo amargo.

LA REVOLUCIÓN DE LAS MUJERES

Ha sido radical el cambio operado en la mujer cubana desde los inicios del tercer decenio de la república. Conforme la presenta Carlos Loveira en sus novelas, por aquel entonces parecía incapaz, y a veces indigna, salvo excepciones, de marchar junto al hombre como compañera. Hoy día no sólo se ha emparejado el desnivel, sino que se invierte con frecuencia, especialmente en el terreno cultural, al extremo que la igualdad va siendo una meta masculina, más que femenina. ¿A qué se debe esa evolución tan rápida? No cabe duda de que el agente catalizador, tan paradójicamente como en otros extremos, fue el machadato. La lucha contra la dictadura sacó a la mujer a la calle, donde se mostró de todo punto digna del comportamiento de sus abuelas mambisas en la manigua. De cómo secundó y amplió la labor de los rebeldes, de cómo protestó en la vía pública y encubrió a los perseguidos, dan fe algunas páginas de Gonzalo de Quesada y Miranda. Por su parte, Pablo de la Torriente Brau hace una vívida reseña del acto de protesta contra la muerte de Rafael Trejo a manos de la policía machadista, organizado por un grupo de mujeres. Irma, el frágil pero decidido, enérgico y puro personaje que en *La ráfaga*, de Pérez Acevedo, simboliza la revolución, no constituye de modo alguno un caso excepcional. La mujer revolucionaria cubana se mostró a la altura del hombre en toda circunstancia. Por eso, al caer la dictadura,

se encontraba junto a él, en igualdad de condiciones, compartiendo sus derechos y deberes. Acaso la obra que mejor cuenta da de ese progreso es *Cuando libertan los esclavos* (sic), la novela de Lesbia Soravilla que capta los brotes de feminismo y sus aspiraciones culturales que preludian el machadato, los cuales habrán de afianzarse y extenderse durante ese período.

Rebeca, uno de los principales personajes, acaso el más típico y mejor perfilado, es una escritora y conferenciante que trabaja en un periódico. Sumamente afectada, de alma fría y diseca, aparenta con aire de superioridad el hastío de quien está de vuelta de todo alimentando empero la creencia un tanto ingenua de que equiparación de sexos significa masculinización, lo cual no le impide mostrar un agresivo desdén hacia los hombres. Acoge bajo su techo a Marianela, que servía a la vez de amante, modelo y cocinera para un pintor vanguardista, a más de procurarle ocasional ayuda monetaria por vías inconfesables; y del que la autora posee un concepto pueril más propincuo al romanticismo de Murger que al del prototipo moderno. Al cabo encuentra un trabajo para su protegida, cuyo jefe le hace renunciar al empleo por no responder a sus avances, a lo cuál ella accede con el gusto que le proporciona el sentirse dueña de su destino. Y en efecto, al través de la obra se repiten con frecuencia alusiones a la emancipación de la mujer, encadenada por los hombres y las costumbres.

Berenice, la heroína, es una joven que, tras de su decepción matrimonial, escribe una novela y prefiere vivir sola en la pobreza a depender de su marido, buscando en vano un consuelo en las caricias vacías. Cuando no le alcanza el producto de la venta de su libro, trabaja en una oficina, donde le es dable observar que una compañera que figura como empleada es en realidad la amante del dueño de la

empresa. Le repugna la castidad aparente de estas mujeres que no se dan pero se venden, de cuya bonitura los hombres hablan como si se tratara de una hermosa yegua recién importada para correrla en la próxima temporada. Prefiere las que rompen las ataduras de la propiedad y las convenciones, para entregarse libremente a su vida sexual. A medida que crece la opresión de Machado, advierte cómo se agrava la miseria física y moral y desea combatirla, pero no se decide a afiliarse a ninguna tendencia política, ya que repudia el radicalismo de las izquierdas al par que el reaccionarismo de las derechas, y el centrismo le parece demasiado acomodaticio; de suerte que opta por aliviar el mal cómo y dónde quiera que pueda. Así, utiliza sus encantos para lograr la intervención de un político influyente en favor de presos revolucionarios, lo mismo que para conseguir el dinero con que pagar la cura de algún amigo enfermo o socorrer a un hambriento. Lo malo y lo bueno, estima, se encuentran por igual arriba y abajo, cualquiera que sea el sistema social.

La novela tiene rasgos de un descarnado realismo impresionista, pero a veces resulta vulgar, recordando incluso, por momentos, ciertos *slogans* de cosméticos y farmacopea norteamericanos. La crítica social es excesivamente unilateral, ya que los hombres no son tan malos como los pinta, ni es tan raro el amor. Hay detalles observados con certera agudeza, pero todo transpira un extremismo de adolescente, por lo demás muy propio de aquella época en Cuba. La decepción de Berenice en lo tocante a su marido es demasiado brusca para parecer real, ya que la vulgaridad del mismo es tan crasa y ostensible que no podía pasar inadvertida durante el noviazgo. Por otra parte, el hecho recuerda el bovarismo de Victoria en *Las honradas* de Carrión. En el libro no hay más que mujeres desen-

gañadas, desde la dueña de la casa de huéspedes hasta Rebeca, la cual repudia los adornos, desprecia a los hombres y fuma sin cesar, encendiendo cada nuevo cigarrillo con la colilla del anterior; pero su dureza resultará de mayor provecho que la piedad de Berenice. Esta, ante el dilema de convertirse en prostituta legalizada, casándose con un rico a quien no ama, o vivir libre al margen de la ley con un hombre casado y sometido a los convencionalismos, opta por el segundo partido. La pretensión de que Berenice había dicho en su novela *Simiente heroica* lo que ninguna mujer en Cuba se había atrevido a escribir hasta entonces, estaba muy en consonancia con el petulante espíritu de rebeldía de aquellos años.

FOTUTO

Con su cornucópica y abracadabrante prosa barroca, Miguel de Marcos encarna la última expresión del largo y respetable linaje costumbrista cubano, el cual no parece haberse extinguido aún. El motivo de esta lozana pervivencia entre nosotros de un género que ha caducado en otros países merece un estudio aparte, aunque cabe adelantar que ello significa que no hemos pasado todavía por completo del estadio de los apuntes críticos al de la novela. Seducido por el sabor y el deslumbramiento de las palabras gustosas y extravagantes, Miguel de Marcos vuelca sobre las páginas desérticas cuernos de abundancia, repletos de vocablos que son succulentos y sazonados manjares culinarios franceses y óptimos frutos del huerto antillano. Su obsesión gastronómica, chorreando salsas y rezumando jugos, no le abandona ni en los momentos más solemnes, los cuales, por lo demás, toma a chacota, pintando un cuadro grotesco y pantagruélico de todas las manifestaciones de la vida nacional. Este opíparo Rabelais tropical presenta una vasta galería tipológica criolla, con un rico banquete verbal del que deben abstenerse, empero, puristas y castizos, académicos y clasicistas, so pena de morir de embolia. Este goloso zumbón no reconoce cánones ni medidas. Sus hiperbólicas caricaturas decantan una existencia que es de por sí exageración y desquiciamiento. Una de ellas representa a Fotuto, nacido dos años antes del siglo, vale decir con la independencia.

Quienes logran vadear las cuatrocientas cincuenta y ocho páginas de la fluvial verbosidad de Marcos, salen empapados de la burbujeante esencia de nuestro choteo capitalino, jacarandoso y burlón que deriva con frecuencia hacia lo soez y chocarrero. El autor pone hábilmente a contribución su vasta experiencia como reportero y cronista parlamentario para descubrir con subido cromatismo la bohemia periodística, callejera y política, enhebrando un cúmulo de hechos típicos, arrancados de la crónica de sucesos cotidianos, sin perder de vista un solo instante lo grotescamente absurdo del acontecer criollo. Su Fotuto es un guajiro apático hasta la abulia que por su incapacidad de labrar la tierra deviene, gracias a la mediación de su padre, mozo de botica en Trinidad, y que por aburrirse allí, marcha a La Habana, sin más recursos que los cincuenta pesos que le entrega el apotecario. Mezcla de candor, ingenuidad y sentimentalismo con un mínimo de astucia; de pasividad y súbitos exabruptos románticos; despreocupación y adaptabilidad; desprendimiento y humildad con arrestos de orgullo; tipifica el sano pueblo cubano. Resignado y fatalista sin amargura, parece una pelota en manos del destino. Con todo, se despabila y se abre paso en la capital; o, más bien, se «defiende», para emplear el preciso término popular. Empieza como dependiente de un efímero espendio pascual de lechón, en los portales de Galiano. Expansivo y un poco plantillero, deja que un periodista elabore sobre su pasado. En efecto, mero testigo casual del secuestro de un rico hacendado permite que se le crea el rescatador que puso en fuga a los temibles bandoleros Solís y Álvarez; simple acompañante del domador de una pantera escapada de un circo, el cual la persigue en vano, se hace pasar tartarinamente por el matador de la fiera. Al estallar la llamada guerrita de febrero en 1917, cuando contaba apenas diecinueve años, el

azar le hace parecer como salvador de un personaje en la oscuridad de un pasillo pero, involuntariamente también, como revolucionario. Un aspecto verdaderamente profundo de la obra es que Fotuto parece desprovisto de iniciativa propia, como si sólo actuara espoleado por la necesidad, característica precisamente muy difundida. Claro que la carencia de oportunidades en La Habana del primer tercio de siglo propiciaba dicha veleidad.

Menudean los instantes tragicómicos estilo Chaplin, como la despalilladora Catalina y su pasión, muerte y velorio, y el matrimonio de Fotuto con la loca. Pero la ola del ras de mar arrebatando de los brazos de Fotuto, después de lo que pudiera considerarse su segunda viudez, a su hijito de tres meses mientras lo salvaba de la casa siniestrada por el ciclón, es una escena digna de las más punzantes del genial artista de cine. El sencillo personaje resulta un tanto apabullado por el derroche lingüístico erizado de galicismos y neologismos. Con frecuencia los conceptos y la expresión son impropios de la mentalidad del sujeto. Tal parece que en ciertos aspectos al autor no le importa ser consecuente, dejando que todos sus personajes hablen como él.

Simple juguete de las circunstancias, Fotuto, tras de resultar herido por la explosión de una bomba, es arrestado y golpeado por los esbirros de Machado como autor del hecho, sin haber tenido arte ni parte en el mismo. Pero a partir de este punto el guajirito resignado se subleva y, dueño de su destino, se convierte en uno de los enemigos más decididos y temerarios de la dictadura. Con nervio periodístico y opulencia satírica renacentista sazónada a la cubana, Miguel de Marcos ha trazado la trayectoria de un arquetipo primigenio de la república, engullido por la revolución a pesar de su despreocupada mansedumbre. El episodio tomado de un hecho verídico en que Fotuto, con-

fundido en la muchedumbre que acude a contemplar el arribo del *Indianápolis* con propósitos intervencionistas, extrae su revólver para dispararlo contra el poderoso crucero norteamericano constituye un dramático acto desesperado en que se conjuga el simbolismo y la catarsis.

ROMANCE DE UNA DESPALILLADORA

De la sórdida y pobre existencia de una despalilladora ofrece un atisbo la sin embargo voluminosa novela *El dios maltrecho*. Cualquiera que sean sus méritos, esta obra refleja en parte la tónica social y afectiva de la década del 30, tan huérfana de buena literatura, si bien fue escrita al finalizar el subsiguiente decenio. El tema es la pasión que un revolucionario enciende en el corazón sencillo de una obrerita tabacalera, con sus chispeantes arengas ante el micrófono. La radio es, en efecto, el nuevo vehículo que agita la atmósfera social y política con sus extraordinariamente eficaces cargas explosivas que se difunden en las zonas populares durante todo el período de marras. La novela está compuesta de dos diarios, pero el de Niñita es de prosa demasiado correcta y de vocabulario impropio para una muchacha que no ha terminado la escuela primaria. Por constar de dos relatos paralelos, el de la obrerita y el de Alfert, su seductor, cotejados y ampliados por Pineda, que es también uno de los personajes, la forma resulta novedosa. Otro más recoge y presenta los manuscritos, y un tal Martínez, más bien testimonio que protagonista, emite al final, junto con Pineda, su opinión sobre los sentimientos y la conducta de Niñita y Alfert. Todo ello tiende a crear la impresión de que se trata de un caso de la vida real. Basar una novela en un supuesto documento verídico es un viejo procedimiento. Los románticos, en su afán de realzar las pasiones, lo empleaban con frecuencia a

fin de hacerlas parecer más reales. Un ejemplo lo ofrece el *Adolfo* de Benjamín Constant, al que se emparenta la presente novela también por sus pretensos ribetes psicológicos. La originalidad de ésta reside, sin embargo, en la simultaneidad de los diarios y la manera en que están presentados, con el giro jurídico de la conclusión, donde se examina, *post mortem*, la culpabilidad de los personajes, existiendo, en este respecto, una contradicción entre el aserto de que no se trata de poner en causa el aspecto moral, y el hecho de que se examina, precisamente, la conducta de cada personaje. Mas, el autor, que encubre su identidad bajo el seudónimo de *J. F. Esares Don*, no logra peraltar su profesión de abogado, ajustándose, asimismo, acaso sin percatarse, a las implicaciones morales que conlleva el carácter de prédica mantenido por las doctrinas literarias socialistas.

El documento humano desempeñaba un papel fundamental en la escuela realista, pero se le tomaba a secas. Mas, en la novela que nos ocupa, el autor, especialmente en la primera parte, grapiña a Niñita en un almíbar sentimental que está en oposición con su comportamiento, desde el principio mismo, donde ella se entrega a Alfert sabiendo que está casado y a punto de ser padre. Aunque puede comprenderse el hambre afectiva que padece la desamparada obrerita, la forma en que ella lo persigue desmiente su presunto recato extraordinario de un modo tal que ni siquiera el fuego de la pasión explicaría. Una mujer cabal, de finura innata, conforme se la supone, no se dejaría arrastrar por la prostitución a causa del despecho o por un amor frustrado. De hecho, el tema es típicamente romántico y, en efecto, descubrimos un precedente en «La venganza de una mujer» de *Las diabólicas* de Barbey d'Aurevilly. El gusto discutible es, por lo demás, propio de un periodo poco dado a discernir los matices emocionales.

En síntesis, Niñita, una humilde y honesta despalilladora abandonada ya por su marido, y con dos hijos y la madre enferma a su cargo, se enamora, contando apenas dieciocho años, de un distinguido abogado y dirigente político, llamado Alfert. Apocada primero por el brillo y la posición social del adalid, no tarda en arrojarse en sus brazos. Ardiendo de pasión, y pese a su pulcritud inicial, quiere romper el matrimonio de su amante. Este resiste, pero se deja arrastrar poco a poco, si bien no se decide a dejar a su esposa y a su hijito. Ella, celosa y sin poder lograr su deseo, rueda por la pendiente hasta caer en la prostitución. Mientras tanto, él se consume y degrada bajo el doble azote de la pasión y el conflicto anímico. Niñita toma la puerta del suicidio y él pierde la vida en España, a donde ha ido a resolver un embrollo de herencia, pero que, de hecho, representa una huida. Hay mucho tango a lo largo de la obra, conforme cuadra al momento de cursilería sentimental y de penuria estética que atravesaba Cuba. En el supuesto de que el tema esté tomado de la vida real, uno quisiera que el autor se hubiese ceñido más a los documentos escuetos, desnaturalizados por una excesiva dosis de sentimentalismo barato. Pineda, enamorado incorrespondido de Niñita, resulta ñoño y pegajoso, pero hay que admitir que las personas como él existen. Así mismo, la afición de Alfert por las carreras de caballos, impropia en un verdadero revolucionario, ilustra la confusión de los conceptos imprecisos sustentados por las legiones de los que entonces se tenían por tales, autocalificándose de auténticos. En estos aspectos *El dios maltrecho*, como espejo de un período que no descue-lla por la depuración intelectual, estética y afectiva, contiene una gran dosis de verdad. Hay atisbos edificantes de la población pobre al par que del complejo

de inferioridad de ese sector ante el fausto mundano. También debe acreditársele la inconspicuidad del estilo, en concordancia con el sesgo contemporáneo, refractario a la bambolla y la retórica.

EL TINILISMO

Conforme les cumplía, nuestros escritores no han perdido de vista el campo, ni siquiera en sus novelas urbanas, salvo en los casos de Félix Soloni y Enrique Labrador Ruiz. José Antonio Ramos, Miguel de Carrión y Carlos Loveira sitúan en el interior de la república por lo menos un punto de referencia. Ello se explica por nuestra carencia de grandes ciudades superada tan sólo en los últimos años, y por el hecho incuestionable de que tanto la raíz como la savia de nuestra existencia están en el agro de donde procede, incluso, la mayor parte de nuestra población capitalina; si bien resulta curioso comprobar que en las novelas de Cirilo Villaverde, apenas exceptuando *Cecilia Valdés*, el elemento urbano predomina más que en las de nuestros autores contemporáneos. Excluimos de esta enumeración las obras en torno al machadato, por cuanto el ascenso y la caída de la dictadura tuvieron por escenario la capital. Con todo, se nota la ausencia de un personaje específico que encarna al guajiro como Juan Moreira o un Martín Fierro al gaucho, hasta que el *Tilín García* de Carlos Enríquez vino, en 1939, a llenar el vacío. El *Marcos Antilla* de Luis Felipe Rodríguez, surgido en 1932, representa un intento encomiable, pero, aunque ello no vaya en desdoro de la obra en sí, no constituye propiamente un carácter bien perfilado, como en el caso de Tilín García. Tal vez la serie de grandes personajes, símbolos vivientes del pueblo, la cual culmi-

na en Segundo Sombra, constituyendo en nuestro continente un blasonado privilegio de las letras argentinas, corrobora la pervivencia de la tradición hispana, ya relevada por Unamuno, y creadora de don Quijote y Sancho, don Juan, fray Gerundio y tantos otros. Y acaso supo a Carlos Enríquez, por ser pintor, llenar esa carencia de nuestra mitología literaria, en cuanto su pupila de retratista le permitió ver y fijar los contornos del personaje alegórico a la vez que presente de cuerpo y alma en nuestra población campesina, pese a que, ostensiblemente, don Segundo Sombra le sirvió un poco de modelo.

Al igual que sus congéneres, Tilín García tiene de real y de legendario a la vez; cual Robin Hood y sus derivados románticos alemanes, tiene algo de bandolero en función social. Conserva algunos de los rasgos revolucionarios de Manuel García, Rey de los Campos de Cuba; como él, al par que Juan Moreira y Martín Fierro, es, hasta cierto punto, producto de las circunstancias, aunque más bien políticas y económicas que legales. Los geófagos habían absorbido gran parte de las tierras de su padre. Y él no estaba dispuesto a que le despojaran de lo que poseía. Para ello se precisaba ser guapo de verdad, pero él se defendería contra quien fuera con el filo de su machete. Los centrales azucareros arrasaban los bosques de maderas preciosas y engullían las tierras para sembrar caña. «...brotraron de la tierra como hierba mala... buscando tierras vírgenes que devastar... infestaron los campos con sus cachazas hediondas, regando el virus de la ambición y de la esclavitud...» Se extorsionaba, se robaba la tierra «con todas las de la ley», para sembrar caña. Al morir su padre, volvió de la escuela a donde él le había mandado, y se rió de la ley. Había aprendido bastante: «Las leyes amparan al más fuerte.» Ahora en sus tierras laboraban sitieros que

habían sido desposeídos como su padre, mediante presiones económicas y prácticas leguleyescas. Pasaría a la contraofensiva, cual moderno Quijote enderezando entuertos. Si el país estaba destinado a convertirse en un inmenso cañaveral, constituiría una enorme cooperativa de colonos que molerían su propia caña, prescindiendo del hacendado. Cuando fuese menester, extorsionaría a la fuerza el dinero de los ricos. Así, le vemos andar a campo traviesa, montado en su fogoso Lucero, vomitando groserías y obscenidades, en compañía de don Esteban, a quien ha podido ganar a su causa. Este hombre que emplea el producto de sus exigencias de dinero para rescatar las tierras perdidas y que castiga a los cuatreros, es un esforzado justiciero errante para los guajiros empobrecidos y faltos de protección.

Pese a su carácter episódico carente de enredo, es una de las novelas mejor construidas de nuestro período republicano, así como de las menos farragosas y de más liviano fluir. Hay madera de escritor en la soltura del estilo y en el acertado cuanto discreto empleo del léxico camagüeyano. Mas, pintor al cabo, Carlos Enríquez ha recargado un poco el pintoresquismo de su personaje, aunque su intenso cromatismo y la índole de sus imágenes revelan el influjo de un escritor de raza, Ramón del Valle Inclán; los atisbos selváticos se asocian a Horacio Quiroga. El autor se regodea en el uso y abuso de palabras obscenas, así como en la inclusión de detalles de craso realismo: «...escupió ferozmente, levantando el salivazo polvo de entre el polvo, y rodando después convertido en pelotilla de fango». El montaraz Tilín, con su desprecio por los hediondos pueblos de provincia que recogen los ineptos para las grandes ciudades lo mismo que para el monte, nacido del proceso latifundista azucarero precipitado por el machadato y concreción viviente de la sed de venganza y reconquista,

seguirá cabalgando en la imaginación de los guajiros y en las páginas permanentes de nuestra literatura. Acaso el único reparo serio que puede hacerse a la obra es la excesiva prolijidad de sus partes dialogadas, ya que lo hablado es teatro; lo escrito, novela.

LA REPÚBLICA DE LABRADOR RUIZ

Dicen que la esperanza es lo último que se pierde. Pues bien: hemos visto cómo después del derrumbe, en 1920, del mercado azucarero y la consiguiente bancarrota, no quedaba en Cuba ni siquiera eso. También hemos visto el viraje que empezó a producirse en el segundo decenio de la república, cuando se había llegado al fondo del abismo. Surge entonces un movimiento de rescate que pronto tomaría un cariz de vigorosa corriente nacionalista que hizo volver la atención de los escritores hacia el interior del país, lo cual confirió a Luis Felipe Rodríguez, que venía de allí con su bagaje campesino, visos de precursor. Libertado por los batalladores intelectuales antimachadistas, salió del presidio Carlos Montenegro para volcar con matices folklóricos un cúmulo de absorbentes evocaciones montunas, junto con punzantes relatos de la atroz degradación de la vida carcelaria. Siguióle Lino Novás Calvo, con sus turbadoras narraciones y rico caudal de variadas y duras experiencias. Dora Alonso arribó con sus alforjas repletas de estampas guajiras. Formóse una escuela con diferentes tintes realistas, representada por Carlos Enríquez, Onelio Jorge, Agustín Guerra y otros cuentistas, que comienza, empero, a sistematizarse, a mostrar síntomas de cansancio y agotamiento; y cuyos sucesores derivan hacia la epidérmica seducción del colorido. Por otra parte, mientras en esa mirada introspectiva nacional unos ojos se de-

jaban atraer por el ensalmo del cromatismo, otras pupilas permanecían adheridas a los contornos dibujados por las doctrinas sociales. Igual camino tomaron los primeros intentos de arte dramático, según la minuciosa exposición de Natividad González Freire en *Teatro cubano contemporáneo*.

Mas, no cabe duda de que el período de relativa estabilidad que se inicia por el año 1940 propició un movimiento de liberación literaria, desasido del elemento telúrico al par que de las contingencias político-económicas, estas últimas morigeradas por la prosperidad del período bélico. Mientras nuestros escritores de la tierra podían inspirarse en el ejemplo de Horacio Quiroga, José Eustasio Rivera o Rafael Pocaterra, otros preferían las corrientes renovadoras universales. Las letras cubanas, supeditadas a imperativos más categóricos, transitoriamente remozadas por el influjo efímero de la *Revista de Avance*, impetraban depuración y galanura. De la camada de escritores que respondieron, Enrique Labrador Ruiz es uno de los representantes más típicos y excelsos, siendo el primer novelista de la era republicana que ostenta ribetes de estilista. Sus novelas gaseiformes plasman un dionisiaco gesto de liberación.

Quimérico, con las transparencias superpuestas de sus sueños, cabalga sin riendas por los campos abiertos de su mundo, el del hombre, medida de todas las cosas. Desligado de los problemas nacionales y las tesis, preocupado por la donosura de la expresión y las esencias vaporosas, no deja de ser medularmente cubano. En él renace el choteo de ley, el inquieto, el pujante, el optimista. No es ningún santo, ¡gracias a Dios! Es malicioso y a veces malévolo. La sátira verdadera no puede estar contrahecha y rebajada por el rencor que la reduce a las dimensiones personales, o por lo menos no aparentarlo, al revés de lo que le ocurría a Bobadilla. Las penetrantes flechas de Labrador Ruiz están

hechas de un material más liviano y refulgente. Su sano choteo criollo es fino, atildado y retozón, con su peculiar socarronería alegremente intencionada, a la que responde dócilmente una prosa a la vez dúctil y firme, flexible y recia, fluyente pero no desosada. En *La sangre hambrienta*, con las exclusas del recuerdo ampliamente abiertas, vuelca una alucinante sucesión de estampas impregnadas del excitante licor anaranjado de su destilería humorística. Las evocaciones van de un babélico edificio de apartamentos venido a menos, que sobresale de la mediocre alzada de la capital, a un ángulo de provincia. En el colmenar ciudadano poblado de artistas, comediantes e intelectuales más próximos a resolver la cuadratura del círculo que el problema insoluble de unos frijoles en la redondez de un plato, ocurren escenas absurdamente cómicas, propias del remolino de subversión social y despampanantes contradicciones que dejó a su paso el delirante primer gobierno de Grau San Martín. De allí el recuerdo conduce a un pueblo de Las Villas, cuajado de cominería, chismes, ruindades, pobreza, prejuicios y supersticiones. Con todo, no se trata de una «aldea gris», triste y sórdida, sino de una aldea cubana, blanca y rosada, bajo un cielo azul y riente, pese a las sombras de la miseria y a los *planazos* de la guardia rural, porque en ninguna parte de la república puede faltar el choteo, el cubaneo y el relajo. La población está hecha de esos personajes grotescos y verídicos que sólo sabe reclutar con infalible y paciente puntería el autor presentándolos con labradoriano regodeo fonético e idiomático y salpicando la sal con discretas, muy discretas, gotas de miel, como las del efímero cuanto conmovedor peregrino descalzo Escipión Hipólito con su perro y *chivichana* caritativa. El astro del día ha suplantado las estrelladas alucinaciones nocturnas de *Trailer de sueños* iluminando los colorines de la exis-

tencia cotidiana. La novela no termina porque, calentada por un sol de fuego pero burlón y alegre, la sangre sigue hambrienta de carne, sedienta de placer y anhelosa de diversiones, corriendo en perenne círculo vicioso. Es el torbellino frenético de la república en pos de una escurridiza felicidad, tan pronto real, tan pronto ficticia.

GUY PÉREZ DE CISNEROS Y LAS ARTES PLÁSTICAS

La revolución de 1933 fue estéril para la cultura, reputada superflua en el encauzamiento político y sindical de las masas, cuyo dominio se disputaban por igual las derechas y las izquierdas. Tampoco gozaba de favor entre los elementos castrenses de nuevo rango mandados por Batista y procedentes de la hez social. En menor escala lo mismo sucedía, dentro del ámbito literario, con la corriente nacionalista, que repudiaba todo influjo extranjero, al par que entre los seguidores de la tendencia populista y sus afines, temerosos de alejarse de las formas rudimentarias de expresión, asequibles a las capas más ignorantes. Por otra parte consideraban ocioso pensar en los sentimientos más ocultos y matizados cuando les preocupaba no más que la realidad cruda y elemental de las masas oprimidas y depauperadas. La docencia también decayó, no obstante la multiplicación de los centros de primera y segunda enseñanza, convertidos en fuentes de cargos para las amistades políticas por medio de nombramientos en vez de oposiciones; y otro tanto ocurriría con la Universidad, antes cerrada por Machado y ahora presa de las pandillas de pistoleros. La Dirección de Cultura, instituida en 1934 por Jorge Mañach, languidecía por falta de créditos a pesar de los esfuerzos de J. M. Chacón y Calvo, quien logró apenas poco más que rescatar del olvido a ciertos valores del pasado mediante reediciones y mantener la *Revista Cubana*.

Sólo en 1948 recibirá el referido Departamento una dotación decorosa, bajo la dirección de Raúl Roa, siendo ministro de educación Aureliano Sánchez Arango. Con esos recursos se realizó una obra efectiva de divulgación al través de ediciones, grandes conciertos populares, concursos y misiones al interior de la república. En 1938 Chacón y Calvo auspició, sin embargo, la Escuela Libre de Artes Plásticas que, no obstante sus pocos meses de existencia, marcó el inicio de un nuevo hito. La misma puso a Guy Pérez Cisneros, que había llegado a Cuba cuatro años antes con sólida formación cultural francesa, en contacto con nuevos valores latentes, para sacarlos a la luz y encaminar y robustecer la renovación, entonces declinante, iniciada por el grupo de 1925, liberándola, empero, de ataduras extraartísticas. Simultáneamente, José Lezama Lima llevaría esta depuración al terreno literario, aunque el espíritu de minoría, natural en aquellos instantes, lo condujo a él y a sus acólitos a refugiarse en su concha, haciéndolos perder de vista los ulteriores cambios de circunstancias, con la consiguiente desvitalización. Participarán en este movimiento Ángel Gaztelu y Gastón Baquero el cual tomará el camino del periodismo.

El rigor analítico, la consistencia del método y el depurado juicio crítico, forjados en la escuela francesa, asistidos de un ardiente deseo de laborar en la eclosión y crecimiento de un arte cubano, le confirieron de entrada a Guy Pérez Cisneros una posición de mentor. Después de los contactos iniciales, la Escuela Libre puso a su alcance un núcleo organizado de artistas en ciernes sobre el que le era dable influir eficazmente al través del trato cotidiano y comprobar los resultados inmediatos traducéndose mano a mano en la realización de las obras. A partir de 1939 iría registrando sus normas y conclusiones en la revista *Espue-*

la de Plata, de la que fue cofundador con Lezama Lima. Su doble propósito de salvaguardar los fueros del arte y de proseguir la lucha contra el academismo, desatada en 1925, estaba bien encaminado. Pronto Mariano, Portocarrero y Lozano recompensarían sus esfuerzos con una rica cosecha de pintura y escultura. Con ello terminaba la segunda etapa del movimiento de renovación artística en Cuba, período en el que continúa la áspera porfía de la rebelión inicial, pero en el que precisa, a más de reafirmar una presencia y un desafío, conquistar terreno y ganar adeptos.

Aún soplaban los vientos revolucionarios que habían interrumpido repetidas veces los trabajos universitarios y que destruían con sus azotes la libre actividad del espíritu. Por otra parte, las consecuencias desastrosas de la supresión casi completa de los estudios humanísticos decretada por Varona en el sistema educacional de la república, comenzaban a palparse desde hacía dos o tres décadas. Las mentes más claras del momento se ocupaban con los problemas nacionales de urgencia perentoria, empapándose de doctrinas sociales y económicas que pudiesen ofrecer una solución, y la juventud intelectual seguía el mismo camino. Este clima sofocaba, cuando no suprimía de cuajo, toda expresión artística de los anhelos más profundos del hombre. Era indispensable, pues, llevar el mensaje de la cultura a la Universidad. Así, de acuerdo con la Asociación de Estudiantes de Derecho, un grupo de jóvenes, entre los que se encontraba Guy Pérez Cisneros, fundó la revista *Verbum*, dedicada exclusivamente a las artes y las letras.

Inmediatamente, el crítico presentaba, en aquel mismo centro docente una exposición de ocho pintores. A la sazón Pérez Cisneros, si bien opinaba con tino que tanto la expresión como la naturaleza cubanas exhiben un carácter

barroco, tenía un sentido un tanto restringido de lo nacional en el arte, debido a las aspiraciones que llevaba en el corazón al desembarcar en su tierra soñada, pues era patriota en la más alta acepción, en tanto que el encendido nacionalismo imperante aventaba en él dicho sentimiento. Cossío del Pomar señala, significativamente, que en aquel entonces se plantea al público la cuestión de la existencia misma de un arte cubano.

De allí los reproches que Pérez Cisneros dirige a los precursores de 1925, reputándolos decadentes extranjerizantes, motivo por el que les opone los que él denomina de la «generación de 1937». Mas, andando el tiempo, amplía y revisa ese criterio, reconociendo la multiplicidad de las manifestaciones artísticas con derecho a la ciudadanía. En efecto, el estrecho concepto nacionalista deriva hacia el color local, al paso que la verdadera esencia de la nación se traduce en el conjunto de sus manifestaciones.

En 1940 empieza la tercera etapa del movimiento de renovación artística en Cuba republicana. A partir de entonces se instala en el país un período de relativa calma política y social, al socaire, un tanto paradójicamente, de la bonanza económica propiciada por la segunda guerra mundial. En este mismo año, conjuntamente con Domingo Ravenet, el crítico organiza y dirige, auspiciado por la Universidad de La Habana, un magnífico ciclo de tres exposiciones que abarcaron el arte del presente y el pasado en Cuba, así como el extranjero representado en las colecciones locales. Por primera vez se desplegaba aquí tan vasto panorama, el cual permitía apreciar la amplitud exacta de nuestros tesoros artísticos, dentro de su pobre medianía, al par que una completa perspectiva histórica. La exposición del Capitolio, en 1941, con el enorme acopio de ilustraciones de su catálogo, fue la muestra más exhaustiva de arte cubano con-

temporáneo realizada hasta entonces. En 1945, la hermosa exposición de México ofrecía por primera vez al extranjero un conjunto representativo de nuestra pintura moderna, ya en su madurez. Sería tedioso enumerar todas las manifestaciones artísticas presentadas en esos años por Guy Pérez Cisneros. Paralelamente con su labor de discernir, aquilatar y respaldar nuevos valores, el crítico proseguía su combate en el terreno ideológico, en favor de la renovación estética. Pero, al atender al presente, no olvidaba el pasado. Con devoción y pupila ávida, investigó la historia de nuestro arte, arribando a sagaces conclusiones y produciendo jugosos juicios sobre Vicente Escobar, el grabador Barañano y otros.

Su estilo exhibe un vivificante tono polémico, con frecuencia enfático, merced a discretas y hábiles reiteraciones, hecho sin embargo de fina medida y vigoroso modelado francés, nunca cae en la estridencia. Por momentos lo anima un sutil humorismo de la misma cepa. Mas, Pérez Cisneros, no se contrajo a la porfía elegante, bien que ardiente y pertinaz. Desde las páginas de *Grafos*, que contiene muchos de sus ensayos críticos sobre artistas cubanos, entre los cuales se destaca el de Ponce, llevó adelante un ingente trabajo de reculturación, mediante traducciones de escritos pertenecientes a importantes autores contemporáneos tales como Valéry, Alain, Gide, Focillon, Claudel, etc.

LAS ARTES INDUSTRIALES

Cuba accedió a la independencia después que la producción mecanizada se hubo adueñado casi por completo de las artes industriales, y el bajo costo de la fabricación en serie impidió la floración de las mismas en nuestro suelo. Los objetos de procedencia extranjera invadieron el mercado a precios tan ventajosos que hacían del todo imposible la competencia vernácula. Ni los recursos económicos ni los conocimientos técnicos eran suficientes para nivelar el inmenso retraso frente a los modernos medios de producción europeos y norteamericanos. Si a esto se añade la carencia artística nacional, la perspectiva en este campo resulta de una aridez desértica. Si bien esta deplorable falta de tradición se deriva en gran parte del crónico estado de provisionalidad en que sumía al país el régimen de factoría y de estación de tránsito instituido por España, justo es reconocer que la república no hizo nada por fomentar el desarrollo de las artes industriales, conformándose con vivir de los beneficios inestables, en buena medida indirectos, de la producción azucarera. Bien vista, la desidia de los sucesivos gobiernos cubanos supera en este terreno la del español, ya que en la época colonial surgieron un estilo y un artesanado con rasgos autóctonos pese a sus raíces peninsulares. En el período republicano sólo se ha mantenido un escaso número de escuelas de artes y oficios, con todo el acento en lo segundo, pobres y deficientes no obstan-

te los esfuerzos de algunos profesores. La total preterición de la enseñanza estética, acaso consecuencia inesperada del utilitarismo preconizado por Varona, ha redundado en la ausencia de artes aplicadas populares y nacionales que pusiesen a contribución motivos inspirados en la flora, la fauna y las costumbres locales, causa a su vez de la esterilidad económica de nuestras rudimentarias artes industriales. Tan sólo los empeños personales de artistas talentosos como lo son Marta Arjona, Amelia Peláez, Luis Martínez Pedro, María Elena Jubrías y Elia Rosa Fernández Mendía, así como de Rodríguez Cruz, médico trocado en industrial entusiástico, han aportado un remedio ejemplar con sus bellas creaciones en cerámica, basadas en modernos lineamientos estéticos, ignorados por las escuelas oficiales, tanto de artes y oficios como de bellas artes.

Mas, no se puede hablar de las artes industriales en Cuba sin acudir a la vasta y minuciosa obra que sobre la materia ha forjado Anita Arroyo. Este fruto opulento de una de las plantas más lozanas que ha espigado en el huerto fértil del Departamento de Historia del Arte de la Universidad de La Habana, cultivado con amorosa dedicación y fina inteligencia por Luis de Soto; habrá de alimentar durante muchos años las referencias de quienes se inclinan, para estudiar o investigar, sobre el pasado y el presente de nuestras artes industriales. La autora, tras de un somero recorrido histórico general, realiza un inventario de los vestigios precolombinos y un examen del arte colonial en Cuba, que suplementa las valiosas investigaciones de Joaquín Weiss y Marta de Castro, aborda la cuestión en el período republicano, con madurez de criterio y sólidos conocimientos. Demuestra primero la existencia de consumados carpinteros y ebanistas a partir del siglo xvii, con atinadas

observaciones sobre los admirables trabajos de artesanado en iglesias y conventos, entre ellos el de Santo Domingo, en La Habana, considerado por tan alta autoridad hispánica como Calzada uno de los tres o cuatro mejores ejemplos de arte mudéjar en toda América, derribado en 1916 para levantar un edificio lucrativo, que no se llegó a construir. En efecto, la piqueta demoledora de comerciantes inconscientes, ganosos de aumentar sus ingresos, se conjuga con la indiferencia de los gobernantes, absortos en jugosos manejos y distracciones de fondos; para acabar asimismo con nuestros tesoros artísticos.

Prosigue Anita Arroyo examinando rejas, balaustradas, balcones, celosías y puertas, así como el mobiliario y demás objetos de madera y hierro, al par que las lucetas y demás trabajos de cristalería cromática, al través de las variaciones estilísticas del tiempo de la colonia. Al cruzar el meridiano del siglo xx, señala que en la evolución del mobiliario la gran característica de la república es el eclecticismo, la cual se extiende a las otras manifestaciones artísticas también. El tipo de mueble más de moda en la fase inicial, en la prolongación de las modalidades francesas, es el Luis XIV cubano, con curiosas y originales variantes, derivadas de las defectuosas copias de los antecedentes locales, con sus típicas perillitas. La influencia catalana impondrá pronto su versión del *art nouveau*, con el detestable predominio del elemento floral. De Norteamérica llegarían enseguida el Misión e Imperio, de pulida caoba. En 1920 surge la boga de Luis XVI, a base de rejillas, adornos de pasta y esmaltados en gris Triánón, posteriormente sustituido por el Renacimiento Español, adulterándose con el crecimiento desmesurado de la producción en masa. No obstante la vulgarización del mueble barato fabricado en serie, la ejecución y el gusto de algunos ebanistas se afinan, impartiendo

al mueble de calidad, dentro de los lineamientos estéticos contemporáneos, un alto rango. Otro tanto se aplica al hierro, si bien los forjadores del período colonial habían alcanzado ya pericia notable. La lampistería, que durante la colonia cuajó en bellísimas realizaciones, sigue ocupando un lugar eminente, pero las industrias actuales «suministran lámparas en serie con un criterio más comercial que artístico», adaptadas «al mal gusto imperante en la decoración... de los hogares de la masa del pueblo cubano».

En la industria del souvenir en cuero, madera y otros materiales, prevalece la falta de originalidad, imitándose los modelos extranjeros, especialmente los renacentistas, «ajenos en absoluto a nuestros motivos vernáculos». Hace resaltar la ensayista que casi toda la enseñanza de las artes industriales procede en la era republicana de la iniciativa privada, descollando los ejemplos de La Progresiva, los salesianos y Ana María González, en conexión con el comercio de objetos de arte que ella fundó, quienes han mantenido por cuenta propia cursos de aprendizaje técnico. Destaca la autora la vasta labor docente de Isabel Chapotín, encaminada a la utilización de nuestra rica gama de maderas preciosas, semillas, conchas y otros materiales del país en la elaboración de pequeños objetos típicos. Podríamos agregar el inesperado efecto favorable de la construcción del Capitolio, sobre la formación de nuestro artesanado. La arquitectura ha seguido una evolución propinqua a la del mobiliario, desde el pésimo gusto de los merengues floreados de los maestros de obra catalanes, el presuntuoso eclecticismo barroco renacentista de los palacetes levantados por los advenedizos del período llamado «de las vacas gordas» hasta las recientes edificaciones que siguen de cerca el sesgo contemporáneo.

Concluye Anita Arroyo que, si bien estamos lejos de poseer un arte industrial propiamente cubano, pudiéramos recabar más provecho de los atisbos de arte taíno al par que de nuestro decorado local, siendo preciso, empero, la cooperación docente y económica de las esferas oficiales. En lo que toca a lo primero, hace hincapié en la importancia psicológica y moral de la educación vocacional, así como en los beneficios materiales que puede acarrear en caso de necesidad. Al propio tiempo lamenta la completa preterición del cultivo del sentido estético, sin el cual seguiremos siendo huérfanos de artes industriales de buen gusto sustancialmente cubanas. Mas, hay que tener en cuenta que hoy las corrientes universalistas, tanto estéticas como industriales, pugnan con la eclosión de modalidades puramente nacionales.

MARIANO ARAMBURO

Mariano Aramburo vino en la arribazón de emigrados que devolvió a las playas de Cuba la terminación de la guerra de independencia. Hijo de un mariscal de artillería español y de una cubana, no fue a la Península por causas políticas, sino para hacer sus estudios universitarios. Nacido en 1870, en Camagüey, al partir contaba unos dieciséis años y veintinueve cuando regresó, de suerte que llegaba a su país adulto y con su formación intelectual completada, al revés de lo que le sucedía a Jesús Castellanos. Graduado en filosofía y derecho de la Universidad de Zaragoza, poseedor de sólidos conocimientos y de sonadas distinciones académicas, no logró, empero, conquistar una cátedra, ni una magistratura en el Tribunal Supremo, ni siquiera un cargo digno de sus prendas y valores intelectuales. Conforme ya hemos señalado, esta conmovedora circunstancia se debe menos a la adversidad que a una incomprensión de nuestro proceso republicano. De firmes principios morales, sus convicciones estaban no obstante, en pugna con el tipo de democracia que se estaba gestando en el país. De incuestionables sentimientos patrióticos, su mentalidad, fraguada en un ambiente tradicionalista, era ajena por completo a la nueva realidad cubana. Hecho al socaire de un medio fundamentalmente monárquico, su tímido republicanismo era excrecencia postrera del autonomismo anacrónico que aún reinaba en España en plena guerra de independencia. En 1901 vuelve

a España, donde permanece hasta 1908, para pasar luego unos años como diplomático en Suramérica, ausentismo que amplía la brecha que le separa de su país. Adversario del patrón constitucional norteamericano, al condenar desde la Península la intervención de 1906, su criterio íntimo está más próximo al de Saco que al de un separatista.

Expresa así su postura conservadora: «La patología social registra en nuestra época dos mortíferos morbos que no se han dado en ningún otro tiempo: el odio a todo lo antiguo y el amor apasionado a todo lo nuevo... son dos extravíos mentales que se corresponden y combinan en el espíritu moderno.» Yerra ostensiblemente al enjuiciar el derrocamiento de Machado y el sentido profundo del movimiento revolucionario que tuvo tal culminación se le escapa, conforme se desprende de los siguientes asertos: «La insurrección que entonces se produjo no se inició contra la Constitución, sino contra la tiranía. No era aquella la causa de los desmanes que soliviantaron al pueblo. El esfuerzo cívico se encaminaba a deponer al dictador, y no más. Pero los intereses de partido aspiraron a teñir de revolucionario, es decir de reformador radicalismo, el movimiento insurgente, y se habló del cambio de régimen, palabra equívoca en aquellos momentos...» Con frecuencia se lamenta de la condición del hombre moderno, «amante de la fuerza» o que «se convierte en esclavo»; y se muestra contrario a las exacciones para sostener las medidas de protección social. Por otra parte, afirma que «...la democracia tiene defectos y peligros considerables, y el mayor de ellos es la tendencia latente... a la demagogia... la desorbitación del principio de igualdad humana que lleva a la abolición de las jerarquías y la inevitable impureza del sufragio universal, en ninguna parte limpio y honesto, porque no puede serlo ninguna operación en que toman parte igual todos los ciu-

dadanos, sea cual fuere el nivel moral de cada uno. Proclividad tan funesta sólo puede contrarrestarse eficazmente con un escrupuloso sistema electivo, que confía el desempeño de los altos cargos de poder y mando a ciudadanos que merezcan ser clasificados entre los mejores. Así se formaría una verdadera aristocracia...» Lo que propugna es, en suma, el sufragio preferencial.

Su ideología pertenece más al moderado republicanismo democristiano europeo, que al espíritu americano. «Este régimen mixto de democracia y aristocracia tiene su nombre clásico, que ya no circula en el lenguaje de la política porque lo ha puesto en desuso el olvido de la idea que significa el arrumbado vocablo. Es el régimen que preconizó Santo Tomás de Aquino en el siglo XIII.» Al propio tiempo sugiere la necesidad de medidas de contención, so pretexto de que los periódicos pueden ser portadores de «ideas infecciosas e impulsos siniestros». Lo cierto es que, a despecho de su vasta y conceptuosa cultura, Mariano Aramburo no supo aprehender, en el sucio hollín de la corrupción que inficiona nuestra atmósfera política, la verdadera fisonomía de la república que se está gestando trabajosamente desde la independencia. Murió en 1942, completamente fuera del tiempo y del ambiente.

EL GATILLO ALEGRE

Después de *Contrabando*, *La trampa*. Puede ser que algún siquiatra vislumbre en esta secuencia algún nexo con el mundo oscuro del subconsciente, pero de lo que no hay duda es que delata la enfermedad moral, social y política de la república. En su obra más reciente, en la que Enrique Serpa muestra un reducido círculo del infierno consciente y perenne que vive el país, la palabra que ostenta como título tiene un significado restringido, cuya acepción podría, sin embargo, hacerse extensiva al sentido moral. En la crisis de honestidad que atravesamos, la trampa subvierte todos los valores, desnaturaliza las instituciones, entroniza el contrabando, deteriora el régimen constitucional democrático, degrada los sentimientos cívicos, mancilla las relaciones humanas. La trampa destruye la legalidad. Jugar limpio ha devenido un anacronismo ridículo en una tierra de tramposos. Lo justo, lo razonable, lo equitativo, junto con la buena fe, han perdido vigencia. Las armas de fuego tienen la palabra. No hay más lógica que la de las balas. Los primeros capítulos de *La trampa* de Enrique Serpa permiten anticipar una concepción vigorosa, sugestiva y efectiva. Las páginas iniciales presagian un impresionante y significativo contraste entre la grave e imponente pujanza de la primaria fuerza creadora de la naturaleza y la endeblez y pobreza de las empresas humanas. El espectáculo doliente y

trabajoso de traer un nuevo ser al mundo, rodeado de la angustia del suspenso y la ansiedad de la expectación, que se opone a una escena de café en que hombres adultos discuten de política, constituye una elocuente introducción que parece anunciar un contrapunteo entre la poderosa corriente fundamental del proceso biológico y la efímera superestructura, de pretensiones racionales pero a la merced de los instintos más elementales, levantada por los hombres.

Mas, este impacto no tarda en disiparse. Lo que prometía ser una novela de altura, acaso la expresión cabal de nuestro momento, se convierte en reportaje, notable por cierto, pero sin estructura ni concepción de novela. La factura supera la de *Contrabando* en ritmo, homogeneidad y depuración. Abundan las rápidas y vívidas captaciones de que tantas muestras ha dado ya el autor, de pupila despier-ta y observadora. La tipología es exacta y copiosa, aunque resulta excesiva por sus repeticiones. El autor se detiene demasiado para dibujar con fruición sus personajes, mientras bastaría con unos cuantos rasgos cogidos al vuelo. Aquí se transparentan resabios costumbristas, siendo esta obra, de cierto modo, una galería de cuadros de costumbres, saturados de verismo. También el periodista prevalece sobre el novelista, al extremo que uno se lo imagina, lápiz y bloc en mano, en los distintos lugares que describe. Los existencialistas han puesto de moda los diálogos como expresión directa de los personajes. Los de Serpa tan pronto parecen copias fielmente registradas como medios de desarrollar tesis, que recuerdan un poco los de Carlos Loveira. Lo que al comienzo se vislumbraba como un robusto contrapunteo, se convierte en mecánica alternancia entre la casa del policía Fileno y la parturienta, y las reuniones de las pandillas de pistoleros. Está claramente analizada la mentalidad de los integrantes de estos grupos de parásitos

de nómina estatal, de escasa o ninguna doctrina pero de grandes arrestos revolucionarios para justificar su conducta monstruosamente absurda, que se imponen mediante el terror y la connivencia de ciertos senadores y representantes. Incluso hay una génesis esquemática pero asaz precisa de estos núcleos de frustrados que habían dedicado años de su vida a una causa, al cabo de los cuales se encontraban en la calle y sin recursos, en situación de inferioridad económica con respecto a quienes no habían pensado más que en su medro personal o se habían acomodado con provecho a las coyunturas políticas más opuestas. De allí su necesidad de ganarse el sustento a punta de pistola, dada una básica carencia de nobleza, altura de miras y formación de conciencia, con la consiguiente derivación hacia la moral del hampa, hasta en sus virtudes.

Mas, los cuadros están faltos de marco adecuado. Por sobre el patetismo de clisé no se columbra un personaje de envergadura y calado que acabe de perfilarse por completo, capaz de impartirle elevación a la obra. Bien está que una novela no presente más que un sector limitado, pero éste ha de ser como el pequeño ojo de la cerradura, por el que se percibe un mundo más vasto. Serpa, al mostrar no más que los desechos de la revolución con su fraseología postiza, los aísla del proceso a que pertenecen, falseando así la realidad, a cuyo fondo no llegan las atinadas críticas del doctor Dávila, portavoz de los desengañados retraídos. Después de los baños de sangre que ha padecido la república en los últimos años, tras la interminable lucha agónica de sus hijos por alcanzar una forma superior de convivencia dentro de un régimen de libertad, justicia y progreso, que la víctima inocente sea un agente del servicio de represión, resulta un sarcasmo sangriento, a lo que hay que añadir la cursilería de novela radial del sentimentalismo

chapucero de las circunstancias del hecho. El personaje digno de compasión es el pueblo de Cuba en lucha con su trágico destino, no el sabueso caído mientras iba en busca de una influencia para rescatar al ratero, hijo de una vecina buena y servicial.

Después del prólogo, un admirable pequeño interior íntimo con un hombre y una mujer a la mesa, sobre cuya pobreza flota una nube ominosa, Gregorio Ortega empieza su reciente novela donde termina *La trampa* de Enrique Serpa, o sea con el asesinato de un individuo por miembros de una pandilla de pistoleros. También presenta *Una de cal y otra de arena* los mismos productos bastardos de la frustrada revolución cubana de liberación nacional. Se entremezclan ingredientes novelísticos de los géneros de bajos fondos, gansteriles norteamericanos y de la más afortunada, aunque no exenta a su vez de fallas, revolución mexicana. Al igual que en los relatos análogos de esta tercera variante, los protagonistas se escudan detrás de una ideología social o justificación demagógica, ofreciendo un curioso fenómeno específicamente hispanoamericano. En cambio los gangsters norteamericanos no se excusan. Imponen sus extorsiones a punta de pistola o bravatas y amenazas que fundamentan con hechos ejemplares; e incluso para la corrupción sindical no suelen recurrir a demostraciones doctrinales. Gregorio Ortega emplea algunos recursos técnicos de escritores estadounidenses que se dedican a tales sectores, conservando, empero, íntegra la sustancia de nuestro país. Mas, a veces pierde momentáneamente ritmo al detenerse en los retratos individuales, muy ciertos sin embargo. Con todo, resultaría más eficaz contraerse a un rasgo saliente: como en el atisbo de las ligas rosadas y el nudo de la corbata al remangarse Jacobo. Los decorados son elocuentes y están trazados con destreza. Pero el

primer tercio del libro está un tanto recargado de personajes y descripciones, como en los cuadros de los primitivos y los principiantes que con su horror al vacío no pueden dejar un rincón desocupado, o como si el autor no quisiese renunciar a ningún dato valioso, trabajosamente recogido.

Pero Gregorio Ortega tiene buena madera de escritor y probablemente de novelista también, no obstante ciertos resabios reporteriles, peligro inherente al género que cultiva. En este predio, un factor de capital importancia es tener garra, como sucede en la segunda mitad de su novela, donde el relato se torna más orgánico y va cobrando fuerza. Ya no se trata de una sucesión de estampas, sino de un proceso con un substrato inquietante que va haciendo presa en el lector. Bien que un tanto caricaturales, y no existe arte sin más o menos caricatura, de indubitable calado. Entre ellos, Dámaso con sus rezagos romántico-revolucionarios de utopía sansimoniana, el barbero de pertinaces convicciones religiosas que no se ablanda con ninguna violencia y Antero el soldado arribista y encallecido en el que, no obstante, un leve vestigio de humanitarismo constituye una debilidad. La delincuencia juvenil entre los estudiantes de segunda enseñanza, bajo un disfraz político, al revés de la americana, se revela sin atenuantes sentimentales, en toda su crudeza real, en un orden de cosas que permite que las ambiciones espurias se apoderen de los organismos estudiantiles para conquistar desde allí prebendas y posiciones gubernamentales.

De no ser por su despreciable material humano, las pugnas entre los llamados grupos de acción, con lo que tienen de fuerzas ocultas en constante acecho que sitúan a cada adversario en una condición semejante a la del hombre frente al destino, tendrían algo de trágico. Pero a pesar de las limitaciones del medio en que se mueve, en ciertos instantes

Gregorio Ortega logra impartir a su relato una elevación sobrecogedora, como en el caso del asesinato de Lamas por sus rivales, acorralado ante una cerca de púas, en el descampado de un breñal próximo al mar rugiente dentro de la relampagueante boca de la noche. Lo mismo ocurre en los inicios con el fatum que se cierne sobre Romilio y la creciente intensidad de la convulsiva huelga estudiantil que se trunca al borde de un abismo, sin que el lector sepa si habrá de precipitarse la república corrupta, con su epidermis ribeteada de erupciones purulentas.

Enrique Serpa presenta el pistolero juvenil como un engranaje inextricable que aprisiona de modo gradual e imperceptible a quienes delinquen por primera vez, llevados por la corriente de hechos interconexos engendrados por una situación anormal o por el deslumbramiento ante la aureola de los bravucones que alcanzan rápida notoriedad, e incluso por el desafío al valor personal que para ciertas mentes débiles o inmaduras constituye la incitación a participar en una empresa peligrosa. Este juicio no carece de fundamento. Pero Gregorio Ortega, dentro del coto angosto de su novela, integra más cabalmente los protagonistas en el proceso de corrupción social y política que con sorprendente rapidez socava el poder estatal, descompone al aparato administrativo y deteriora por completo el ya desacreditado Congreso. Vastos sectores de la población y parte del estudiantado se desmoralizan. Falséanse los valores y las normas de conducta se subvierten. Reina la confusión. Pero en el pueblo y en el estudiantado subsisten corrientes sanas y una voluntad de rescate. Las pugnas se extienden y acaloran. El terrorismo practicado con arrojo y abnegación por quienes ponían a diario en juego su vida para derrocar al tirano Machado adquirió ribetes de tradición respetable a la sombra de hazañas de legendaria auda-

cia, pero devino un virus que se propagó en sectores estudiantiles que se habituaron al manejo de las armas y a la impune acción homicida. Allí el morbo se agravó. El terrorismo que antaño había minado los cimientos del machadato, se trocó, cuando ya no tenía razón de ser, en el instrumento más eficaz de la juventud proclive a la delincuencia para la consecución de prebendas y sinecuras gubernamentales y jugosos diezmos extorsionados a los comerciantes. Contra estos pistoleros de fraseología revolucionaria se veían obligados a combatir los estudiantes honestos, decididos a contribuir al mantenimiento de la justicia y la seguridad, dentro de un pulcro y bien estructurado orden democrático, orientado hacia el mejoramiento gradual de las condiciones económicas y sociales del país. Gregorio Ortega deja entrever la cruenta pugna entre esta aspiración y el bandolerismo político, pero no llega a su culminación. Hubiera cabido esperar un desenlace más feliz que el otorgado por la historia, de no haber truncado bruscamente el golpe del 10 de marzo de 1952 la trayectoria, ascendente a pesar de todo, de la joven república.

CORRIENTES DE PENSAMIENTO EN LA REPÚBLICA

La república nace y crece bajo el signo del positivismo, pero en la primera década y media Rodó ejerció un influjo considerable, o tal vez una atracción, sobre algunos intelectuales ansiosos de emanciparse de la coyunda del craso y degradante utilitarismo que empezaba a introducirse en Hispanoamérica. El arielismo mostraba un elevado plano de vida serena y armoniosa, al que podían acceder quienes estaban dispuestos a desasirse del fardo que gravaba sus esfuerzos por alcanzar un grado superior de existencia, más libre y pleno, sin ataduras pedestres. Pero se trataba de un idealismo que, si bien respondía a una seria necesidad de afinamiento, resultaba demasiado contemplativo ante los urgentes imperativos materiales del momento. Lo más perentorio en Latinoamérica era conquistar la independencia económica y reestructurar la sociedad sobre nuevos y sólidos cimientos. Precisaba llevar a ese campo el progreso espiritual del proteísmo de Rodó, y a esa meta conducía el pensamiento de José Ingenieros, el cual imprimió una dinámica al empinado hedonismo de aquél. Sin dejar de combatir la vulgaridad, insufló un sentido constructivo a la prédica proteica de Rodó, al que habría de sustituir muy pronto en la función de orientador continental, y fácil es de comprender su rápida penetración en nuestra joven república, tan apremiada como estaba por aprender a andar sola y levantarse sobre bases sólidas.

A la actitud contemplativa del pensador uruguayo, José Ingenieros oponía la acción. Fustigaba la mediocridad y la rutina, a fin de que surgiese una élite pujante y creadora. Penetrado del evolucionismo darwiniano, creía en la supervivencia de los más aptos y, por consiguiente, en un proceso selectivo aplicado al campo social, donde los más capacitados han de encabezar e imponer el progreso humano. De allí su ardiente apología de la personalidad, de los caracteres fuertes de la originalidad. Su estilo se torna rimbombante a medida que se aleja de la influencia de Rodó, lo cual se explica, dada la índole de sus prédicas. Vargas Vila, con sus hueras resonancias, con sus frases vaciadas del prístino contenido, con sus exageraciones y vulgaridades grotescas, representaba la caricatura del pensador argentino. En la filosofía social de Ingenieros se entrelazan el idealismo y el cientificismo. Temeroso, empero, de los delirios de la metafísica, creía en ella tan sólo a la manera de Aristóteles, «como especulación trascendente de los datos de la física», conforme apunta el venezolano Rangel Báez. Empírico convencido, ve en el ideal una formidable fuerza propulsora.

Enemigo de las doctrinas inmutables, afirma que «al antiguo idealismo dogmático que los ideólogos pusieron en las ideas absolutas,... nosotros oponemos un idealismo experimental que se refiere a los ideales de perfección, incesantemente renovados, plásticos, evolutivos como la vida misma». Visionario práctico, declara que «la imaginación conduce por la mano a la experiencia. Que, sola, no anda». «Aristóteles enseñaba que la actividad es un movimiento del ser hacia la propia “entelequia”: su estado perfecto», recuerda, y añade en otra parte, «la hipótesis vuela; el hecho camina». Por momentos exhibe ribetes nietzscheanos, al igual que Vargas Vila, al atacar la honestidad, la hipocre-

sía, la religión y la domesticidad, así como en su exaltación de la personalidad. Al propio tiempo presagia el providencialismo de la doctrina aprista, en asertos como este: «Ningún filósofo, estadista, sabio o poeta alcanza la genialidad mientras en su medio se siente exótico o inoportuno; necesita condiciones propicias de tiempo y de lugar para que su actitud desempeñe una función.» Andando el tiempo, con estos gérmenes deterministas, se encamina, no obstante, hacia el socialismo.

Esta ardiente fe progresista, fundamentada en la biología, proporcionó el reactivo necesario a los cubanos ansiosos de rescatar su país, sumido en un derrotismo letal. Las pujantes exhortaciones de Ingenieros, bien que declamatorias, o tal vez por lo mismo, animaron a quienes estaban dispuestos a levantar la patria del fondo del abismo en que había caído al rayar el tercer decenio de su existencia. *El hombre mediocre* y *Las fuerzas morales* constituyeron un *vademecum* de la juventud. Por otra parte, el hombre que había movilizado a los estudiantes del Continente contra las viejas prácticas pedagógicas y administrativas, induciéndoles a participar en el gobierno de las universidades, no podía menos de encender el entusiasmo de nuestra llamada generación del '30, la cual desempeñó un papel de suma importancia en el derrocamiento de Machado. Por lo demás, nuestra literatura de combate de aquellos años delata un indubitable influjo de Ingenieros.

Enrique José Varona tenía demasiados ribetes de filósofo para encabezar un movimiento de afirmación republicana; y Manuel Sanguily, que sí hubiera podido galvanizar las masas, estaba convencido de que la posición geográfica y económica de Cuba hacían de su independencia interior y exterior una quimera. De hecho, ambos habían

perdido su fe en la república. El primero, por su disciplina de investigador que comprueba de continuo la veracidad de sus observaciones, lo ponía todo en duda, tanto por hábito como por sistema. Hombre de gabinete, no bajaba a la calle. Ese tipo de acción le parecía más fútil a medida que los resultados de sus investigaciones asentaban en él la convicción fatalista de que el mundo estaba regido por un determinismo inexorable. Claro que la Enmienda Platt y las claudicaciones subsiguientes, al par que la desintegración moral del país, habían influido de modo decisivo en la reticencia de los dos intelectuales; pero, especialmente en el caso de Varona, la excesiva miopía de su pragmatismo, le hizo perder de vista los horizontes más lejanos, hacia los cuales dirigía su «proa visionaria» José Ingenieros, cuya patria no había sufrido los aniquiladores golpes que desde el exterior le fueron propinados a la soberanía de Cuba, en los albores mismos de su vida independiente. Varona traiciona la honda amargura de su decepción en esta sentencia: «La historia se reduce a remotos, vagos y tenues indicios de algo que pudo haber sido.» Sin embargo, por la ceñida sobriedad de su expresión, por el rigor de sus investigaciones, la concisa claridad de sus bien sustanciados asertos, la madurez de sus conceptos, tiene más talla de pensador que el vibrante propagandista argentino, si bien ambos pertenecen, con matices propios, al empirismo de su época —con más visos de vitalismo, éste; más sociólogo positivista, aquél.

Parece ironía su publicación en 1903, precisamente al rayar la república, de su *Fundamento de la moral*. Allí consigna que en las sociedades divididas en oprimidos y opresores se estima la duplicidad y la astucia, virtudes de los débiles, concepto a cuya formación contribuyó probablemente su propia experiencia bajo el régimen colonial y sus

rezagos. Por eso comparte, asimismo, la opinión de que el medio social modifica los estados emocionales, al par que la teoría de la herencia como factor en lo moral, ya que el individuo es un foco en el que convergen distintos rayos, creando rasgos adquiridos o modificados. Divide los sentimientos en tres categorías: biológicos, psíquicos y morales; lo cual no está en desacuerdo con las tendencias psicológicas actualmente predominantes. Y en efecto, recoge con sagaz comprensión las más recientes ideas de su tiempo, adoptando el postulado somático de Ribot sobre los sentimientos; pero en lo tocante a lo social es evidente que su criterio fue informado de modo considerable por los efectos de la dominación española, los cuales le hacían abundar aún más con Taine en lo tocante a la importancia del influjo del medio. Todo ello debió afianzar su creencia en la ley del menor esfuerzo, y de que el hábito se aloja en la indiferencia subjetiva. Vivió e interpretó, pues, cabalmente su momento histórico. Mas, no obstante su determinismo materialista, echa por tierra el utilitarismo craso de Bentham, al afirmar que hay distintas clases de egoísmo en que interviene la síntesis intelectual. Así morigera su escepticismo proclamando su fe en la cultura, la cual proporciona al hombre que la posee más motivos para ser moral. También limita el alcance del factor social, cuya influencia no extirpará, según asevera, lo que encuentra en el agregado individual, pero lo modificará. Artista al cabo, reconoce que la conciencia moral depende, asimismo, de la sensibilidad.

Con el andar del tiempo se sumirá cada vez más en el pesimismo, delatando su sentimiento de impotencia en aforismos de este jaez: «Nuestra vida implica el más tremendo conflicto lógico. No conocemos sino lo general; y no vivimos sino lo individual. Por eso todas las teorías mora-

les quiebran lastimosamente en la práctica.» Sombrio presagio de la fenomenología existencialista. Por otra parte, cuando la república cumplía unos veinticinco años, se pregunta: «¿Nuestra vida apolítica ha sido un progreso?» Y a renglón seguido se contesta: «Sí, un encharcamiento progresivo.»

Enrique José Varona, con todo el acendrado rigor de su pensamiento, no era, pues, el llamado a impulsar una fuerte corriente renovadora. Espíritu demasiado crítico y analítico, alumbraba, pero no podía encender la pasión por las grandes causas. Ello no obsta para que la presencia de una mente tan preclara y excelsa constituyese un orgullo al par que un ejemplo para los cubanos. Cabe apuntar, sin embargo, que, dentro de la penuria y decadencia del pensamiento especulativo de nuestra etapa republicana, la actividad filosófica no estuvo del todo ausente. Junto con el metafísico tomista Mariano Aramburo y el helenista matancero Fernando Lles, podemos señalar, a despecho de su descarrilamiento político que habría de convertirlo en esa suerte de atemperado Vallenilla Lanz del César Machado, a Alberto Lamar Schweyer. Su libro sobre Nietzsche atestigua a la vez la persistencia del influjo del apólogo de Zaratustra y el origen intelectual de la asociación de dicho escritor con la dictadura. Sin embargo, los ensayos del mismo revelan una notable información sobre el momento filosófico de su época y atisbos previsores de un interés que no sería justicia pasar por alto, cualquiera que sean los reparos de orden personal. Así, señala en 1923 que nada hay más ilógico que el pensamiento humano, basándose en interpretaciones recientes de la historia de la filosofía. También declara que «un soplo anárquico ha barrido el campo filosófico...» y que empiezan a derrumbarse los dogmas, «adquiriendo visos de certeza ciertas explicaciones». Y agrega que Enrique Poincaré demuestra cuán poco estable

es el edificio de las matemáticas. Las viejas hipótesis inconvencionales conviértense en suposiciones y Euclides cae en desuso a fines del siglo pasado. Consigna, asimismo, la tendencia a considerar la materia como equilibrio de energía contra el concepto cartesiano de extensión, leibnitziano de esencia y spinoziano de causa, al par que la disociación de la materia, tomando el átomo como fuente de energía y no receptáculo. «La filosofía actual depende del laboratorio», afirma, pero se pregunta «¿seguirá siendo así?»

Sostiene que el neocriticismo hacía depender la filosofía demasiado del laboratorio, pero considera excesivamente liberal a Bergson, cuyo intuicionismo fue también objeto de burla por parte de Varona. Hay que destacar, sin embargo, la óptica previsor de Lamar Schwyer cuando escribe: «Dueño absoluto de la humanidad primitiva, el misticismo pesa hoy sobre nosotros y en lucha abierta con la lógica racional, logra en ciertos casos vencerla.» Mientras tanto iba a surgir la dictadura de Machado, con su miseria y persecución, exacerbadoras de antagonismos e incubadoras de odios. Con sus bárbaras medidas de fuerza desencadenó los extremismos y recrudeció las luchas sociales, propiciando un auge extraordinario del marxismo.

Pero a partir de los últimos años de la tercera década del siglo se esboza en las generaciones que conocieron el machadato, sin que tuviesen, no obstante, edad suficiente para participar en su derrocamiento, un viraje inspirado en el raciovitalismo de Ortega, y Carlos González Palacios condenará al través de un amplio ensayo las orientaciones de Varona, especialmente en el dominio de la enseñanza. Conforme anota Humberto Piñera, el contacto con los intelectuales desterrados por la guerra civil española, que arribaron a nuestras playas, despertó en la juventud cubana un nuevo interés por la filosofía. A poco, siguiendo cier-

tas corrientes europeas, se produce una creciente reacción antideterminista y un salto hacia los espacios ilimitados de la metafísica, reputada por Varona como teniendo algo de magia, brujería, o por lo menos de prestidigitación, o como «una telaraña de hilos de oro, irisada por el sol de la poesía», que por momentos le parece «sublime». Pero, por su parte, los jóvenes de las nuevas promociones se niegan a considerar, como él, que la moral procede de lo social, prefiriendo adherirse al concepto de Francisco Romero; y ante la crisis ya vilumbrada por Lamar Schwyer, se dan a una revisión de la teoría de los valores. El período de calma y prosperidad relativa frente al caos mundial, que se abre con la década de 1940, produce una floración del pensamiento especulativo. Se funda la Sociedad Cubana de Filosofía, caja de resonancia que recoge las voces del pensamiento universal, y donde predomina el grito de angustia existencialista entre expresiones más contenidas de racionalismo, neopositivismo, neotomismo e intuicionismo. En este grupo conviven Humberto Piñera, Máximo Castro, las hermanas García Tudurí, Justo Nicola, Vicente Aja, Dionisio de Lara y otros, perdiendo a veces de vista la realidad, por lo que podría acaso aplicárseles sin malicia, aunque no sin ironía, la sentencia de Varona: «La filosofía es el opio de los que no se tienen por pueblo.» Mientras tanto, en José Antonio Portuondo, Guy Pérez Cisneros, Lezama Lima, Cintio Vitier, Salvador Bueno y Ramón Loy, se advierte un despertar de la crítica, adormecida desde los tiempos de Piñeyro y Bobadilla. También tiene importancia el cotidiano trabajo de divulgación de los nuevos valores, realizado a través de la prensa por Rafael Marquina y Adela Jaume.

EL ESQUEMA GENERACIONAL

Al término del primer medio siglo del proceso cultural de la república, es dable ofrecer un esquema de las sucesivas generaciones que en el mismo intervinieron. Para ello viene como anillo al dedo el nítido trabajo de indagación y ordenamiento realizado por Raimundo Lazo. Pasamos por alto la parte preliminar, donde el autor expone, tras de una crítica sagaz de las deficiencias y la rigidez de la teoría elaborada por los predecesores, un concepto más elástico, enriquecido por las jugosas observaciones derivadas de la aplicación práctica efectuadas hasta el presente. Si bien el énfasis puesto en la voluntad como factor activo redundaba en un apriorismo que nos parece un tanto excesivo, y aun cuando no compartimos la teoría generacional misma, el lúcido ensayo, con su acucioso y profundo estudio de nuestro pasado literario, presenta un orden de agrupaciones en función del momento correspondiente a cada una que permite una estructuración del conjunto evolutivo. Sería punto menos que imposible resumir tan condensado trabajo, por cuanto equivaldría a quintaesenciar la quintaesencia. Nos contraemos, pues, a ceñirnos escuetamente al mismo.

Discierne Raimundo Lazo en *La teoría de las generaciones y su aplicación al estudio histórico de la literatura cubana*, once generaciones en poco más de siglo y medio de movimiento literario definido. De estas promociones históricas, seis se relacionan en parte o totalmente con la

república Entre ellas, distingue dos generaciones finiseculares. Tan sólo incluiremos aquí los nombres citados en nuestro trabajo. La primera es la de Enrique Piñeyro, (1839-1911), Manuel Sanguily, (1848-1925), Enrique José Varona, (1849-1933), Raimundo Cabrera, (1852-1923); la generación de Martí, (1853-1895), cuyos límites pueden extenderse hasta Juan Gualberto Gómez, (1854-1933). La segunda generación finisecular es la de Aniceto Valdivia, (1859-1927), Manuel de la Cruz, (1861-1896) y Alfredo Zayas, (1861-1934). «Los primeros se incorporan a la gestión histórica en los años de la guerra del 68; literariamente son los últimos seguidores del romanticismo del siglo XIX, aunque en algunos de ellos como en Martí, el más genial, se perfila ya un arte nuevo...» «La segunda generación finisecular... se diferencia... de la primera en lo literario, por la generalizada adhesión al impulso renovador modernista...» Durante el siglo actual podemos distinguir tres generaciones con obra hecha, y una que apenas se inicia al promediar esta centuria.

«Hacia 1880, nacen los hombres de la primera generación republicana, la que iniciará su gestión histórica con la república.» Se divide en dos grupos: el que inicia sus actividades cerca de 1900, y el que las desarrolla, indudablemente con más pugnacidad y gusto más exigente, hacia 1910. En el primero predomina el lirismo, la admiración a los antecesores inmediatos, el gusto por lo oratorio y la afición al tema heroico nacional; en el segundo hay tendencia a la crítica, mayor sobriedad y la nota cosmopolita sin perjuicio del sentimiento americanista de los tiempos felices del arielismo, que permite cultivar el optimismo sin gran esfuerzo. A ella pertenecen Miguel de Carrión (1875-1929), Regino Boti (1878), Jesús Castellanos (1879-1912), Fernando Ortiz (1881), Carlos

Loveira (1882-1928), Mario Guiral Moreno (1882), Fernando Lles (1883-1949), Carlos de Velasco (1884-1923), Alfonso Hernández Catá (1885-1940), Max Henríquez Ureña (1885) José Sixto de Sola (1888-1916), José Manuel Poveda (1888-1926), Luis Felipe Rodríguez (1888-1947), Emilio Roig de Leuchsenring (1889), Enrique Gay Calbó (1889). En José Antonio Ramos, en parte desarraigado, la nostalgia agudiza la preocupación cubana y Luis Felipe Rodríguez se incorpora a la obra de la generación siguiente.

«En la tercera década del siglo aparece la segunda generación de los tiempos de la República, promoción cuyo advenimiento y triunfo queda encerrado entre las dos últimas guerras mundiales. Sus hombres viven hoy los años de una madurez bien lograda...» «Las fechas de nacimiento de los componentes de esta promoción se extienden desde el comienzo de la última década del siglo XIX hasta las proximidades de la primera guerra mundial.» Así aparecen en 1891 Mariano Brull y Félix Lizaso; en 1893 J. M. Chacón y Calvo y José Z. Tallet; en 1894 Manuel Navarro Luna y Miguel de Marcos; en 1897 José A. Fernández de Castro; en 1898 Jorge Mañach y Juan Marinello; en 1899 Rubén Martínez Villena, Enrique Serpa, Rafael Esténger y Carlos Márquez Sterling; en 1900 Francisco Ichaso, Núñez Olano, Carlos Montenegro, Aurelio Boza Masvidal, Félix Soloni y Lydia Cabrera; en 1901 Pablo de la Torriente, Herminio Portell Vilá; en 1902 Alberto Lamar Schweyer, Carlos González Palacios, Enrique Labrador Ruiz y Nicolás Guillén; en 1903 Elías Entralgo, Roberto Agramonte, Alejo Carpentier; en 1905 Lino Novás Calvo; en 1909 Raúl Roa; en 1910 Emilio Ballagas.

Confirma Raimundo Lazo que «a los hombres que irrumpieron en la historia de Cuba examinando, con crudeza y hondura, la crisis de la República, y pidiendo a ésta

rectificaciones urgentes demandando resonancias para las preocupaciones e innovaciones de los nuevos tiempos, publicando una *revista de avance*... a esta generación que ha querido llevar la inteligencia, gobernada por las ideas, por la fidelidad a los principios, a la política, a muy diversas clases de política, ha sucedido otra promoción puramente especulativa que, cualquiera que sea la justificación que de tal conducta se intente, significa apartamiento de la realidad social, olvido de las circunstancias en busca de un arte para iniciados, de puras esencias poéticas...»

SALDO

La república nunca se repuso de las drásticas podas que sufrió en sus entrañas la víspera misma de su llegada al mundo. La inmolación de Martí, Mitjans, Casal y Manuel de la Cruz equivalía al cercenamiento de los nervios más sensibles de su sistema afectivo. Sin sus más finos y delicados órganos de percepción emocional, quedaba como entumecida, paralizado el sentimiento que aventaba la llama creadora. La fragua interior se detuvo y un frío letal invadió el taller literario. Los hilos estaban cortados, de suerte que las corrientes emotivas no circulaban. El ser que había engendrado dos grandes precursores del modernismo, se sumía en la esterilidad poética. Sólo conservaba un muñón preclaro de su cerebro, contaminado sin embargo de escepticismo y contrayendo su atención al crecimiento físico, pese a lo cual la salud corpórea prosperó poco y la moral menos todavía. Así, las bien intencionadas pautas pragmáticas sentadas por Varona desde la cabecera, durante las horas del parto, por orden de la comadrona, encaminadas a desarrollar la educación técnica exclusivamente, a expensas de la humanística, habría de producir una criatura inculta, ajena a las preocupaciones morales y espirituales, truncadas ya por la pérdida prenatal de sus fibras más sensitivas.

En la primera etapa republicana, la cual termina en 1933, las células cancerosas de los aprovechados de la guerra de

independencia aniquilan las más sanas, las de los verdaderos patriotas que repudiaban las tácticas deshonestas. Los más voraces y menos escrupulosos se adueñaron del poder, desde donde dominaban al resto de los cubanos, reducidos a depender del Estado o de las empresas extranjeras. No les quedaba otro recurso: depauperados por las guerras de independencia, no habían tenido tiempo de resarcirse de sus pérdidas, por cuanto ya no disponían de la mayor parte de sus fuentes de riqueza y, presionados como estaban por la necesidad, las pocas que aún tenían se les escapaban de las manos, a causa de su inexperiencia comercial. Por su parte, las mejores plumas se veían obligadas a plegarse ante los políticos que se habían posesionado de las riendas del gobierno, a consumirse en la penuria o a embotarse bajo la carga de un quehacer profesional. Después de la caída de Machado, se inicia un período de recuperación nacional, merced a la protección de la mano de obra del país, que también se había visto privada de medios de subsistencia por la competencia desleal de la importada; al par que a través de restricciones arancelarias destinadas a favorecer la industria, que hallaría, por su cuenta, un nuevo estímulo en la segunda guerra mundial. Mientras tanto, un ingente cúmulo de leyes sociales iría afianzando la seguridad y la fuerza de la clase trabajadora. Al propio tiempo, los sectores económicos cubanos se ampliaron y fortalecieron, y los azucareros reconquistaron parte de sus posesiones.

Pero, si la revolución nacional de 1933 dio al traste con la plaga del veteranismo acaparador de la administración y sus prebendas, y fortaleció la posición del nativo, desató un plebocracia que invadió e inficionó todas las esferas de la nación. Los advenedizos, los arribistas y los aprovechados sedicentes revolucionarios asaltaron el poder y el tesoro

ro, lo mismo que antaño los malos veteranos, supuestos o verdaderos segregaron a los pulcros, subvirtiendo valores y deteriorando todo cuanto tocaban. La osadía, la vulgaridad, la ignorancia y la piratería administrativa se enseñorearon del país. Fácil es imaginarse las repercusiones culturales de ese descenso ético y social. Las artes y las letras quedaron sepultadas por esa ola de apetitos bajos, de codicias feroces, de nulidades encumbradas, donde los que se habían dado por entero a la producción de una obra de calidad tenían que ceder el paso a los improvisados, beneficiarios de los gobiernos de Batista y Grau San Martín.

Mas, buena parte de la culpa por la desestima en que cayeron las obras de creación, debe achacarse al propio Varona, quien, al pensar no más que en la construcción material de la nación, dejó la patria intelectualmente inerme para su defensa, sin vista para los verdaderos peligros y carente de esa actividad espiritual que madura los valores morales. La miopía de esa educación utilitaria, ceñida a los fines inmediatos, ha redundando en una ominosa indiferencia hacia las artes y las letras, aniquiladora del progreso espiritual. Ahora el público lee sólo con miras prácticas, para adquirir conocimientos que puedan aumentar sus ganancias o propiciar su medro social. De sensibilidad encallecida, inasequible a las motivaciones más finas de la belleza, busca el placer en distracciones elementales y no en las emociones de la lectura. Ha perdido el gusto por la buena prosa y los giros sabrosos, de suerte que su lenguaje se ha tornado pobre y desabrido. En la desolada oquedad de su vida interior no caben problemas psicológicos, ni matices insólitos, ni sutiles estados de ánimo. Los escritores mismos propenden a dedicarse a tareas de erudición, más remunerativas y apreciadas. Así, en el primer período

republicano el número de novelistas es proporcionalmente mayor que en el segundo.

En resumen, las causas principales de la actual decadencia literaria son las siguientes: la pérdida irreparable de las mejores plumas de fines de siglo, las taras coloniales, el sentido puramente utilitario de la enseñanza, la represión machadista y el opio tóxico de la radio, destructora del hábito de la lectura; a más de la depredatoria invasión de los aprovechados de la revolución, ya apuntada. Con todo, la independencia y el movimiento de rescate nacional de 1933, han sido de un incuestionable beneficio social y el poder del estado cubano ha crecido. Las fuerzas retrógradas del caudillismo político declinan y la conciencia popular se afirma con creciente pujanza. Pero lo que se precisa es una revisión de las normas educacionales, buenas para las necesidades inmediatas de los primeros años de independencia pero insuficientes para desarrollar el juicio de una nación próxima a la adultez, con sus costumbres domésticas a la zaga de la economía.

Una educación humanística proporciona un auxilio inapreciable para perfeccionar y afinar la forma, y el conocimiento filosófico habilita para hacer el análisis y la síntesis del contenido, captar con agilidad su significado y descubrir sus conexiones con las grandes corrientes motrices. La carencia de estos instrumentos en la casi totalidad de nuestros novelistas resulta lamentable, siendo más tangible aún en los contemporáneos. Entre éstos, sin embargo, espigan algunos que reparan con ahínco esa deficiencia. Lamar Schwyer distó mucho de ser un escritor inculto, y Labrador Ruiz, Alejo Carpentier, y Virgilio Piñera son magníficos prosistas que manejan con fina sensibilidad y donosura todos los recursos del oficio. La crítica, con raras excepciones ausente desde los albores del siglo a causa de

la inmadurez republicana, ahora tiene un sagaz exponente en Guy Pérez Cisneros. El grupo de la revista *Orígenes* se da con monástica dedicación, pasando lo mismo de la filosofía de lo inmediato existencial a lo trascendente, de lo racional a lo intuitivo, para expresar los más inasibles matices del espíritu, las más alquitaradas esencias, las convulsiones del inconsciente, con un lenguaje libre a la par que depurado, y simbólico, más propincuo a la poesía que a la prosa. Estas minúsculas bandadas que vuelan sobre un océano de vulgaridad auguran, quizá, mejores tiempos. La presencia de tales minorías, que por pequeñas que sean, son las que siempre han marchado a la vanguardia, mantienen la continuidad literaria, aun cuando el público embotado por los deportes, refractario a las vivencias del alma, prefiera los escarceos musculares a los del ingenio, las experiencias físicas a las de la sensibilidad, lo concreto a lo abstracto, lo materialmente útil a lo puramente creativo. La riqueza exterior a la interior. En cuanto a lo demás, recordemos que el propio Varona, positivista radical, afirmaba que un hombre culto tiene más motivos para ser moral. Y si se logra contener la horda de hambrientos advenedizos de la revolución del '33, hay sobrados motivos y circunstancias que pronostican un cambio de clima social, más favorable a la floración literaria al par que a la cosecha económica. No será una república perfecta, pero tampoco vulgar, ni lechuza ni paloma, lozana pero no insensible, en cuyos profundos ojos sensuales titila una chispa, que llevará con propiedad una estrella en su gorro frigio. Tal era la perspectiva en 1952 antes de que el golpe del 10 de marzo, obstruyera el curso de las fuerzas renovadoras dentro del cauce democrático.

ÍNDICE ANALÍTICO

- ABC*. 145.
Abela, Eduardo. 158-160.
Acosta, Agustín. 98.
Acosta, Francisco. 96.
Acosta, José Manuel. 98.
Agramonte, Roberto. 148, 289.
Ainciarte, Antonio. 191.
Aja, Vicente. 286.
Alain (Émile Chartier). 263.
Albarrán, Joaquín. 27.
Aldereguía, Gustavo. 218.
Alonso, Dora. 255.
Álvarez (el «Gallego»). 184.
Anderson, Sherwood. 146.
Anenkoff, Yuri. 146.
Aquino, Tomás de. 271.
Aramburo, Mariano. 19, 20, 22, 269, 271, 284.
Arango, Miguel. 114.
Araquistain, Luis. 145.
 «La agonía antillana». 146.
Ardévol, José. 152.
Aristóteles. 280.
Arjona, Marta. 265.
Armas, José de. 207.
Arp, Hans. 147.
Arroyo, Anita. 265, 266, 268.
Asbert, Ernesto, general. 67.
Azcárate, Carlos. 72, 73.
Azevedo, Luis de. 129.
 El conventillo. 129.
Azorín (José Martínez Ruiz). 28, 145.
Azuela, Mariano. 146.
Bacardí, Emilio. 96.
 Magdalena. 96.
Bach, Juan Sebastián. 151.
Báez, Rangel. 280.
Bailey, Teodoro. 94.
Ballagas, Emilio. 160, 289.
Balzac, Honorato de. 171.
Baquero, Gastón. 260.
Baralt y Zacharie, Luis A. 58, 63, 98.
Barañano, Leonardo. 263.
Barbey d' Aurevilly, Jules. 33, 162, 248.
 «La venganza de una mujer» (*Las diabólicas*). 248.
Barbusse, Henri. 118.
Barrès, Maurice. 96.
Batista y Zaldivar, Fulgencio. 160, 174, 207, 259, 293.
Batlle, José. 221.
Baudelaire, Charles. 81.
Beecher. 30.
Bentham, Jeremy. 283.
Bergson, Henri. 30, 80, 138, 146, 285.

- Bernal del Riesgo, Alfonso. 218.
 Bernard, Claude. 36.
 Betancourt, Pedro. 195.
 Blanchet, Emilio. 58.
 Blanco Fombona, Rufino. 58.
 Blanco, Rafael. 97.
 Bobadilla, Emilio (*Fray Candil*).
 22-28, 31, 98, 172, 256, 286.
 A fuego lento. 24, 26, 28.
 Bonaparte, Napoleón. 124.
 Borés, Francisco. 146.
 Borrero Echevarría, Esteban. 97.
 Borrero, Juana. 97.
 Boti, Regino. 58, 63, 64, 288.
 Bourget, Paul. 30, 31, 33, 77.
 Boza Masvidal, Aurelio. 289.
 Brindis de Salas, Claudio. 158.
 Brull, Mariano. 98, 289.
 Bueno, Salvador. 286.
 Byrne, Bonifacio. 216.
 Cabrera, Lydia. 289.
 Cabrera, Raimundo. 13, 16, 17,
 19, 20, 47, 66, 75, 78, 96, 114,
 125, 140, 210, 216, 288.
 Cuba y sus jueces. 13.
 Mis buenos tiempos. 13.
 Sombras eternas. 20, 21, 47.
 Sombras que pasan. 66, 75,
 96, 140.
 Caffery, Jefferson. 207, 238.
 Calvo, Miguel. 184.
 Calzada, Andrés. 266.
 Camaño de Cárdenas. 208.
 *El intervencionismo, mal de
 males de Cuba republicana*.
 208.
 Carbó, Sergio. 98, 183.
 Carco, Francis. 162.
 Cardoza y Aragón, Luis. 147.
 Carpentier, Alejo. 98, 144, 147,
 149, 151, 154, 159, 175, 218,
 289, 294.
 El acoso. 174, 175.
 La música en Cuba. 151.
 Carrión, Miguel de. 26, 68, 70,
 71, 73, 74, 76-79, 83, 85, 96,
 114, 125, 143, 164, 165, 241,
 251, 288.
 Las honradas. 68, 71, 74, 75,
 79, 96, 125, 241.
 Las impuras. 68, 75, 78, 83, 85,
 125.
 Caruso, Enrico. 96.
 Casal, Julián del. 29, 30, 33, 63,
 291.
 Casanovas, Martí. 144, 149, 159.
 Castellanos, Jesús. 22, 29-34, 57,
 59, 80, 81, 269, 288.
 Los argonautas. 33, 59.
 La manigua sentimental. 33.
 «El llanto de las hadas». 34.
 «Un epicúreo». 33.
 Castro, Marta de. 265.
 Castro, Máximo. 286.
 Casuso, Mario. 44.
 Cervantes, Ignacio. 158.
 Céspedes, Carlos Miguel de. 124,
 201, 206, 207, 237.
 Cezanne, Paul. 118.
 Chabás, Juan. 146.
 Chacón y Calvo, José María. 58,
 98, 216, 217, 259, 260, 289.
 Chagall, Marc. 146.
 Chaplin, Charles. 245.
 Chapman, Charles E. 149.

- A History of the Cuban Republic*. 149.
- Chapotín, Isabel. 267.
- Chic. 99.
- Chirico, Giorgio de. 146.
- Cimarroso, Domenico. 151.
- Cisneros, François Guy de. 93, 95-97.
- El dandismo de tres cubanos*. 95.
- «Una gitana de Boston». 96.
- Cisneros, Rafael A. 104, 105, 108.
- La danza de los millones*. 104, 109.
- Clarín* (Leopoldo Alas). 23.
- Claudé, Paul. 97, 263.
- Clavileño*. 99.
- Clemente II. 124.
- Coeuroy, Andrés. 157.
- Concha, general (Gutiérrez de la Concha, José). 15.
- Conrad, Joseph. 162.
- Constant, Benjamín. 248.
- Adolfo*. 248.
- Contreras, Francisco. 58.
- Coolidge, Calvin. 180.
- Coppée, François. 31.
- Corona, Manuel. 127.
- Coronado, Manuel María. 195.
- Cortina, José Manuel. 56.
- Cossío del Pomar, Felipe. 262.
- Costa, Octavio R. 132, 193.
- Couceiro, Manuel. 161.
- Coyula, Miguel. 221.
- Cristo. 223.
- Crowder, Enoch. 114, 199, 200, 205.
- Cruz, Carlos Manuel de la. 183.
- Cruz, Manuel de la. 11, 29, 288, 291.
- Cuba Contemporánea*. 56, 58, 60, 63, 91, 217.
- Dante Alighieri. 232.
- El infierno (La divina comedia)*. 232.
- Darío, Rubén. 34, 81, 96, 98.
- «París de noche». 96.
- «El rubí». 34.
- Daudet, Alfonso. 30.
- Debussy, Claude. 151.
- Peleas y Melisenda*. 151.
- Delgado Montejo, Alberto. 165.
- Desvernine, Pablo. 199.
- Diaghileff, Serge. 97.
- Diario de la Marina*. 189, 220.
- Díaz Albertini, Rafael. 158.
- Díaz-Plaja, Guillermo. 146.
- Dolz, Ricardo. 85.
- Don Segundo Sombra* (Ricardo Güiraldes). 148.
- D' Ors, Eugenio. 146.
- Dos Passos, John. 77, 104, 171.
- Dreiser, Teodoro. 77.
- Duhamel, Georges. 74.
- Duvernois, Henri. 95.
- «El equívoco». 95.
- Eça de Queiroz. 15, 97.
- El aprendiz de brujo* (Camile Saint-Saëns,) 151.
- El Figaro*. 91, 97.
- El Mundo*. 195, 220.
- El Pensil*. 63.
- El Triunfo*. 208.
- Enrique III. 124.

- Enríquez, Carlos. 158, 160, 251-253, 255.
Tilín García. 251.
- Entralgo, Elías. 210, 212-216, 289.
Perioca sociográfica de la cubanidad. 210.
- Epaminondas. 26.
- Ernst, Max. 146.
- Escobar, Vicente. 263.
- Espada y Landa, Juan José Díaz, obispo de. 233.
- Esténger, Rafael. 82, 289.
- Estenoz, Evaristo. 57.
- Estrada Palma, Tomás. 17, 39-44, 46, 48-52, 55, 61, 120, 178, 204.
- Euclides. 285.
- Evening Star*. 201.
- Farrar, Geraldine. 96.
- Fernández de Castro, José Antonio. 98, 218, 289.
- Fernández Mendía, Elia Rosa. 265.
- Fernández Sánchez, Leonardo. 218.
- Ferrara, Orestes. 149, 181, 205.
- Figari, Pedro. 147.
- Figarola-Caneda, Domingo. 98.
- Figueras, Francisco. 207.
- Fite, Warner. 148.
- Flaubert, Gustave. 24, 30, 90.
Madame Bovary. 26, 90.
- Focillon. 263.
- France, Anatole. 33, 97.
- Frank, Waldo. 146.
- Freud, Sigmund. 35, 79.
- Freyre de Andrade, Gonzalo. 67, 184, 199.
- Freyre de Andrade, Guillermo. 184.
- Freyre de Andrade, Leopoldo. 184.
- Frobenius. 139.
- Galliano Cancio, Miguel. 64.
- Garay, Sindo. 218.
- Garbalosa, Graciela. 96.
- García Caturla, Alejandro. 152-154.
- García Menocal, Mario. 51, 59, 60, 100, 106, 108, 124, 125, 178, 180, 184, 186, 198, 204, 205.
- García Sierra. 184.
- García Tudurí, Mercedes. 286.
- García Tudurí, Rosaura. 286.
- García Vélez, Mario. 204.
- García, Victor Manuel. 158, 160.
- Gattorno, Antonio. 158, 159.
- Gay-Calbó, Enrique. 62, 98, 289.
- Gaztelu, Ángel. 260.
- Geniaux, Charles. 96.
 «El retrato». 96.
- Gide, André. 77, 80, 263.
- Gil, Heliodoro. 182.
- Giraudy, Ángel. 64.
- Gluck, Cristóbal. 151.
- Goebbels, Joseph. P. 190.
- Gómez de la Serna, Ramón. 145.
- Gómez, José Miguel. 44, 48, 51, 57, 60, 62, 67, 106, 108, 197-199, 204.
- Gómez, Juan Gualberto. 132, 193, 199, 288.
- Gómez, Máximo. 20, 41, 44, 67.
- Gómez, Miguel Mariano. 186.
- Goncourt, (hermanos Edmond y Jules). 70, 77, 112.

- Gonzales, William E. 180, 198, 204.
- González Barros, Bernardo. 58, 97.
- González Freire, Natividad. 256.
Teatro cubano contemporáneo. 256.
- González Lanuza, José Antonio. 30, 40, 60, 63, 207.
- González Llorente, Pedro. 195.
- González Palacios, Carlos. 285, 289.
- González Prada, Manuel. 221.
- González Urbina, Luis. 96.
«El álbum, el abanico y la tarjeta postal». 96.
- González, Ana María. 267.
- González, Hilario. 152, 153.
- Goya y Lucientes, Francisco de. 145.
- Grafos*. 99, 263.
- Gramatges, Harold. 152.
- Grau San Martín, Ramón. 172, 192, 201, 202, 207, 257, 293.
- Gris, Juan. 146.
- Guerra, Agustín. 255.
- Guerra, Ramiro. 48, 115, 149.
Un cuarto de siglo de vida republicana. 115.
- Guggenheim, Harry F. 180.
- Guillén, Nicolás. 160, 289.
- Guiral Moreno, Mario. 60, 61, 63, 289.
- Guyau, Jean Marie. 30.
- Haydn, Joseph. 151.
- Heine, Enrique. 98.
- Henríquez Ureña, Max. 58, 289.
- Henríquez Ureña, Pedro. 58.
- Heraldo de Cuba*. 136.
- Heredia, Nicolás. 31.
- Hernández Catá, Alfonso. 58, 93, 96, 97, 147, 289.
Los bandidos (El bandido, en colaboración con Alberto Insúa). 97.
- Hernández Miyares, Enrique. 216.
- Herrera. 186, 191, 206.
- Hibbert, Fernand. 26.
- Hoover, Herbert Clark. 180, 205.
- Horrego y Estuch, Leopoldo J. 132.
- Hull, Cordell. 208.
- Huxley, Aldous. 77.
- Huysmans, Joris Karl. 31.
- Ibarbourou, Juana de. 98.
- Ibarzábal, Francisco de. 98.
- Ichaso, Francisco. 144, 145, 147, 289.
Examen del embullo. 147.
- Indy, Vicente d'. 151.
Fervaal. 151.
- Infiesta, Ramón. 220.
- Ingenieros, José. 98, 279-282.
Las fuerzas morales. 281.
El hombre mediocre. 281.
- Insúa, Alberto. 97.
Los bandidos (El bandido, en colaboración con Alfonso Hernández Catá). 97.
- Iturralde, Rafael. 124.
- Ivonet, Pedro. 57.
- James, Henry. 22.
- Jarnés, Benjamín. 146.
- Jaume, Adela. 286.

- J. F. Esares Don* (José Fresneda Etchegayen). 131, 248.
El dios maltrecho. 131, 247, 249.
 Jerez Villarreal, Juan. 63.
 Jorge Cardoso, Onelio. 255.
 Joyce, James. 77.
 Jubrias, María Elena. 265.
Justo de Lara (José de Armas y Cárdenas). 59.
Kid Chocolate (Eligio Sardiñas). 55, 182.
 King, W. H. 202.
 Kipling, Rudyard. 57.
 Kisling, Moise. 146.
 Knox, Philander C. 197.
La Discusión. 59, 195, 220.
La Lucha. 48, 220.
La Nación. 199.
 Labrador Ruiz, Enrique. 251, 255, 256, 289, 294.
La sangre hambrienta. 257.
Trailer de sueños. 257.
 Lacret Morlot, José. 196.
 Lafayette, María José, marqués de. 196.
 Lainé, D. T. 207.
 Lam, Wifredo. 161.
 Lamar Schwyer, Alberto. 98, 170, 173, 185-187, 189-191, 284-286, 289, 294.
Cómo cayó el presidente Machado [; una página oscura de la diplomacia norteamericana]. 185.
Vendavales en el cañaveral. 170, 171, 173.
 Lansing, Robert. 204.
 Lara, Dionisio de. 286.
 Lawrence, D. H. 77.
 Lazo, Raimundo. 287, 289.
La teoría de las generaciones y su aplicación al estudio histórico de la literatura cubana. 287.
 León, Argeliers. 153.
 Lewis, Sinclair. 77.
 Leyva, Armando. 64.
 Lezama Lima, José. 160, 260, 261, 286.
Espuela de plata. 99, 260.
Orígenes. 99, 295.
Verbum. 261.
 Lizaso, Félix. 98, 145, 148, 149, 289.
 Llanas Aguilaniedo, José María. 132.
 Lles, Fernando. 148, 284, 289.
 Llewellyn, Richard. 77.
 Lombroso, César. 24, 231.
 Lorrain, Jean. 172.
 Loveira, Carlos. 9, 26, 36, 66, 67, 73-75, 77-79, 83, 85, 96, 107, 110-112, 114, 125, 143, 164, 165, 239, 251, 273, 288.
Generales y doctores. 66, 83.
Juan Criollo. 35, 36, 66, 67.
La última lección. 110, 125, 143.
Los ciegos. 73, 75, 79, 83, 84, 107, 112.
Los inmorales. 83, 85, 96, 111, 112.
 Loy, Ramón. 286.
 Loynaz, Dulce María. 217.
 Loynaz, Enrique. 217.

- Lozano, Alfredo. 161, 261.
 Lugones, Leopoldo. 81
 Lugo-Viña, Ruy de. 98.
 Luque, Adolfo. 55.
 Luz y Caballero, José de la. 58.
- Macaulay, Thomas Babington, lord. 24.
 Machado, Gerardo. 46, 51, 55, 98, 117, 123-125, 129, 141, 149, 160, 170-172, 174, 175, 177-181, 183, 185-188, 190, 191, 200, 201, 205-207, 229, 232, 235, 241, 245, 259, 270, 277, 281, 284, 285, 292.
 Maeterlinck, Maurice. 96.
 Magoon, Charles E. 45, 50, 52, 60, 125, 204, 221.
 Mahoma. 223.
 Malberty, Jose A. 43.
 Mañach, Jorge. 62, 98, 118, 136-141, 144, 145, 147, 148, 259, 289.
Indagación del choteo. 118, 137, 140, 147.
 Marañón, Gregorio. 146.
 Marcos, Miguel de. 243-245, 289.
Fotuto. 243.
 Marcoussis, Louis. 146.
 Mariátegui, Carlos. 148.
 Marinello, Juan. 98, 118, 142, 144, 147, 217, 289.
 Márquez Sterling, Carlos. 197, 198, 202, 208, 289.
 Márquez Sterling, Manuel. 114, 115, 177-180, 192-196, 198-203, 208.
 «A la ingerencia extraña la virtud doméstica». 198.
- [*Las conferencias de Chorebam*] *El cesarismo en Cuba.* 114, 177.
Historia del proceso de la Enmienda Platt. 193, 197.
 Marquina, Rafael. 286.
 Martí, José. 23, 29, 58, 180, 193, 230, 288, 291.
El presidio político en Cuba. 230.
Patria. 11.
 Martínez Pedro, Luis. 265.
 Martínez Ortiz, Rafael. 38, 40-43, 46, 47, 83.
 Martínez Sáenz, Joaquín. 190.
 Martínez Villena, Rubén. 98, 121, 217, 218, 289.
 Masó, Bartolomé. 40, 46.
 Massaguer, Conrado W. 92, 94-98.
Social. 91-93, 95, 98, 99.
 Maupassant, Guy de. 30, 33, 171.
 Mauri, José. 151.
La esclava. 151.
 Max Rafael. 147.
 Mella, Julio Antonio. 177, 218.
 Méndez Capote, Domingo. 195.
 Méndez Peñate, Roberto. 183.
 Mendieta, Carlos. 125, 178, 183, 184, 186, 202.
 Mérida, Carlos. 147.
 Merlín, condesa de (María de las Mercedes Santa-Cruz y Montalvo). 62.
 Mirbeau, Octave. 30, 70, 77.
 Miró, Joan. 146.
 Mistral, Gabriela. 98.
 Mitjans, Aurelio. 29, 291.
 Montalvo, Rafael. 67.
 Montenegro, Carlos. 147, 232-234, 255, 289.

- Hombres sin mujer.* 232.
 Montero, Enrique. 228.
Caras y caretas. 228.
Grandeza y miseria del periodismo. 228.
 Montoro, Rafael. 91.
 Morand, Paul. 172.
 Morúa Delgado, Martín. 132.
Muerte y transfiguración (Arnold Shönberg). 151.
 Murger, Henri. 78, 240.
Escenas de la vida bohemia. 78.
 Mussolini, Benito. 124.
 Navarro Luna, Manuel. 289.
 Nerval, Gerardo de. 97.
 Nervo, Amado. 96, 217.
 Newton, Isaac. 26.
 Nicola, Justo. 286.
 Nietzsche, Federico. 80, 81, 170, 284.
Así hablaba Zaratustra. 80.
 Nijinsky, Vaslav. 96.
 Nolasco, Sócrates. 64.
 Nordau, Max. 24, 30, 112.
 Novás Calvo, Lino. 101, 102, 147, 162, 255, 289.
 «Aliados y alemanes». 101.
Pedro Blanco, el negrero. 162.
 Novo, Salvador. 146.
 Núñez Olano, Andrés. 289.
 O'Neill, Eugenio. 146.
 Orbón, Julián. 152.
 Ortega y Gasset, José. 143, 285.
 Ortega, Gregorio. 275-278.
Una de cal y otra de arena. 275.
 Ortiz, Fernando. 48, 62, 98, 132, 133, 139, 143, 152, 154, 155, 157, 158, 183, 199, 288.
Africanía de la música folklórica de Cuba. 154.
Los bailes y el teatro de los negros en el folklore de Cuba. 139.
 Paisiello, Juan. 151.
 Palacio Valdés, Armando. 144.
Pancho Majagua (Francisco Sabo). 127.
 Peláez, Amelia. 265.
 Peraza, Francisco. 184.
 Pereda, José María de. 143.
 Pérez Cisneros, Guy. 160, 161, 259-263, 286, 295.
 Pérez de Acevedo, Roberto. 235, 238, 239.
La ráfaga. 235, 239.
 Pérez de Zambrana, Luisa. 97.
 Pérez Lugín, Alejandro. 143.
 Pergolesi, Juan Bautista. 151.
 Picasso, Pablo. 146.
 Pichardo Moya, Felipe. 97.
 Pilato, Poncio. 45.
 Pino Guerra, Félix. 67.
 Piñera, Humberto. 285, 286.
 Piñera, Virgilio. 294.
Ciclón. 99.
 Piñeyro, Enrique. 23, 91, 286, 288.
 Platt, Orville H. 196.
 Plutarco. 26.
 Pocaterrea, Rafael. 146, 256.
 Pogolotti, Marcelo. 158.
 Poincaré, Enrique. 284.
 Ponce, Fidelio. 161, 263.
 Porras Troconi, Gabriel. 58.
 Portell Vilá, Herminio. 46, 48-51, 192, 193, 201, 208, 289.

- Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España.* 46.
- Portocarrero, René. 161, 261.
- Portuondo, Fernando. 132.
- Portuondo, Rafael. 195.
- Portuondo, José Antonio. 216-219, 286.
- Poveda, Héctor. 64.
- Poveda, José Manuel. 58, 62, 64, 80-82, 136, 137, 139, 217, 289.
- Prampolini, Enrico. 146.
- Prévost, Marcel. 112.
- Puig Casauránc. 201.
- Quesada y Miranda, Gonzalo de. 124, 180, 181, 193, 239.
- Quiroga, Horacio. 253, 256.
- Quirós, Constancio Bernardo de. 132.
- Rabelais, François. 243.
- Ramos, José Antonio. 59, 62, 71, 73, 119-121, 142, 164, 251, 289.
- El traidor.* 59.
- Humberto Fabra.* 71-73.
- Manual del perfecto fulanista, apuntes para el estudio de nuestra dinámica político-social.* 119.
- Ravenet, Domingo. 262.
- Renacimiento.* 63.
- Répide, Recaredo. 64.
- Revista Cubana.* 56, 259.
- Revista de Avance.* 63, 93, 99, 142-144, 147, 158, 159, 219, 256.
- Revista de Cuba.* 56.
- Revista de Occidente.* 143, 145.
- Reyes, Alfonso. 58, 98, 146.
- Ribot, Teóduilo. 283.
- Rimbaud, Arthur. 31.
- Ríos, Fernando de los. 146.
- Rivera, Diego. 147.
- Rivera, José Eustasio. 256.
- Rivero, José Ignacio. 183.
- Roa, Raúl. 218, 260, 289.
- Rochambeau, Juan Bautista. 196.
- Rodó, José Enrique. 30, 31, 34, 96, 279, 280.
- Rodríguez, Luis Felipe. 64, 87, 89, 90, 114, 147, 165, 167, 171, 219, 251, 255, 289.
- Marcos Antilla.* 165, 171, 219, 251.
- «El maleficio de la guitarra». 147.
- La conjura de la ciénaga (o La ciénaga).* 87, 90, 165.
- Rodríguez, Mariano. 161, 261.
- Rodríguez, Nina. 133.
- Rodríguez de la Cruz, José Miguel. 265.
- Roig de Leuchsenring, Emilio. 94, 98, 193, 203, 206-208, 289.
- El intervencionismo, mal de males de Cuba republicana.* 208.
- Historia de la Enmienda Platt. Una interpretación de la realidad cubana.* 193.
- Roldán, Amadeo. 152-154.
- Romañach, Leopoldo. 97.
- Romero, Francisco. 286.
- Roosevelt, Franklin Delano. 163, 184, 186, 193, 200, 202, 206.

- Roosevelt, Teodoro. 49.
 Root, Elihu. 196.
 Rubiera, Ramón. 217.
 Ruiz Castellanos, Pablo. 153.
 Ruiz, Ángel Ramón. 218.
 Russell, Bertrand. 146.
- Saavedra, Héctor de. 93.
 Saco, José Antonio. 57, 270.
 Sánchez Arango, Aureliano. 218, 260.
 Sánchez de Bustamante, Antonio. 57, 97.
 Sánchez de Fuentes, Eduardo. 151, 155.
 Sánchez Galarraga, Gustavo. 97.
 Sanguily, Julio. 206.
 Sanguily, Manuel. 32, 39, 91, 114, 204, 281, 288.
 Santa Lucía, marqués de (Salvador Cisneros Betancourt). 40.
 Santayana, Jorge. 146.
 Santiesteban, Goyito. 231.
 Sarabasa, Ricardo. 60.
 Sariol, Juan Francisco. 63.
 Orto. 63, 64.
 Scarlatti, Doménico. 151.
 Schaefner, André. 157.
 Scheler, Max. 138.
 Selva, Salomón de la. 98.
 Serpa, Enrique. 162-164, 272-275, 277, 289.
 Contrabando. 272, 273.
 La trampa. 272, 275.
 Severini, Gino. 146.
 Silva, José Asunción. 81.
 Sinclair, Upton. 104.
 Smetana, Bedrich. 153.
 Sola, José Sixto de. 60-62, 289.
- «El pesimismo cubano». 61.
 Soloni, Félix. 123, 126, 129, 130, 135, 251, 289.
 Mersé. 126, 129, 135.
 Virullilla. 129, 130.
 Soravilla, Lesbia. 240.
 Cuando libertan los esclavos (Cuando libertan las esclavas). 240.
 Soto, Luis de. 161, 265.
 Soutine, Chaïm. 146.
 Squiers, Herbert G. 48.
 Steinhart, Frank. 49.
 Storni, Alfonsina. 98.
 Sumner Welles, Benjamín. 184, 187-190, 200, 201, 206, 207, 237.
 Supervielle, Jules. 146.
- Taft, William H. 50.
 Tagore, Rabindranath. 98.
 Taine, Hipólito. 24, 283.
 Tallet, José Zacarías. 98, 149, 160, 218, 289.
 Tamayo, Diego. 195.
Tata Villegas (Carlos Díaz De Villegas). 127.
The Havana Post. 181, 195.
 Tomás Bouffartigue, Guillermo. 151.
 Torralba, Fernando. 64.
 Torre, Terina de la. 96.
 Torres, Carlos de la. 43.
 Torres García, Joaquín. 147.
 Torriente Brau, Pablo de la. 230-232, 239, 289.
 Torriente, Cosme de la. 98, 204.
 Trejo, Rafael. 182, 231, 239.

- Tres Palacios, Félix José de. 16.
- Ugarte, Manuel. 96.
«Lo que había en el alma de Ninón». 96.
- Unamuno, Miguel de. 98, 146, 252.
- Valdés Rodríguez, José Manuel. 150.
- Valdivia, Aniceto. 288.
- Valéry, Paul. 146, 263.
- Valle, Rafael Heliodoro. 98.
- Valle Inclán, Ramón del. 31, 93, 253.
- Vallenilla Lanz, Laureano. 284.
- Vargas Vila, José María. 80, 104, 280.
- Varona, Enrique José. 10-13, 23, 32, 39, 40, 53, 54, 56, 60, 61, 91, 97, 114, 115, 148, 261, 265, 281, 282, 284-286, 288, 291, 293, 295.
Cuba contra España. 11.
Fundamento de la moral. 282.
- Vasconcelos, Ramón. 221, 223, 228.
La letra de molde. 221.
- Vázquez Bello, Clemente. 181, 184.
- Vázquez de Cuberos, Luis. 64.
- Velasco, Carlos. 57, 59, 98, 289.
- Verlaine, Paul. 31.
- Villar Buceta, María. 98.
- Villaurrutia, Xavier. 146.
- Villaverde, Cirilo. 31, 251.
Cecilia Valdés. 62, 251.
- Villoldo, Julio. 58, 62, 121.
- Villuendas, Enrique. 48.
- Vitier, Cintio. 286.
- Vitier, Medardo. 148.
- Vivó, Jorge. 218.
- Weiss, Joaquín. 265.
- Weyler, Valeriano. 86.
- White, José. 158.
- Whitman, Walt. 81.
- Wood, Leonard. 17, 51.
- Zayas, Alfredo. 51, 67, 108, 115, 117, 121, 140, 181, 199, 200, 205, 217, 288.
- Zola, Emilio. 24, 30, 36, 70, 77, 78, 104, 112.
Fecundidad. 70.
La taberna. 36.
Naná. 78.

ÍNDICE

Rasgos incipientes /	7
Varona y la colonia /	10
Raimundo Cabrera y las lacras coloniales /	13
Transición /	19
El bilioso Bobadilla /	22
Un cubano en el umbral del siglo /	29
La república en pañales /	32
El juancriollismo /	35
Los primeros años de la independencia /	38
La intervención /	46
Varona y la república /	53
<i>Cuba Contemporánea</i> /	56
La república de <i>Generales y doctores</i> /	65
El bovarismo criollo /	68
La cuestión del adulterio /	71
Independencia de la mujer /	74
La vida galante /	77
Poveda prosista /	80
<i>Los inmorales</i> /	83
La vida rural /	86
La revista <i>Social</i> /	91
El coche y el automóvil /	100
<i>La danza de los millones</i> /	104
<i>La última lección</i> /	110
Adolescencia de la república /	113

Cambio de frente /	116
El perfecto fulanista /	119
La eclosión del machadato /	123
La vida popular /	126
La vida de las obreras /	129
Transculturación /	132
El choteo /	136
La <i>Revista de Avance</i> /	142
Proceso musical de la república /	150
Música mulata /	154
La revolución pictórica /	158
El contrabando /	162
Las andanzas de Marcos Antilla /	165
Novela de contrastes /	170
<i>El acoso</i> /	174
Manuel Márquez Sterling y el machadato /	177
El machadato según Gonzalo de Quesada y Miranda /	180
Cómo cayó Machado /	185
Pasión y muerte de la Enmienda Platt /	192
Más en torno a la Enmienda /	203
La estratificación social /	210
El periodismo /	220
Plumas de combate /	229
El régimen penitenciario /	232
<i>La ráfaga</i> /	235
La revolución de las mujeres /	239
<i>Fotuto</i> /	243
Romance de una despalilladora /	247
El tinilismo /	251
La república de Labrador Ruiz /	255
Guy Pérez de Cisneros y las artes plásticas /	259
Las artes industriales /	264
Mariano Aramburo /	269

El gatillo alegre / 272

Corrientes de pensamiento en la república / 279

El esquema generacional / 287

Saldo / 291

Índice analítico / 297

